



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

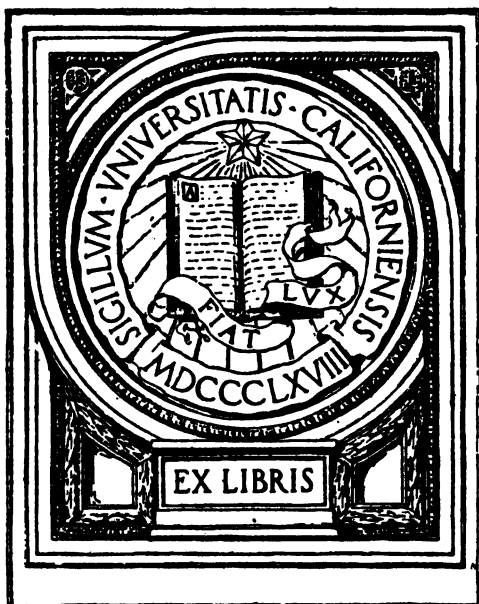
Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

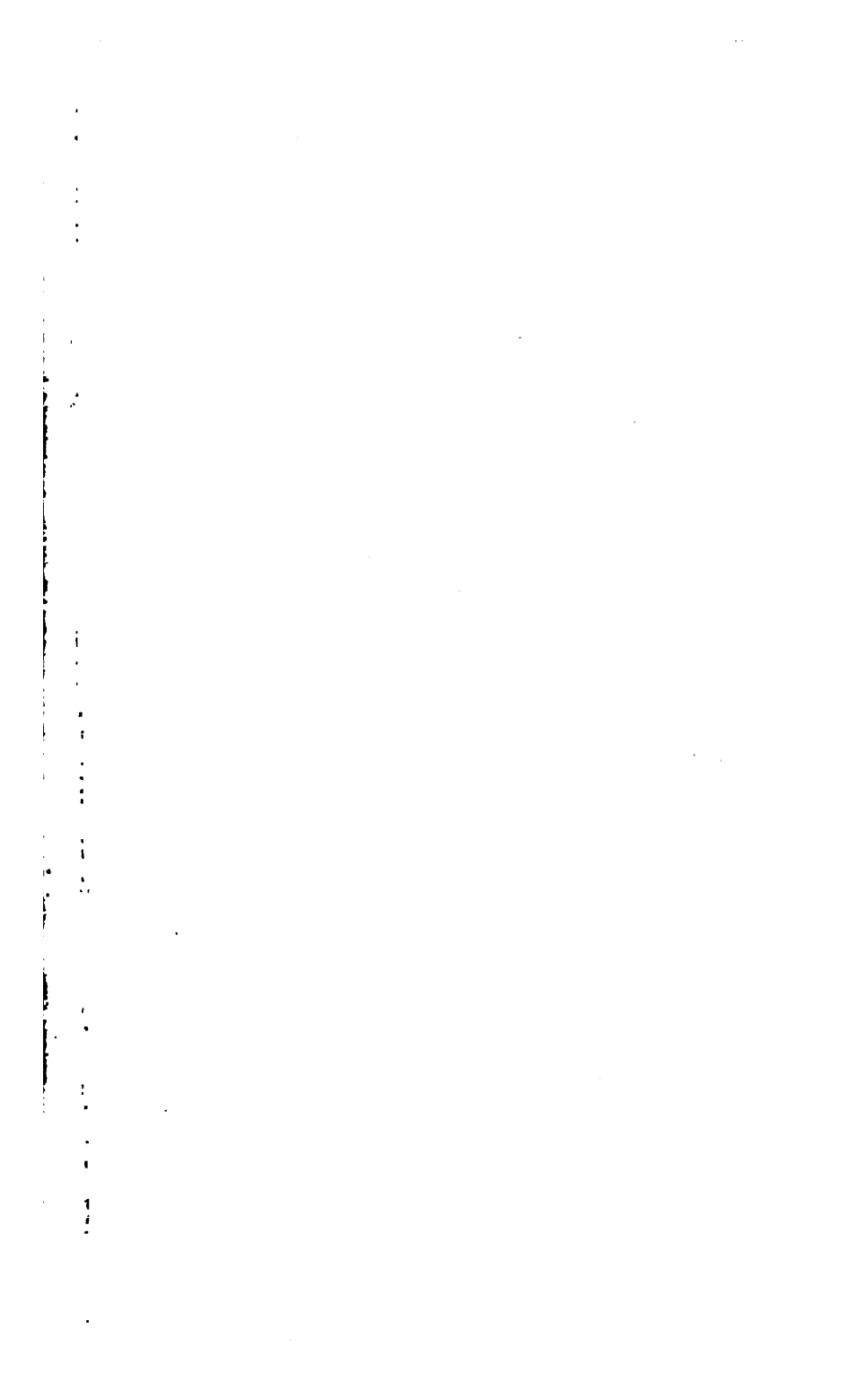
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

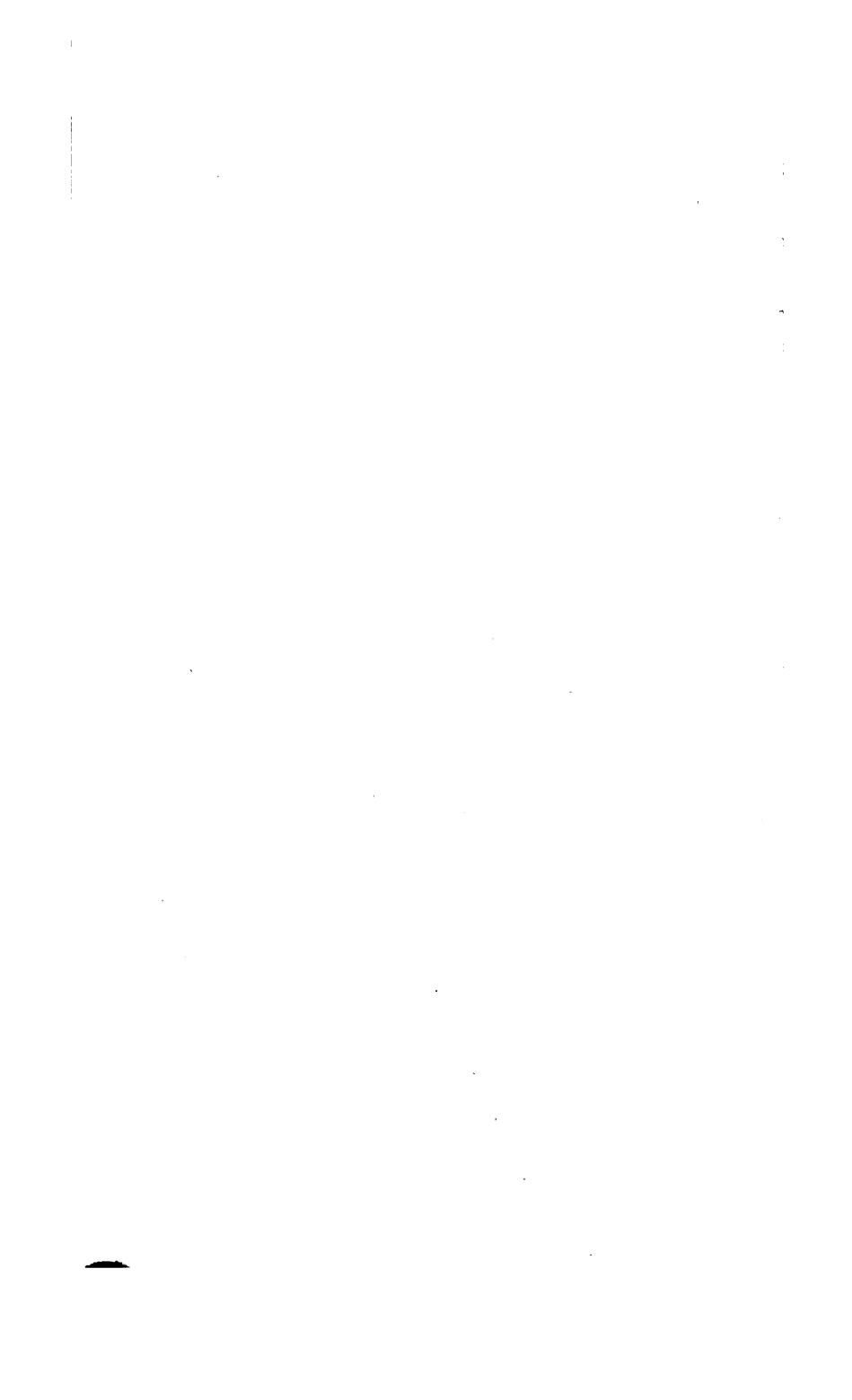
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

IN MEMORIAM
BERNARD MOSES



EX LIBRIS





George Munro Lippincott

RESUMEN

DE LA

HISTORIA DEL ECUADOR

DESDE SU ORIJEN HASTA 1845

POR

PEDRO FERMIN CEVALLOS.

“La historia no es mas que la repeticion de los mismos hechos aplicados a hombres i épocas diferentes.”

CHATEAUBRIAND.—*Memorias de Ultratumba.*

TOMO V.

LIMA.

—
IMPRENTA DEL ESTADO, CALLE DE LA RIFA, NUM. 58.

—
1870.

F3731

C4

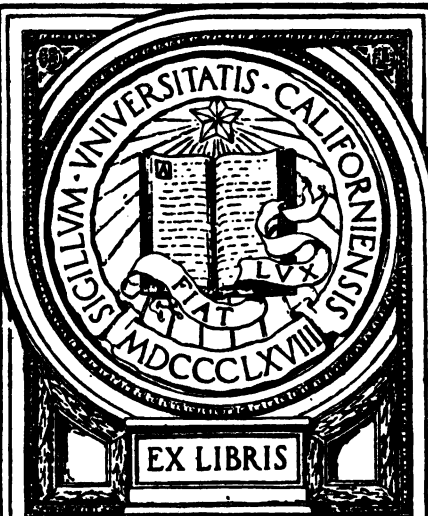
v. 5

TO VNU
ALBONIAO

BERNARD MOSES

Difícil, si no imposible, será dejar satisfechos a todos los lectores ecuatorianos con la narracion de los sucesos correspondientes al período que vamos a recorrer, porque cuantos han tenido parte en ellos querrian solo ver magnificadas sus acciones o, cuando ménos, que no se hubiese dado sus faltas a la estampa. Pocos, por lo mismo, quedarán contentos, i aun habrá tambien algunos que se conceptúen ofendidos; mas no por esto incurriremos en la flaqueza de faltar a la verdad. El tiempo, su mui leal i oficioso defensor, hará ver que no la hemos ultrajado, i hará tambien nuestra propia defensa.

IN MEMORIAM
BERNARD MOSES



EX LIBRIS



cistas i adoptado por cuantas naciones habia en la tierra. Los diputados Olmedo, Cordero, Ramírez Fita i Márcos sostuvieron el artículo del proyecto, apoyados en que, habiendo quedado las provincias independientes, quedaba tambien a su voluntad i albedrio fijar las bases de asociacion con tales o cuales pactos, porque ántes de aquella fijacion tenian la potestad i el derecho de proponer, aceptar i desechar los que quisiesen. La sesion del 31, que toda ella se concretó a este único debate, terminó sin resultado ninguno, porque los diputados del departamento del Ecuador, convencidos de que al ponerse a votacion el artículo combatido era seguro el triunfo de sus contrarios, que contaban con las dos terceras partes, apuraron hasta vencer el dia toda especie de argumentaciones i medidas para obtener un paradero mas conforme con los principios comunes del derecho público.

Al romperse el debate al dia siguiente, dejó el diputado Salvador el asiento presidencial, i espuso que para dar fin al punto cuestionado, proponia: 1º que se dejase a la decision del congreso de plenipotenciarios de los tres Estados de Colombia [*], sometiéndolo al de N. Granada i Ecuador, en el caso que no se reuniesen los diputados de Venezuela, o bien solo a los de este Estado o solo a los del primero, si tampoco se verificaba la congregacion del centro i sur: 2º que la solicitud de este arbitramento se hiciese a nombre del congreso ecuatoriano: 3º que si llegase a reunirse el primer congreso constitucional del Ecuador ántes que los árbitros

(*) Todos los actos del congreso de Riobamba manifiestan que nuestros diputados tenian por segura la confederacion del Ecuador con las otras dos secciones de Colombia,

hubiesen decidido la contienda, el departamento de este nombre habia de concurrir con tres diputados mas que los de Guayaquil i Azuai; i 4º que los diputados pudiesen ser elejidos indistintamente, con tal de ser ciudadanos del Estado. Suscitóse una nueva i acalorada discusion con motivo de estas proposiciones, hasta que, modificada últimamente la primera por el diputado Olmedo, se aprobó en los términos siguientes: “La cuestion sobre si la representacion de los tres departamentos debe ser igual, a pesar de la diferencia de su poblacion, se deja a la decision del congreso de plenipotenciarios de los Estados de Colombia, o a otro que exista o se instale dentro de la nacion, en conformidad de principios con el Estado del Ecuador, aunque no sea jeneral.” Apasionadamente ciego estaria el que no viese la futilidad del argumento deducido de la *diferencia de poblacion*, cuando así quedaba en vigor el mismo principio en que se fundaba la cuestion, i aun es mucho mas admirable que un Olmedo, de fama exelsa i merecida, fuera el que discurriese saliéndose de su acostumbrada discrecion.

Fueron igualmente aprobadas la segunda i cuarta proposiciones, i negada la tercera por votacion nominal. La contienda vino a la postre a quedar zanjada con el aspecto precario que la dieron, *miéntras pende el juicio del arbitro designado sobre si los tres departamentos han de ser representados en congreso segun el censo de su poblacion, o si han de concurrir con igual representacion* [Art. 21]. Como hasta ahora no se ha verificado tal arbitramiento, la cuestion ha vuelto a suscitarse i convertirse cuantas veces se ha visto el Ecuador en la triste necesidad de constituirse de nuevo, bien que

no ya con el calor de la primera, i aun puede asegurarse que sin empeño, puesto que los diputados se nombran indistintamente, sin fijarse en la cuna departamental. En otro lugar diremos cómo i cuándo vinieron al cabo a imperar los principios comunes del derecho público.

II.

Por lo demas, la constitucion de 1830 que, en cuanto a la forma del gobierno i division de los poderes, es igual, si no idéntica, a la de Cúcuta, quedó atras del modelo en algunos puntos, i avanzó bastante respecto de otros. El derecho de sufragar que por la primera se concedia a los mayores de veinte i un años, dueños de una propiedad raiz, con el valor de cien pesos, se limitó solo a los mayores de veinte i dos, siendo dueños de una propiedad cuyo valor libre de todo gravámen montase a trecientos pesos. Las atribuciones de las asambleas electorales quedaron reducidas al nombramiento de diputados i los suplentes, cuando por la de Cúcuta los electores estaban tambien llamados a votar por el presidente i vice-presidente de la república. Segun esta, podian ser ministros de la alta corte de justicia los abogados que tuvieren treinta años de edad, i por la del Ecuador se requerian cuarenta; i si por la primera se establecieron consejos municipales en todas las cabeceras de canton, por la segunda solo se organizaron en las capitales de provincia. La diferencia mas notable que hai entre los dos códigos, es la de requerirse por el ecuatoriano que, para ser presidente o vice-presidente de la república, era necesario tener una propiedad raiz del valor de treinta mil pesos, i con la añadidura de

que habian de ser elejidos con los votos de los dos tercios de los diputados presentes.

En cambio, quedó vedada la reeleccion del presidente de la república, que por una vez permitia la constitucion de Cúcuta, sin que pudiera ser nombrado de nuevo sino despues de transcurridos dos periodos constitucionales, i quedaron relegadas las facultades estraordinarias; esto es, las causadoras de los abusos, i de muchos de los disgustos producidos en algunos pueblos de Colombia. Que se proscriba *para siempre la facultad de declarar en estado de asamblea una provincia o cualquier pueblo*, dijo el diputado Salvador; i el diputado Márcos añadió que, *aunque el enemigo esté ya en los arrabales de la ciudad, debia conservarse el orden legal*. El consejo de estado quedó igualmente mas bien organizado que por la constitucion de Cúcuta, pues debia componerse del vice-presidente de la república, del ministro secretario de estado, del jefe de estado mayor jeneral, de un ministro de la alta corte, de un eclesiástico respetable i de tres vecinos de buena reputacion, nombrados por el congreso, sin que pudieran ser destituidos por el gobierno ni suspensos sin justa causa.

La constitucion de 1830, por buena que hubiera sido, no podia llamarse tal, porque no se dió sino para tiempo limitado; pues, constituyéndose el Ecuador de una manera federal con los otros Estados de Colombia, en la suposicion de que Nueva Granada i Venezuela se constituirian tambien con la misma forma, se declaró por el artículo 5º que *quedarian derogadas cuantas disposiciones fundamentales resultasen en oposicion con el pacto de union i fraternidad que habia de celebrarse con los demas Estados de Colombia*. Las disposiciones de

los artículos 71 i 75 proceden tambien del mismo supuesto. Si la inestabilidad de nuestras instituciones proviene jeneralmente de la inconstancia i carácter sacudido de los pueblos ¿cuánto mas veleidosos no serian estos, autorizados ya, diremos así, por la misma constitucion? Era darles el mejor pretexto para romperla cuando quisiesen.

Hai que apreciar debidamente la liberalidad con que fueron reputados ecuatorianos: 1º los naturales de los otros Estados de Colombia, sin mas que hallarse avecindados en el Ecuador: 2º los militares que estaban a su servicio al tiempo de declararse independiente; i 3º cuantos extranjeros eran ya ciudadanos en la misma época, sin establecer distinciones sobre si lo eran por nacimiento o naturalizacion. Pero si semejante jenerosidad es de mui justa apreciacion, no así, se dijo, aquella con la cual llegó a lastimarse tan descomedidamente el orgullo nacional, ya que, despues de establecerse de un modo absoluto el principio de que para ser presidente o vice-presidente de la república era necesario ser ecuatoriano de nacimiento, se le amplia de seguida en los términos siguientes: “Esta disposicion no escluye a los colombianos que hubiesen estado en actual servicio del pais al tiempo de declararse en Estado independiente, que hayan prestado al Ecuador servicios eminentes, que estén casados con una ecuatoriana de nacimiento, i que tengan una propiedad raiz, valor de treinta mil pesos.” Ni Nueva Granada ni Venezuela, dijeron otros, que mas o ménos se hallaban en el mismo caso que el Ecuador, llevaron a tanto su liberalidad, sino que llana i rotundamente establecieron como requisito indispensable ser granadinos i venezolanos de nacimiento.

Tambien los soldados granadinos, compañeros de armas de los malogrados Jirardot, D'Elúyar i Ricaurte, que hicieron con Bolívar la primera campaña en Venezuela, habian hecho servicios eminentes a este Estado: tambien los soldados venezolanos, compañeros del mismo Bolívar i de otros valientes que vinieron de Venezuela a combatir en *Boyacá*, prestaron servicios relevantes a Nueva Granada: tambien esos mil ecuatorianos llevados por el virei Sámano, i luego incorporados, despues de tal batalla, a las fuerzas libertadoras, i que combatieron juntos en Nueva Granada i Venezuela, principalmente en *Carabobo*, por la independencia de Colombia, habian servido en provecho de estas dos secciones; i con todo ni Nueva Granada ni Venezuela arriesgaron premiar con la primera majistratura a ciudadanos que no nacieran en sus Estados.

La verdad es que el congreso del año treinta, al cual hacemos la justicia de que obró con bastante independencia, demostró tambien su flaqueza en tan importante punto que, temprano o tarde, con razon o sin ella, habia de exasperar los ánimos i brotar funestas consecuencias. El mariscal de Ayacucho no pudo evitarlas en Bolivia, a pesar de su fama exelsa i de la modestia de su carácter: el jeneral Lamar, llamado libre i espontáneamente para rejir los pueblos del Perú, cuando léjos de ellos i acá, en su patria, no podia haber pensado en la presidencia de esa república, fué a jemir i morir en Centro América; i nuestros lejisladores, sin embargo, no entraron en cuenta estos recientes cuanto palpables ejemplos.

El poder lejislativo debia ejercerse anualmente por un congreso de diputados, compuesto de una sola cámara. Hubo el acierto de que el despacho de

los negocios de Estado, conforme a la pobreza i necesidades del gobierno i del pueblo, dividiéndose en secciones, interior i exterior la una, i hacienda la otra, habia de desempeñarse por un solo Secretario, bien que el jefe de estado mayor jeneral debia encargarse de los asuntos de guerra i marina. Mas este réjimen solo duró un año, al cabo del cual se establecieron inconstitucionalmente por la lejislatura ordinaria de 1831 dos ministros, fuera del jefe de estado mayor, que equivalia al de guerra.

Entre las atribuciones del poder ejecutivo, hai la de nombrar a propuesta en terna de los consejeros de Estado, los ministros de justicia, i luego a los obispos, dignidades i canónigos, i a los jenerales i coroneles. Tambien el nombramiento de los presidentes de alta corte i cortes de apelacion correspondia al gobierno, segun la lei orgánica del poder judicial, espedida por el mismo congreso; i así el poder público, por medio de tantos estravios propios de la época, venia a parar casi todo él en manos del jefe del Estado.

En la sesion *Garantias* hallamos dos artículos recomendables por su orijinalidad, i porque prueban el atraso de entónces de nuestros pueblos. El 58 dice: "Ningun ciudadano puede ser distraido de sus jueces naturales, ni juzgado por comision especial. Se conserva el fuero eclesiástico, militar i de comercio." El 68: "Este congreso nombra a los venerables curas párrocos por tutores i padres naturales de los indijenas [*indios*], exitando su ministerio de caridad en favor de esta clase inocente, abyecta i miserable." Cualquiera advertirá la palpable contradiccion que resulta, por el primero, entre tener jueces naturales, i conservarse

no obstante los fueros eclesiástico i militar; i por lo que hace el segundo, los lectores recordarán lo que han escrito los académicos Juan i Ulloa respecto de la conducta de los curas para con los indios, i habrán tambien observado por sí mismos que los españoles del año de 1830 eran, mas o ménos, semejantes a los de 1745. I tan ajustada nos parece la observacion, que el mismo gobierno establecido por tal constitucion tuvo, al andar de solo dos i medio años, que espedir una circular encaminada a cortar *el intolerable abuso con que algunos curas exigen cada año a los indijenas de sus parroquias medio, un real o mas con título de confesion i tambien les obligan a ponerles maderas selectas a pretesto de monumento.* Según estos antecedentes léjos de ponerse a los indios bajo el amparo de los curas, lo que convenia, i tal vez conviene todavia, es redimirles de esta tutela, perenne fuente de especulaciones ilícitas al par que provechosas para los que les han servido de guardadores.

En la sesion del 11 de setiembre se procedió al nombramiento del presidente del Estado. Veinte eran los diputados presentes, i el jeneral Flóres obtuvo diez i nueve votos, habiende recaído el único restante en el señor Manuel Carrion, hijo de Loja, i ciudadano distinguido por la cultura de sus modales i virtudes domésticas: es fama que este voto fué del diputado Salvador. En la del dia 12 se ocupó el Congreso en la eleccion de vicepresidente i despues de repetida la votacion hasta por diez i ocho veces, contrayéndose únicamente a los señores José Joaquin Olmedo i jeneral Matheu, porque ninguno de estos obtuvo las dos terceras partes que requeria la constitucion, salió el ilustre cantor de Junin.

El jeneral Flóres se juramentó i se posesionó del destino el 22 del mismo mes, por haberse hallado en Guayaquil cuando le nombraron. Si se eceptúan unos pocos, el pueblo recibió tal eleccion casi con entusiasmo, porque por entónces era tambien casi jeneral la popularidad del elejido.

El mismo congreso decretó que la ciudad de Quito fuese la capital del Estado. Espidió las leyes orgánicas de tribunales, de hacienda i municipal; dió la de elecciones, tan mezquina como la fuente de que emanaba, i las de procedimiento civil, de sueldos i de conspiradores; suprimió la alcabala que se llamaba *presunta*, con ecepcion de la causada por las ventas de bienes raices; prohibió el comercio i tráfico de esclavos, como el mayor de los ultrajes hechos a la naturaleza por las instituciones humanas, pero con la inconsecuente restriccion de que se eceptuaban los destinados para la agricultura i minas; desestancó los ramos de aguardientes de Quito i Guayaquil; rebajó el valor de la arroba de sal, que se elabora de cuenta del gobierno, a cuatro reales; e hizo los nombramientos de los consejeros de Estado, de los miembros de la alta corte de justicia i los de los tres tribunales de distrito. En la manía que dió de hacerlo todo por sí mismo, hasta nombró tambien a los miembros de que debian componerse los consejos municipales de los cantones, cabeceras de provincia. Las demas leyes o decretos espedidos por ese congreso son de corto interes, i cerró sus sesiones el 28 de setiembre por la noche.

Los empleados que compusieron el supremo gobierno, fueron los señores José Félix Valdivieso, como ministro secretario de Estado, i coronel An-

tonio Martínez Palláres, de guerra, como jefe de estado mayor jeneral.

III.

1830. Hallábase pues ya legalmente constituido el Ecuador, i hallábanse ya satisfechos los vivos deseos del pueblo por hombrearse con las otras naciones como soberano i libre; mas las circunstancias en que entraba a ejercer sus derechos propios eran las ménos aparentes para el bienestar, cuanto mas para el progreso i prosperidad. Una lei fundamental i leyes secundarias cargadas de vicios i llenas de vacíos; una division departamental mal meditada i que habia de brotar celos recíprocos; un ejército permanente, compuesto en la mayor parte de extranjeros, de los cuales andaban unos contentos con la *tierra de promision* que habian encontrado [así se dijo poco despues], con motivo de las consideraciones i halagos que les prestaba el jefe del Estado, i ofendidos otros por falta de colocacion entre las filas o en los destinos civiles, o por la imposibilidad de no tener como retirarse a sus techos propios; ejército imponente por el número i fama de valeroso i aguerrido, pero hambriento, desnudo e inmoral que, léjos de servir de seguridad para el sosiego de la nacion, era mucho mas probable que se alzara fácilmente contra el gobierno al oír el nombre de la primer bandera colombiana que se levantase en cualesquiera de las tres secciones de la recientemente estinguida gran república; un sistema de hacienda que, si lo habia, no podia llamarse tal; multitud de créditos pasivos de deuda doméstica o extranjera; otra multitud de aspirantes a los nuevos destinos que se habian establecido, i por

consecuencia natural otra de descontentos porque no entraban a la parte con los empleos; intereses disconformes entre los tres departamentos de que se componia el Estado; pretensiones pendientes i encontradas entre las naciones vecinas; escasez de hombres públicos o entendidos en materia de gobierno i escasez de luces en las de rentas i contabilidad; enojos i amenazas de parte del gobierno del centro que pretendia restablecer la integridad de Colombia; una campaña abierta ya contra el departamento del Cauca, a fin de impedir que penetrara en las provincias del Ecuador la revolucion ya entónces acaudillada por el jeneral Rafael Urdaneta, i a fin de que se conservase aquel territorio como parte integrante del Estado, conforme al querer de sus pueblos, manifestado por medio de actas; desconfianza o, mas bien dicho puntillo nacional, bien que mui encubierto, al ver que el Ecuador quedaba, como ántes de constituirse, bajo el influjo de jente forastera, celos i murmuraciones contra los empleados públicos; tales eran los obstáculos con que la pobre patria, hecha ya señora i soberana, iba a tropezar en su camino, i tal la triste perspectiva con que entraba a hombrearse con las viejas naciones del antiguo i nuevo continente.

Ya veremos presentarse uno a uno, o reunidos, muchos de esos obstáculos, atajando; cual nuestras montañas gigantescas, los pasos bien o mal encaminados que se daban para conducir al nuevo Estado por la senda del progreso.

IV.

El jeneral Luis Urdaneta, pariente i amigo del que acaudillaba la revolucion promovida por el co-

ronel Jiménez en Bogotá, habia llegado a Guayaquil por el mes de noviembre. Venia desde Cartajena por el ismo, i venia, segun se descubrió despues, con el objeto de segundar en el sur de Colombia el grito de rebelion dado en el centro.

Habia acantonados, en la plaza de Guayaquil, el batallón *Jirardot*, i en la de Zamborondon el *Cauca* i el escuadron *Cedeño*. Urdaneta, a quien conocen ya los lectores desde el grito del 9 de octubre, no era hombre de insinuacion ni de influencia, cuanto mas de buena fama, i, ántes por el contrario, teníaese por soldado de mala índole i hasta corrompido; i con todo, sin mas que hablar con los jefes i oficiales de aquellos cuerpos a nombre del Libertador i de la integridad de Colombia, logró seducirlos al momento. Jefes i oficiales, perdidamente enamorados de Bolívar i del antiguo órden de gobierno, se vieron i concertaron de la manera mas uniforme, i sin ningun otro exámen de las circunstancias ni estado de las cosas, dieron el 28 de dicho noviembre el grito de insurreccion contra las instituciones que acababan de jurar. Forjaron luego una acta infundada, desconocieron el nuevo gobierno, i proclamaron al Libertador en los propios términos que lo habian hecho los departamentos del centro.

Poco despues, [2 de diciembre] la guarnicion de Cuenca, compuesta del batallón *Carabobo* i escuadron *Húsares*, siguió el mal ejemplo de los de Guayaquil, i sucesivamente las milicias de las otras poblaciones de estos dos departamentos.

Tan mal recibida fué esta insurreccion que, sin embargo de hallarse presente el jeneral Urdaneta en Guayaquil, i haberse uniformado completamente en el departamento del Azuai, las autoridades i

vecinos de aquella plaza no dieron su acta de insurreccion sino el 14 de diciembre, i fueron mui pocos los que la suscribieron. La escuadrilla misma no celebró la suya sino despues de haberse prendido al comandante de ella, capitan de navio Leonardo Stag, i a otros varios oficiales. Como era bien natural, ni la primera ni la de la escuadrilla se diferenciaron en cosa ninguna de la militar, i el jeneral Urdaneta quedó provisionalmente encargado del gobierno hasta que lo dispusiera de otro modo el Libertador.

En Guayaquil, en Cuenca i en las demas poblaciones obligadas a dar eco a la voz de los cuarteles, se juró la constitucion sancionada en Bogotá por el último congreso de Colombia, i aun se posesionaron de sus destinos algunas personas que habian recibido los nombramientos del gobierno que ya no existia.

Cuando ocurrieron estos sucesos desgraciados, el jeneral Flóres se hallaba en Pasto organizando los cuerpos que habia acantonados en esta plaza para sostener las manifestaciones de incorporacion al Estado que habian hecho acordemente todos los pueblos del departamento del Cauca, unos de un modo llano i absoluto, i otros de una manera precaria o condicional, hasta que cesasen los disturbios del centro. El doctor Fernández Salvador, encargado del poder ejecutivo, como presidente del congreso, fué, por la ausencia del jeneral Flóres, quien tuvo que pasar por el dolor de ver alteradas las instituciones de la patria, i desconocida su autoridad. Pocos dias despues aun tuvo que amargarlo mas, al ver que en la noche del 9 de diciembre se insurreccionó tambien el tercer escuadron de *Granadéros*, acantonado en Quito, cuyos jefes i oficiales acepta-

ron en todas sus partes los términos del acta de Guayaquil.

Esta insurreccion fué promovida por el coronel Sebastian Ureña, primer jefe del citado cuerpo, i a influjo de los jenerales Sáenz, Aguirre i Barriga, amigos i apasionados del Libertador. Dado el grito de insurreccion, depusieron a las autoridades, i, prendiendo al coronel Váscones que hacia de comandante jeneral, le obligaron a que entregase el cuartel de artilleria, guardado por algunos milicianos.

Era de creerse que con este acontecimiento desapareceria del todo la reciente organizacion de nuestro gobierno, cuando por un bien meditado i atrevido ardid que idearon el jeneral Matheu, el mismo jeneral Barriga i el coronel Váscones, a quien se habia puesto ya en libertad, se logró prender al coronel Ureña en casa del segundo, i a otro Ureña, sarjento mayor, en casa del último, i que el cuerpo rebelde, en cuyo cuartel se presentó Váscones, contando con el segundo jefe, comandante Casanova, volviese a la obediencia, i celebrase el dia 11 una contra acta. Barriga i Casanova haciendo i deshaciendo cuanto se les antojó en el trascurso de cincuenta horas, obraron con turbulenta destreza.

El presidente del Estado estuvo de vuelta a la capital el 17, i se ocupó desde entónces activamente en desconcertar la campaña emprendida ya por el jeneral Urdaneta, cuyas fuerzas estaban en camino para Quito. La opinion pública de todo el departamento del Ecuador se declaró abierta i ardorosamente por la causa de la patria, i el jeneral Flóres obtuvo de los pueblos cuanta cooperacion demandaban tan apuradas circunstancias. Pero nada de esto era bastante, cuando las fuerzas mate-

riales del gobierno consistian apénas en cuatro compañías del batallón *Várgas*, en los escuadrones segundo i tercero de *Granadéros*, en el batallón *Quito*, que estaba recientemente en camino desde Pasto para acá, i en algunas partidas de milicianos. Arduo por demas era, por consiguiente, pensar, no en vencer, mas en solo contener con tan pocas tropas a los dos mil veteranos, flor del ejército colombiano, a cuya cabeza venia Urdaneta.

Los conflictos subieron de punto con la sublevacion del segundo escuadron de *Granadéros*, ocurrida en Ibarra el 24, a influjo de su propio jefe, coronel Manuel Maria Franco, quien, como los Ureñas, hizo que se victorease la causa proclamada en Guayaquil.

Al saber el jeneral Flóres que este cuerpo rebelde se habia movido ya de Ibarra, con la intencion de proporcionarse un camino por la cordillera oriental, e incorporarse con el ejército de Urdaneta, salió al punto para el norte hasta Guailabamba con el fin de oponerse a tal intento. El escuadron, que traia a retaguardia el batallón *Quito* i venia como picando sus espaldas, habia avanzado ya por otros caminos hasta el Quinche, i Flóres mandó entónces situar, a órdenes del comandante Zubiría, las compañías del *Várgas* en la quebrada Huapal, en Píntac. La ventajosa posición que ocupó Zubiría, la sorpresa que recibió Franco al dar con esas tropas en un punto que no temia encontrarlas, i la destreza i serenidad con que maniobraron estas, obligaron al escuadron a rendirse sin resistencia, i el gobierno, a lo ménos por entónces, dulcificó sus amarguras.

El escuadron fué incorporado al batallón *Quito* que, entre tanto, habia llegado ya a la capital, i el jeneral Flóres pudo entónces destacar dos cuerpos

a Latacunga, no con la resolucion de que fueran a combatir, sino a lo mas con el fin de retrazar los avances del enemigo, i tomar así tiempo para robustecer sus filas, poner el departamento en mejor estado de defensa, i dando tiempo al tiempo, vencerle por medio del engaño i las intrigas que sujeten la guerra i la política.

El jeneral Urdaneta habia precipitado la salida de Guayaquil por librarse de la temporada de aguas que se acercaba [*], i habia ademas incorporado ya las fuerzas de esta plaza con la que traia desde Loja i Cuenca el coronel Anzóategui. El ejército enemigo ocupó a Riobamba en los primeros dias del enero de 1831.

El jeneral Flóres, demasiado conocedor del poco talento i carácter flojo de Urdaneta, i demasiado astuto i entendido para saber emplear las maquinaciones a tiempo, le dirigió de comisionado al doctor Joaquin Pareja con el fin de que fuera a proponerle medidas de pacificacion, puesto que no podian conceptuarse encontrados los intereses que de seguro iban a obligarlos a entrar en guerra fratricida. La tentativa no surtió de cierto buenos resultados; pero a lo ménos se suspendieron los movimientos por algunos dias, i el tiempo era para Flóres el mejor elemento con que contaba. Urdaneta las dió por haber penetrado los fines de su

(*) En las vísperas de su salida, 23 de diciembre, hubo un incendio que devoró noventa casas. Es lengua que fué ordenado por el mismo Urdaneta, en venganza de que sus habitantes no le dieron sino una parte de los 50,000\$ que les habia pedido para emprender la campaña; i si recordamos el incendio de Saraguro, i la mala índole i beodez de Urdaneta, no hai dificultad para creer que el de Guayaquil fué tambien obra suya.

enemigo, desechó la paz i levantó su campamento, camino para Ambato, donde entró el 14 del propio mes.

No por esto se dió por vencido el presidente, i confiado siempre en triunfar del rebelde por medio de la seduccion i ardides, porque aun con los refuerzos que habia obtenido, se consideraba flaco para resistir a las fuerzas invasoras; hizo que el ministro de Estado le dirijiese una larga comunicacion, manifestando el derecho i razones que habian tenido los departamentos del sur de Colombia para constituirse como un pueblo independiente, i concluyendo por instruirle que enviaba una comision, compuesta del jeneral Whitte i el coronel José Modesto Larrea, con el fin de que arreglasen definitivamente cuantas diferencias hubiera para establecer la paz. Urdaneta dió, por conducto de su secretario, señor Acevedo, una contestacion mas larga todavia que la que la motivaba, rebatiendo las razones aducidas por el ministro, pero conviniendo al fin en que, por amor al órden i la paz, habia acojido a los comisionados del gobierno i estipulado un armisticio transitorio, en tanto que nombraba a los que habian de serlo de su parte.

Efectivamente fueron nombrados los coroneles Ambrosio Dávalos i Cervellon Urvina, i se reunieron con los otros el 17 de Enero en la hacienda de Pucarumí. Los comisionados del gobierno propusieron: que se reuniese un congreso ecuatoriano con el fin de que deliberase de la futura suerte del Estado: que el jeneral Urdaneta retirase su ejército a los departamentos del Azuai i Guayaquil: que se restableciesen la correspondencia pública i el comercio: que las elecciones de diputados se verificasen con entera libertad: que se admitiesen en el congreso

a los diputados del Cauca; i que se persiguiese a los asesinos del gran mariscal de Ayacucho.

Los artículos 1º i 4º fueron modificados por Dávalos i Cervellon Urvina, poniendo *asamblea del sur* en lugar de *congreso ecuatoriano*; el 2º, 3º i 6º fueron aceptados, i negado el 5º, porque adujeron la razon de que Popayan se habia sometido a la deliberacion de la asamblea de Buga.

Propusieron ademas los comisionados de Urdaneta: que, durante el tiempo en que habia de congregarse la asamblea, no se ocupase la provincia de Chimborazo por las fuerzas del gobierno: que dicha asamblea se reuniese en Riobamba, debiendo concurrir los tres departamento con igual número de diputados: que se diesen seguridades a las personas i propiedades de cuantos en el Chimborazo se hubiesen comprometido con uno u otro de los partidos; i que fuesen puestos en libertad el jeneral Sáenz, i los demas jefes i oficiales presos a consecuencia de la insurreccion de los escuadrones de *Granaderos*; debiendo espedirseles los pasaportes, si los pedian. Hízose igual oferta de parte de Urdaneta, con respecto a los individuos que tambien él conservaba presos en las cárceles o cuarteles.

Como los comisionados apénas tenian poderes limitados, no pudieron arreglar cosa ninguna de provecho, cuanto mas restablecer la paz, i las conferencias terminaron al dia siguiente, con motivo de una comunicacion que los del gobierno pasaron a los otros anunciando la partida de Bolívar para Europa, segun resultaba de los impresos que acompañaron, suceso con el cual, dijeron, habian desaparecido las razones en que se fundaron las actas de los cuerpos que comandaba el jeneral Urdaneta.

Los coroneles Dávalos i Cervellon Urvina se limitaron a decir que tambien carecian de poderes, i que pondrian en conocimiento del jeneral en jefe los documentos a que se referia el oficio de los primeros.

Todo este decir, conferenciar i arreglar redundó, como era consiguiente, en provecho del gobierno que habia provocado el armisticio; pues el jeneral Flores, entre tanto, aumentó sus fuerzas, organizó atinadamente unas cuantas partidas francas, fortaleció algunas alturas, remontó los escuadrones, etc. etc. Diriamos que tambien Urdaneta quiso ganar el mismo tiempo para que vinieran de Guayaquil parte del batallon *Jirardot* i el escuadron *Cedeño* que habia dejado en esta plaza, i le llegara asimismo una parte o el todo del *Ayacucho* que se le habia ofrecido enviar de Panamá; pero el intruso jeneral no necesitaba de estos ausilios, porque sus fuerzas eran numerosas i todas aguerridas, como dijimos, i eran, por lo mismo, mas que bastantes para acabar con las del gobierno.

Como se ha visto, aun se presentaron en el campamento enemigo papeles públicos que noticiaban el viaje del Libertador para Europa; porque Bolívar, lo diremos aquí, era la persona de entidad en que mutuamente se apoyaban así los que habian fraguado la revolucion como cuantos sostenian al gobierno. Las comunicaciones oficiales i cartas particulares que se cruzaron por ese tiempo, las conferencias públicas i conversaciones privadas, los periódicos i mas impresos sueltos, no hablaban sino del amor i respeto que mantenian por el Libertador; i todos, todos, por violentas que fuesen las deducciones que pensaban hacer de sus racionios, sentaban préviamente por bases indispensables las

consideraciones. i adoracion que debian conservar-se por el grande hombre.

1831. Urdaneta, a pesar de sus cortos alcances, no se dejó embaucar con la noticia de la separacion de Bolívar, i comprendiendo que el presidente Flóres solo trataba de contener los movimientos de las tropas rebeldes, se resolvió a continuarlos, rompiendo a un tiempo el armisticio, que todavia no terminaba, i las hostilidades. Jugáronse, en consecuencia, algunas escaramuzas en Mulalillo i en las márgenes del *Naxichi* entre las guerrillas del gobierno i las centinelas partidas del enemigo, en que las primeras salieron mal paradas; i el jeneral Urdaneta ocupó tranquilamente a Latacunga el dia 30. El jeneral Flores replegó para Saquisilí con una columna de tropa i situó otras a su izquierda, con el ostensible objeto de provocar al enemigo a que le atacara separadamente, i con el verdadero de colocarle en la incertidumbre de la marcha que debia seguir; porque miéntras el presidente contaba con muchos i buenos espías, Urdaneta carecia de ellos casi del todo.

Ora porque este jeneral fuese de temperamento flemático, o porque en estos dias se diese mas a la crápula que la tenia de viejo, se dejó estar en Latacunga perdiendo un precioso tiempo que su enemigo lo empleaba con provecho, i se contentó con enviar un edecan, conductor de algunas cartas de Bolívar para los jenerales Flóres i Sáenz, traídas por el teniente de navio José Maria Urvina, con el fin de desmentir lo que habian asegurado los impresos acerca de la partida de aquel para Europa.

El presidente, que andaba siempre tras ocasiones que le dieran campo para desconcertar al enemigo, se aprovechó de esta que tan a la mano le

venia, i le diputó al jeneral Farfan a que le hablase de nuevo por la paz, i evitar así el escándalo de una contienda civil, suscitada a nombre del Libertador, cuando todos estaban conformes en ponerle a la cabeza del gobierno de Colombia, en el caso que consintiese en semejante sacrificio. El jeneral Urdaneta, si no por cobarde, porque probablemente le asistían algunas razones secretas para portarse como hombre dócil, se dió a partido, i el 4 de febrero acordaron entre él i el jeneral Farfan los preliminares de una transaccion. Con arreglo a estos, se reunieron el 7, en la hacienda llamada *Ciénega*, el ministro Valdivieso i el jeneral Matheu, comisionados del gobierno, i el coronel Federico Valencia i el comisario de guerra señor Francisco Antonio Córdova, comisionados por Urdaneta, i ajustaron las siguientes capitulaciones:

1.^a Suspension i término de las hostilidades, debiendo situarse las tropas de Urdaneta en la provincia del Chimborazo, i las del gobierno en las de Pichincha e Imbabura: 2.^a aunque el canton de Latacunga no podía ocuparse por ninguno de los ejércitos, las autoridades civiles debían ser nombradas por el gobierno: 3.^a una comision especial arreglaria la indemnizacion de los gastos causados por uno i otro ejército así en el Chimborazo como en Latacunga: 4.^a otra comision nombrada por ambas partes partiria por Buenaventura a saber de la existencia i paradero del Libertador, i si se encargaba o no del gobierno de Colombia; debiendo, en caso afirmativo, reconocer su autoridad el Estado del Ecuador: 5.^a si no existiese o se hubiere ausentado ya de Colombia, Urdaneta reconoceria asimismo el gobierno del sur, i se someteria a su constitucion i leyes; debiendo proporcionar el go-

bierno los trasportes necesarios a los jefes, oficiales i soldados que voluntariamente quisiesen volverse a sus hogares, o partir a la tierra que mas les acomodase, previos los ajustamientos i pago de sus haberes, como lo permitieran las circunstancias del erario: 6^a si ántes de ponerse en camino la comision a que se refiere el art. 4^o, o durante el viaje de ella, se supiese o se conociere oficialmente lo que se deseaba saber i conocer, debia al punto llevarse a ejecucion lo arreglado por los arts. 4^o i 5^o: 7^a los mismos comisionados debian interponer su mediacion con las autoridades del Cauca, a fin de que cesasen las hostilidades en que todavia se mantenian sus pueblos, i arreglasen las diferencias de una manera amistosa: 8^a durante la incertidumbre de las noticias que iban a adquirirse, no podian darse ascensos, fuera de lo que demandase una justicia rigurosa, ni aumentarse las plazas de los ejércitos, debiendo aun disolverse las partidas volantes que se habian organizado: 9^a desde el instante de ratificados estos arreglos se abrian el comercio i la correspondencia en el Estado: 10^a, en fin, cuantos militares i paisanos se hallaban presos o detenidos por cualesquiera de las partes contratantes, debian ponerse en libertad, i las autoridades franquearles los pasaportes, si los pedian; i nadie en adelante podia ser molestado por sus pasadas opiniones políticas. Las dos últimas capitulaciones son relativas al cumplimiento de ellas, cuya seguridad se dió con el canje de dos jefes que nombraron los contratantes para que vijilasen la puntual observancia de ellas. Concluidas el dia 9, se ratificaron por el presidente en Machachi el mismo dia; i por el jeneral Urdaneta el 11 en Latacunga.

En este mismo dia celebraron otro arreglo adi-

cional, reducido a la indemnizacion de que trata el art. 3º, por el cual solo debia ella estenderse a los gastos hechos en Latacunga: a que los pueblos del Ecuador reconocieran a Bolívar, en el caso condicionado, como a jefe supremo, i jurarian la constitucion sancionada en Bogotá: a que, en el del art. 5º, las del ejército de Urdaneta no reconocieran sino los que quisiesen la constitucion i leyes del Estado, quedando sí comprometidos a respetarlas durante su permanencia en el territorio: a que si se traslujeren ántes las noticias a que se refiere el art. 6º, se pondrian inmediatamente en conocimiento de los jefes canjeados para que estos las participasen al suyo; i a que se afianzaba la inviolabilidad de la correspondencia i el tráfico seguro de las carreras i del comercio.

Tal fué el paradero de esta ruidosa campaña del general Urdaneta, cuyos resultados, a llevarse ella adelante, habrian tal vez sido funestos para nuestras instituciones recientemente establecidas; porque de cierto, atendiendo al número i excelente calidad de las fuerzas de Urdaneta, el triunfo pudo haber sido suyo i entónces habrian tambien continuado los conflictos de Nueva Granada mas i mas apurados.

V.

No bien acababan de ratificarse los tratados, cuando llegó la noticia oficial i auténtica de la muerte de Bolívar. Para Urdaneta fué un golpe fatal, i a juzgarse por los documentos que le fueron interceptados, no pudo ser mayor su arrepentimien-

to por los arreglos que habia hecho; i mas cuando a consecuencia de estos, casi todos los jefes i oficiales de su ejército habian quedado sumamente disgustados, i las tropas comenzado a desmoralizarse desde que se les dió la órden de moverse en retirada.

Al traslucirse la muerte del Libertador en Guayaquil, a donde habia llegado la noticia de ella antes que a Quito, se reunieron espontáneamente los padres de familia, i acordaron i proclamaron, por acta de 13 de febrero, el restablecimiento del régimen constitucional del Estado. Precisamente en los instantes en que se hallaban deliberando acerca de tan importante asunto, se les presentó una copia de los preliminares ajustados con Urdaneta, i como estos fueron mal vistos i recibidos por algunos de sus conmlitones residentes en la plaza, se aprovecharon los buenos ciudadanos de tales impresiones, i consiguieron que aun la misma guarnicion acojiese tambien gustosa el acuerdo de ellos. El vice-presidente Olmedo, que tambien se hallaba en la ciudad, se puso a la cabeza del gobierno, i dictó las providencias mas convenientes para conservar el órden i seguridad del departamento. Una vez hecha tal proclamacion en Guayaquil, era ya casi seguro que Urdaneta iba de vencida, i que en breve quedaria rendido.

Efectivamente la contra-revolucion que acababa de verificarse en Guayaquil fué recibida en Cuenca con entusiasmo, i tambien aquí se proclamó el restablecimiento del órden constitucional. Ciertó que este suceso no podia aun dar fin a la guerra, miéntras el jeneral intruso fuera dueño de tantas i tan buenas tropas; mas los acontecimientos ocurridos en Chunchi i en Biblian fueron para él mortales, i

desde entónces ya no hubo cosa que temerse. El batallon *Cauca* i la columna de *Jirardot*, atrasados en la marcha que hacian para Cuenca, prendieron el 19 de marzo al coronel Melo, i a otros jefes i oficiales, proclamaron en la primera de esas parroquias el órden constitucional i replegaron inmediatamente para Alausí a presentarse al presidente, jeneral en jefe, cuyo cuartel jeneral ya lo tenia entónces en Riobamba. El cuarto escuadron de *Húsares*, sabido o no lo obrado en Chunchi, hizo lo mismo en Biblian el dia 22, i de seguida se vino tambien con iguales fines a Riobamba.

El batallon *Carabobo*, único de los cuerpos de infanteria que habia entrado ya en Cuenca, se decidió al cabo por seguir el ejemplo de los anteriores; i aunque el escuadron *Cedeño* trató de oponerse a la contra-revolucion, fué en vano i, por el contrario, quedó rendido él mismo. Dos compañías del citado batallon maniobraron con maestría singular una rápida operacion, con la cual no pudieron dar paso provechoso los de a caballo, i fueron todos prendidos i desarmados, quedando entónces del todo debelada la mala causa de Urdaneta. Verdad es que los comandantes Petí, Guerrero i Peraza, distinguidos aun entre los malos por sus inmoralidades i ferocidad, pretendieron, impios, conservar levantadas las armas contra la patria que no era de ellos; pero bien pronto quedaron abandonados i oscurecidos.

En cuanto al jeneral Urdaneta, su posicion vino a ser de las mas vergonzosas i desesperadas; pues tuvo que sufrir reconvenciones acres i aun insultos de sus mismos subalternos i lo que es mas, aceptar la proteccion de una escolta que jenerosamente le dispensó el jeneral Flóres para que pudiera viajar

por los pueblos con seguridad hasta embarcarse i salir fuera del Ecuador. Harto bien merecia los rigores de la suerte, ya que no tuvo ni resolucion para combatir, ni palabra para cumplir los arreglos celebrados; pues manifestó, apénas hechos, vivos deseos de quebrantarlos, no esperando para esto sino el arribo de la *Gracia del Guáyas* que aguardaba de Panamá, i que la *Guayaquileña* entrase a Guayaquil con el batallon *Ayacucho* o parte de él, como se lo habia ofrecido el jeneral Espinar.

Así lo demuestran las cartas, datadas en Ambato i Riobamba, i dirigidas a sus conmlitonos i amigos de Guayaquil, ántes de saber el contenido del acta del 13 de febrero: “A mí me es mui fácil entretener a Flóres hasta esperar la “Gracia del Guáyas”, dice en una del 15 del citado mes, esto es, cuatro dias despues de ajustadas las capitulaciones.

“Cuando recibí su apreciable carta, fecha 12 del actual, ya habia destrozado mi corazon, hacia dos dias, la misma noticia (*la de la muerte del Libertador*), dice en otra del 19, i estábamos pensando en Colombia la pobre, en el jeneral Flóres el ambicioso, i en hacer una gran masa militar *para formar un gobierno que lo rija la espada* i corte de raiz estas guerras.... Ya habrá observado que cada artículo (*de los tratados*) nos ofrece arbitrios..... Veremos que efecto obra en Flóres la vista de esas cartas (*las que vinieron dirigidas a este desde Cartagena*) que ya le he remitido, i mi comunicacion en que le ofrezco la presidencia de la república (*la de Colombia*) haciéndole ver sus peligros, i que *me he de llevar hasta los clavos viejos* para hacerle la guerra por el Cauca i el Pacífico.... Anzoátegui marchó ayer para Cuenca a preparar todo lo que debemos llevarnos, i explorar la voluntad de esos habitantes

sobre si debemos marchar... Ya dije a Lecumberri cuanto tenia que hacer Ud. por allá en órden a lo mismo.”

En otra carta del 21 dice: “El ejército se halla con mejor resolucion que antes para marchar contra don Juan José, pues el soldado atribuye a sus traiciones la muerte del Libertador; haga, pues, todo empeño para que vuele la parte de *Jirardot* que le tengo pedida, como la de *Cedeño*, porque es imposible que Flóres cumpla por su parte el tratado, i no ha de perdonar arbitrio para reducir i embrollar el tiempo. Yo no necesito mas que el necesario en que debo reunirme con ese ausilio para marchar de frente; pues, entre tanto, Murgueitio o Garcia le habrán llamado la atencion por Pasto, i esto me basta para autorizar un rompimiento, lo mismo que sucederá; pues los vecinos de esta provincia (*la del Chimborazo*) me han protestado llegarán a embarazar mi regreso, caso que Flóres tuviera con que pagar el haber del ejército; i ademas me parece que igual oposicion deben manifestar nuestros amigos de Guayaquil i Azuai, i por supuesto no abandonaré, por que este fué uno de los recursos que yo tuve presente para adoptar, en caso que el Libertador nos faltara..... Tambien es mui interesante que por la Buenaventura se le dirija al jeneral Murgueitio la que le acompaño, pues en ella le hablo sobre el mismo ejército, i de la necesidad que tenemos en que marche sin demora sobre Pasto, *sin hacer caso del artículo del tratado de paz*, relativo a sus operaciones..... Jeneralmente dice toda la tropa que los ecuatorianos son la causa de la muerte del Libertador, i están locos por vengarla.” Propension es de todo caudillo alentar a sus parciales con cualquier jénero de invenciones; mas la

de atribuir a los ecuatorianos la muerte de Bolívar, i atribuirla Urdaneta a nombre de sus tropas, sobre ser torpe como desmentida por los actos públicos con que le habian proclamado e invitádole a que viniese a morar entre nosotros, no podia surtir efecto ninguno ni en sus corresponsales ni en los capitanes de su ejército.

En fin, Urdaneta detenido en Puná, juntamente con otros de sus compañeros, hasta hacerse a la vela i salir en busca de mejor fortuna, tuvo que presenciar la ejecucion de la sentencia de muerte pronunciada contra el coronel Manuel Leon (ya diremos por qué), uno de sus partidarios, i salir del Ecuador por el mes de mayo con rumbo para Panamá. Alla fué a tomar parte en la resistencia que oponia el coronel Alzuru, conocido por su mala reputacion, i con tal motivo, despues de la derrota que padecieron mercedamente, fueron ambos hechos prisioneros, i de seguida fusilados.

El jeneral Luis Urdaneta no tenia ninguna de las prendas militares que tanto distinguieron a su pariente el jeneral Rafael Urdaneta, i la mala suerte de aquel correspondió en todo a su mala conducta i cobardía.

El coronel Leon de quien hablamos, proscrito del Ecuador por haberse alzado contra sus instituciones, se alzó tambien contra el capitan de la goleta *Luna* en que fué llevado para Panamá. Desembarcó en esta plaza, i a las veinte i cuatro horas volvió a embarcarse con el capitan Sotillo i otros en número de veinte i dos, i se vino con rumbo hácia las costas del Ecuador, por vengar los agravios que habia recibido, *lavando sus pies* (son sus propias palabras) *en la sangre de este pueblo*. Trató de saltar en Túmbes; mas habiéndose opuesto la au-

toridad local de esta plaza, se trasportó en embarcaciones menores a Machala, donde comenzó a llevar a ejecucion sus malos propósitos primero con el espanto, luego con injurias, al fin con daños. Sin embargo de saber que ya estaban debeladas las fuerzas de Urdaneta casi en el todo, se empeñó en abirse paso por medio de los pueblos para incorporarse con ese jeneral que aun permanecia en Cuenca. El coronel Cestari, ausiliado de los vecinos de Machala, le prendió i desarmó, i llevado a Guayaquil se le sometió a juicio por los trámites de ordenanza, i fué condenado a pena capital. Con la formacion del proceso vinieron a ser descubiertos los sangrientos propósitos que traia contra los pueblos del Ecuador, i tal vez a esta causa, aun cuando el mismo consejo de guerra hizo las debidas recomendaciones para que se le conmutara la pena, no tuvieron cabida en el ánimo del gobierno, i murió siempre fusilado. El coronel Leon, eso sí, era uno de los distinguidos jefes de Colombia por su bravura en los combates: su cuerpo estaba lleno de cicatrices, i aun el rostro lo tenia tajado con las heridas que en Ayacucho recibiera.

Con la caida de Urdaneta se descartó nuestro pueblo de veinte i dos jefes (inclusos dos jenerales i ocho coroneles), de cuarenta i cuatro oficiales, i de quince individuos de las clases o tropa; siendo pocos los que merecieron que se sintiese por ellos. Entre estos debe hacerse especial mencion del jeneral Illingrot, uno de los mas honrados, apacibles i de buenas costumbres que vinieron a derramar su sangre por la independencia de Colombia. Sus entrañables afectos por el Libertador, bajo cuyo gobierno i amparo podian únicamente, en su decir, consolidarse las instituciones de su patria adopti-

va, le envolvieron en la impopular i malhadada causa de Urdaneta, i tuvo que padecer persecuciones, i sufrir las malas consecuencias del destierro.

Pero si la nacion se descartó en buena hora de unos cuantos jefes i oficiales díscolos i atrevidos, quedaron siempre otros muchos, aparentemente rendidos i sumisos, o posando en nuestras playas o en sus inmediaciones, prontos i dispuestos a lanzarse en las revueltas, si no a escitar ellos mismos todo jénero de contiendas para vivir a costa de los pueblos. I prescindiendo de los de esta clase, recibieron ascensos cuantos se habian mantenido fieles al gobierno i a la nacion, aunque en virtud de afectos de agradecimiento, quedó abrumada bajo el peso de tantas charreteras i bordados. Entre nosotros, databa desde el año de nueve la manía de pagar con ascensos, acciones que no pasan de ser propias del pundonor i deber militares.

VI.

Dijimos en el libro último que las ciudades de Pasto i Buenaventura, i mui luego Popayan misma, capital del departamento de Cauca, se habian incorporado al Estado del Ecuador. Sucesivamente habian seguido todos sus pueblos el ejemplo que dieron las capitales de provincia, sin otro desacuerdo, como anunciamos ántes, que el haberse declarado unos provisionalmente, miéntras durasen los disturbios del centro, i otros sin condicion ninguna.

El congreso del Ecuador, discuriendo i obrando con circunspeccion i lealtad, se habia limitado a declarar que el colejio de plenipotenciarios de los Estados de Colombia seria el que por la lei fundamental, fijase los lindes de los territorios.

El jeneral Flores, fuera por librar al Estado del contagio de la revolucion del centro, fuera que estuviere persuadido del derecho con que esos pueblos podian libremente incorporarse a los Estados del sur o centro, fuera como quieren sus enemigos, por pura ambicion o deseos de estender el territorio de la nacion que rejia; se apresuró a trasladar a Pasto dos cuerpos de infantería para que le resguardaran, i él mismo se fué poco despues con el fin de arreglar la provincia de ese nombre, i proteger las manifestaciones de su voluntad. Ya vimos cómo, sin embargo de esto, tuvo necesidad de sacar de tal ciudad el batallon *Quito*, con motivo de la insurreccion promovida por Urdaneta en Guayaquil.

Las actas de los pueblos del Cauca se habian celebrado desde ántes que se diera la declaratoria del 16 de noviembre por la asamblea de Buga, por la cual se reconoció al jeneral Rafael Urdaneta como encargado del mando provisional de Colombia, en los mismos términos que le reconocieron las de Bogotá i otras prvincias. I como, fuera de esto, no se la llevó adelante, sino que mas bien fué contradicha por el acta del 1º de diciembre, celebrada en Popayan, la capital del departamento, el jeneral Flóres ya no tuvo embarazo ninguno en expedir un decreto ejecutivo, declarando formalmente incorporados esos pueblos al Ecuador; i esos pueblos juraron la constitucion del Estado, i recibieron las autoridades que el presidente tuvo a bien nombrar.

El jeneral Urdaneta, como cabeza del gobierno que rejia en el centro, se dirigió oficialmente al jeneral Flóres pidiendo la devolucion de Pasto, cuya incorporacion al Ecuador era la única de que hasta entónces pudo tener conocimiento. Fundóse para tal demanda en la declaratoria de la asamblea de

Buga, i como el presidente, arrimándose a la del 1º de diciembre, se negó a tal devolucion, la pertenencia del Cauca llegó a ser objeto i causa de una larga contienda, i a producir tamaños disgustos entre el Ecuador i Nueva Granada, aun desde mucho ántes que esta se constituyera. Por entónces, el buen pulso e indecisiones del Libertador, el aspecto bélico en que se mantenía Venezuela por conservar su reciente modo de ser, i, sobre todo, la insurreccion levantada por los jenerales Obando i López contra el gobierno de Urdaneta, segun lo espusimos en su lugar; impidieron venir a las manos, i las cosas no pasaron de bravatas i amenazas.

El presidente del Estado, fuera ya de las atenciones en que habia entrado por la insurreccion del 28 de noviembre, de la cual se libró mañosa i airosamente, volvió a colocar en Pasto un cuerpo de infanteria, aparte de la mitad del *Vargas* que desde meses atras se hallaba en esa plaza. Entretanto, como los disidentes de Nueva Granada continuaban metidos entre los conflictos que dejamos relatados en su lugar, quiso tambien nuestro gobierno contribuir a la pacificacion de los departamentos del centro, i dispuso que la goleta de guerra *Guayaquileña* saliese tras la *Ismeña* i la rindiese, como en efecto fué rendida el 28 de marzo por el comandante en jefe, coronel Soulin. Poco despues envió para Panamá una columna de tropa a órdenes del comandante Pedro Mena, con el objeto de que contribuyese a destruir la faccion levantada por el coronel Alzuru, como tambien fué destruida. “La columna ecuatoriana que venia a la vanguardia, dice el *Boletin* de Panamá núm. 7º, del 27 de agosto, rompió el fuego, i con algunos cortos tiros del resto del ejército se pusieron en

vergonzosa fuga Alzuru i sus viles secuaces.” Aun el jeneral Hilario López, puesto, despues del combate de Palmira, a la cabeza de la division que iba a combatir contra los facciosos del centro, no obró sino como ausiliar del Ecuador, segun él mismo lo espuso al vice-presidente Caicedo, i aun segun se esplicó oficialmente con nuestro gobierno. Ultimamente, habiéndose dado por el prefecto del Cauca lo noticia de que todavia quedaban en pié algunas reliquias de los disidentes en Calí, i pedido con tal motivo que se le enviasen de ciento cincuenta a doscientos veteranos, dispuso el gobierno que el batallon *Quito* se trasladase a Popayan a mantener su tranquilidad.

Por sanas i rectas que sean las acciones del hombre, nunca faltan quienes las interpreten a su antojo, i los enemigos del jeneral Flóres discurrieron que la ambicion, i no otro ningun motivo, le movió a dar este paso para que, en son de guarecer a Popayan, fuera ese cuerpo a influir en los habitantes o, cuando ménos, a estorbar el que deliberasen libremente sobre si habian de pertenecer al Estado del sur o al del centro. Mas por las instrucciones que se dieron al coronel Zubiría, quien debia ponerse a la cabeza del cuerpo, i encargarse de la comandancia jeneral de ese departamento, se comprende que aquel paso fué obligado por la necesidad, i que, por parte del jeneral Flóres, se respetó la libertad de los caucanos.

Estas instrucciones, fechadas el 1º de setiembre, contienen, despues de las relativas al movimiento del cuerpo, las siguientes: 5ª el gobierno está íntimamente persuadido de que el gobierno del centro no abriga miras hostiles contra el Ecuador, i que las tropas que vienen son las mismas que fue-

ron de auxilio desde el Cauca, i que a la fecha se habrán licenciado seguramente, como sucedió con la coluna Zárria. 6ª En el caso de que efectivamente se presente en el Cauca alguna fuerza granadina con miras hostiles, el señor coronel Zubiría se retirará a Pasto, dando ántes una proclama a los habitantes del Cauca, en que se diga que el gobierno del Ecuador, consecuente a sus promesas, le ha ordenado preferir una honrosa retirada, ántes que disparar un fusil contra unos hermanos cuya libertad respeta. 7ª para cumplir con el antecedente artículo examinará la opinion jeneral de esos pueblos, i con especialidad la del vecindario sensato.”

Vése, pues, que el gobierno del Ecuador obró con laudable moderacion i tino al limitar sus procedimientos, con respecto al Cauca, a preservarle de la guerra en que estaban las otras provincias granadinas, i que habia contribuido tambien al establecimiento del órden del departamento del Ismo. Aun en las instrucciones reservadas que se dieron al encargado de los negocios del Ecuador en Bogotá encontramos la siguiente: “En el caso de que el gobierno del centro le exija la restitution del gobierno del Cauca i Pasto, le manifestará que el gobierno ecuatoriano está mui distante de aspiraciones locales, i que se somete gustoso a la resolucion del congreso de plenipotenciarios que debe fijar los límites de los Estados.”

Por lo demas, las elecciones primarias, electorales i de diputados para el primer congreso constitucional se verificaron tranquilamente en todas las provincias del Cauca, i llegado el caso de la instalacion concurrieron los correspondientes a este de-

partamento, juntamente con los del Ecuador, Guayaquil i Azuai.

VII.

Tales eran los antecedentes i rumbo que habian tomado los acontecimientos relativos al Cauca, cuando por conducto del ministro de lo interior, esto es por un órgano que no es el regular, pasó el gobierno del centro la comunicacion oficial de 22 de julio, solicitando la devolucion del departamento cuestionado como parte integrante de Nueva Granada.

La reclamacion tuvo su fuente en la respuesta que el prefecto del Cauca dió al gobierno de Bogotá, con motivo del decreto de 7 de mayo espedido por el vice-presidente Caicedo, convocando una convencion, i por el cual llamaba a los diputados de los departamentos con inclusion de los del Cauca. El prefecto Arroyo habia contestado que daba cuenta a su gobierno [el del sur] con las comunicaciones recibidas del centro, *porque a él no le era dable contrariar la voluntad de los pueblos del Cauca, unidos al Ecuador por su seguridad i bienestar futuro, mientras una asamblea jeneral de la nacion fijase los límites de cada Estado:* que todo el departamento habia jurado ya la constitucion, i procedido a las elecciones primarias para las de los diputados; i que si llegara a cumplir las órdenes del centro, todos los pueblos del Cauca levantarían el grito contra el prefecto, quejándose de que volvía a envolverse en la guerra civil.

El ministro del gobierno del centro fundó sus cargos i reclamaciones en que la agregacion de los pueblos de Cauca al Ecuador no podia conceptuarse sino provisional, como aconsejada por las cir-

cunstancias del tiempo, mas queriendo en todo caso conservar inviolables las instituciones de la república de Colombia, i su fidelidad a las autoridades lejitimas. Pero que, restablecido ya el gobierno constitucional, aceptada i jurada en todas las provincias del departamento la constitucion del año 30, i reconocidos los empleados superiores que ella estableciera, debian volver a la union con que la naturaleza i las instituciones políticas les habian ligado a los demas de los departamentos centrales.

El gobierno del Ecuador se limitó en su contestacion a decir que, si era cierto que el Cauca jurara la constitucion del año 30, lo habia hecho hipotéticamente; esto es, en el concepto de que prevaleciera el sistema central desechado por la voluntad jeneral, quedando los pueblos por consiguiente en pleno ejercicio de los derechos primitivos para conservar su existencia, i buscar la asociacion política que fuese mas conforme a sus conveniencias: que el territorio del Cauca era tan independiente del Ecuador i de Nueva Granada como los demas del centro, i que ninguno de los Estados podia decir que tenia posesion de él: que si se atendia a la antigua demarcacion, la provincia de Popayan fué siempre parte integrante del reino de Quito, sujeta en lo judicial hasta la época de la transformacion política; i que, convencido de estos principios, no habia podido ménos que dar acogida i amparo al voto libre i espontáneo de aquellos pueblos.

Miéntas se cruzaban estos i otros oficios, relativos al mismo punto, los papeles públicos de Nueva Granada i Ecuador, i especialmente los primeros, se presentaron furiosos i hasta sucios, que no descomedidos i virulentos, despedazándose mutuamente con denuestos a cual mas graves, que a decir

verdad deshonran la prensa de aquellos tiempos. El Cauca, hecho la manzana de la discordia, no podia el mismo saber cual seria su paradero, sin que tampoco podamos nosotros afirmar cual, de cierto, era su jenuina voluntad, porque bien natural es que sus habitantes se hallasen divididos en los afectos, segun los vínculos de sangre, amistad o intereses con los del centro o sur del antiguo vireinato. Lo que sí puede asegurarse es que los pueblos meridionales del departamento estuvieron mas decididos por el Ecuador, i los setentrionales por Nueva Granada, sin otra razon que la sencilla i mui concluyente de que los pueblos quieren tener mas espedito el despacho gubernativo en todos sus ramos.

El diputado Valencia, a cuyo decir nos arrimamos, por ser uno de los mas ilustrados del departamento del Cauca, i entónces el mas competente para hablar de la materia, se esplicó en dicho sentido en la sesion del 3 de octubre en que el congreso se ocupaba en ella. Necesítase de tino i detencion, dijo, para resolver este punto, ya que las manifestaciones de algunos pueblos han sido simples i absolutas, i las de otros condicionales o reservadas, *pues puedo esponer asertivamente que la agregacion de los pueblos del Cauca fué libre i espontánea, mas no puedo asegurar lo mismo respecto de los pueblos del norte.*

VIII.

Sea de esto lo que fuese, el asunto no habia avanzado un solo paso hasta el mes de setiembre, en que se reunió el primer congreso constitucional del Ecuador, abriendo sus sesiones el dia 20 con la concurrencia de 6 de los diputados del Cauca, co-

rrespondientes a las provincias de Popayan, Pasto i Buenaventura.

La materia de que venimos tratando ocupó sus primeras atenciones, i el 7 de noviembre espidió el decreto cuya parte dispositiva dice así: “Artículo 1º El departamento del Cauca queda incorporado al Estado del Ecuador, entre tanto que la convencion jeneral compuesta de diputados de todas las secciones de la república, haga definitivamente la demarcacion de dichas secciones.—Artículo 2º. Se aprueban, corroboran i ratifican tanto el decreto ejecutivo admitiendo la incorporacion del departamento del Cauca, como las órdenes espedidas para que concurra con sus diputados al presente congreso; reputándose desde su incorporacion como una parte integrante del Estado, i con los mismos derechos i deberes de los demas departamentos.”

La lejislatura, pues, se limitó discretamente a sostener la incorporacion hasta que el congreso jeneral resolviese otra cosa, i hai que apreciar la modestia i circunspeccion de semejante procedimiento. En las circunstancias que se hallaba el Cauca, partiendo tierra con los Estados del sur i centro, i no pudiendo constituirse como pueblo independiente, segun habia pensado en los primeros dias de la disociacion de Colombia, su futura suerte no debia someterse al querer i antojo de los interesados, i ménos aun a las maquinaciones de la política ni a la decision de las armas. El congreso constituyente de Nueva Granada, valga la verdad, no tuvo el mismo miramiento con esos pueblos, sino que, sin andarse por las márgenes, declaró que pertenecian a su territorio.

Hé aquí la declaratoria que dió: “La convencion resuelve. Sin perjuicio de las medidas i determina-

ciones que oportunamente decretará la convencion respecto de los departamentos del Ecuador, Azuay i Guayaquil, cuyas resoluciones marcarán la línea de conducta que debe guardar el poder ejecutivo; se declara que el mismo poder ejecutivo no podrá entrar en ninguna clase de arreglos, pactos ni transacciones con los departamentos espresados, sin que primero el gobierno que ahora los rije manifieste de una manera clara, terminante i espresa que desiste de toda pretension sobre todos i cada uno de los pueblos del departamento del Cauca, segun los límites que designa la lei de 25 de junio de 1824, sobre division territorial, i declare ademas que ha cesado la agregacion provisoria, que de ellos se hizo en el año próximo pasado de 1830."

Por el mes de noviembre pasó el gobierno del centro un segundo oficio insistiendo en la devolucion del Cauca, como consecuencia del principio *uti possidetis* que conservaba al tiempo de la emancipacion de España, i concluyendo con que, si no fuese devuelto el departamento, se veria en la precisa necesidad de emplear cuantos medios estuviesen en su poder para reincorporarlo, puesto que habian sido infructuosas las medidas conciliatorias que hasta entónces se propusieran en obsequio de la paz.

Ciñéndose el gobierno en la contestacion que dió al punto fundamental deducido del *uti possidetis*, único que se empleó en aquel oficio, aunque con varias amplificaciones, sostuvo que el territorio del Cauca estaba comprendido dentro de la antigua demarcacion del reino de Quito, i que al tiempo de proclamarse la independencia era parte integrante de la real audiencia, en cuya posesion habia continuado hasta el nuevo arreglo, dispuesto en los tiem-

pos de Colombia: que las casas de regulares del departamento cuestionado habian dependido siempre de las provinciales de Quito: que en tiempo de la metrópoli tambien Popayan constituia un gobierno distinto de la antigua provincia de Santafé: que si el dicho gobierno dependia del vireinato, los demas gobiernos del sur se hallaban en el mismo caso, debiendo entónces hacerse iguales cargos i con igual derecho; i que estrañaba se proclamase como vijente la citada lei del año de 1824, cuando por esta se habian incluido hasta los cantones de Izcuanaté, Tumaco i otros puntos de la costa que sin contradiccion ninguna pertenecieron siempre a la presidencia en lo civil i eclesiastico, i la provincia de Pasto aun en lo judicial; siendo este el motivo por qué la cabecera de ella habia solicitado constantemente [era la verdad] separarse del departamento del Cauca, i decidiéndose, al resumir sus derechos por la incorporacion al Ecuador sin restriccion ninguna. Conviene, en que si no se pudiere resolver la contienda por el congreso de plenipotenciarios, la decidan libremente los mismos pueblos del Cauca, sin que esta libertad se estienda a los de la costa ni al territorio de Pasto, hasta donde alcanzaba la jurisdiccion eclesiástica de Quito; i que si, a pesar de este desprendimiento, se declaraba la guerra, el Ecuador sabria defender sus derechos con el *ejército de valientes*, la *opinion de los pueblos*, los *aliados poderosos*, la *justicia de la causa* i la *proteccion de la divina Providencia*.

Raras, por no decir mui singulares, son las pruebas que la historia puede presentar como resultados de transacciones honestas en esta clase de contiendas. Los principios de la guerra i la política, comedidos i justos al parecer, no los aplican los

hombres sino llevando por delante su provecho e intereses, i las resuelven siempre a su capricho. Nada habrá pues que estrañar, por consiguiente, que la contienda de entónces se decidiera al antojo de uno de los dos Estados, i no por el arbitraje de un tercero, ni por la voluntad de los mismos pueblos.

El gobierno del centro pasó desenfadada i activamente de las amenazas a la ejecucion, i fué preciso entrar en guerra con nuestros propios hermanos, cuando ellos i nosotros acabábamos de sacudirnos a malas penas de las guerras suscitadas por el restablecimiento de Colombia.

Quibdó fué el primer pueblo caucano que, haciendo una manifestacion en favor de Nueva Granada, llegó a obrar contra sus propios actos anteriores; i el gobierno procedió, como era natural, a nombrar las autoridades del departamento, i a designar las personas que debian servir la prefectura i gobernaciones. La capital del departamento, en los conflictos de ver su territorio espuesto a servir de teatro de la guerra que andaban preparando, a causa del violento sesgo que habia tomado la cuestion, escojitó un arbitrio justo i al parecer el mas atinado i discreto, con el cual pensó dar fin a la contienda. Reuniéronse los vecinos en asamblea, i elevaron, a principios de diciembre, a los gobiernos del sur i del centro dos peticiones de un mismo tenor, solicitando que se autorizara al prefecto para que convocase *una asamblea representativa departamental revestida con el lleno de sus facultades, para decidir definitivamente acerca del lugar que habian de ocupar en la gran familia colombiana.* Llena está la solicitud de observaciones sólidas que honran el juicio, discrecion i dignidad de los que

la suscribieron, para que dejemos de insertarla como un monumento favorable a su memoria [39].

El gobierno del Ecuador aplaudió sinceramente la tan bien escojitada medida, como conforme a su modo de pensar; mas, fundándose en que la contienda iba a terminar por medio de una amistosa negociacion, i en que todavia estaba pendiente la contestacion que esperada del centro, resolvió continuase el orden de cosas en su estado actual. Por lo que hace al gobierno de Nueva Granada, estamos entendidos de que se negó rotundamente a tal intento.

Como la contienda no vino a terminar sino mas tarde, suspendemos la narracion de ella en este punto, con el fin de referir otros sucesos ocurridos con anterioridad.

IX.

Habíase reunido el primer congreso constitucional, como ántes indicamos. Una gran corrida de toros, paseos, banquetes, bailes, cuantas diversiones, en fin, podia brindar el gobierno; todo, todo, se habia preparado i ejecutado en festejo de su instalacion, i el Ecuador, a juzgarse por tantos recreos, se presentaba como rebosando de sosiego i dichas. Los periódicos, i mucho mas el oficial, pintaban la union, la concordia i el contento de los pueblos como resultados de la prudente gobernacion que los regia, i nacionales i extranjeros estaban a punto de pregonar la prosperidad i ventura del nuevo Estado.

Cuasi de seguida, sin embargo, los papeles pú-

Muchos fueron desmentidos, i desengañada la opinión por el mensaje del presidente, en que hizo ver que, lejos de hallarse la nacion con tan brillante perspectiva, solo se habian dejado palpar los riesgos de su independencia, la desmoralizacion i el por demas angustioso estado de la hacienda nacional. El presidente del Estado dió cuenta de la insurreccion de Urdaneta, sus movimientos i resultados, de la defeccion de los dos escuadrones de *Granaderos*, de la paralización del orden i progresos gubernativos, i de la destruccion del *edificio de las leyes*, por haberse convertido el territorio *en un piélago de crímenes*. Por un mensaje separado, manifestó con claridad i desenfado que habia un déficit de trecientos mil pesos, sin incluir los gastos extraordinarios, ni las cantidades que debian reservarse para pagar los intereses de las deudas doméstica i extranjera; esto es, que el Estado no podia subsistir. El ministro añadió en su *Memoria* que el gobierno se habia visto en la dolorosa necesidad de imponer por via de subsidio una contribucion de treinta mil pesos al departamento de Quito; i en oficio pasado algunos dias despues, que aun sobrevendria la de declarar que la nacion se hallaba en estado de bancarrota. Era la verdad, i ni era posible que fuera de otro modo, cuando se mantenía un ejército de poco mas de dos mil hombres, i una escuadrilla que, teniendo a la cabeza la fragata *Colombia*, necesitaba de cuantiosas rentas, no para darla movilidad, sino mui apénas para conservarla.

Hai mas. Ni ese ejército ni esos marinos estaban siquiera medianamente satisfechos de sus sueldos, por que o no habia con qué, o si lo habia era invertido entre los jenerales i jefes de cuenta, i los empleados superiores favorecidos del gobierno, hallán-

dose los demas no solo descontentos sino en mendicante miseria.

Uno de los funestos resultados de la congojosa situacion de entónces fué la insurreccion de las tres compañías del batallon *Vargas*; insurreccion ocasionada por el hambre i desnudez de los soldados, que hacia meses no recibian un solo sueldo, por mas que el gobierno pretendió atribuirle a otros motivos. Verdad es que el sarjento primero de la compañía de *Volteadores*, Miguel Arboléda, que la fraguó, se hallaba preso i espuesto a ser fusilado por sentencia del consejo ordinario de guerra. Pero esto, por sí solo, no le habria hecho obtener que fuera tan fácilmente seducida su compañía, cuanto mas las otras, si todas las clases i soldados no hubieran estado aburridos desde mui atras de su miserable estado, viendo que se les retenia hasta el mezquino sobrante del pre diario que les pasaba la nacion. Los jefes de los cuerpos, lo diremos de paso, por cuyas manos se pagaban alguna vez los sueldos, habian dado con los medios mas hacederos i seguros de enriquecer a costa del gobierno, i a despecho del hambre de sus propios soldados, sin mas que presentar como efectivas todas las plazas de que constaban, aunque estuviesen en comisiones o hubiesen desertado. I aun de las raciones mismas escatimaban tambien cuanto podian, ahorrando para sí los provechos procedentes de las compras que hacian por mayor para la comunidad del rancho. Un jefe de cuerpo estaba entónces mas seguro de enriquecer que cuantos ministros de hacienda i tesoreros manejaban los caudales públicos, porque a lo ménos estos tenian que presentar, llegado el tiempo, los documentos de cargo i data, i podia hacerse efectiva la responsabilidad. En cuanto a muchos de los jefes, digámos-

lo con lizura, no conocian el pundonor, i la mala tentacion era constante para dejar de aprovecharse de las ventajas que tan a la mano les venia. Jenerales hubo que continuaron sirviendo como jefes de cuerpo, por no perder tan lucrativos como seguros medios de enriquecer.

La insurreccion la proclamaron los soldados en la noche del 10 al 11 de octubre. Los insurrectos prendieron a cuantos oficiales tenia el medio batallon, i al jeneral comandante jeneral del departamento, Whitte, i de seguida se apoderaron del cuartel de artilleria que, defendido por algunos milicianos, se rindió despues de una mui corta resistencia. El presidente llegó a saber la insurreccion a la una de la mañana, i tomando al punto diez hombres de la guardia del palacio, se dirijió a caballo a casa del jeneral Whitte. A su llegada estaba ya preso i escoltado por treinta hombres, i por este motivo ocurrió por veinte soldados mas de la misma guardia del palacio. El conductor de esta órden, Molano, asistente del jeneral Flóres, la halló tambien sublevada ya, i no solo esto sino que, al acercarse al palacio, recibió algunos balazos i cayó muerto.

Desde ántes del amanecer del 11, los insurrectos se habian posesionado de la plaza mayor i calles centrales, i montado dos cañones para su mayor seguridad. El jeneral Flóres, entre tanto, pasaba por crueles angustias sin saber el partido que debia tomar, porque tampoco sabia el objeto de la rebelion, hasta que, acompañado de unos pocos, se les presentó de sobresalto i arrojadamente en la plaza mayor, les arengó afeando su conducta, i concluyó por preguntarles qué cosa solicitaban. *Ser pagados de lo que nos deben*, le contestaron la-

cónicamente. Esta demanda requería prontitud para calmar a los sublevados, i sin embargo, lo avanzado de la noche i la pobreza del tesoro se oponían a cuanto pudiera ocurrírsele para ver de contentarlos.

Consternada por demas, i con justicia, quedó la ciudad al despertar con tan grave suceso, i los conflictos subieron de punto, al ver la imponente i hostil actitud de los sublevados, con todo que hasta entónces no habian cometido ningun desafuero con la poblacion.

Pensóse desde luego en recojer cuanto dinero pudiera colectarse por medio de empréstitos i donativos, porque en caja no habia un solo octavo; mas en hora tan incompetente era difícil hallarlo pronto, i los riesgos comenzaban ya a hacerse conocer, cuando algunos, aunque mui pocos, de los sublevados empezaron a dispersarse i embriagarse.

Miéntas el jeneral Farfan i el coronel Klinjer conferenciaban con Arboleda i los demas sarjentos, pensando reducirlos a la obediencia, el presidente, acompañado de algunos individuos del estado mayor, oficiales retirados i unos pocos paisanos, se dirigió a la plaza de Santo Domingo, i fué acometido allí por un soldado de los dispersos, que preparó i le encaró el fusil para matarle. El jeneral Flóres, lijero como un equitador, se recostó a la costilla del caballo en que montaba, cubriendo su cuerpo con el del animal, i durante este corto tiempo, otro soldado de los mismos rebeldes levantó con su brazo el fusil a que variara la direccion del tiro, i escapó así de tan inminente riesgo.

Al fin, a las nueve del dia, se consiguió la corta suma de cinco mil seiscientos noventa i ocho pesos, única que pudo colectarse en semejantes apuros; i

los soldados, dándose por satisfechos con tan miserable cantidad, i las raciones que officiosamente les proporcionó el señor Polit, desocuparon la plaza a las diez i media.

Tomaron el camino del norte con direccion a la provincia de Imbabura, haciendo a la salida algunos tiros, bien que sin causar ninguna desgracia.

Con la salida de las compañías insurreccionadas quedaron libres el jeneral Whitte i los oficiales que habian sido presos. Whitte, soldado pundonoroso, tomó una partida de milicianos, i contando en mala hora con que seria respetado por haber sido jefe de los insurrectos mucho tiempo, salió en su persecucion el mismo dia con el objeto de reducirlos a la obediencia. Andando siempre tras los sublevados sin perderlos de vista, tuvo la imprudencia de adelantarse con el capitan Tamayo algunas cuabras mas del paso que llevaba su partida, i una emboscada puesta por los primeros los tomó i llevó presos hasta el puente de Guailabamba. Allí fusilaron al jeneral, i Tamayo, que continuó preso, tuvo la buena suerte de fugar al dia siguiente.

Obra de temeraria imprudencia, mas bien que la desmoralizacion de los soldados, fué la muerte de Whitte, pues, como no era de esperarse, guardaron ellos en el tránsito cuanto orden i disciplina cabian en sus circunstancias. Para desgracia de los rebeldes, i segun acontece frecuentemente con las revueltas de los cuarteles, comenzaron a dispersarse aquí i allí, i de treinta que habian desertado hasta el dia 13 fueron aprehendidos cinco, de los cuales se fusilaron a cuatro, i se salvó al que salvó la vida del presidente en Santo Domingo. Es de creer que estos treinta eran soldados ecuatorianos,

que no quisieron dejar sus hogares por ir a mendigar en tierra extraña.

Bien pronto otra buena partida de milicianos i los escuadrones *Primero i Segundo* de granaderos que, hechos traer de otros lugares, entraron ya en Quito, siguieron tras los rebeldes; i fusilando a dos o tres aquí, asesinando a otros mas allá, o combatiendo mas léjos, cerraron i acabaron con todos en el puente de Cuaiquer, al entrar en las selvas de Barbacóas. El coronel Otamendi, comandante en jefe de las tropas del gobierno, llevó hasta la barbarie el cumplimiento de la comision, porque no perdonó a ninguno; i los últimos que se entregaron por una especie de capitulacion, incluso Arboleda, el cabecilla, fueron traídos para Quito, en donde los pasaron por las armas. Sacáronse hasta treinta i dos a la plaza de Santo Domingo, para que en un solo acto i al mando de una sola voz cayesen muertos a un tiempo. Merced a la compasion i jenerosidad de los señores Barba, Polit i otros, estando ya de rodillas para recibir los tiros, se redimieron seis de estos desgraciados, i se redimieron por dinero!..... Tusa i Tulcan habian presenciado tambien los suplicios de ocho, diez o doce individuos por partida.

El jeneral Flóres, al dar cuenta de estos resultados al congreso, en su mensaje del 1º de noviembre, dijo: "Cuando la historia del Ecuador refiera que un cuerpo de tropas quebrantó las leyes de la obediencia i del honor militar, referirá tambien que la espada de la lei cayó sobre las cabezas de los cómplices en tan nefario crimen, i que ninguno de ellos sobrevivió al delito." La historia cumple como corresponde con su deber i con tan indiscreta recomendacion, i refiere que perecieron asesinados

o en el patíbulo a vuelta de trecientos veteranos de los fundadores de Colombia, Perú i Bolivia, porque ya no pudieron soportar mas tiempo el hambre i la desnudez.

X.

Dejamos ya referido cual fué la resolucíon que dictó el congreso en punto a la incorporacion del Cauca. Digamos ahora lo que ocurrió en esta legislatura, i demos cuenta de sus demas trabajos.

La sesion del 21 de setiembre fué bastante acalorada con motivo de haberse tratado en ella de la calificación del diputado Martínez Palláres, nombrado por la provincia de Imbabura, sin embargo de ser el jefe del Estado mayor jeneral, como si dijéramos el ministro de la guerra. No podia, en efecto, ser mas repugnante su representacion, i como se hallaban en igual caso los diputados Valdivieso ministro de estado, José Maria Arteta, Nicolas Arteta, Ignacio Pareja i Liquerica, empleados unos en la alta corte de justicia, i otros, lo que era peor, en el consejo de estado; la discusion se estendió aun con respecto a la calificación de estos. El ministro Valdivieso sostuvo acaloradamente su nombramiento de diputado, fundándose en que no habia prohibicion constitucional; i el diputado Tamaris discurrió en el mismo sentido. Pero los diputados Larrea, Valencia, Ramírez Fita i, sobre todo, Arteta (Pedro José), manifestaron la violacion de los principios mas comunes del derecho constitucional, i hasta de los principios de la libertad pública, ya que venia a minarse la independencía del poder legislativo en las entrañas mismas de la cámara. Tan justas i convincentes fueron las razones aducidas, que el

congreso declaró por unanimidad que no podían ser diputados: el presidente i vice-presidente del Estado, quienes atendiendo solo al vacío de la constitución, podían también haberlo sido legalmente: el ministro Secretario i el jefe de estado mayor jeneral: los miembros del consejo de estado; i los ministros de la corte suprema de justicia.

Hubo otra contienda suscitada por el diputado José María Santistevan, con la cual fatigó al congreso, en muchas de las sesiones, empeñándose en hacer revivir el grado de *jeneral en jefe* para dárselo al presidente, en recompensa, dijo, de los grandes servicios que acababa de prestar a la patria, librándola de la insurrección de Urdaneta. Acaso la proposición se conceptuará como de poco interés público para detenernos en referirla; mas esta clase de asuntos hace conocer a los hombres, i conocer también el estado de servilismo o independencia en que se encuentran los pueblos respecto del que los gobierna. La historia, al narrar las acciones que han constituido su objeto, ensalza o deprime a los actores sin adulación ni odio, no tanto para hacerlos conocer, como para que sirvan de estímulo i ejemplo a los hombres que tras ellos se levantan.

El proyecto, aunque combatido por el diputado Tamaris, que se apoyó acertadamente en que el grado de *jeneral en jefe* era desconocido en la legislación militar del Ecuador, fué admitido a discusión. Tan ruidosa i censurada fué la proposición del Sr. Santistevan, que este, cuando ya se trataba de ella en tercera discusión, dijo al terminar su largo discurso, *que nunca pudo persuadirse de que su proyecto hubiese sido la causa del escándalo de los necios i del triunfo de los ingratos*. Pero no fueron ni los necios ni los ingratos solamente, sino cuantos hom-

bres estimaban el pundonor i dignidad de la nacion, los que lo desecharon como brote de simple adulacion. Levantáronse, al oir tan descomedido lenguaje, unos cuantos diputados, no ya contra el proyecto que se discutia como contra las virulentas frases del orador, a quien *debió llamarse al orden*, dijo uno, i pidió otro que se sentasen en el acta: “Hase creido, añadió el diputado Flor, que los que se oponian al proyecto eran unos necios e ingratos; pero este raciocinio no es exacto, porque los elojios dados al que dispone de las armas, i puede disponer de los empleos civiles, no prueban tampoco nada en su favor, cuando en iguales circunstancias tambien se habia elojiado a Tiberio. Mui al contrario, estoi persuadido que los que honraban verdaderamente al jeneral Flóres eran los del partido de la oposicion, porque esto probaba que en el tiempo de su mando habia una perfecta libertad i garantias, ya que cada individuo hablaba libremente i esponia sus opiniones sin restriccion.” El resultado del proyecto en esta sesion fué que se decretase en favor del jeneral Flóres un premio cívico, debiendo presentarse el proyecto del decreto a discusion por la comision de guerra.

Presentado este, i admitidos a discusion los tres primeros artículos, tuvieron los diputados que hacer alto al tocar en el siguiente: “concebido en estos términos (dice el acta de 22 de octubre) de que en testimonio de la gratitud pública, el Estado adopta a su primer hijo Juan José Federico Flóres Jijon, i le señala desde el presente hasta que se emancipe mil pesos anuales en auxilio de su educacion.” No fué dilatada, cuanto mas sostenida, esta segunda proposicion, porque mui apénas la combatiéron los diputados Ramírez Fita i Larrea; mas

puesta a votacion, quedó negada. Dados así en tierra entrambos proyectos, se escogió otro por el cual, elevado ya a decreto, se declaró que el presidente era *Benemérito de la patria, i padre i protector del Estado*.

Fuera que el jeneral Flóres conceptuase estos títulos como obtenidos ya desde mui atras, concepto en el cual no cabia estimarlos como nuevamente honoríficos, fuera modestia i verdadero desprendimiento, fuera sarcasmo con que quiso manifestar su disgusto por haberse desechado ambos proyectos; Flóres hizo ver su gratitud hácia el congreso que, *interrumpiendo sus importantes tareas*, habia acordado en favor suyo *un decreto de inmerecidas recompensas*, i devolvió el decreto sin sancionarle. El congreso se allanó a tales observaciones i quedó así orillado el asunto.

En la sesion del 17 de octubre, en que el ministro encargado de la seccion de hacienda se presentó en la cámara a pintar el lastimoso estado de las rentas públicas, anunciando una bancarota sino se arbitraban los medios de nivelar las entradas con los gastos; se dejaron conocer de lleno todas las dificultades que oponia la nacion, no para progresar que esto habria sido mucho querer sino tan solo para conservar su estado ordinario i regular. Un pueblo sin hacienda es como un cuerpo sin sangre, ha dicho alguno, i puede comprenderse de una manera cabal el lastimoso estado de entónces por el proyecto de decreto que presentó dicho ministro reducido a la supresion de las cortes de justicia del Azuai i Guayaquil; a la de las contadurías departamentales del Guáyas, Quito i Cuenca: a la de una de las tesorerías del Guáyas: a la simplificacion de la policia de esta misma provincia, i aplicacion de las

dos terceras partes de las rentas que le estaban señaladas a los fondos comunes: a la expedicion de un decreto declarando a los jenerales, jefes i oficiales en el goce de solo la tercera parte de los sueldos: a la autorizacion al poder ejecutivo para que hiciese reducciones de los empleados subalternos: a la supresion de las secretarias de las comandancias de armas, i de las de las gobernaciones de las provincias; i a la suspension de provisiones en las vacantes eclesiásticas.

El congreso oyó con pena intensa tan desconsolador informe, i aunque al principio estuvo por acoger el sistema de ahorros propuesto por el ministro, se desentendió mui luego de él, i espidió en cambio los siguientes decretos: habilitacion del puerto de Santa Elena en los mismos términos que habian sido habilitados los de Manta i Bahia de Caráques por la lei de 25 de setiembre de 1830: una contribucion mensual de doce mil pesos por el tiempo de tres meses: division provisional del ministerio de hacienda, esto es creacion de un nuevo ministro para que esclusivamente se consagrara a este ramo: contribucion personal sobre las propiedades desde uno hasta cien pesos: autorizacion al poder ejecutivo para que rehiciese las oficinas de hacienda: pension mensual sobre las fábricas de destilacion de aguardientes e imposicion de un nueve por ciento por la introduccion de licores extranjeros: arreglo del derecho de toneladas sobre los buques nacionales o extranjeros que arribasen a los puertos del Estado; i aumento del derecho de alcabala por la venta de buques extranjeros. Ni una sola palabra acerca de la reduccion del ejército, ni del desprendimiento de una marina del todo inútil, i mas que inútil, costosa, para un Estado pobre.

De cierto que no cabia menoscabar el ejército, por que aun se tenia cabal i pendiente la contienda del Cauca, pero la marina debió hacerse desaparecer del todo.

Semejantes leyes i decretos fueron, como era de temerse, insuficientes, i las necesidades públicas continuaron con la misma o mayor pujanza.

En los últimos dias del congreso [5 de noviembre] se presentó el ministro de estado con un oficio del ministro de guerra del gobierno del centro, por el cual desconocia la independendencia del Ecuador, i reprobaba la conducta de su gobierno por haber introducido un cuerpo de tropas en Popayan. Mas que profundas, de mui justo enfado, fueron las impresiones que produjo la lectura del oficio, no por su objeto, sino por las palabras descomedidas con que se ultrajaba la dignidad de la nacion; i se cruzaron i discutieron con tal motivo, unas tras otras, proposiciones a cual mas candentes. Hablóse de la injusticia del cargo, cuando era notorio que el mismo prefecto del Cauca habia pedido tropas para contener las tentativas de los abanderizados de Nueva Granada, refujiados en Cali con una desus reliquias; de la vana temeridad con que se pensaba desconocer la independendencia, cuando Venezuela, en idénticas circunstancias que el Ecuador, habia merecido tantos miramientos de parte del gobierno del centro; de que el Estado ya no tenia por qué confederarse con ese gobierno que pretendia desconocer los derechos de otro para constituirse libremente; i de que, en último caso, valdria mas ligarse con el Perú que con los déspotas que trataban de imponer su yugo por la fuerza, i mas cuando el Ecuador contaba con todos los elementos para sostener su independendencia i dignidad sin necesitar del ausi-

lio de otra potencia. Tanto decir i tanto entusiasmo, sin embargo, vinieron a quedar reducidos a que se ordenase retirar a nuestro encargado de negocios, residente en Bogotá; a que en la contestacion al oficio se manifestase la moderacion de los principios que habian guiado al Ecuador; al paso que el gobierno del centro obraba de un modo tortuoso, falso i vergonzoso; i a que no se admitiesen sus comunicaciones si no venian conformes a lo prescrito por el derecho de jentes, i aun por la buena moral i la decencia.

Para comprender la retirada del encargado de negocios, es de saberse que el Ecuador habia enviado como tal al coronal Palácios Urquijo, a que ajustase con el gobierno del centro cuantos arreglos eran indispensables entre dos pueblos vecinos; objeto con el cual habia enviado tambien otro ajente [el señor Diego Noboa] al Perú i Bolivia, quien recabó de estos gobiernos el reconocimiento de nuestra independencia. El coronel Palacios Urquijo habia sido reconocido en Bogotá como ajente público desde el mes de julio, i a pesar de cuantos esfuerzos hizo no pudo ajustar capitulaciones de ninguna clase. Ora porque los gobernantes del centro pretendieran conservar íntegro el territorio del antiguo vireinato, o porque las manifestaciones del Cauca, de cuya reintegracion no estaban seguros todavia, les impidiese entrar en francas i cordiales esplicaciones, habian esquivado el reconocimiento de nuestra independencia sin comprometerse a cosa ninguna, hasta no contar con mejores probabilidades de buen éxito respecto de la incorporacion del enunciado departamento.

XI.

El congreso de 1831 conoció de la renuncia que interpuso el señor Olmedo de la vice-presidencia del Estado, i se nombró en su lugar al señor Modesto Larrea, despues de sostenida una larga competencia con los señores Rafael Mosquera, ciudadano del Cauca, Ignacio Tórres, Diego Noboa i jeneral Matheu. El señor Larrea puso tambien su renuncia, pero no le fué admitida.

Entre las leyes, decretos o resoluciones de alguna nota que espidió la legislatura de 1831, fuera de lo relativo a la hacienda pública, pueden citarse los siguientes: el decreto que autorizó al poder ejecutivo para que estableciese una casa de moneda: el de igual autorizacion para que mandase observar el código de comercio, promulgado en Madrid el 30 de mayo de 1829, con separacion del libro quinto, i que el consulado de Guayaquil siguiera rijiéndose por la cédula de 14 de junio de 1795: la lei orgánica militar: el decreto confirmatorio del de 28 de abril de 1826 que fijó el número de prebendas que debian tener las catedrales de Quito, Cuenca i Popayan: la lei que prohíbe imponer principales a censo a mas del tres por ciento anual; i una nueva de procedimiento civil.

El congreso cerró las sesiones el dia 8 de noviembre.



CAPITULO II.

Insurreccion del jeneral López.—Negociaciones diplomáticas.—Campaña de Pasto.—Comision del gobierno del centro.—Sublevacion del batallon *Flóres*.—Traicion de Sáenz.—Armisticio de Túquerres.—Tratados de paz.—Causas de la oposicion al gobierno.—Trabajos lejislativos del congreso de 1832.

I.

Habia dado ya fin el año de 1831, i la desagradable contienda entre el sur i centro de Colombia, con motivo del Cauca, se conservaba todavia en su ser al entrar en el de 1832, cuando el 10 de enero de este se insurreccionó en Popayan el jeneral José Hilario López, que hacia de comandante jeneral de ese departamento. Estraño, i por demas, parecerá que quien, al incorporarse el Cauca al Ecuador, habia dado a luz una proclama protestando *sostener la constitucion i leyes del Ecuador*, i luego combatido en nombre de este gobierno *como su au-*

siliar con las tropas de Jiménez i Briceño [*]: que quien, despues de esta campaña, habia suscrito i elevado la solicitud del 6 de diciembre último [?], como consecuencia de la deliberacion de la junta reunida en Popayan, haciendo notar su nombre como el primero de entre los noventa suscritores de lo granado de la ciudad: que quien, apreciando su eleccion de diputado por el Chocó para el congreso ecuatoriano de 1831, aunque sin concurrir a él, habia remitido dos proyectos de lei para que fuesen considerados [!]: que, en una palabra, quien por carta particular aun habia solicitado la comandancia jeneral de ese departamento, i estaba entónces desempeñándola a nombre del gobierno del Ecuador; fuera el mismo que, cerrando los ojos a tales antecedentes i a su pundonor i lealtad, quisiese que el Cauca, su patria, dejase de ser ecuatoriano i se hiciese granadino ¡Así pasan i pasarán los acontecimientos humanos reflejando al vivo la volteriedad de sus agentes; así se fija la suerte de los pueblos, pendiente, a las veces, de la voluntad o accion de un solo hombre!

La veleidad, pues, con que cambió de banderas el que hacia de comandante jeneral del Cauca, cambió tambien de súbito el aspecto de la contienda. Hé aquí como se operó.

Desde algunos días ántes se habia retirado el batallon *Quito*, compuesto de docientos i pico de hombres, porque amenazado por fuerzas mayores se conceptuó, no solo impotente para resistir, sino

(*) Oficio del jeneral López al presidente del Estado, de 19 de mayo de 1831.

(?) Véase el documento número 39.

(!) Uno relativo a la franquicia del ramo de tabacos, i otro a la apertura de un puerto en el Atrato.

comprendido tambien en uno de los casos de las instrucciones. La guarnicion de la ciudad estaba reducida a una compañia del batallon *Tiradores de Palmira* i a la milicia ausiliar de Popayan; i el jeneral López, poniéndolas en armas i formándolas en la plaza mayor, ordenó a sus oficiales que proclamaran a Nueva Granada. En seguida les dirigió una proclama, plagada de conceptos no mui conformes con la verdad, ofreciendo en conclusion dar un manifesto con que *escandalizará a todos los lectores*.

Si es que el jeneral López publicó el manifesto ofrecido, nosotros no hemos podido dar con ese documento. Ojalá que en él se hallen (lo deseamos con sinceridad) otras razones distintas de las no mui concertadas que encierra la proclama, para que así quede justificada su conducta, pues en sus *Memorias*, publicadas en 1857, no hemos dado ni con mejor concierto ni con mejores justificaciones. El hombre que quiera cobrar honra i fama, debe, en todos sus dichos i acciones, meditar bien lo que va a decir i ejecutar, para no quedarse con el an tojo de merecerlas.

1832. Dictó luego una órden jeneral, en la cual encontramos estos artículos notables: «Trece, todas las tropas que me obedecen constituyen una division en campaña de la vanguardia del ejército del sur.....: quince, la division vanguardia se considerará por ahora transeunte en un país neutral....: diez i nueve, teniendo órdenes e instrucciones del gobierno de la Nueva Granada, emitidas en 9 de noviembre último, por las cuales me nombran jeneral en jefe de este ejército, i me autorizan en los varios casos que pueden ocurrir; i no habiendo ántes hecho caso de ellas, porque aun tenia un des-

tino dado por el gobierno del Ecuador, i por que pensé que no sería necesario esto para decidir la cuestion del Cauca, declaro que me hallo en el caso de investirme, como me invisto, de dichas autorizaciones.....»

El pueblo de Popayan no participó de la resolucion ni entusiasmo del jeneral López, i ántes, por el contrario, fué un frio espectador de la trasformacion que acababa de hacerse. La corte superior, el cuerpo mas respetable del departamento, aun dictó, dias despues, un acuerdo mui honorífico para el gobierno del Ecuador.

II.

La proclamacion de Popayan, que parecia quitar toda esperanza de un paradero amigable i concluyente, no desalentó a Palacios Urquijo, nuestro encargado de negocios, i todavia tentó los medios de un avenimiento formal, aprovechándose de la autorizacion que la convencion granadina dió al poder ejecutivo para que entablase negociaciones con dicho ajente. Por desgracia, los empeños del gobierno del centro ponian la cuestion fuera de lo que era objeto de la misma cuestion, i no pudo obtenerse arreglo ninguno. El señor Pereira, ministro de lo interior i justicia, propuso, entre otros artículos de interes secundario para entónces, que Nueva Granada reconociese la independenciam del Estado del sur, compuesto de los departamentos del Ecuador, Guayaquil i Azuay, segun los límites que tenian en 1830, fijados por la lei del año de 1824 que ántes citamos, i que el gobierno del Ecuador se comprometiese a interponer su autoridad con el prelado diocesano de Quito, a fin de que de-

legara en el de Popayan el gobierno eclesiástico de toda la parte de la diócesis que políticamente pertenecía a N. Granada; quedando en consecuencia el producto de los diezmos en favor de los prebendados de la catedral de Popayan. Queríase también, mediante la misma proposición, que los superiores de las órdenes monásticas de Quito, delegasen así mismo su gobernación en los provinciales de las propias órdenes, residentes en Nueva Granada.

El coronel Palacios Urquijo presentó un contra proyecto de arreglo, proponiendo que los Estados del Ecuador i Nueva Granada reconociesen mutuamente su independencia, i que la fijación de límites se hiciera con la mayor brevedad posible por una convención especial de plenipotenciarios que, reuniéndose en Popayan para conocer bien los pormenores del territorio caucano, pudieran señalar con mas acierto los pueblos o puntos que habían de servir de línea divisoria.

Aun se cruzaron otros i otros oficios de gobierno a gobierno, insistiendo cada cual en sus derechos, sin venir por esto a un paradero amigable. Se ofreció por el del centro que no tardaría en hacer *un reconocimiento explícito del Ecuador como Estado, según la juiciosa circunspección con que se maneje la cuestión caucana* por el gobierno del sur. Se protestó, así mismo, por parte de este, que su presidente, puesto ya a la cabeza del ejército en la provincia de Pasto, no avanzaría del *Juanambú, siempre que los pueblos del Cauca no sean ocupados por tropas del centro, i se retiren con el general López las que oprimían a Popayan*, hasta que se reuniese la convención colombiana que debía fijar los límites de los tres Estados en que se había dividido

Colombia; o por su falta, hasta que el gobierno de Nueva Granada prestase de buena fé su consentimiento para que pueda reunirse la asamblea caucana, con el propio fin de fijar los límites de los dos Estados.

Conocidos estos antecedentes, fácil era pronosticar que desaparecerían, como desaparecieron, las esperanzas de todo avenimiento; i que iba a tronar una nueva guerra de las escandalosas. El jeneral Flóres, al apartarse de Quito a principios de febrero, dijo en la proclama que dirigió a sus conciudadanos: «Poneos en armas, i os ofrezco una victoria espléndida i gloriosa.» Casi no hai capitán de ejército que, o llevado de vanidad o por alentar a sus soldados, no se esplique con mas o ménos arrogancia en los trances de venir ya a las manos con otro ejército; i sin embargo no pudo entónces conceptuarse jactancioso aquel ofrecimiento, por que contaba Flóres con muchas i aguerridas tropas. Pero semejante campaña se abrió sin tener lo necesario para alimentarlas i vestir las, i cuando todavia, siendo colombianos nuestros pueblos, no se habia deslindado bien el ecuatoriano del granadino; i esas tropas, las mas de ellas del centro o norte de Colombia, léjos de servir a la causa del Ecuador, sirvieron solo para lastimar la dignidad de su gobierno.

III.

El jeneral Flóres acantonó por escalones unos cuantos cuerpos del ejército desde Otavalo hasta Pasto, arregló otros de milicias, fortificó el *Juambú*, sin desamparar por esto la línea del *Mayo*,

i resuelto a sostener con las armas las representaciones que nuevamente elevaron el cabildo i clero secular i regular de Pasto; se volvió a la capital con motivo de habersele noticiado que venian dos comisionados granadinos con el fin de arreglar la paz. Todas las probabilidades, al parecer, estaban en favor del presidente Flóres, i todas sin embargo le volvieron las espaldas.

El presidente, al volverse, dejó en la provincia de los Pastos de comandante en jefe del ejército al jeneral Antonio Farfan, i de comandante jeneral de la de Pasto al coronel José Maria Guerrero.

La comision granadina que el gobierno del centro se habia resuelto enviar al Ecuador, tenia el origen que pasamos a explicar. La convencion de Nueva Granada, a pesar de la declaratoria que habia dado con respecto al departamento del Cauca, i a pesar de lo turbados que estaban el comercio i comunicacion de su gobierno con el nuestro, tuvo el sesudo acuerdo de espedir el decreto de 10 de marzo, por el cual el poder ejecutivo debia promover inmediatamente la reunion de una asamblea de plenipotenciarios de los Estados en que se habia dividido Colombia, para que arreglase con los nuevos gobiernos los pactos que estimaren convenientes para su comun bienestar i prosperidad. Mancomunidad de los Estados en cualquiera especie de tratado o convenio que quisiera hacerse con España; mancomunidad para el arreglo i pago de las deudas contraidas por Colombia; pacto recíproco de no ocurrir en ningnn caso al funesto arbitrio de las armas para la decision de las contiendas que se suscitaren entre los tres Estados; alianza comun para defender la independendencia política, la integridad territorial i cualesquier otros derechos de inte-

res comun para Colombia; solemne i sagrado compromiso de prohibir, bajo penas eficaces, el tráfico de esclavos; i compromiso igual para mantener por siempre la forma de gobierno republicano, popular, representativo, electivo, alternativo i responsable; tales fueron, entre otros de menor monta, los nobles fines que debia entrar en cuenta la asamblea de plenipotenciarios. Si hai algo repugnante en tan atinado como honorífico decreto, es solo aquella reticencia con que se refiere al Ecuador, mirando todavia como hipotético el reconocimiento de su independencia; porque sea cual hubiese sido el resultado de la cuestion sobre el Cauca, debió tenerse como seguro i evidente el derecho que tenia la antigua presidencia de Quito para constituirse en Estado soberano, del propio modo que se reconocia el de la antigua capitanía jeneral de Venezuela.

El congreso de Venezuela correspondió al punto i debidamente a este llamamiento, i dió en consecuencia el decreto de 29 de abril; i mas consecuente i justo que la convencion granadina, reconoció de plano la independencia de los Estados del sur i el centro.

El Ecuador se habia mostrado ya solícito por estos mismos vínculos i mancomunidad desde los primeros actos de su congreso constituyente, i así aparecia acorde i unísona la voz de toda Colombia para volver a fraternizar i estrechar las partes de aquel gran cuerpo que acababa de descomponerse. Pero la cuestion sobre Cauca, cuestion de falso engrandecimiento i de pura vanidad, ya que la grandeza i dicha de los pueblos nunca puede medirse por su mayor o menor estension de territorio, ni por otros dotes materiales, fué un negocio de tamaña entidad para entónces, que no solo nos privó de

la paz i sus benéficos frutos, sino que enjendró tambien odios profundos i enconados que no llegaron a calmarse sino despues de transacciones humillantes para una de las partes, i de caprichos satisfechos para la otra.

Para llevar a ejecucion lo dispuesto por el citado decreto, el gobierno del centro diputó dos comisionados al gobierno del Ecuador, con el fin de que arreglasen esa fatal contienda; siendo de apreciarse, como se apreció, el que dichos comisionados fueron los señores José Manuel Restrepo i José Maria Estéves, obispo de Santamarta, conocidos ambos por sus buenos antecedentes, en particular el primero, como historiador de la revolucion de Colombia, i como Ministro de Estado de esta república. Pero si todo esto es de apreciarse, no así el que, a retaguardia de la comision, vinieran tambien tropas que habian de pedir con las armas en las manos lo que no se obtuviera por voluntad i mutuo avenimiento.

Los comisionados, que llegaron a Ibarra cuando ya el presidente se hallaba de vuelta en Quito, habian sido recibidos desde Pasto con muestras de suma consideracion.

El presidente del Estado nombró de comisionados, por parte de su gobierno, a los señores José Félix Valdivieso i Pedro José de Arteta, competentes ambos para entablar, dirigir i dar fin a tan delicado asunto.

Despues de cruzados algunos oficios i de terminadas algunas conferencias, sin sacar ningun provecho, los comisionados ecuatorianos presentaron el 25 de mayo la siguiente proposicion como base de los arreglos que debian hacerse: «Las provincias

de Pasto i Buenaventura quedan definitivamente incorporadas al Estado del Ecuador; dejándose á la convencion jeneral de Colombia la decision sobre a cuál de los dos Estados deban pertenecer las del Chocó i Popayan» Los comisionados granadinos la rechazaron como inadmisibile, fundándose en el derecho que tenia Nueva Granada por el *uti possidetis* de 1810, por la lei de 25 de junio de 1824 i por la constitucion colombiana de 1830. Los del Ecuador la sostuvieron, apoyándose en la necesidad que tenia Pasto de conservar mas espeditas sus comunicaciones i comercio perteneciendo al Estado del sur; en otra igual necesidad que el Ecuador tenia de fijar los límites en Pasto, como señalados por la naturaleza misma para que sirvieran de comun seguridad a los pueblos finítimos; en que, aun aceptanda el *uti possidetis* del año 10, la jurisdiccion de la antigua real audiencia i tambien la eclesiástica se estendian entónces hasta el rio *Mayo*; en que el gobierno de Popayan habia sido independiente del vireinato de Santafé, motivo por el cual los gobernadores de esta provincia eran nombrados por los presidentes de Quito; en que, aun por el mismo supuesto de posesion, este principio no podia aplicarse a pueblos hermanos i amigos que, conceptuándose libres e independientes con la reciente disociacion, no debian atender á otras reglas que a las de su conveniencia i seguridad: i en que la constitucion i leyes de Colombia, dadas para cuando esta república se conservaba íntegra, habian caducado desde su disolucion, tomando las secciones formas diversas para rejirse por leyes i doctrinas propias. Amplificáronse tendidamente por ambas partes unas i otras razones; pero, como ántes, sin provecho ninguno; i el asunto, en medio de haberse tra-

tado i vuelto a tratar en repetidas conferencias, no avanzaba un solo paso.

Los diplomáticos, como se sabe, obrando a tono de negociantes; hacen primero entender la resolucion en que estan de no darse a partido, aunque en lo interior de su ánimo piensen de otro modo, i seguramente, ateniéndose a este principio práctico de la diplomacia, se mantuvieron firmes unos i otros. Propúsose al cabo por los del Ecuador esta modificacion: «El Estado del Ecuador continuará poseyendo por ahora la provincia de Pasto i el canton de Barbacóas en sus límites actuales. El Estado de Nueva granada continuará poseyendo por ahora el territorio que se estiende mas allá de los límites indicados, i sobre el cual el Ecuador reclama sus derechos. Esta posesion temporal subsistirá hasta que la convencion jeneral de Colombia, o la autoridad que legalmente se constituyese determine la demarcacion i límites respectivos de ambos Estados.»

Larga fué la conferencia que tuvieron con respecto a esta modificacion, i es lengua que iba a ser aceptada; pero al fin, lo mismo que la primera proposicion, fué rechazada. Los comisionados granadinos propusieron luego a su vez: «Que se suspendiesen las negociaciones por tres meses, miéntras se posesionaba el jeneral Santander, presidente propietario de la Nueva Granada»; i tambien fué rechazada por los otros la proposicion.

Ultimamente el 14 de agosto presentaron los comisionados ecuatorianos el siguiente proyecto de tratado preliminar de paz: «Art. 2.º Los gobiernos de ambos Estados se obligan i comprometen a transar tanto la presente cuestion sobre límites, como cualesquiera otras diferencias que desgraciadamen-

te pudieran suscitarse en adelante, de un modo pacífico i amigable, bien remitiéndose a la gran convencion de Colombia o a un árbitro imparcial; por manera que jamas pueda ocurrirse al ominoso i detestable medio de las armas. Art. 3.º Mientras los gobiernos del Ecuador i Nueva Granada se convienen en sus diferencias, continuarán poseyendo el territorio en que actualmente ejercen su respectiva autoridad.....Art. 6.º Las tropas veteranas se reducirán a.....hombres en cada Estado, luego que se ratifique el presente tratado. Art. 7.º Los cuerpos veteranos de Nueva Granada, situados en Popayan i el Cauca, repasarán al norte de Neiva. Los cuerpos veteranos del Ecuador, situados en Pasto i su provincia, se retirarán a esta capital (*Quito*) para acantonarse en las provincias del sur.....» Los gobiernos disidentes debian solicitar del de Venezuela que saliese fiador del cumplimiento de este tratado.

Tambien es fama que iban a ser aceptados estos artículos, segun lo habian dado a entender los comisionados granadinos; pero sobrevino dos dias ántes un suceso de cuenta, del cual trataremos mui luego, que cambió en el todo el aspecto de las cosas, i entónces estos se aferraron en la incorporacion del Cauca a Nueva Granada sin consideraciones ni reservas posteriores, i se volvieron para su patria el 24 del mismo mes.

El suceso a que nos remitimos para conceptuarlo como causa que movió a los comisionados granadinos a rechazar las últimas proposiciones, fué el siguiente. Hallábanse acantonadas en Latacunga cuatro compañías del batallon *Flóres*, formado de las reliquias de los mas antiguos i mejores cuerpos que habia tenido Colombia, i el 12 de agosto

por la noche se repitió uno de aquellos actos de inmoralidad con que ya otras veces se habia espuesto la seguridad pública. Fuera por desafecto al gobierno, o simplemente llevadas del deseo de pillaje, se insurreccionaron las dichas compañías, a la manera que las del *Vargas* sin proclamar ningun principio ni bandera. Prendieron a los jefes i oficiales, los fusilaron de seguida, saquearon la ciudad i difundieron el espanto por todas las poblaciones a donde fueron sucesivamente llegando tan pavorosas noticias. El coronel López, primer jefe del cuerpo, fué el único a quien no asesinaron en la misma noche, pero se lo llevaron bien asegurado hasta San Miguel de Chimbo, donde le pasaron por las armas. Un oficial, de apellido Medina, tuvo la serenidad de levantarse i correr por donde pudo, cuando ya estaba de rodillas, en junta de sus compañeros, esperando los tiros que iban a echarle por las espaldas. Los oficiales Manuel Tomas Maldonado (hoi jeneral), el citado Medina, Venégas i Peña, que lograron fugar oportunamente cuando fueron a prenderlos, son los únicos que escaparon de aquella atroz carniceria.

Aun despues que la ciudad habia sido ya entrada a saco, obligaron a la esposa del jefe político, señor José Miguel Carrion, a que les diese dinero; i la señora acompañada de tres o cuatro de los sublevados, tuvo que recorrer la poblacion pidiendo de puerta en puerta algunos donativos o caridades con que saciar la codicia de los rebeldes.

Tambien Ambato fué metido a saco. Entraron primero catorce hombres bien montados, no sabemos con qué objeto; pero habiendo encontrado en este lugar al coronel Otamendi i al coronel Machuca jefe político del canton, con cuatro o seis asistentes,

se recelaron de ellos, a lo que parece, pues trataron de conservarse unidos, sin perder de vista principalmente al primero. Con todo, aprovechándose este de un momento de distraccion que tuvieron los sublevados, movió el caballo en que montaba a trote largo; mas ellos que tambien se hallaban bien montados le persiguieron asestándole los fusiles como con ánimo de descerrajarlos. Otamendi, intrépido en todas ocasiones, en viendo que le seguian i podia tocarle uno de los muchos tiros que iban a hacerle, volteóse las cejas arrugadas i lanza en ristre, i retándolos como si estuviesen bajo sus órdenes logra que vuelvan los fusiles a sus puestos; bien que teniendo de incorporarse de nuevo a ellos. Conservóse unido algunos ratos, siempre, eso sí, ojo avisor, por que temia le prendiesen o asesinasen.

Poco despues, aparentando agasajarles, les obsequió algunas botellas de aguardiente, consiguió distraerlos i que se embriagasen los mas; i entónces, volviendo asesinato por asesinato, comenzó a matar a cuantos encontró dispersos. Habia muerto ya cuatro, cuando los compañeros de estos, advirtiendo la falta, penetraron la realidad de lo que pasaba, i se salieron al punto del lugar a incorporarse con el batallon que iba ya de Latacunga para Ambato. Así como entró el cuerpo, destacó Peráles, el cabecilla, un buen piquete de soldados en persecucion del coronel Otamendi que, con algunos milicianos i los asistentes, habia huido camino de Santa Rosa, i otros, entre tanto, saquearon a sus anchas la ciudad. No se detuvieron en esta si no una noche, i al dia siguiente continuaron la marcha para Guaranda.

El prefecto de Guayaquil, prevenido ya por las oportunas órdenes que habia dictado el gobierno

tan luego como entendió que los insurrectos se encaminaban para ese departamento, destacó dos compañías de artilleros i las dos del mismo batallón *Flóres* que permanecían en la dicha plaza. Púsolas a órdenes del jeneral Antonio de la Guerra, quien las reforzó con las milicias de Baba i los licenciados residentes en Chilintomo, i se situó el 19 de agosto entre el Garzal i Palo-largo. Los sublevados se burlaron de estas fuerzas o, mas bien dicho, el jeneral Guerra, incapaz de sostenerse en el peligro, supuso que las dos compañías del *Flóres* trataban de abandonarle, i se retiró de Palo-largo para Babahoyo. Retirada tal, que no era de temerse, produjo una irritante desazon en la capital del departamento, i el prefecto, jeneral Cordero, tuvo que llamar a las armas a todo ciudadano capaz de vestirlas, i dictar unas cuantas medidas enérgicas, a fin de atender como era debido a tan urgente peligro.

Los sublevados seguían adelante su camino, sosteniendo aquí i allí algunos encuentros, i a veces con ventajas, como en Tres-bocas, donde lograron desmontar los cañones de los botes que salieron en su persecucion.

En otros no fueron tan felices, i conociendo el sarjento Peráles que el rio *Babahoyo* se hallaba bien defendido, puesto que se veía forzado a combatir a cada paso de su camino, cambió de repente la direcccion de este, i fué a dar en Daule el 28. El 31 salió de este lugar, agua abajo, como con ánimo de acometer a los defensores del órden público; mas a poco andar, cambió de ruta nuevamente i, haciendo una corta contramarcha, tomó la de Manabí.

El coronel Otamendi, que habia seguido las pis-

tas de los sublevados desde Ambato, se puso a la cabeza de doscientos hombres, i salió desde Guayaquil en persecucion de ellos el 2 de setiembre. El jeneral Flóres mismo anduvo tan activo, al punto de saber lo ocurrido en Palo-largo, que partió de Quito con quinientos soldados i se fué hasta Guayaquil, a librarle del saqueo a que estaba destinado, segun el decir de los propios rebeldes. No hubo necesidad de tantas fuerzas para acabar con ellos.

Veamos cómo se espresó el mismo Otamendi en el parte que pasó de la bahía de Caráques el 13 de setiembre: «Foi a las tres de la tarde han tocado en este punto los facciosos compuestos de doscientos cincuenta hombres [*los ciento cincuenta restantes que faltaban, o habian sido ya muertos o andaban dispersos*], i apoderados de la inespugnable posicion que espreso, se resolvieron a resistirme por segunda vez; pero fueron batidos por la columna de mi mando, i acuchillados en el campo de batalla setenta de ellos i cinco mujeres que perecieron en la carga de la caballeria, por hallarse uniformadas i entre la tropa. Quedan en nuestro poder catorce prisioneros, doce mujeres..... Los sublevados [*esto es los prisioneros*] sufrieron el castigo que la lei impone a los traidores.....»

Tal fué el paradero de estos otros soldados que, sirviendo en distintos cuerpos, habian encanecido con mas de veinte años de campaña i un largo sar-tal de gloriosos triunfos.

V.

Miéntas acá andábamos, como se ha visto, pasando por angustias i desengaños, las tropas granadinas, que desde el mes de junio habian ocupado el

Tablon de Gómez, ocuparon tambien sucesivamente a Taminango i San Lorenzo, avanzando así dia a dia por el territorio que disputaban los dos Estados. El capitan Ayarza, i poco despues el mayor Tamayo i el teniente Rios las acometieron i vencieron sucesivamente en Pajajoi, en Cuevitas i en el mismo Tablon de Gómez, i las obligaron a reparar el *Juanambú*. Los hijos de Pasto se hallaban enteramente decididos por pertenecer al Ecuador, i con tales antecedentes era cuasi imposible no salir airoso de la contienda.

Pero nuestro ejército se moria de hambre i desnudez, habiendo ocasiones en que jefes, oficiales i soldados no se desayunaban sino por la noche con maíz tostado o con zanahorias cosidas. El jeneral Obando, entónce capitan de las fuerzas enemigas, incitaba con ascensos, con dinero u otros ofrecimientos a los oficiales de nuestro ejército a que, *abandonando a Flóres, que se habia hecho el árbitro i tirano del Ecuador*, se pasasen a su campo, i tales ofertas las dirigia principalmente a los granadinos que servian en nuestras filas. Nada, nada, recabó de estos que se mantuvieron fieles a su nueva patria, i el Ecuador tiene que encarecer la lealtad de los Tamayos, Ayarzas, Rios i otros oficiales distinguidos.

Mas si no hubo granadinos que se dejaran seducir de los halagos de Obando, hubo un ecuatoriano que llevado de su mala índole cometió la infamia de hacer traicion a las banderas de la patria; traicion que resolvió en contra la suerte de la campaña

Hallábase el teniente coronel Ignacio Sáenz jefe de Estado mayor de la division de vanguardia, en Buesaco, a donde se fuera en son de reparar la

salud, cuando su intento habia sido acercarse al enemigo para pasarse a sus filas con cuantas fuerzas tuviere a la mano. «En 1832, dice el jeneral Obando en su contestacion a la *Historia crítica del asesinato del gran Mariscal de Ayacucho*, estando (Sáenz) de guarnicion en Pasto....se puso de acuerdo conmigo para abandonarle (a Flóres) con cuantas tropas pudiese, tan pronto como yo me acercase a apoyar aquel movimiento con las fuerzas que yo mandaba, i lo hizo.» Hízolo, sí, pasándose con doscientos veinte hombres del batallon *Quito*, dejando así descubierta la línea de *Juanambú*, que la ocupó inmediatamente el enemigo, i dejando lastimado el orgullo nacional. Aun se habria llevado mas jente, como pretendió, ordenando que el mayor Tamayo le dejase en Buesaco la compañía que estaba a sus órdenes; mas Tamayo, fundándose en que por entónces no podia reconocerle como a jefe, por conceptuarle fuera del servicio por enfermo, le negó la obediencia.

Pretendiendo Sáenz justificar su traicion, publicó un manifiesto, en que culpaba al jeneral Flóres del asesinato de Sucre i de otros muchos delitos, como causas que habrian influido en su ánimo para abandonarle i pasarse al enemigo; mas, por graves que fueran aquellas imputaciones, jamas será justificable semejante villanía, como tampoco se justificará la conducta del jeneral Obando que, sirviéndose de medios prohibidos por la decencia i la honradez, ha confesado imprudentemente su complicidad con un traidor. Sáenz aun envolvió en su traicion a otros muchos ecuatorianos inocentes, presentándolos por el pronto tan traidores como él, cuando no fueron cómplices de tal delito.

El coronel Guerrero, que sabia el movimiento de

Sáenz con direccion a la línea enemiga, pero que, no pudiendo penetrar la traicion, supuso al contrario que habia salido para atacar al jeneral Obando, destacó al capitán Ayarza a que avanzase con su compañía hasta dar con Sáenz, por si este necesitara de refuerzo. Por fortuna, el *Juanambú*, que habia crecido mucho, retardó la marcha de Ayarza, i a no ser por esta casualidad, tambien se habrian perdido él i sus soldados. Miéntras esperaba que bajasen las aguas del rio, se trasluzo ya la traicion de Sáenz, i recibió entónces la órden de volverse a su cuartel.

El jeneral Farfan, que se habia movido de Tulcan para Túquerres con el fin de cortar las disenciones suscitadas contra los jefes del escuadron acantonado en este último lugar, i pasado poco despues a Pasto con dicho cuerpo i una columna de doscientos provincianos; llegó a esta ciudad cuando ya era mui válida la voz de la traicion de Sáenz. El suceso, en atencion al jefe que lo habia consumado, produjo un desconcierto tal, que ni él ni los otros capitanes, con ecepcion del coronel Guerrero, ni los oficiales se tuvieron por seguros desde entónces. Tanto se difundió la desconfianza en nuestras filas, i fué tan recíproca i jeneral, que el jefe esperaba de momento á momento ser amarrado por alguno de sus mismos subalternos, i el oficial por su jefe ú otro oficial.

Hemos dicho con ecepcion del coronel Guerrero, porque éste, léjos de temer los malos resultados de la campaña, aun despues de la traicion de Sáenz, estaba seguro de salir airoso. Se habia hecho dueño de todo el plan de campaña del jeneral Obando, comunicado á los señores Tomas España i Fidel Torres por un paisano hijo de Pasto, i asegurado de

tal secreto estaba a punto de cruzar cuantos movimientos emprendiera el enemigo, i aun con la esperanza de tomarle prisionero, como tal vez hubiera sucedido, a no alterarse sus disposiciones por el jeneral Farfan.

El desconcierto subió de punto con la segunda traicion hecha por el teniente Erazo que dirijia una partida de observacion en Tambo-pintado, i con la de otros soldados que, hallándose a órdenes del teniente Mogollon, le dijeron que se pasaban a Nueva Granada porque no querian morir de hambre i en servicio del gobierno del Ecuador. Dejéronle solo i abandonado, pues en efecto se fueron.

Poco despues cundieron en Pasto las noticias de la sublevacion del *Flóres*, i de la dispersion del *Otavalo*, cuerpo que capitaneaba el comandante Jerves. Parecióle luego al jeneral Farfan que aun esa decision que los hijos de Pasto mostraban por el Ecuador, era puramente simulada, i acaso traidora, por cuanto eran tambien mui conocidos los afectos de ellos hácia el jeneral Obando. El hambre se habia aumentado, las municiones eran pocas i, sobre todo, ya no contaba sino con trecientos sesenta i dos plazas efectivas. Verdad es que Tama-yo habia sorprendido a Sárria en Pajajoi i obligádole a repasar el *Juanambú*; pero este suceso era de mui poca monta para balancear la mala posicion de Farfan, i en consecuencia se resolvió éste a salir de la ciudad, i a venirse a la provincia de los Pastos.

Antes de ordenar la retirada reunió un consejo de guerra, al cual hizo presente el mal estado del ejército, si podia llamarse tal, i la falta de medios para la subsistencia i para resistir al enemigo, concluyendo por manifestar su parecer de abandonar

a Pasto. Todos los jefes, con ecepcion de Farfan, el coronel España i el gobernador de la provincia, opinaron en sentido contrario, i hai que honrar la memoria de los coroneles Guerrero, Antonio Moreno, Pereira, Acuña, i el comandante José Ignacio Fernández (*), que se opusieron briosamente a tan desacertado movimiento; pues, a participar el jefe de la division de igual manera de pensar, la contienda se hubiera resuelto de un modo mas digno. No dejamos de penetrar las dificultades en que se hallaba; pero con unos pocos dias mas de sufrimiento, las cosas habrian cambiado de aspecto, ya que el presidente se movia de Quito para Pasto en los mismos dias, llevándose el escuadron *Granaderos* i otros auxilios importantes.

El jeneral Farfan desocupó la ciudad el 19 de setiembre, i el jeneral Obando entró en ella el dia 22.

VI.

La retirada de esta division, del todo contraria a los deseos e intereses de los ecuatorianos de entónces, fué condenada por todos, principiando por el presidente mismo, i aun se llegó a poner en causa al jeneral que la habia ordenado. Fama era, aunque bien descabellada, que se habia verificado por instrucciones secretas del mismo presidente, porque discurría, lo repiten hasta ahora algunos de sus enemigos, que su dominacion no era mui segura con la incorporacion del Cauca al Ecuador. Pero, fuera de que esta no es razon ni de mediano fundamento, i fuera de lo inverosímil de tal cargo,

(*) Informe oral del jeneral Guerrero.

el jeneral Farfan que, como jefe de pundonor, procuró justificar la retirada esponiendo el mal estado de la division en los términos referidos, lo cual está conforme con la relacion conteste de los jenerales Ayarza i Rios; Farfan, repetimos, las hubiera publicado despues de la caida del jeneral Flóres si no lo hiciera ántes por consideraciones al presidente del Estado. Público fué, ademas, el destemple con que Farfan reconvino a Flóres a rostro firme en Túquerres, cuando supo que éste habia hablado mal de él con motivo de dicho movimiento; i ni el jeneral Flóres habria tenido porque censurar al jeneral Farfan, a ser ciertas esas instrucciones, pues era de temerse que éste las diera a la estampa, ni el jeneral Farfan habria dejado de darlas en efecto, caso de tenerlas.

VII.

El jeneral Flóres ocupó a Túquerres el 1º de octubre, en donde mui luego se le incorporaron las fuerzas que venian de Pasto. Veamos cómo se expresó él mismo acerca de la retirada de Farfan, en una carta particular del 7 de dicho mes, dirigida juntamente al ministro Valdivieso i al vicepresidente Larrea: "Tienen ustedes mucha razon en deplorar la conducta de Farfan en su inicua retirada; pues en ella hemos perdido, como ya he dicho a ustedes, 1º la plaza de Pasto: 2º docientos i pico de soldados, incluso los que entregó Sáenz: 3º dos piezas de batalla i dos obuques: 4º quinientos fusiles i mas de veinte mil tiros: 5º la mayor parte de los equipajes: 6º la bandera del batallon *Vargas* que, aunque se halla oculta, hace falta en su cuerpo, i ademas está en riesgo de caer en poder del enemi-

go; 7º, en fin, las milicias de Pasto que valian -por algunos batallones. Todas estas fuerzas, todos estos elementos preparados contra Obando, los tiene hoy a su favor, mientras que nosotros nos hallamos debilitados por esta pérdida. La única ventaja que tenemos sobre el enemigo es la exelencia i número de nuestra caballería; mas esta ventaja no puede considerarse decisiva, por cuanto siendo muy superior la infantería granadina, puede su jefe marchar por los cerros i montes de Pupiales hasta Tulcan i Huaca sin necesidad de bajar a la llanura. He dicho todo esto para que ustedes se persuadan que no me ha sido posible reocupar a Pasto, en razon de haberse anticipado Obando con sus tropas.... Ojalá hubiera podido ocupar este pueblo (*Túquerres*) el 20 del pasado, es decir un dia despues de la retirada, pues entónces habria tenido tiempo de reocupar a Pasto ántes de que Obando se hubiera puesto en Tacines....”

El jeneral Flóres, que aun tenia la esperanza de conservar a lo ménos la línea del *Guaitara*, hizo proponer al jeneral Obando un armisticio, por el cual, dejando el canton de Túquerres como campo neutro, debia servir ese rio de límite divisorio. Obando vino en ello, i ofreció que sus tropas no pasarian el *Guaitara*, pero a cambio de que las autoridades del canton se entendiesen con el gobernador de Pasto. Esta condicion disgustó a Flóres, i no fué aceptada, i comunicó tales particulares al vice-presidente i al ministro.

Estos, que no podian conocer la situacion i circunstancias de nuestro ejército acampado en Túquerres, sometieron la correspondencia del jeneral en jefe al congreso que se hallaba reunido; i el congreso, que tampoco podia conocerlas mas menuda-

mente que el mismo Flóres, dejó a su arbitrio el arreglo de las cosas de un modo que fuese conforme á ellas i al decoro de la nacion. En consecuencia, cambiados algunos oficios entre los dos capitanes de los ejércitos, i aceptada la neutralidad del territorio de Túquerres, sin traer ya a consideracion el modo como habian de entenderse las autoridades de este canton; se determinó el presidente a enviar un comisionado que arreglase la paz. Los jenerales Flóres y Obando se vieron en Túquerres, i los que habian sido tan enemigos i denigrádose mutuamente, se abrazaron, se acariciaron, se obsequiaron, diéronse en fin por buenos amigos.

El nombramiento del comisionado recayó en el señor Pedro José Arteta, quien, reuniéndose en Pasto con los señores Obando i Posada Gutiérrez, comisionados por el gobierno de Nueva Granada, celebró el 8 de diciembre el tratado de paz. Reconociéronse en él los dos Estados como independientes, i se fijó el rio *Carchi* como límite divisorio, con arreglo á lo dispuesto por el art. 22 de la lei colombiana de 25 de junio de 1824. Fuera del arreglo de límites, se hicieron todos aquellos que demanda la vecindad de dos naciones limítrofes, comprometiéndose ambas *a enviar oportunamente sus diputados para formar la asamblea de plenipotenciarios. o aquella corporacion o autoridad que debia destindar i arreglar los negocios comunes a las tres secciones en que se habia dividido Colombia.*

Por un acto adicional de la misma fecha se dejó pendiente el arreglo de los puertos de la Tola i Tumaco, comprendidos en la provincia de Buenaventura, a solicitud del comisionado ecuatoriano, como pertenecientes a la presidencia de Quito desde ántes de 1810.

El tratado de Pasto dió fin á esa guerra de vanidad que duró por mas de un año; guerra poco o nada sangrienta, pero productora de enconos que alteraron de algun modo i por algun tiempo los fraternales afectos conque se miraban los colombianos del sur i centro, i guerra, por remate, desairada para las armas del Ecuador. En el sentir de los enemigos del presidente, los resultados de esta guerra echaron por el suelo esa su fama política i militar, ya que de grado en grado habia perdido las líneas de Cali, Mayo, Juanambú i Guátara; i sin embargo, la posteridad, que juzga de los acontecimientos pasados con rectitud porque los juzga sin pasion, ha deducido otras causas para esos resultados.

El jeneral López, sobre ser un jefe distinguido desde bien atras, acababa de representar una gran figura como jeneral en jefe en la campaña abierta pera derrocar las fuerzas de Jiménez, i López, de vuelta a Popayan, se hace cargo de la comandancia del Cauca i se insurrecciona contra el gobierno de quien habia recibido tal confianza. Seis meses mas tarde, cuando se estaba tratando de los arreglos que podian cortar la contienda por las vias diplomáticas, se sublevan 400 hombres del batallón *Flóres* i se dispersa el *Otavaló*. Casi por el mismo tiempo, el teniente coronel Sáenz, jefe del Estado mayor de la vanguardia del ejército ecuatoriano, se alza traidoramente contra su patria i se pasa al enemigo con 220 plazas del batallón *Quito*; i poco despues, Erazo con una partida de observacion, i luego los soldados de Mogollon siguen los torcidos pasos de Sáenz. Tras la insurreccion de un comandante jeneral, tras la sublevacion de un cuerpo, dispersion de otro i traiciones de otros, el

jeneral Farfan, entónces comandante en jefe del ejército, aunque al parecer obligado por motivos justos, abandona la ciudad de Pasto que ocupaba, i de seguida se apodera de ella el jeneral Obando. Reasumidos así los sucesos, salta a la vista que los resultados de esa guerra debieron ser los que fueron, i quede en su punto la verdad.

Lo particular en la materia es que aun está pendiente el definitivo arreglo de límites entre las dos repúblicas, porque una de las bases con que el congreso ecuatoriano de 1832 acordó el tratado fué la de salvar los derechos del Ecuador. Así lo espuso nuestro comisionado en las conferencias de Pasto, así lo aprobó nuestro gobierno, i así lo aceptó el de Nueva Granada.

Por fortuna, ahora son tantos, tan estrechos i fraternales los vínculos que ligan a estas secciones de Colombia, i hai tantas i tan poderosas razones para pensar que no los desatarán, cuanto mas que discordarán hasta el término de hacerse guerra que, si no llega á rejirlas desatinados o desvanecidos gobernantes, podemos conceptuar ese riachuelo *Carchi* como un rio singular, sin vado, sin puentes, sin maromas ni barcos por donde pasar siquiera diez soldados. Ecuatorianos, granadinos i venezolanos, hijos de una madre comun i hermanos por glorias comunes, todos somos colombianos.

VIII.

Miéntas por parte de Nueva Granada se habia puesto a pleito el derecho que tenia el Ecuador para hacerse independiente, a causa de la contienda suscitada por la pertenencia del Cauca, los gobiernos del Perú i Bolivia, con los cuales no habia

tal estorbo de por medio, se prestaron, segun anunciamos ántes, a reconocerle como tal. Con el Perú aun se habia celebrado ya en Lima [12 de junio de 1832] un tratado de alianza i comercio, bien que no llegó el caso de canjearlo, i al andar de pocos meses despues tocó en nuestras playas don Francisco Mariátegui, acreditado de ministro plenipotenciario en el Ecuador. En cuanto al reconocimiento de la existencia política de los Estados de Nueva Granada i Venezuela, el congreso del Ecuador los reconoció por decreto de 12 de octubre de 1832; esto es, ántes de los tratados hechos en Pasto.

Conocidos los sucesos relativos al reconocimiento, amistad i trato con las potencias vecinas, pasemos a referir los correspondientes a lo doméstico en el año que recorreremos.

IX.

El mal estado de la hacienda pública, que tanto habia empeorado con el sostenimiento de la campaña por el norte, obligó al gobierno á suprimir los juzgados de letras establecidos para el conocimiento de las causas civiles i criminales en primera instancia; a imponer una contribucion de diez mil pesos mensuales; a suspender temporalmente las cortes departamentales del Guáyas i Azuai; a suprimir las comandancias jenerales de los departamentos, las de armas de las provincias, las militares de los cantones i los Estados mayores de los tres distritos; a suspender las contadurías de Quito, Guáyas i Azuai, dejando solo una con la denominacion de *Jeneral* en el primero, a la cual se atribuyó la facultad de glozar, revisar i fenecer las

cuentas de los empleados de hacienda; a reducir varios destinos de algunas oficinas; i a suspender, mientras cambiaran las circunstancias, el pago de las deudas atrasadas. Convenientes i provechosas fueron estas providencias, pues, cuando ménos, se descartó la nacion de un tren militar poco análogo a las instituciones i por demas desproporcionado para sus rentas. Pero la supresion de las cortes superiores de los departamentos, de los juzgados de letras i de las contadurías, sobre no producir sino ahorros mui cortos, privó a los pueblos de la comodidad i espedicion de que gozaban en el despacho de las causas.

Al mal estado de las rentas vino a unirse la falsificacion de moneda, consentida, casi autorizada i tal vez acuñada por algunos empleados subalternos, esto es por los mismos que tenian obligacion de perseguirla i castigarla. Cuantas platerías i caldererías tenia Quito, i algunas casas i tiendas particulares, se habian convertido en oficinas de acuñacion de moneda, donde se trabajaban reales falsos i de puro cobre, cuasi públicamente, con lisura, a la luz del dia. El empleado, el comerciante, el agricultor, cualquiera, en fin, que tenia con que comprar un marco de plata para blanquear diez i seis o veinte de cobre, habia dejado sus honestas labores por ser monedero falso, i los reales, todavia calientes, pasaban de las casas i tiendas a los mercados públicos. Oíanse de claro en claro los golpes de la acuñacion, i gobernantes i gobernados, sin embargo, se encojian de hombros como convencidos de su impotencia para atajar aquel torrente devastador de monedas falsas, desdorosa obra de tan criminal cuanto jeneralizada industria.

Tan grave era ya el mal, i tan difundido se na-

llaba por algunas provincias del Estado que, a pesar de las mui justas quejas de los vendedores i de los hombres de bien que no habian querido aprovechar de los seguros lucros de esa vergonzosa industria; tuvieron las autoridades que dictar enérgicas i repetidas órdenes para que se admitiesen aquellas monedas sin lei ni tipo lejítimo, autorizando el crimen, diremos así, i alentando a los delincuentes a proseguir con su punible manera de buscar la vida, i hasta de enriquecer a poca costa. El gobierno que ántes habia andado impotente para reprimir la falsificacion, tuvo luego que portarse terco i enérgico contra cuantos pretendian rechazar los *bregues* o *chifs* [eran los nombres que el pueblo dió a esas monedas.] ¡¿para qué? Para dar poco despues, de sobresalto, un decreto por el que se redujo el real a la mitad de su valor, i mas tarde otro declarándole sin ninguno.

Los de las confianzas del gobierno i los cóbachelistas, sabedores de que iban a espedirse tales decretos, se preservaron solícita i oportunamente de perder el valor de los *chifs*, i el daño recayó solo sobre el menesteroso pueblo. I todavia, aun despues de esto, no faltaron atrevidos traficantes que mercando por ínfimo precio algunos miles de esa moneda contrahecha, los introdujeron clandestinamente en los mercados de las provincias meridionales de Nueva Granada.

En medio de esa grita jeneral i lamentaciones amargas contra los monederos falsos, apénas i mui apénas fueron juzgados unos cuatro o seis de esos cientos de criminales, i aun la conciencia misma de los jueces tuvo tambien que relajarse, discurrendo equitativamente que no cabia imponer castigos rigurosos a esos infelices, cuando estaban

convencidos de que hasta ciertas personas de suposicion les habian dado la norma i el ejemplo, i avivado esa mala industria.

I no solo el poder judicial, mas tambien el legislativo tuvo que entrar en cuenta la multitud de delinquentes, i espedir una lei de indulto en favor de los reos; porque el delito *fué jeneralizado*, dice, *entre la mayor parte de artesanos de distintos gremios, por no haber estado al alcance del gobierno impedir el mal en su oríjen*. La lei fué objetada por el poder ejecutivo; mas siempre quedaron impunes los culpados, i maltrechos el comercio e industria de la jente desvalida.

X.

El jeneral Flóres que habia sostenido en auge todo su prestigio hasta fines de 1831, principió a perderlo desde el año siguiente. Aunque todavia contemplativa i sorda, aunque desconcertada i vaga, la oposicion empezaba ya a dejarse advertir, i a fines de 1832 era por demas palpable el descontento de la mayoría de los gobernados. Era de nuestro deber indagar con cuidado i rastrear escrupulosamente el oríjen i causas de esa lucha tenaz, larga i sangrienta que sostuvo el Ecuador contra los sucesivos gobiernos de aquel jeneral, i vamos a esponerlas sin odio ni afeccion, ni otro interes que el de sacar en limpio la verdad. Los amigos de Flóres tanto como sus enemigos, exajerando los hechos i comentando sus acciones con la lójica del interes de partido, se han empeñado i empeñan todavia en elevarle o abatirle a su capricho, hasta desfigurarle de tal modo que la posteridad andaria fluctuante en sus juicios si, participando tambier

nosotros de los calores de un tiempo que ya pasó, tomáramos apasionadamente el pincel de los unos o la brocha de los otros.

Apuntamos ya en otro libro algunos rasgos de su físico, i otros de sus prendas i achaques, morales i militares; i ahora añadimos que su afabilidad, característica i real segun unos, i solo política o aparente segun otros, pero ejercitada en todas ocasiones i con todos los hombres, unida a la fama de su valor i al puesto que ocupaba, era una cualidad seductora a que mui pocos pudieron resistir. Enemigos de carácter soberbio i aferrado se rindieron a tal prenda i a su don de jentes, i creemos que, merced a estas dotes, se sostuvo airoso por tanto tiempo en medio de tempestades i tormentas que otros no habrian podido disipar. Por desgracia para él mismo, i aun para el Estado, esa misma índole afable i blanda, llevada a mayor término, ponía a riesgo la dignidad que demandaba el encumbrado puesto a que le habian elevado sus prendas militares, i empeñado en quedar bien con todos ofrecía de lijero lo que no podía i, a veces, lo que aun pudiendo estaba resuelto a no cumplir. Llevando por delante el principio de que le convenia mas ser amado que temido, atraía a sus enemigos con ofertas i caricias, i lograba así, no solo destemplan el encono de sus odios, sino convertirlos en apasionados amigos.

Sabia, en ocasiones convenientes, tomar cierto aire de dignidad i desenvoltura, i disimular mañosamente sus afectos; i si a veces quebrantó sus propósitos i reglas, sabia tambien confesar sus yerros i mostrarse arrepentido.

Deseaba hacerse de dineros, pero mas bien para malgastarlos que para atesorarlos. Se mostraba afi-

cionado a las letras i aun a las ciencias, pero mas por la ostentacion de figurar como ilustrado capitán que por verdadera inclinacion. Las *Poesias* que publicó poco despues, si se eceptuan algunas, no carecen de númen, ni de gracia ni de naturalidad, con todo de ser ésta contraria a sus deseos de encumbrarse a mas de lo que podia.

Su achaque principal era el emplear la burla, i se burlaba con gracia, pero casi de todos i de todo; i esto no pudo ménos que acarrearle enemigos rencorosos.

En cuanto a las causas que, como públicas, excitaron el descontento de los pueblos, allá van cuantas se han sacado en limpio de entre el hervidero de las pasiones con que todavia juzgan los diferentes partidos que han sobrevivido a la caida del jeneral Flóres.

Flóres no habia nacido en el Ecuador sino en Portocabello, ciudad de la heróica Venezuela, i la nota de extranjero i su decidida proteccion a los extranjeros fueron, para los pueblos, faltas que no podian tolerarse.

Igual decidida proteccion a los de su numerosa familia.

El mal estado de la hacienda pública i el fausto con que el presidente i los empleados superiores daban tertulias i convites, hiciéron conceptuar que lo primero procedia, no tanto de la escasez de rentas, como de las especulaciones ilícitas de cuantos corrian con el manejo de ellas.

Los hombres influentes habian manifestado a Flóres la inutilidad de conservar el grueso ejército que consumia todas las rentas, i pedido que lo disolviese conforme á los deseos de muchos de los mismos jefes, oficiales i soldados. El jeneral habia mi-

rado la demanda como justa i ofrecido que lo disolveria tan luego como se descartase de Urdaneta, i no lo disolvió.

La cordialidad con que los jenerales Flóres i Obando se trataron en Túquerres con motivo del armisticio que procedió a los tratados de Pasto, cuando aun pesaba sobre ambos el asesinato de Sucre, hizo que miraran al primero, sino como autor, como cómplice del segundo. Uno i otro se habian recriminado i hasta ofendido, sosteniendo cada cual su inocencia i cargando la culpa sobre el contrario, i se les habia visto abrazarse i acariciarse exediéndose en finezas a porfia; i estos agazajos se interpretaron cual pruebas palpables de la parte que aquel tuviera en el asesinato. Ya tenemos abierto nuestro juicio sobre tal crimen; pero entonces, en 1832, todavia no estaba esclarecida la inocencia del uno.

La postergacion u olvido de algunos jefes i oficiales ecuatorianos del tiempo de la guerra de la independencia o posteriores, como los Matheus, Sáenz, Montúfares, Elizaldes, Antes, Merinos, Gómez de la Torre, Lavayen, Barreras, Francos, Marchanes, etc., etc. postergados por militares guapos i aguerridos, cierto, pero torpes e inmorales los mas. La preponderancia de estos era tal, que el gobierno solo contaba con ellos aun para los destinos que requerian idoneidad.

Un suceso enteramente doméstico, de esos que se cruzan de salon en salon, irritante, es verdad, pero del todo particular. Habíase forjado por uno de los amigos del gobierno una especie de sainete que tenia por objeto ridiculizar las costumbres de algunas familias respetables de Quito, i hubo otro que

llevó su descaro hasta el término de leerlo en una tienda de comercio. Bien pronto lo supieron los agraviados, i con tal motivo se cruzaron amenazas i billetes de desafío, i el jeneral Matheu echó públicamente bravatas contra el jeneral Flóres, porque así éste como varios de sus empleados habian festejado el sainete. Irritado Flóres contra Matheu mandó llamarle al palacio i, sentado bajo el solio i de etiqueta oficial, le recibió con ceño i reconvino con aspereza, concluyendo por decirle que *sus títulos* (los del presidente) *eran mui superiores a los pergaminos viejos* en que el otro fincaba su representacion social. (*)

El jeneral Matheu, patriota del año nueve, soldado del año doce, perseguido largo tiempo i desterrado por la causa de la independencian, defensor de la soberania ecuatoriana cuando la revolucion del jeneral Luis Urdaneta; era un hombre mui considerado i estimado por esos antecedentes, i por su gran hacienda i maneras afables. Principalmente en Quito, su cuna, aunque censurado por la sangre que escupia, era por la jeneralidad del pueblo mirado con respeto cual vástago de una casa acaudalada i solariega. El ultraje hecho por el presidente lastimó el orgullo de la familia ofendida, luego el de sus allegados i luego el del pueblo mismo, para el cual no cabia poner en parangon los merecimientos del uno con los del otro; i el ultraje, al andar de pocos meses, levantó enemigos rencorosos contra el gobierno.

El disgusto producido por el mal éxito de la campaña abierta con motivo de la incorporacion del Cauca. Habíase hecho por el jeneral Flóres la ofer-

(*) Informe oral del coronel Francisco Flor.

ta de *una victoria espléndida i gloriosa*, i tenido por paradero un desairado fin.

El llamamiento al ministerio de hacienda al granadino señor Juan Garcia del Rio, conocido i mercedamente bien reputado por su oratoria e instruccion variada, tanto como por su orgullo i opiniones monárquicas cuando la fantasia de algunos desconfiados del sistema republicano les llevó al delirio de querer cambiar el de Colombia. El nombramiento habia tenido lugar el 10 de noviembre.

Tras este cúmulo de causas en que se ve confundido lo mezquino i liviano con lo de peso, lo justo con lo injusto, lo de interes público con lo particular, asomaba el mal deseo de oponerse a los gobernantes, maligna propension de todos los pueblos contra todos los gobiernos i, de ordinario, por ambicion o aspiraciones. El opositor sabe que es simpático para los pueblos i acariciado por ellos, porque piensan estos, algunas veces engañándose, que aquel es el defensor de sus derechos i libertad, cuando acaso, tambien algunas veces, solo lleva por delante sus particulares intereses. El opositor, sin mas que serlo, se tiene por patriota él mismo, i por tal le miran los pueblos; i el empleado, por libre e independiente que sea, es visto como servil, cuando no esclavo. El ser opositor, entre nosotros, constituye un título seductor que alienta aun a los mas pacatos a inscribirse en el registro de los descontentos; el ser empleado un borron que le amancilla i tal vez, hasta deshonra.

Verdad es que el gobierno, tras haberse organizado sobre malos cimientos, no tenia principios ni sistema que hiciera conocer a los pueblos los medios que pensaba emplear para el progreso de la nacion; i esta falta, sin embargo, mas que del go-

bierno, era del tiempo i de las circunstancias. Apenas llevábamos dos años de existencia política, i aun estos dos años sin sosiego, cuando se queria que ya fuésemos mas de lo que habíamos sido, como si un pueblo, por demas pobre i escaso de hombres públicos, pudiera levantarse de improviso i tomar vuelo.

Si todo esto es cierto, eso sí, tambien es cierto que el Ecuador andaba todavia sin pabellon propriamente nacional. Los militares extranjeros, acostumbrados desde 1822 a deprimir i ultrajar a nuestros pueblos, continuaban entónces mas altivos con la ocupacion de los mas de los destinos públicos i el amparo del gobierno; i los pueblos, ya hastiados con el despotismo militar, comprendieron que el nuevo estado con que se constituyeran en 1830 no habia mejorado en un ápice su condicion anterior. Sobrábales, por tal causa, razon para su descontento, i era natural que apreciaran entusiastas a quienes pensaban hacerse de ese pabellon, i aun acudieron a las vias de hecho si de otro modo no podian conquistarle.

XI.

Los trabajos legislativos de mayor importancia en 1832 fueron: la reforma de la lei orgánica judicial i dos adicionales a la misma: la lei que autorizó abrir acequias i llevar aguas por heredades ajenas, previa indemnizacion de perjuicios; lei oportuna i bien consultada con que los campos de mal aspecto cambiaron de perspectiva, i tomó alientos la agricultura: una adicional a la de elecciones que reparó algunos de sus vacios: otra a la de procedimiento civil: el decreto que estableció un *Visitador*

de cuantas oficinas de hacienda habia en el Estado: la resolucion de que las juntas de este ramo se arreglen a la antigua *Ordenanza de intendentes*; i la lei que determina las formalidades que deben observarse en los juicios de acusacion contra los ministros de Estado, i las penas que eran de imponerse. Como habia sucedido en los dos congresos anteriores, i como sucederá miéntras no cambiemos nuestro carácter perezoso, no faltó el decreto de autorizacion al poder ejecutivo para que arreglase la administracion de las rentas públicas; decreto ya de rutina i, a veces, de confianza peligrosa que puede venir en daño de la nacion.

70. 1000
1000.000

CAPITULO III.

La sociedad del Quiteño libre.—Rocafuerte i sus antecedentes.—Periódicos.—Separacion del ministro Valdivieso.—El congreso de 1833.—Facultades extraordinarias.—Arresto i destierro de los patriotas.—Destitucion de los diputados Rocafuerte i Carrion.—Revolucion del 12 de octubre.—Jefetura suprema de Rocafuerte.—El 19 de octubre.—Campana de Guayaquil i rendicion de esta plaza.—Trabajos legislativos del congreso de 1833.

I.

La guerra doméstica, la peor de las guerras que aflijen a la humanidad, guerra que, castigando de muerte a los vencidos, no da gloria ninguna al vencedor, que divide a las provincias, pueblos i familias enjendrando enconos duraderos; llegó a surjir en 1833 colérica, vengativa, inclemente por demas. Aquel sordo descontento, mas bien dicho, aquel airado enojo contra el gobierno, contenido a malas penas en el año anterior, comenzó a darse a conocer sin escrúpulo, i llegó a deslindarse de claro en claro el partido ministerial del opositor.

Hallábanse las pasionas exaltadas, los ánimos

dispuestos i prevenidos a entrar en lid, i concertados cuerda i atinadamente a luchar en terreno legal, por medio del periodismo, para aconsejar i pedir al gobierno la estirpacion de tales o cuales abusos; se resolvieron los oposicionistas a dar a la estampa sus opiniones.

Antes de esta época habia asomado ya en Quito un periódico titulado *El Republicano*, dirigido a las claras contra el gobierno, i el gobierno habia tambien hallado medios de ahogarlo; casi al nacer, empleando sus agazajos, i por entónces quedó desarmada la oposicion. El Ecuador, en aquellos tiempos, estaba poco surtido de imprentas, estos elementos necesarios para la vida de los pueblos i la misma de *El Republicano* habia sido trabajada i fundida en Quito. Tambien en Guayaquil asomó *El hombre libre*, i sin que sepamos por qué asimismo desapareció mui breve.

Retirado por allá, en una casucha de barrio, moraba en la capital el coronel Francisco Hall, ingles de nacion, recientemente vuelto de Payta, a donde habia salido por librarse de las persecuciones del gobierno. Hall habia venido al Ecuador entre los oficiales del ejército de Sucre, cuando la campaña de Pichincha en 1822, i parece que desde entónces se aficionó a nuestra tierra. Discípulo acreditado del célebre Benthán, estaba dotado como su maestro de aquellas dotes de observacion i análisis con que se examinan, i se componen i descomponen las cosas; i el coronel Hall, a tono de vigilante, andaba a las vueltas del presidente de la manera mas atenta i con teson. Republicano de la escuela exajerada, habia combatido la dictadura de Bolívar i las de sus tenientes; i el jeneral Flóres, amigo fiel del Libertador, mirádole desde entónces con desconfian-

za i trató de separarle de su ruedo. Flóres i Hall eran, por lo mismo, políticamente enemigos declarados desde bien atras.

La vida enteramente filosófica que Hall llevaba en Quito, la solidez de sus conceptos, las opiniones republicanas i el odio manifiesto al presidente habian atraído a su ruedo a unos cuantos jóvenes notables por el talento i patriotismo, tomando esta voz en el sentido de aborrecimiento contra los soldados extranjeros que, hechos dueños de los destinos públicos, mandaban i desmandaban a su antojo en tierra ajena. Platicando por los suburbios de la ciudad entre esos jóvenes i Hall, habian establecido una sociedad política, i de este centro, apénas conocido por los fundadores de ella, emanado otros i otros oposicionistas que se estendieron por las mas de las provincias.

En vano el ministro de hacienda, deseoso de corresponder dignamente a la confianza del gobierno, desplegaba, entre tanto, su dedicacion, afanes i talento para medio regularizar la hacienda pública; en vano se desveló i esforzó por librarla de la bancarota que ya parecia infalible, en el decir del mismo señor Garcia del Rio. El mal venia desde mui atras, i tuvo el ministro que estrellarse contra los inveterados hábitos del ajiotaje, los contrabandos i mas estorbos consiguientes a la absoluta falta de organizacion en dicho ramo. Los resultados de sus buenas intenciones i trabajos no correspondieron ni a las esperanzas que se tenian en su capacidad, ni a las promesas que habia hecho.

Llenos estan los libros del ministerio de hacienda de órdenes i circulares, encaminadas todas a desarraigar los abusos introducidos por los prefectos, gobernadores i tesoreros, con ocasion de los pagos que

se hacian por los empréstitos celebrados en tiempo de Colombia o posteriores, sin conocerse bien su procedencia ni siquiera el monto de las liquidaciones. Las prefecturas habian dado i seguian dando libramientos desconsiderablemente, habian tomado i seguian tomando dinero a daño, i con tales antecedentes establecióse un sistema de rentas de los mas escandalosos, i un fondo anónimo, diremos así, en que iban a la parte los traficantes con las necesidades del Estado. Las aduanas se hallaban confundidas con las tesorerias, las prefecturas con los ministerios; nada habia deslindado, i ménos arreglado. Era un verdadero caos en que solo se veian cruzar las negociaciones ilícitas, los intereses de un tres por ciento mensual, las dificultades producidas por la moneda falsa i los pesos llamados *chiñahuas*, los embarazos para realizar la contribucion personal ordinaria en las provincias marítimas, i la imposibilidad de hacer frente a las mil necesidades de la nacion.

El ministro de hacienda que se habia propuesto *esclarecer las rentas, liquidar i clasificar la deuda publica, i suspender temporalmente el pago de los papeles de crédito* [son sus palabras]; se vió mui pronto atajado en tan loable resolucíon. I no solo esto, sino que alterándola el mismo al andar de poco tiempo, i admitiendo los papeles de cuatro o seis traficantes nuevos que se alzaron con todas las rentas, quedaron estos habilitados i empeorados los negocios.

Era, pues imposible estirpar de un solo golpe i en tan corto tiempo abusos ya arraigados, procedentes de las guerras i vicisitudes de todo jénero que habian aflijido a los pueblos. Onerosos, de cierto, habian sido los contratos celebrados para salir

de las urgencias levantadas desde 1822; pero mas calamitoso habria sido esponer la independendencia que se trataba de afianzar, i el mal, a nuestro ver, no emanaba tanto del gobierno ni de los agentes subalternos, como de la suprema lei de la necesidad que obliga a sacrificar lo ménos para salvar lo mas. Al asomo de las urgentes necesidades habian asomado los logreros, i como las primeras siguieron sin tregua, sin dar tiempo ni para un solo respiro, los abusos habian tenido tambien que cimentarse; i el gobierno, para conservar su ser, vístose arrastrado por la fuerza natural de los cosas, a seguir asimismo la corriente de aquellas necesidades, envuelta i enturbiada con los abusos.

1833. Así, el ministerio no podia ser culpable de aquel vasto i complicado cúmulo de deudas, laberinto con cuya salida no podia acertarse, i de donde si se lograba dar paso a uno de los abusos, era tal vez introduciendo otros mayores. Pero la oposicion no ve sino la realidad de los hechos cuales asoman; jamas las dificultades que los gobiernos tienen que vencer: la oposicion no las conoce ni las pesa, sino cuando a su vez se hace gobernante i llega a sentir los dolores que incesantemente aquejan a los gobiernos; i la oposicion de entónces acusó cruel i exajeradamente al del jeneral Flóres.

La culpabilidad de este, ménos que en la esencia de los abusos, consistia en su falta de temple i energia para haber roto de frente con los banqueros i ajiotistas que, aprovechándose de los conflictos del tesoro público, se enriquecian a su salvo, i enriquecian a los agentes inmediatos del gobierno. Tiempos despues asomó, como ya veremos, una mano firme que puso cotó a la codicia de los logreros; i mano firme, que no circulares ni órdenes, es lo que el go-

bierno necesitaba para acertar a salir del laberinto de la hacienda pública.

II.

La oposicion, al principio mui reducida, habia ido ensanchándose i fortificándose al andar de un corto tiempo, i ya, a mediados de abril, estableció, desembosada, la sociedad que se llamó del *Quiteño Libre*. Fundáronla los señores jeneral Sáenz, presidente de ella, José Miguel Murgueitio, secretario, Pedro Moncayo, redactor del periódico que iba a publicarse, jeneral Matheu, coronel Hall, Ignacio Zaldumbide, Manuel i Roberto Ascásubi, Vicente Sans, Manuel Ontaneda, coronel Wright, i comandante Pablo Barrera, casi todos hombres de cuenta por su instruccion, talento, caudal o familias a que pertenecian. Este apostolado, mezquino entónces, tomó, andando mas los dias, proporciones tamañas.

Por el mes de junio próximo debia renovarse la mitad de los diputados al congreso, i vínoseles a la mano esta ocasion para alentarlos a combatir con el gobierno en el campo eleccionario, trabajando para sacar hombres que fueran de su partido, i comprándose una imprenta que diera eco a sus opiniones.

La repentina aparicion de un hombre de mui notables antecedentes llegó a proporcionarles un ausiliador, de importancia, i mas que ausiliador, un caudillo de esos que son a propósito para ponerse a la cabeza de una banderia política. El lugar en que apareció este ausiliador fué Guayaquil, i el hombre el señor Vicente Rocafuerte.

Como Rocafuerte ha sido uno de los hijos mas distinguidos del Ecuador, i una de las figuras mas

sobresalientes de la época que recorremos, i aun de las posteriores, harto bien merece empleemos algunas pájinas a su nacimiento, educacion i servicios prestados a la causa de la independencia americana, para que así puedan apreciarse o condenarse con mas acierto i rectitud sus acciones públicas.

Si la historia sigue paso a paso tras los regueros de sangre que han ido dejando en su camino los conquistadores i guerreros de fama, deteniéndonos en cuantos combates han vencido, en las ciudades i alcázares que han espugnado, en las dificultades superadas i rendidas, i haciéndonos estremecer i palpar con la narracion de los sangrientos resultados de las victorias; aun debe interesarnos mas la relacion de las acciones de los hombres sin espada que, con su ingenio, probidad, bien hablar i arrojo, conquistan acaso mas que los otros, ya que no dejan lastimado el corazon por sus triunfos. La humanidad da terribles gritos cuando oye victorear las glorias de los conquistadores; calla, i esto basta para enaltecer el timbre de los otros; porque, ántes que todo i sobre todas las cosas, la primera voz que ha de atenderse es la de la humanidad, el primer impulso que debe mover nuestras acciones el de la humanidad.

III.

Rocafuerte, hijo de don Juan Antonio Rocafuerte i de doña Josefa Bejarano, nació en Guayaquil el 1º de mayo de 1783, en el mismo año que Bolívar, como Ciceron en el mismo que Pompeyo, como Chateaubriand en el mismo que Napoleon el grande. Distinguido por la alcurnia i buena hacienda de los padres, que contaban con los medios necesarios

para hacer educar a su hijo, no del modo rutinario que jeneralmente lo eran los colonos americanos, fué llevado a España, casi niño, por su tio el coronel Bejarano, aquel mismo que figuró en las contiendas políticas de nuestra patria [1811] i metido en el colejio de nobles de Madrid. Destinado a ocupar una plaza de beneficio en el rejimiento *Granaderos del Estado*, que comandaba el coronel Laváyen, la instruccion del jóven Rocafuerte se concretó a la enseñanza de matemáticas, jeografia, táctica i mas ramos necesarios para sacar un buen oficial. Poco despues, se convinieron los señores Bejarano i Laváyen en que el estudiante pasara a Francia a completar su instruccion, i que al regreso se posesionara de la plaza que le estaba destinada.

Por esta época [1803] se amistó en Paris con el jóven Simon Bolívar, oscuro entónces, para quien el destino, como para Rocafuerte, reservaba un puesto exelso entre los americanos ilustres.

El coronel Bejarano tuvo que volverse para Guayaquil, i habiendo muerto el coronel Laváyen, fué colocado a la cabeza del rejimiento en que debia servir Rocafuerte el marques de Casa Palacios. Estos incidentes hicieron cambiar la carrera del jóven; pues el marques, a pretesto de la ausencia del beneficiado, dispuso de la plaza que debia ocupar.

Dotado de fantasía acalorada i conexionado con los Bolívares, Montúfares, Cabales i otros americanos que trataban frecuentemente del pupilaje de su patria, admirando i envidiando las glorias militares de la Francia republicana; las pláticas que con ellos tenia recaian, las mas, sobre el modo de libertarla de España para verla independiente.

La mui difícil comunicacion de entónces entre

America i Europa privó a Rocafuerte por algun tiempo de los ausilios que la familia le enviaba de Guayaquil, i para sacudirse de sus necesidades se resolvió a regresar para su patria.

Estuvo de vuelta en 1807 i pasó a vivir en su hacienda de Naranjito. La persecucion que desplegó el coronel Nieto, presidente interino de Quito despues de la muerte de Caron de Let, contra el doctor Juan de Dios Moráles por haber opinado, como asesor de gobierno, que el mando de la presidencia correspondia a la real audiencia, hizo que este aceptara el asilo que Rocafuerte le ofreció en su hacienda, i allí conferenciaban los dos a todas anchas sobre la emancipacion americana. Ambos convenian en la necesidad de ella, pero discutian en cuanto al tiempo: Rocafuerte queria, como el doctor Espejo, preparar primero la opinion por medio de sociedades secretas, i Moráles, mas violento que su amigo, o mas lastimado por las persecuciones que seguian haciéndole, queria que el grito de independecia se diera al punto. Ya vimos cómo realizó Moráles su proyecto en la noche del 9 de agosto de 1809, i cómo Rocafuerte fué preso con motivo de esta revolucion.

El año de doce fué Rocafuerte elegido diputado para las cortes de España. El justo aprecio con que recibió este nombramiento le hizo comprender la necesidad de presentarse con algunos conocimientos en materia de lejislacion, especialmente en punto al influjo i exelencia del sistema representativo, entónces no mui conocido todavia, i pasó para Inglaterra por adquirirlos. En Lóndres se amistó con los mejicanos marques del Apartado i su hermano el baron de Fagoaga, ambos amigos de la independecia americana, i emprendieron los tres un

viaje para el norte. Recorrieron la Suecia i arribaron a Sanpetersburgo a mediados de 1813. Las conexiones que desde ántes habian tenido con don Eusebio Bodarji, plenipotenciario de España en esa corte, les sirvió para ser presentados a la emperatriz, quien les recibió con benevolencia i aun les convidó su mesa por dos ocasiones.

Rocafuerte, de vuelta de Rusia a Lóndres, se apartó de sus dos amigos i pasó a Madrid en enero de 1814. Hízose 'conocer desde los primeros dias en que tomó asiento en las cortes por sus ideas i carácter fogoso, i perteneció al partido liberal, compuesto no solo de americanos sino tambien de muchos españoles.

Cuando Fernando VII echó por tierra la constitucion del año de doce i volvió a imperar el absolutismo, fué Rocafuerte perseguido por no haberse prestado al besamanos con que le invitaron los absolutistas. Un oportuno aviso le dió tiempo de apercibirse para la fuga, i huyó en efecto para Francia.

Obligado a permanecer en Europa, porque no podia conseguir pasaporte para América, se entretuvo recorriendo la Francia meridional i la Italia. Las ruinas, las artes, los templos, las costumbres, todo lo observó i contempló con ansiosa curiosidad.

Hallábase en Nápoles cuando se le dijo que en Burdeos podia proporcionarse un pasaporte i un buque para volverse a su patria. Partió, en consecuencia, para Burdeos i, obtenido en efecto el pasaporte, se vino para Guayaquil a mediados de 1817, donde se conservó hasta 1819. Entre sus ocupaciones tenia la preferente de enseñar el frances con la condicion de que sus discípulos habian de

enseñarlo tambien a otros, i de que habian de versarse en él con la lectura de la *Historia de la independencia americana* de Raynal, el *Contrato social* i el *Espíritu de las leyes*.

El ruido de los triunfos de las armas independientes rujia entónces casi por todas partes, i Rocafuerte le oía acercarse con placer; pero la madre, temerosa de verle envuelto en la guerra, le obligó a que se fuera a los Estados Unidos. Tocó en Cuba a principios de 1820, i habiéndose proclamado poco despues el restablecimiento de la constitucion española i la consiguiente libertad de imprenta, se puso a escribir en favor de la independencia en union de los señores Miralla i Fernández Madrid.

Por esta época vino a tronar la revolucion promovida en España por Riego i Quiroga, i deseando Bolívar conocer el rumbo que le dieran, porque no estaba seguro de que se desentenderian de las colonias americanas, quiso que fuese un comisionado a informarse de lo que pasaba en la Península, e hizo escribir a la Habana con el indicado fin. La eleccion recayó en Rocafuerte, quien partió de seguida para Madrid. Conexionado como estaba allí con los del partido liberal, no le fué difícil instruirse menudamente de cuanto era menester, i envió al Libertador informes prolijos i exactos del estado político i militar de España.

De vuelta para Cuba [1821] supo Rocafuerte la proclamacion de Iguala, en Méjico, i que Iturbide, republicano apóstata, pensaba levantar un trono para sí. Los señores Miralla i Madrid levantaron a su vez un grito de enojo contra Iturbide, i el señor Rocafuerte, que pasó a los Estados Unidos, fué a dar allá el opúsculo titulado *Ideas ne-*

cesarias a todo pueblo independiente que quiere ser libre.

Este folleto tuvo gran éxito entre los republicanos de Méjico, i le valió ser llamado por sus amigos de la capital. Como a tal invitacion iba unida la de su cuñado, el jeneral Gainza, para que fuera a visitar a su hermana, se determinó Rocafuerte a pasar a Méjico, i llegó cuando ya Iturbide se habia hecho proclamar de emperador [mayo de 1822.]

Metido allá entre los republicanos que trataban de volcar aquel trono levantado contra el grito jeneral de América, i héchose conocer por la turbulencia de su carácter, recibió la comision de salir para Washington con el fin de hacer patente en esta corte la voluntad de la mayoria de los mejicanos i oponerse al reconocimiento del imperio, para lo cual habia acreditado Iturbide un ministro plenipotenciario. El señor Rocafuerte presentó cuantas recomendaciones habia llevado para el presidente i ministros de la Union, i consiguió suspender el reconocimiento.

Debíale Rocafuerte al cielo una suma cuanto infatigable laboriosidad, i deseando preservarse del hastio a que le habria reducido su permanencia en Washington miéntras viniera al suelo el imperio de Iturbide, escribió el *Bosquejo lijerísimo de la revolucion de Méjico desde el grito de Iguala hasta la proclamacion imperial*. Luego publicó la obra titulada *El sistema Colombiano, popular, electivo i representativo, es el que mas conviene a la América independiente*, i una traduccion del ingles al castellano de la filosofia moral de Allen.

Hallábase Rocafuerte en Filadelfia cuando le llegó la nueva de la caida de Iturbide, juntamente

con la mala de la muerte de su hermana i cuñado, i se volvió para Méjico a principios de 1824 con el objeto de recoger a sus sobrinos. Tan resuelto estaba, al parecer, a regresar a su patria despues de recojidos los huérfanos, que aun habia hecho ya venir de los Estados Unidos a Guayaquil varios modelos de buques, de molinos de alambiques, &^a para mejorar la industria de su pueblo i reparar los quebrantos de sus intereses. Pero invitado por el jeneral Michilena, encargado de una comision de su gobierno, para que le acompañase a Lóndres, se fué de nuevo para Europa. La comision de Michilena, entre otros objetos, comprendia el de interesar a la Gran Bretaña en el reconocimiento de la independendencia mejicana, i fué cumplidamente desempeñada, pues se logró que se reconociese en 1824. Obtenido este acto de tan gran interes, Michilena fué tambien reconocido como ministro plenipotenciario con Roca fuerte de secretario.

Asuntos que no son de nuestra incumbencia referir obligaron a Michilena a volverse a Méjico i Roca fuerte quedó representando a esta república como encargado de negocios. Desempeñó su papel con tino i delicadeza, i entabló relaciones comerciales con Francia, Holanda, Prusia, Babiera i algunas de las ciudades anseáticas. Mas tarde fué nombrado ministro plenipotenciario para los gobiernos de Dinamarca i Hanover, i celebró con estos provechosos tratados para Méjico.

Por este tiempo [1826] se verificó el empréstito de los treientos quince mil pesos hecho por Roca fuerte en favor de Colombia, su patria, segun dijimos en el lugar correspondiente.

A fines del mismo año celebró con la gran Bretaña el tratado de amistad, comercio i navegacion

que lo trajo él mismo para Méjico, i se volvió a Londres a mediados de 1827.

Por esta época escribió las *cartas de un americano sobre las ventajas de los gobiernos republicanos federativos* que, no habiendo podido terminarlas por falta de tiempo, las entregó al señor Canga Argüelles a que diera la última mano i las publicase. Hizo que José Correa, hijo de Guayaquil aprendiese en Lóndres a litografiar con el fin de que pudiera formarse una flora ecuatoriana, dándole ademas quinientos pesos para que se trajese el aparato i se introdujese entre nosotros el grabado litográfico. A Méjico remitió otros artículos de mayor importancia, destinados para la mejora de las artes i la agricultura, i fueron tantos los afanes que mostró por el progreso de las repúblicas americanas que, habiéndose hecho conocer mas por estas prendas que por sus cargos públicos, mereció que el señor Madrid le dedicase su tragedia *Atala*, el señor Mora su *Historia de los árabes en España*, el señor Canga Argüelles sus *Principios de la ciencia de hacienda* i el señor Gorostiza su comedia *Don Cómodo*.

Los anárquicos sucesos de Méjico en 1829 le hicieron mirar, segun él, con vergüenza el cargo que desempeñaba en la sosegada i grave corte de la Gran Bretaña, i pidió a su gobierno que le enviase las letras de retiro. Las recibió por octubre de dicho año i se volvió a Mejico por febrero de 1830.

Por una de esas revueltas i cambios de gobernantes que tienen amancillada la reputacion de las repúblicas americanas, se hallaba entónces a la cabeza de la de Méjico el jeneral Bustamante, i de su ministro el señor Manjino. Manjino en otros tiempos habia sido amigo de Rocafuerte; mas entónces,

sabedor de que este opinaba no ser lejítimo el gobierno de Bustamante, se negó a darle el pasaporte que solicitó, en son de tener que pedirle esplicaciones relativas a la comision desempeñada en Lóndres. El señor Rocafuerte le manifestó que estaba pronto a darle cuantas quisiese, i el ministro, sin embargo, ni le demandó ninguna ni le estendió el pasaporte pedido.

Detenido así en una época en que la guerra civil desgarraba ese vasto i opulento pueblo por la diversidad de principios que pensaban establecer o, mas bien dicho, por la ambicion i encono de los partidos, figurando entre otras causas, la de la religion, publicó Rocafuerte el *Ensayo sobre la tolerancia religiosa*. El gobierno apoyado en la fuerza militar i en el clero que estaba a su devocion, dispuso que se denunciase la obra al jurado, i el jurado declaró haber lugar a formacion de causa, i el autor fué llevado preso al ayuntamiento. [*] El acusado halló un elocuente defensor en don Juan de Dios Cañedo para los puntos de derecho, i el mismo Rocafuerte, seductor por su oratoria varonil i atronadora, aunque a veces percuente, hizo la esposicion i defensa de los hechos con suma discrecion i gallardia. Fué absuelto casi por unanimidad i sacado de la prision con aplausos, como en triunfo de la libertad contra la intolerancia del gobierno.

Ofendido así por el ultraje que se le habia hecho, se puso a la cabeza de la redaccion de *El*

(*) El filólogo Antonio Puigblanch, en el prólogo a sus *Opusculos gramático-satíricos*, atribuye a los padecimientos del señor Rocafuerte por la espresada causa el no haber dado a luz un proyecto relativo a la tolerancia de cultos.

Jénio de la Libertad i se presentó con lisura como editor responsable de este periódico. El gobierno, ofendido a su vez, buscó medios de perderle, i como las rebeliones contra Bustamante surjian por unos cuantos pueblos, principalmente despues del fusilamiento del jeneral Guerrero, Rocafuerte fué acusado como cómplice de la promovida por el coronel a quien llamaban *Brazo de oro*. En consecuencia fué arrestado i llevado preso a Chalco, i la prision duró por cosa de mes i medio. Al fin como no se pudo comprobar el delito de que le acusaban, fué puesto en libertad.

Dió luego a luz un *Ensayo sobre cárceles* que fué bien acogido, no solo por los particulares, sino por el gobierno mismo. Mas tarde, habiéndose ausentado Bustamante de la capital i elevándose el señor Fagoaga, el antiguo amigo de Rocafuerte, al ministerio de relaciones exteriores, aprovechó este de tales circunstancias i le pidió pasaporte para Acapulco, i el ministro se lo dió al momento.

Salió, pues, al fin de la capital de Méjico i, despues de vencidos algunos otros trabajos hasta Acapulco, se embarcó en este puerto i tocó en las playas de su patria por febrero de 1833.

Tales habian sido los antecedentes de Rocafuerte, i así por estos como por la fama de su carácter altivo i firme, capacidad, conocimientos políticos i figura que representara en tierras forasteras, se le recibió en su patria cual a hombre de gran cuenta i espectacion.

A juzgarse por las primeras ocupaciones a que se dedicó, parece que su intencion era la de morar tranquilo atendiendo al beneficio de unas minas de brea, que su familia conservaba en Santa Elena a donde se retiró. Una caida de caballo que le espu-

so a perder la vida, le obligó volverse a Puná con el fin de repararse del quebranto, i se conservó en esta isla hasta el mes de julio.

Durante la convalecencia recibió las enhorabuenas de cuantos andaban ya torcidos con el jeneral Flóres, i las invitaciones de que abrazase la causa que habian promovido contra su gobierno. La triste pintura que el *Quiteño Libre*, periódico que ya por entónces habia salido a luz, hacia del estado de la nacion, principalmente en materias de hacienda, parece que le impresionó por demas; i embelesado luego con el saludo que le dirijieron sus redactores con motivo de haber sido electo diputado por la provincia de Pichincha, en competencia con los del mando ministerial, se comprometió i prestó desde entónces a lidiar con el gobierno.

IV.

El Quiteño Libre, como hemos dicho, andaba ya publicado, pues el primer número apareció el 12 de mayo de 1833. Este periódico era parto de la sociedad que llevaba el mismo nombre, i la impresion que produjo en el público fué jeneral; de contento para los enemigos del gobierno i aun para muchos indiferentes, prontos siempre a mancomunarse contra el poder, de aprehensiones i disgusto para los empleados i sus parciales. Entre nosotros, i mucho mas en aquellos tiempos, el asomo de un periódico de oposicion es un acontecimiento notable que pone a los pueblos en espectacion i del lado de los oposicionistas.

Las bases en que está fundado *El Quiteño Libre* van encaminadas, segun su prospecto "a defender

las leyes, derechos i libertades del pais, a denunciar toda especie de arbitrariedad, dilapidacion i pillaje de la hacienda pública, a confirmar i jeneralizar la opinion en cuanto a los verdaderos intereses de la nacion, i a defender a los oprimidos i atacar a los opresores." Era, como dijimos, el primer escrito de este jénero que amenazaba sacar a luz los actos públicos i estraviados del gobierno, i la voz de *El Quiteño Libre* fué por consiguiente aceptada, escuchada i difundida con entusiasmo. Su mérito principal consiste en haber sido el primero que levantó la voz despues de tanto tiempo de silencio, i en medio de las bayonetas de los soldados extranjeros que desdeñaban a la patria que les estaba alimentando, vistiendo i acaso enriqueciendo. Si hubo algunos para quienes fué esa voz de mal sonido, era porque se trataba directamente de ellos o de sus allegados.

Sobre este mérito llevaba el de la moderacion i decencia que sostuvo en su progreso, al traves de la agitacion i encono de los partidos, sin pretender rasgar el velo que encubre las acciones privadas de la vida. Los gobernantes no le vieron ni juzgaron así, sino como producción de pasiones violentas; pero quien vió poco despues, i quien ha visto en tiempos mas cercanos i por lo mismo mas cultos, cuando ya la libertad de imprenta ha tomado mayor vuelo, alzarse la burla i el insulto, la calumnia i las maldiciones, i luego andarse rejistrando los retretes i recámaras de las casas, i luego asomar imprentas desconocidas i publicarse pasquines a modo de periódicos; no puede ménos que apreciar i encarecer aquel buen sentido que guió los pasos de *El Quiteño Libre*. Hai fuerza en los cargos, tal vez exajeracion, i sin duda vanidad en cuanto

a su modo de pensar; pero todo esto, la verdad sea dicha, no mas que en punto a la vida del hombre público.

Los cargos principales que hizo *El Quiteño Libre* en los cuatro meses de su vida periodística, versan sobre el desentendimiento del gobierno con respecto a la circulacion de la moneda falsa, a los bandos que habia publicado para que se admitiese, i luego a los decretos relativos a la reduccion de su valor hasta el término de dejarla sin ninguno. Achácanle las prodigalidades con que obraba en favor de ciertos empleados escojidos, cuando otros andaban consumiéndose de miseria, i cuando aun los soldados carecian a veces hasta de raciones; achácanle la creacion de destinos i legaciones inútiles que no llevaban otro fin que el de favorecer a los allegados al gobierno; las frecuentes transgresiones de las leyes de hacienda; las violencias, sino brutalidades, i estorciones de algunos militares que servian como gobernadores en las provincias o de correjidores en los cantones; los abusos del presidente en materias de arrestos i destierros arbitrarios; la proteccion, cuando no amparo franco, dispensada a ciertos criminales que cargaban charretas; i jeneralmente el despotismo militar, fomentado desde mui atras contra los fueros de la nacion.

Entre estos cargos hubo uno de mucha cuenta, relativo a *carestia de sales*, inculpada al presidente. Dijose que, descendiendo de su elevado puesto para comerciar con sales, habia privado a los miserables indios i mas personas desvalidas de esta única industria con que satisfacian de algun modo sus primeras necesidades. El cargo, si no ilegal, era demasiado bochornoso para el presidente del Esta-

do, i no pudiendo sobrellevarlo a sangre fria, acusó el artículo ante el jurado de imprenta. Otros magistrados, en caso semejante, habrian acudido a las violencias; pero el jeneral Flóres, manso i sufrido como pocos, dió el noble i santo ejemplo de ampararse a la proteccion de la lei para pedir el desagravio de tal cargo.

Reunido el tribunal de jurados declaró no haber lugar a formacion de causa, i esta simple declaratoria vale tanto como la mas completa absolucion del presidente, porque es de pensarse que los redactores del periódico no tenian pruebas con que sostener la acusacion. El tribunal, bien averiguado el suceso, estaba compuesto de personas que las mas pertenecian al partido de oposicion, i cuando obtuvieron de ellas que se cortase el juicio sin llegar al término de pruebas, queda de claro en claro que el artículo acusado solo era parte de la invencion i las pasiones. Sucedió, se dice, que los testigos, conocedores de la accion imputada, se negaron a prestar sus declaraciones de miedo al poder del gobierno, i que, en este concepto, espuestos los acusados a las malas resultas del juicio por falta de documentacion, influyeron en que se diera aquel sesgo a la contienda. Así podrá ser; mas no hemos dado con pruebas que demuestren tal decir.

Lo que hubo cierto en este punto es que el coronel Uscátegui i el comandante Mota, traficantes de sales por mayor, trataron de monopolizarlas sirviéndose para ello de una de las haciendas del jeneral Flóres, en donde las depositaban, i contando con que sus charreteras les ponía fuera de toda competencia con los indios i mas infelices dados a esa industria. Estos procedimientos, que fueron interpretados al gusto de los enemigos del gobier-

no, dieron márjen a que tambien el presidente fuera complicado en ese impio monopolio, matador de la miserable industria de la jente infeliz.

En medio de la irritacion producida por los primeros números de *El Quiteño Libre*, no quiso tampoco el gobierno ejercer contra sus sostenedores acto ninguno de violencia, como jeneralmente obran otros gobiernos, sin embargo de que le tenia calificado de sedicioso. Tuvo, al contrario, la cordura de promover la publicacion de otros periódicos para que le defendiesen, i esta es otra accion que tambien honra al gobierno del jeneral Flóres. *La Gaceta del Gobierno del Ecuador*, *El Amigo del Orden*, *Las Armas de la Razon*, *El Nueve de Octubre*, *El Trece de Febrero*, i *El Investigador*, se dieron sucesivamente a luz en defensa del gobierno, i sus redactores, saliéndose de la moderacion que era menester para las circunstancias, trataron i calificaron a los de la sociedad de *El Quiteño Libre* de perturbadores del orden, ambiciosos; inconsecuentes, ociosos, aspirantes, etc. etc. Fuéronse a mas: pintaron el cuasi quebrado gobierno de entónces como el mas luciente de cuantos rejian las repúblicas americano-españolas.

En cuanto a los descargos sobre el despilfarro de las rentas, no fueron mui satisfactorios los que se dieron, i la oposicion, pujante con las réplicas, fué tomando brios dia a dia.

El periódico *Las Facultades Estraordinarias*, produccion de la misma sociedad de *El Quiteño Libre*, separándose de la medida i comedimiento que habian guiado a este, apareció lleno de chispa, cierto, pero sin doctrina ni cosa de sustancia. Bastante bien desempeñado, pero irritante i hasta corrosivo, puesto que solo propendia a jugar, a

chancearse i lastimar ridiculizando a varias personas, vivió sin dar consecuencias de provecho. A su encuentro salió *El Investigador*, de Cuenca, de mayor lisura, por que a la burla añadió la temeridad; i así, convirtiéndose ambos en periódicos de época i circunstancias pasajeras, solo han dejado para nosotros la memoria de sus enconadas pasiones, i la razon que tenemos para condenarlos.

Aun prescindiendo de algunas inmoralidades que encerraba *El Investigador*, su saña llegó al término de aconsejar i pedir al gobierno que acudiera a las medidas de fuerza para hacer callar a la oposicion i castigar así sus *insolencias i perturbaciones*: “En el estado de inquietud en que los fautores de *El Quiteño Libre* han puesto la patria, dice el número 4º, creemos no queda al ejecutivo otro recurso que proceder por su propia conciencia ¿No podrá atropellar cuanto le impida para poner la patria en el estado que la recibió? . . . ¿Cuesta algo al ejecutivo dictar un decreto que sea una medida segura de tranquilidad? Nada importa que semejantes escritos sean rebatidos: que no labren en los ánimos: que no sean precursores de la destruccion del gobierno, i que este se encuentre asegurado por su opinion i por sus recursos. Ellos ofenden, veján e injurian al gobierno, i el gobierno no debe tolerarlos.” Pedir que el gobierno obrara por su conciencia, por una conciencia parcial, lastimada, apasionada, era pedir que se ultrajasen las leyes.

Hubo otro periódico, *El Nueve de Octubre*, que, habiéndose presentado en la arena con aspecto oposicionista, cambió mui pronto la bandera, i se pasó al partido contrario a consecuencia, segun se espresó *El Colombiano del Gudtyas*, “de haber quedado los redactores satisfechos con las explica-

ciones que dió el ministro de hacienda en Guayaquil por los cargos que habia dirigido contra el Gobierno." Ciertamente que el presidente, acompañado de su ministro, habia pasado a esa ciudad "por examinar por sí mismo (son palabras dirigidas al prefecto de Guayaquil con fecha 28 de abril) el complicado estado de la hacienda del departamento del Guayas, a fin de combinar los medios conducentes a su mejor arreglo, i a la mas pronta liquidacion de los créditos contra el Estado." Pero tambien es cierto que tal examen se contrajo mas bien a las personas interesadas en la continuacion de los abusos introducidos, que al de esas liquidaciones i créditos. La sagacidad del jeneral Flóres halló arbitrios para contentarlas, prometiéndoles seguir con la amortizacion de papeles; i de este modo los redactores de *El Nueve de Octubre*, esto es las personas interesadas, entusiastas al principio para condenar a cierra ojos los procedimientos del ministro de hacienda, no solamente se enfriaron, sino que se convirtieron en ardientes defensores de él con la misma ceguedad.

V.

En tal estado de cosas, cuando los ánimos andaban exacerbados, cuando la oposicion habia triunfado en las elecciones de los diputados por la provincia de Pichincha [*], i ya era válida la voz

(*) Rocafuerte fué el primero de los diputados elejidos por la provincia, i *El Quiteño Libre* le felicitó por ello en los términos siguientes:

"Señor: al dirijirnos a Ud. en el segundo número de nuestro periódico, como en quien habíamos puesto nuestras esperanzas para cooperar a la salvacion del país, co-

cundida por los gobernantes de que se fraguaba una conjuracion; asomaron casi de sobresalto otros sucesos de bulto que vinieron a empeorar la inquietud de la nacion.

El ministro Valdivieso, resfriado ya de la amistad del jeneral Flóres, i desavenido desde sus competencias en los famosos *Convites* [corridas de toros] de Ibarra, *Convites* en que los acaudalados i los pobres porfiaban a cual mas en lucir la *tarde de barrio*, cueste lo que costase, aun cuando fuera el rompimiento de las familias; el ministro Valdivieso, decimos, desavenido con el presidente desde los que se habian verificado unos pocos meses ántes, se vió en la necesidad de refutar un impreso publicado por el señor Pedro Calisto en satisfaccion de un cargo hecho por *El Quiteño Libre*. El señor Valdivieso insertó su refutacion, como remitido, en el número cuarto de este periódico, i semejante paso, indiscreto a la verdad, le hizo con justicia sospechoso a los ojos del gobierno. Si quiso vindicarse sin lastimar al gobierno, no debió servirse del periódico de oposicion, i si quiso romper del todo con él,

noíamos mui bien que la voz pública del Ecuador no desmentiría jamas la nuestra. Actualmente acaba de ratificarla del modo mas solemne, elijiendo a Ud. por su representante con la mayoria de treinta i seis votos entre los cuarenta i siete de la asamblea electoral. Los manejos i las intrigas del despotismo se han desavenecido delante de la opinion pública, como las sombras de la noche se disipan con la luz del dia. El pueblo siente i ha hecho sentir sus fuerzas con el decoro i dignidad que convienen a los hombres, igualmente amantes de la libertad i de las leyes ¡Ojalá a su llegada encuentre Ud. aquí amigos dignos de su aprecio, i capaces de acompañarle en sus tareas! Entre tanto, tienen el honor de suscribirse de Ud. atentos servidores.—

Los redactores de El Quiteño Libre.

debió dejar el puesto que ocupaba i obrar con mayor franqueza. Tivo, pues, el gobierno sobrada razon para ofenderse, i con fecha 11 de julio decretó la separacion del señor Valdivieso, i llamó en su lugar al señor Victor Félix de Sanmiguel para que sirviera interinamente en el ministerio.

La separacion del señor Valdivieso, si necesaria i justa por el paso que habia dado, fué por otros respectos, sensible para el gobierno, porque se privó de una gran columna i vigorizó las fuerzas de la oposicion. El exministro, envejecido en los negocios de gobierno desde el tiempo de Colombia, en que sirvió como consejero de estado, gozaba en la patria de gran influencia por su distinguido talento, modales cultos, caudal i numerosos vínculos de familia i amigos. Sobre todo, la oposicion podia contar ya desde entónces con la revelacion de algunos secretos de gabinete, porque a las naturales conexiones que se adquieren i cultivan entre un presidente i su ministro, unian a Flóres i Valdivieso las de una antigua i mui estrecha amistad.

Por este mismo tiempo se echó a volar la voz de que el presidente pensaba en hacerse reelejir; i la voz, nacida a no dudar de algun enemigo suyo, fué acogida, en aquel estado de irritacion a que habian llegado los ánimos, como una realidad que se verificaria en 1834.

Tiénese de viejo, entre los políticos, la costumbre de emplear las invenciones como armas de las mas adecuadas para la consecucion de algun fin; i los del gobierno, en desquite, comenzaron tambien a propalar la voz de que la oposicion, no contenta con haber azuzado la inquietud entre los pueblos, trataba ya de ganarse a los oficiales inválidos i retirados, de seducir a los soldados, i de subvertir,

en fin, el órden público. Aun ántes del regreso del presidente para la capital, se habian hecho algunas denuncias en tal sentido al vice-presidente Larrea, i habian sido discretamente desechadas por falsas, porque, de cierto, por entónces, no se pensaba salir del campo de la legalidad. Andando ya el mes de julio, que es el tiempo en que la *Gaceta del gobierno del Ecuador* hizo tales inculpaciones, no se trataba todavia de ocurrir a medidas violentas, i *El Quiteño Libre* las contestó con arrogancia, como hablan los que estan seguros de la falsedad de una imputacion. “Desafiamos solemnemente al gobierno, dijo en su N. 11º a que produzca los hechos corroborantes de esta calumnia. Por lo que a nosotros toca, como redactores de *El Quiteño Libre* [i por tanto autores de todos estos delitos] pedimos se denuncien públicamente a *los seductores i seducidos*: que se reciban las declaraciones segun las formalidades de la lei, i contestaremos del mismo modo. La gaceta avisa que *de todo se tiene noticia* ¿De todo?.....Pues declárese al público, i déjese de declamar contra hechos imaginarios.

VI.

Tal era el estado de zozobra i enconos de los partidos cuando se reunió el congreso constitucional de 1833 el 10 de setiembre. El mensaje que le pasó el presidente es de cuatro renglones, i hai dos conceptos que llaman la atencion para apreciar por sus cabales la conducta de este magistrado: “La tranquilidad, dijo, reina en el Estado a despecho de los esfuerzos para turbarla de algunos espíritus

inquietos.—En el desasosiego que estos han causado, el gobierno ha ofrecido un ejemplo de tolerancia, de amor a la libertad, i de respeto a la lei.”

Como se ve, el Estado gozaba de paz hasta el 10 de setiembre, aunque fuera a despecho de los perturbadores. Esto era una verdad, i verdad tambien que se habia dado la prueba de tolerancia i de respeto a la lei, como lo referimos en su lugar.

El segundo concepto es relativo a la reeleccion para la presidencia, voz que se habia difundido hasta en las provincias mas remotas del Estado: “Toca ahora al congreso, dijo, desmentir con su sabiduria los rumores que, para mancillar mi honor, han propagado los enemigos del reposo público. Si mis pequeños servicios tienen alguna aceptacion a vuestros ojos, os pido, como la única recompensa, os pido en nombre de la libertad que, al iniciar las reformas que demanda nuestro código fundamental, no toqueis en manera alguna aquel artículo, cuya alteracion pudiera dar fundado motivo para que se creyese que yo aspiro a la reeleccion de presidente”.... Puede que no fuese sincera esta recomendacion, puede que no fuese sino resultado de la relajacion del supuesto intento; pero de todos modos hai que apreciarla, porque con ella impuso silencio a la imputacion i abrió los ojos de los crédulos. El jeneral Flóres no hablaba ni podia hablar con la arrogancia que a Bolívar le daba su májico renombre, para poder pensarse que, no obstante las protestas de desprendimiento, encerraba en el pecho deseos que habian de ser adivinados por los que representaban a la nacion.

El ministro de lo interior i relaciones exteriores aseguró, asimismo, en la *Mémoire* presentada al congreso, que el Estado se conservaba gozando de

la *tranquilidad mas perfecta*. Pues bien; no obstante las seguridades dadas por el presidente i el ministro Sanmiguel a ese respecto, no obstante que no habia cambiado en cosa ninguna el estado de los negocios públicos en cuatro dias, desde el 10 hasta el 14 de setiembre; se presentaron al congreso los tres ministros del despacho, i pidieron i recabaron una sesion secreta. Despejada la barra, pidieron a nombre del poder ejecutivo i recabaron de diputados no calificados todavia, esto es que aun no eran tales, se le invistiese de facultades extraordinarias para salvar la patria del peligro que la amenazaba. Si hasta entónces se habia apreciado debidamente por el pueblo la discrecion con que obraba el gobierno, en punto a los respetos rendidos a la lei i mui especialmente por haberse ocurrido al tribunal de jurados cuando el presidente fué acusado de traficante de sales; ahora esos respetos se tuvieron por fementidos, puesto que a la postre iba siempre a acudir a medios violentos. Las razones en que, para pedir las facultades, se fundaron los ministros, no fueron tampoco satisfactorias.

El de lo interior espuso que desde el mes de mayo, en que el presidente se habia ausentado yéndose para Guayaquil, se notaron, con motivo de las elecciones de diputados, rumores de una revolucion, que tendia a trastornar el órden: que de entónces para adelante los conatos habian ido en incremento: que el gobierno habia tenido datos i denuncias de cuanto se hiciera por los conspiradores, i aun de lo que pensaban hacer: que se habian comprado i colectado armas i piedras de chispa, procurado seducir a varios oficiales i a los inválidos, i aun pretendido corromper a las tropas mismas: que habia

reuniones secretas en que se andaban revolvendo proyectos proditorios; i que, abusando de la libertad de imprenta, no solo se colmaba de injurias al presidente, sino hasta se incitaba para una rebellion.

El diputado Francisco Márcos, presidente del congreso, solicitó que el jefe del estado mayor jeneral informase acerca de las seducciones de que hablaba el ministro, i dicho jefe ofreció presentar en la barra a los testigos que habian de deponer cuanto sabian a tal respecto. Los diputados Llona, Flor i Madrid, el primero por creer que realmente podian presentarse, i los otros por estar bien seguros de que no habia testigos, aceptaron la oferta del ministro de guerra. Mas se levantaron otros i otros, i manifestando que el congreso no debia constituirse en tribunal de justicia, concluyeron con la observacion de que tampoco podian atenerse a otros informes que a los dados ya por los ministros.

I tan cierto es que no se hubieran presentado los testigos, aun cuando el congreso, saliéndose a mas, se resolviera a hacer de juez, que el ministro Garcia del Rio, el éco principal del gobierno, contrayéndose a ese particular, espuso que, "aunque los testigos estaban prontos a deponer, no aumentarían las probabilidades al congreso, porque una conjuracion se tramaba con muchas precauciones: que las personas que han sido solicitadas, lo habian sido en distintos lugares i tiempos, i por distintos instigadores; i que un oficial o cualquier otro que se presentase en la barra a declarar lo que se le habia dicho, seria desmentido por su contrario, sin adelantarse mas que dejarlo comprometido i expuesto al furor de los cómplices."

I tan cierto era tambien lo imaginario de tal conjuracion que, aun en la sesion del 28, interpelado el ministro Sanmiguel por los diputados Márcos (Francisco), Arteta i Madrid por la palpable contradiccion que habia entre la memoria, fiadora de la tranquilidad pública, i lo que informaba sobre ser ciertos i graves los conatos de revolucion, dió la fútil i menguada salida de que la *Memoria* habia sido trabajada tres meses ántes, i no despues de abiertas las sesiones.

A la interpelacion que el diputado López Escobar dirijió a los ministros, preguntando si no habia leyes vijentes para proceder con arreglo a ellas, i si estas leyes no daban al poder ejecutivo los medios i arbitrios necesarios para contener i castigar a los conjurados; contestó el de hacienda que el gobierno carecia absolutamente de poder i medios para obrar; que habian sido agotadas las medidas de sufrimiento i paciencia; i que, con el deplorable intento de consumir la rebelion, se hacian los mayores esfuerzos *para ridiculizar al Jefe del Estado* en los *papeles públicos*.

Grandes fueron los esfuerzos de los diputados partidarios de *El Quiteño Libre* por privar al presidente de las armas con que habia de herir a sus enemigos, i sin embargo escollaron todos. El diputado José Antonio Márcos (presbítero) hizo la proposicion de investir al presidente de facultades estraordinarias: el diputado Peñafiel (otro presbítero) la de que la resoluciou se dictase al momento; i el diputado Beltran (tambien presbítero) contestando a la observacion hecha por el diputado Flor de ser necesario se procediese a lo ménos con las mismas formalidades que para la expedicion de otros decretos, adujo majistralmente el desatino de

que *debía cortarse un miembro gangrenado para conservar la salud del cuerpo político, así como se practicaba con el cuerpo humano.* “Cuando la gangrena no está bien caracterizada i conocida, replicó el diputado Flor, la mutilacion de un miembro es tal vez la causa de ella.”

El señor Garcia del Rio tomó de nuevo la palabra, i rebatiendo a cuantos se habian opuesto a los deseos del ministerio con esa elocuencia a que debía su exelsa i merecida nombradía, consiguió mantener firmes a los enemigos del gobierno. La votacion fué nominal, i solo estuvieron por la negativa los diputados Flor, Carrion (José Miguel,) Matheu, López Escobar, Madrid i Cevállos.

Por demas claros eran estos procedimientos para no comprender que la única razon i el único intereses que movian al gobierno para investirse de las facultades estraordinarias, tenian por objeto el imponer silencio a la oposicion. Segun el ministro de lo interior, los rumores de revolucion se habian advertido desde el mes de mayo, esto es desde que principió a publicarse “El Quiteño Libre:” segun el mismo i segun el ministro de hacienda, se habia *colmado de improprios al presidente, vejándole, insultándole* i héchose los mayores esfuerzos *por ridiculizarlo en los papeles públicos*, como si dijéramos que se habia lastimado a la persona del jeneral Flóres: i todo esto, como resultado de una falsa consecuencia, equivalia a quedar comprobada la conjuracion, i demostrada la necesidad de castigar a los que le insultaran, vejaran i ridiculizaran.

¿Cuáles eran los medios legales que se habian agotado, sin poder atajar los conatos revolucionarios? ¿dónde paran los procesos que se levantaron

para investigar la verdad i castigar a los conspiradores? Las leyes no prohibian las reuniones de los ciudadanos, ni que censurasen las acciones del gobierno, ni manifestasen vivos deseos de reformas; i estos actos, sino del todo pasivos, son indiferentes a los ojos de la justicia: con ellos no se conspira. Todos esos medios legales, todos los procesos quedaron, pues, reducidos a la acusacion propuesta ante el jurado con motivo de las sales, i este acto de acatamiento a la lei, reconocido como honroso para el presidente, no fué con el objeto de averiguar i descubrir la conjuracion, ni por el cargo del tráfico de sales pudo colejirse que se trataba de trastornar el órden. Lo que se quiso es castigar los desahogos de la prensa, desahogos que si son condenados por la buena moral i sana opinion, i si, a veces, son indiscretos i hasta injustos, se tienen en todos los gobiernos libres; i que se acudió al remedio trillado de dar por arreglada una conspiracion para vengar ultrajes personales. Verdad es que algunos jóvenes fogosos, alentados con la voz de la opinion, habian entrado en la tentacion de cambiar el gobierno i de comprar tambien algunas armas; pero tales tentaciones, por demas huera, atendiendo á los cortos medios con que contaban, i a la calidad de las tropas del gobierno, no podian causar recelos ni inquietud; i en tal concepto, lo consecuente i justo habria sido someterlos á la accion de las leyes i al juzgamiento de los tribunales.

Investido ya el presidente de facultades extraordinarias, púsolas al segundo dia en ejercicio, i mandó prender al joven Moncayo, el redactor del periódico, i a otros miembros de la sociedad de "El Quiteño Libre". Siete eran los que debian aprehenderse, segun consta del oficio dirigido al congre-

so; mas no pudieron ser tomados sino el citado Moncayo, el comandante Muñis i el coronel Machuca (este en Ambato.) El comandante Barrera (Pablo) que tambien fué preso, logró burlarse de la escolta, i refugiarse en el monasterio del Carmen antiguo. Rodeáronse el templo i convento de soldados, se registraron todos los rincones, i sin embargo, no pareció i se escapó. Al dia siguiente fué tomado el jóven Roberto Ascásubi, i los tres fueron desterrados a tierra extranjera, i llevados con escolta hasta Guayaquil. De Ibarra i Cuenca fueron desterrados otros.

Los demas miembros de la sociedad anduvieron a monte por algun tiempo, i corriendo algunos por los páramos, fueron á dar en Nueva Granada, i otros se conservaron ocultos. El doctor Moncayo mismo ni Muñis habrian caido tampoco; pues desde que la sociedad penetró las intenciones del gobierno, habia resuelto que saliesen ellos juntamente con los señores Sáenz, Hall, Sanz, Ontaneda i Barrera, que pasasen el *Carchi*, llevándose la imprenta i los cajistas, i fuesen allá, fuera de la patria, a descargar sus golpes contra el gobierno. Mas no se dió tiempo para los preparativos, i enmudeció la prensa: los antojos del gobierno quedaron satisfechos; pues, insistimos, la revolucion, por entónces, estaba reducida a simples deseos, como lo desean casi frecuentemente en todas las naciones i bajo todas las formas de gobierno, por cambiar de gobernantes. El núm. 19 de *El Quiteño Libre*, que correspondia publicarse, se dió a luz con todas sus columnas bañadas con la que los tipógrafos llaman *tinta negra*, símbolo del luto que habia de vestir la oposicion por la muerte de la sociedad bautizada con el mismo nombre.

VII.

¿Qué habia sido hasta entónces de Rocafuerte, *el primer diputado de Pichincha*, título con el cual tanto se saboreó i nunca lo olvidó; de Rocafuerte el campeon señalado para la lid contra el gobierno?

El señor Rocafuerte habia sido festejado por casi todos los pueblos del tránsito desde Guayaquil hasta Quito, i en esta ciudad principalmente habia sido esmerada la recepcion que le hicieron. Inscribióse en el registro de los miembros de "El Quiteño Libre," peroró con el calor tan propio de su ardiente fantasía, i propuso que se estableciesen otras i otras sociedades, a fin de jeneralizar la opinion i volcar la tiranía de los soldados extranjeros. Sus antecedentes bastaron para mirarle como a un salvador, i se acogieron sus ideas con frenético delirio.

En cuanto a su representacion en el congreso, encontró dificultades que vencer desde el dia en que se trató de su calificacion, pues no faltó diputado que suscitara la duda de si era o no ciudadano del Ecuador por haber estado al servicio de Méjico. En virtud de los documentos que presentó de haber querido recuperar los derechos ecuatorianos, i de no haber obtenido en Méjico carta de naturalizacion, quedó mui luego calificado i admitido.

Enemigo político del señor Garcia del Rio desde el tiempo de Colombia, por causa de la diferencia de opiniones en cuanto a la forma de gobierno, mayor enemigo entónces por pertenecer a un bando opuesto, e impetuoso en sus arranques, el señor Rocafuerte se lanzó contra el ministro de hacienda al instante que asomó éste en la cámara, provocó

ardorosamente la discusion sobre la inconstitucionalidad de su destino, i pidió que se le negara asiento como a ministro. El señor Garcia del Rio tuvo la serenidad necesaria para poder contenerse en tal lance, i esperó, de pié i en silencio, la resolucion de la cámara. El presidente Márkos le invitó a que tomara asiento, i entónces lo ocupó con suma i hasta respetuosa cortesania.

Una enfermedad que asaltó al señor Rocafuerte en el dia en que se pidieron las facultades estrordinarias, le habia impedido concurrir a esta sesion i aun a otras posteriores. Cuando llegó a saber, todavia convaleciente, los resultados de aquella, saltó de la cama montado en cólera, i el 16 dirijió al congreso un oficio que arrojaba lumbre. "No puedo conformarme, dijo entre otras cosas, ni me conformaré jamas con esta providencia inconstitucional, injusta e ilegal dictada por la faccion liberticida que compone la mayoría del congreso, i vendida al infame ministerio que oprime, veja i tiraniza al Ecuador." Esto era mucho decir, i decirlo sin ningun miramiento al primer cuerpo de la nacion. El congreso, desconfiando sin duda que fuera produccion de Rocafuerte, dispuso que reconociese el oficio i firma, i practicada la diligencia, decretó el 20 la destitucion del diputado. El presidente acojió contento semejante resolucion, i el 28 mandó sacarle escoltado, por la via de Naranjal, con destino para el Perú.

El diputado Carrion, eclesiástico de luces, pero apasionadamente aferrado a sus opiniones, siguió el ejemplo de Rocafuerte, i elevó al congreso la renuncia de la diputacion diciendo: "Cuando ya no hai necesidad de legislatura, cuando se han arrancado medidas estemporáneas que dañan la confian-

za pública, cuando la paz se convierte en turbulencia, i cuando se levantan fantasmas en el seno de la seguridad que confesamos; yo me separo de hecho dimitiendo los poderes, sin que ni la fuerza, ni las multas, ni las amenazas, ni la pérdida de mi empleo i escasos bienes; ni la de mi domicilio me retraigan de esta resolucion, que la tengo por mui justa, si aprecio la sociedad, el Estado, el gobierno i mi individuo.....” El señor Carrion, en consecuencia, fué tambien destituido.

El jeneral Matheu, hombre de ménos temple, se contentó con no concurrir al congreso desde la espedicion de las facultades estraordinarias. Los consejeros de Estado, señores Pablo Merino i Luis Saa, dimitieron tambien sus plazas, esplicándose el primero casi con tanto desahogo como los señores Rocafuerte i Carrion. “Yo habia servido con disgusto este destino, dijo, al ver el desórden en que ha marchado la administracion. La miseria pública, el descontento jeneral i la esposicion que acaba de presentaros el ministro de hacienda son un testimonio irrefragable de esta verdad. Pero hoi que las calamidades del tiempo han llegado a su colmo, hoi que se ha quitado al pueblo sus garantías, invistiendo al poder ejecutivo de facultades estraordinarias; ya no puedo ser consejero de gobierno sin faltar a mi conciencia i a los principios republicanos que he jurado defender.....”

Como era natural, i es en todos tiempos, se jeneralizó el descontento de los pueblos. Las medidas violentas, entre nosotros, avezados a las agitaciones i hasta a las revueltas, es ya verdad bien comprobada que empeoran las causas de los gobiernos.

Las vacantes de los consejeros de Estado fueron ocupadas por los señores don Pedro Antonio Tór-

res, Gregorio Peñafiel i Francisco Aguirre i Mendoza.

Habíanse dictado para Guayaquil órdenes de prision contra mayor número de personas (40;) mas el suceso en que vamos a ocuparnos, burló los resultados de aquellas.

VIII.

Moraban en Guayaquil ociosos i descontentos del gobierno unos cuantos jefes i oficiales, quienes por hallarse retirados del servicio sin tener como vivir, quienes, mui pocos, porque participaban de las opiniones de la oposicion. Contábanse, entre los jefes de mas bulto, los comandantes Pedro Mena, jefe del cuerpo de artilleria, cosa que parecerá mui estraña, i Agustin Alegria. Mena, paisano i amigo del jeneral Flóres, no contento con ser comandante de un cuerpo, habia fantaseado, por la cuenta, en que tambien él, desprovisto de méritos, podia hacer tanta figura en el Ecuador como su paisano; i sin mas ni mas que este modo de discurrir, pensó aprovecharse del estado de agitacion en que se hallaba la patria. Concertóse para ello con otros de tan malos antecedentes como los suyos (era fama que se habia escapado de las cárceles de Carácas, en donde le habian encerrado como a malhechor,) i se rebeló traidoramente contra el propio amigo i protector, i contra el gobierno al cual debia lealtad.

La concesion de las facultades estraordinarias, el destierro de los jóvenes Moncayo, Ascásubi i Muñis, que habian tocado ya en Guayaquil para salir fuera del Estado, i la noticia de la prision e igual destierro decretado contra el señor Rocafuerte;

eran, en su sentir, motivos suficientes para invocar el nombre de la libertad ultrajada por el gobierno, i Mena, arrimándose a esos fundamentos, levantó bandera contra el gobierno el 12 de octubre. Por el acta que celebraron los militares en este día, fué nombrado el comandante Mena jefe *militar*, con la prevencion de que procediese, poniéndose de acuerdo con la autoridad municipal i los padres de familia, al nombramiento de un jefe superior, civil i militar.

Esta revolucion, aunque fundada en las violencias del gobierno, fué a todas luces impopular, i hasta inmoral. Inmoral porque carecia de principios sanos, porque su objeto, segun se descubrió mas tarde, no habia sido otro que el de meter a saco los pueblos de las provincias de Guayaquil i Manabí, para ir a disfrutar de las cosas robadas en lejanos mares, i aun por la simple fisonomía de la mayor parte de los soldados extranjeros que la fraguaron. Los mas de los jefes i oficiales eran de los que andaban a la que salta, i de los mismos que por largo tiempo habian oprimido a los pueblos con los robos, insolencias i todo jénero de crímenes; eran las inmundas reliquias de los soldados de Urdaneta que yacian conociendo por dentro i fuera las tiendas i casas que pensaban invadir para saltearlas, i alimentar así sus vicios de taberna i de garitos. Veamos el informe que dieron a Rocafuerte respecto de las entidades que figuraron en esta revolucion. Dice así: "Mena, el jeneral en jefe, es un fenómeno de iniquidad i perfidia, embustero, hipócrita, asesino i ladron; sus crímenes le condujeron a un presidio, al que fué condenado por los tribunales de justicia de Carácas: Alegria, que se ha puesto ya las insignias de coronel, i es el conse-

jero, secretario i director de Mena, estuvo tambien algun tiempo en la cárcel de Carácas por haberse robado unos novillos de los potreros del marques del Toro: el coronel Oses es un cíclope, un herrero cruel, sanguinario i asesino de Londoño: el coronel Sandobal es un jugador, tramposo, traidor i entregado a la crápula i prostitucion: el coronel Subero es un fátuo ambicioso, terco i pagado de su saber en medio de su ignorancia i de sus vicios: el comandante Sánchez es profundamente hipócrita i perverso: el comandante Camino un ebrio consuetudinario; en fin, todos ellos forman una raza satánica que rayaria mui alto entre las notabilidades del infierno. Todos estan de acuerdo en su odio contra Flóres, e igualmente lo están en el proyecto de incendiar la ciudad, de saquearla a favor de las llamas, i despues irse a Venezuela con el fruto de sus rapiñas en la misma fragata *Colombia* que tienen en su poder. El saqueo del almacen de Malo (*el dor José Joaquin*,) que ejecutaron los caudillos de la faccion en la misma noche del pronunciamiento, i el incendio que ha habido ya el 16 del corriente, comprueban esta verdad!”

¡Qué cuadro i qué pintura! I no obstante el ciego impulso de las pasiones dió parciales a semejante revolucion, porque en todos tiempos i en todos los pueblos subsiste pujante la flaqueza de acoger cuantos medios e instrumentos vengan a la mano, con tal que ellos puedan servir para echar por tierra a nuestros enemigos. La historia contemporánea de las repúblicas americano-españolas se halla principalmente afrentada con este jénero de fragilidades tan ruines.

La revolucion del 12 de octubre vino a burlar el destierro de los señores Moncayo, Ascásubi i Mu-

ñis, que ya estaban para hacerse a la vela. I se salvaron, no porque ellos tuvieran conocimiento de tal revuelta, cuanto mas parte, sino porque airados como se hallaban contra el gobierno, la aceptaron con alegria, mirándola cual redentora de su peregrinacion, i acaso, ilusos, cual precursora de un mejor órden de instituciones i costumbres públicas para su patria. Tan ignorantes se hallaban en punto a la revolucion de Mena, que estando presos en la *Colombia* para trasbordarse de ésta a la goleta *María*, se estrecharon mas las prisiones el dia en que se verificó, i no fueron puestos en libertad sino muchas horas despues.

Mena llegó á saber, por las comunicaciones oficiales del gobierno dirigidas al prefecto de Guayaquil, que el señor Rocafuerte iba llevado por el camino del Naranjal, i que debia ser entregado por la escolta al comandante jeneral del departamento. En consecuencia, trasmitió esta órden al jefe de la escolta para que entregara al preso, i el capitan Cármos, encargado de esta comision, la desempeñó cumplidamente.

El señor Rocafuerte entró en Guayaquil el 28 en medio de aplausos i vivas, i Rocafuerte, enajenado, que no entusiasmado, por este triunfo que se le preparara i verificara en su propio techo, satisfaciendo así de lleno una ambicion que no podia disimular, abrazó a sus ruines libertadores con ternura i con ardor. No fué sino despues de los primeros instantes de su embeleso cuando recibió el informe que dejamos inserto, i fácil es conceptuar cuántas i cuales serian las fluctuaciones de su alma noble i elevada entre acoger o rechazar el llamamiento hecho por esas figuras espantosas. Vaciló cuanto podia vacilar un hombre de jenio soberbio, a quien

se presentaba la ocasion de hacer, por una parte, la guerra al gobierno que aborrecia, i por el cual iba a salir desterrado de su patria, i de satisfacer, por otra, su ambicion; i es fama que ya estaba resuelto a seguir el camino de peregrinacion, cuando se cruzó un incidente que cambió su manera de pensar. Presentósele un amigo i pariente suyo, i le hizo ver que seria mirado como un acto de cobardia su separacion del Ecuador en el estado en que se hallaba, cuando la opinion pública le señalaba como el único hombre capaz de refrenar la soldadesca, i salvar la ciudad de los males que la amenazaban. Fuera por este modo de pensar, fuera por su odio ya bien intenso contra el jeneral Flóres, fuera, mas que por tales motivos, por el deseo de elevarse i rejir los destinos de la patria; Rocafuerte se echó en los brazos de la revolucion, i cambió, en menguada hora, el papel del mártir por el del faccioso.

Conocida ya la resolucion de Rocafuerte, se reunieron el dia 20 el consejo municipal, presidido por el prefecto, i muchos padres de familia, i acordaron: primero, establecer provisionalmente un gobierno civil, rejido por un jefe supremo, que debia nombrarse por la misma asamblea, atribuyéndole cuantas facultades fuesen necesarias: segundo, nombrar un jefe militar, con la denominacion i atribuciones de los comandantes jenerales, a cuyo cargo debia correr la seguridad i defensa del pueblo; i tercero, las autoridades civil i militar, poniéndose de acuerdo, debian tomar todas las disposiciones conducentes a la conservacion de la tranquilidad interior; proporcionarse los medios con que hacer frente a las necesidades, i atender a los gastos públicos; arreglar los diversos ramos del gobierno;

cuidar de los derechos de los ciudadanos, impidiendo las violencias; i hacer, en fin, que continúen en sus funciones las autoridades que no dieran motivo para ser removidas. Por el artículo cuarto, resultó nombrado el señor Rocafuerte para jefe supremo del departamento, i el comandante Mena, por el quinto, para comandante jeneral. Por un acto posterior fué ascendido éste a jeneral.

Figuran en el acta (¡Quién habia de creerlo!) los nombres de los Olmedos, Ordeñanas, Espantosos, Icazas, Caamaños, Anzoáteguis, Cornejos, Lavayen, Bernales, Benites, Santistévanes, i otros i otros personajes de séquito; i estos nombres vinieron a lo ménos a dar algun valor e importancia a una insurreccion de cuartel.

La provincia de Manabí, apadrinadora frecuentemente de las doctrinas i opiniones de la de Guayaquil, siguió el ejemplo de ésta.

Rocafuerte i Mena, dueños de un cuerpo de tropas suficientes, de una marina imponente por la *Colombia*, i de las rentas del departamento mas rico del Estado; podian, de seguro, sostenerse con provecho, sacar airoso a la revolucion i humillar, como querian, al gobierno de Flóres. La noticia de tan grave acontecimiento causó por consiguiente serias inquietudes al gobierno, i el jeneral Flóres se preparó a emprender la campaña contra las provincias disidentes.

Hase publicado repetidas veces por las prensas del Ecuador una carta que, con motivo de esta revolucion, dirijió el jeneral Flóres á Mena. Tal carta de fecha 17 de octubre, ha sido interpretada i comentada hasta serlo de sobra, i deducídose por remate que la revolucion de Mena fué aconsejada i preparada por Flóres mismo. ¿Por qué? Por el

antojo de conocer a sus enemigos, i pasar por el gusto de castigarlos. ¡Singular manera de discurrir! Ved la carta:

“Escribo a Ud. de un modo afectuoso en el momento mismo en que he sabido la revolucion que ha tenido lugar en ese pueblo, porque Ud. me dijo que si le convidaban para la revolucion, entraria solo por conocer a los conspiradores para entregarlos presos como ellos merecen. Mas si Ud. no estuviese en esta intencion, i por el contrario pensase en ser enemigo del lejítimo gobierno del Estado, i de la persona que ha depositado en Ud. una suma inmensa de confianza, no solo le aborreceria como al hombre mas pérfido i como a un monstruo de iniquidad, sino que tambien le perseguiria hasta el sepulcro. Pero repito que estoi en la persuacion que Ud. ha obrado conforme a las circunstancias para obtener despues el resultado que se ha propuesto, es decir para prender a los facciosos, enemigos del órden i de las leyes. Yo marchó mañana con cinco cuerpos, contando con los del Azuai. Ud. esperará que yo llegue a Babahoyo para dar el golpe. Cuento con ello; pues ademas de la confianza que debo tener en Ud., su última carta aumenta mis esperanzas.”

“Si hubiese algunos obstinados que quieran morir abandónelos Ud., seguros que mui pronto me verán poner mi planta vencedora en Guayaquil, pues yo no soi el sarjento Peráles para intimidarme con noticias i murmullos. Sé los recursos que tiene ese departamento: conozco el estado de su parque, etc., etc., etc. Esto basta.—Soy de Ud. su afectísimo amigo i paisano.”

“Posdata.—Hoy le han hecho a Ud. coronel;

cuidado con faltar a la confianza, porque seria Ud. hombre perdido para siempre.”

Nuestro juicio es como el de cualquier otro hombre; mas nosotros no damos por esta carta con lo de que se haya invitado a Mena para la revolucion, i ménos con el lazo en que debian caer los patriotas. La sociedad de *El Quiteño Libre* no tenia conexiones de ningun jénero con el faccioso jefe, i, como hemos dicho ántes, ni los desterrados que habian tocado ya en Guayaquil supieron que iba a sobrevenir aquel trastorno. No vemos en la carta sino la natural sagacidad del jeneral Flóres, su prenda sobresaliente, con la cual, recordando a Mena las ofertas en punto a invitaciones de revolucion, supone i cree, finjiéndose inocente, que la que se habia verificado era solo por conocer a los conspiradores. Bien natural era que Mena le hiciera semejante oferta, ora porque realmente le hubiesen hablado algunos de revolucion, ora porque inventándola, por darlas de astuto i leal, como ya se han visto de ello varias pruebas, quisiese inspirar suma confianza al presidente.

¿Quién no palpa en la carta la destreza con que trataba de seducir al corrompido Mena, dándole el anuncio de habersele hecho coronel; i que la carta solo respira el deseo vivo i natural de que abandone a sus cómplices para hacer triunfar la causa del gobierno de un modo mas eficaz?

El jeneral Flóres salió de Quito el 18 de octubre con rumbo para Guayaquil, i al dia siguiente ocurrió un suceso de aquellos que se calcan en la memoria de los pueblos, i que, por mas que pasen los tiempos, se mantienen vivos i amargos como en el momento en que sucedieron.

Un sarjento del escuadron que guarnecia a Qui-

to, de apellido Peña, habia logrado granjearse las simpatías de algunos de los patriotas que visitaron en el cuartel a los aprehendidos el 15 de setiembre, i aun parece que el señor Ascásubi (Manuel,) hermano de uno de los presos, al ver que Peña se mostraba condolido de la suerte de éste, aventuró hacerle algunas indicaciones de revuelta. Peña, al principio, obró tal vez de buena fé, i pensó en acoger tales invitaciones. Posteriormente, sin embargo, cuando alguno le hizo comprender que la revolucion vendria a obrar en su propia contra, puesto que los ecuatorianos solo pensaban en salir de los soldados extranjeros, cambió la resolucion de ser traidor al gobierno por la de serlo a los conspiradores, i llevando adelante su ficcion de condolido, habló de la revuelta como de la cosa mas hacedera i realizable, i puso esos pormenores en conocimiento del jeneral Flóres.

Natural i mui lójico es que el gobierno, dueño de tan importante secreto, instruyese a Peña sobre cómo habia de conducirse con los presos que iba a escoltar. Lo cierto fué que este sarjento i los demas soldados de la escolta se portaron tan afectuosos i finos con los presos, que el doctor Moncayo habló a Peña por la insurreccion del cuerpo al cual pertenecia, i que el sarjento manifestó las mejores disposiciones para el intento. Como se vé, fué ya por este tiempo, esto es despues de las persecuciones i destierros, cuando los miembros de la sociedad de *El Quiteño Libre* intentaron seducir a algunos soldados del escuadron acantonado en Quito.

De vuelta de su comision, presentóse el sarjento Peña en casa de la familia Ascásubi, so pretesto de saludarla a nombre de los desterrados; i como la familia hubiese recibido tan bien la recomendacion

de tratar bien a Peña, le agazajaron i le hablaron de la conjuracion sin ningun recelo. Peña se mostró resuelto, i ofreció que volveria al dia siguiente con algunos de sus compañeros, a quienes iba al punto a comprometer. Presentó, en efecto, algunos sarjentos i cabos, i entre los primeros, a uno llamado Segundo Medina, mas hábil, a lo que parece, o mas apropósito para la intriga que Peña, quien, desde entónces, quedó reducido a un papel mui secundario.

Medina dió a entender a los patriotas que tambien él comprendia tanto como ellos los abusos del gobierno, i que, en tal supuesto, se comprometia a entregar el cuartel a caso hecho, i amarrados al jefe i oficiales de su cuerpo. Los patriotas discutieron la oferta con acaloramiento i entusiasmo, i aunque no faltaron algunos espertos i avisados que institivamente desconfiaron de ella, prevaleció la opinion de la mayoría de los jóvenes, quienes, como se sabe, nunca miden los peligros ni entran en cuenta las traiciones i contingencias. Teníase ya conocimiento de la revolucion verificada en Guayaquil, el presidente acababa de salir con un cuerpo de infantería, i se sabia que mui luego iban a sacar tambien el parque; i era preciso aprovechar de este conjunto de circunstancias para hacer, no solo mas realizable la entrega del cuartel, sino para apoderarse de las armas, que les faltaba casi del todo. Conviniéronse, en consecuencia, en hacerse del cuartel el sábado 19 de octubre, por la noche.

Cierto es que el jeneral Flóres no pudo saber el tiempo en que esto iba a suceder, porque el señalamiento del dia i hora se hizo despues de su salida; pero debió ser sabedor, no hai como dudar, de las

conferencias de Peña i de Medina con todos sus pormenores, i en tal concepto el presidente salió de Quito con el conocimiento de la conspiracion que se tramaba.

Los Ministros de Estado menudamente instruidos de cuantos pasos daban los conspiradores, siguieron amparando la felonía del sarjento, i la ampararon a sangre fria, como si se tratase de algun negocio de especulacion, cuando se trataba nada ménos que de llevar al matadero una parte, aunque corta, de la escojida juventud de Quito.

Medina habia recibido ya de los patriotas algunas gratificaciones en premio de su villanía, i debia recibir en la noche convenida trecientos pesos, que efectivamente le fueron entregados, i de los cuales solo consignó a su jefe docientos setenta. Por su parte, como indicamos, estaba obligado a amarrar a los oficiales, i a sacar las armas i entregarlas de once a doce de la noche.

Acordado ya este punto por tan incautos seductores, los ministros acordaron el suyo, i lo arreglaron del modo mas apropósito para dejar bien escarmentados a los otros. Pusieron el escuadron sobre las armas, bien que conservándole a pié para evitar las sospechas que pudieran abrir el movimiento i pasos de los caballos; colocaron una pieza de artillería a la entrada del cuartel, i armándose ellos mismos en junta de otros empleados, se situaron, unos, en los antepechos de las ventanas del palacio de gobierno, i otros en los correspondientes a la casa de Moneda. De esta manera, dominando, por ambos costados, las alturas de la calle por donde los asaltadores debian entrar al cuartel, era por demas seguro que, aun yendo estos con ánimo de

espugnarlo, i sin contar con Medina, habian de ser acerbillados a balazos.

Los mas de la mayoría de los diputados ministeriales se hallaban en el secreto. Habia sesion en la noche del 19, i esa mayoría sabedora de cuanto se hiciera e iba hacerse, se ocupó tranquilamente en las tareas legislativas, como si ignorase que dentro de algunas horas debia ser degollado el pueblo que estaba representando. Tan cabal fué el secreto de las disposiciones tomadas por el gobierno, que se conservó así reservado hasta el momento del trance.

Los conjurados, cuyo número no podia computarse en mas de ochenta a ciento, se habian reunido los mas en las casas que hoi son de los señores José María Pareja i Ramon Orejuela (plaza de San Francisco,) i otros en el atrio de la catedral. Habíanse presentado, tambien los mas, a pecho descubierto, puesto que no contaban sino con catorce fusiles recientemente desenterrados en esa noche, i con unos veinte i cuatro entregados por el jóven Pacífico Chiriboga. Creian, hasta entónces con razon, que no necesitaban de armas, porque el objeto de la reunion no era otro, en esa noche, que el de ir a tomarlos caseramente del cuartel. La noche era lóbrega en extremo, i llegada la hora, se acercaron algunos al atrio para conferenciar con Medina.

No se dejó esperar éste por largo rato, i se les presentó mui contento a decirles como habian sido i quedaban ya amarrados los oficiales del escuadron, concepto en el cual podian pasar a hacerse cargo del cuartel. Los asaltadores, por poco advertidos que fueran, le manifestaron sus justas desconfianzas, en cuanto a la realidad de lo que él asegu-

raba, i le ordenaron se volviera para el cuartel a sacar las armas i entregárselas. El traidor insistió en las seguridades que daba, i los otros insistieron igualmente en las desconfianzas; i entónces se retiró el primero ofreciendo que iba a traérselas; no con ánimo de cumplir, como era de esperarse, sino para comunicar a sus jefes lo ocurrido.

Conociendo los ministros que ya no habia medio de conducirlos al encierro, ordenaron que se descargase la fusileria contra los pelotones del atrio, i que los soldados, oportunamente apostados en la *calle angosta*, velasen por los contornos del cuartel. Suena de súbito la descarga de los fusiles i zumban las balas, i los asaltadores comprenden entónces que han sido víctimas de su credulidad en la palabra de un miserable. A tan cruel como irritante sorpresa echan un ¡Viva! al *Quiteño Libre*, descargan los seis u ocho tiros que tenian preparados, i no pudiendo ocurrírseles en tal trance otra idea que la de la salvacion personal, huyen precipitadamente i desaparecen por distintas direcciones. Los reunidos en las casas de San Francisco reciben, por conducto del comandante Dario Morales, el aviso de que ya estaba insurreccionado el cuartel, i la invitacion de que pasaran a incorporarse con los del atrio. Encamínanse en consecuencia, unos por la *calle angosta*, i otros por la de la compañía; i como precisamente, al dividirse en la esquina de San Camilo, advierte el jóven Manuel Gomez de la Torre un corto ruido que hicieron los carabineros apostados en la *calle angosta*, i como a este tiempo se oyen tambien los tiros disparados contra los del atrio, desconciértanse igualmente estas partidas y echan a correr por donde pueden. Solo el citado jóven Chiriboga descerrajó a quema

ropa el trabuco que llevaba; mas, habiendo faltado el tiro, el oficial que comandaba la partida alcanzó a darle una estocada.

La ciudad despertó sobresaltada al ruido de los tiros, de la carrera de los fujitivos i del trote de los caballos que se dejó sentir mui poco despues. Los mas de los moradores no supieron qué pensar ni atinaban a discurrir; pero las familias de los conjurados, iniciadas en el secreto, se pusieron a lamentar, bien que silenciosamente, para no despertar sospechas. Para haber escapado o muerto habia las mismas probabilidades, i quienes i cuantas serian las víctimas era cosa que no podia saberse si no al siguiente dia.

Al amanecer del 20, se vió desnudo i colgado de un poste el cádaver del coronel Hall, de órden del vice-presidente Larrea, i desnudos, asimismo, los de Alban, Conde i Echanique. Hall, que era miope, habia montado a caballo para no tener que andar a tientas, i esta precaucion, con la cual vino su bulto a dibujarse mas fácilmente entre las sombras de la noche, presentó un blanco que hizo cierto el golpe que le dirijieron. Alban era uno de los ocho atletas que asaltaron i rindieron, a lo ménos por algunos instantes, el cuartel de los españoles el 2 de agosto de 1810 ¡Término estraño, sí no ingrato, de una vida que debió ser mas venturosa! Echanique murió de inocente, pues tenia dos magnificas pistolas con que defenderse, i contando en mala hora con la oferta hecha por el soldado que le perseguia, las entregó para ser lanceado luego, al punto.

Los heridos, que no pasaron de cuatro (los señores Chiriboga, de quien hablamos, Cháves, Rodríguez i Guevara), habian logrado avanzar hasta las quebra-

das de estramuros o las casas distantes, i salvádose así de la persecucion con ayuda de otros de los fujitivos que andaban rodando por las malezas i grietas de la de Jerusalem. La oscuridad de la noche les fué por demas benéfica, pues hubo unos cuantos que, teniendo a sus espaldas las lanzas enristradas a cuatro o seis pasos de distancia, se salvaron sin mas que meterse bajo los puentes de las bocacalles, arrimarse a los estribos gruesos de las paredes o correr de largo sin dejar sentir las pisadas. Como dijimos, no estaba montado el escuadron, i esta fué otra circunstancia que favoreció a los conjurados que, no siendo perseguidos sino por otros que tambien iban a pié, tomaron la delantera con ventaja. Cuando montó el escuadron a la luz de la luna, que asomó bien luego, con el objeto de recorrer las calles, solo halló los cadáveres de las víctimas i a un negro, cuyo nombre de pila es Isidoro, esclavo del señor Bernardo Roman, a quien el oficial de la partida que dió con él, le tiró hasta once lanzadas, de una a una, para obligarle a que revelase quien le habia comprometido a concurrir al asalto del cuartel. El esclavo fiel hasta el término de perder la vida, ántes que denunciar a su amo, las recibió, si no impasible, dándose un punto a la boca; tanto, que teniéndole por muerto los de la partida, le dejaron abandonado. Isidoro, que obtuvo del señor Roman, su carta de libertad al dia siguiente, vive todavia i aun ha obtenido de su amo un legado de quinientos pesos.

Tras el escarmiento dado en tan malhadada noche, siguieron las activas persecuciones contra los que se suponian, no solo culpados por el asalto, sino comprometidos con la conjuracion; i luego el congreso, como si no hubieran sido ya bien castigados, dictó la

resolucion de que los dichos comprometidos en la tentativa del 19 fuesen juzgados militarmente. Amargóse, por lo tanto, mas i mas la situacion de los heridos, pues de temor de ser descubiertos, ni pudieron llamar oportunamente a los facultativos para que les asistiesen, ni ocurrir por remedios a las claras. El médico i boticario podian pertenecer al bando de los ministeriales; i en las épocas de encono, bien difícil es no desconfiar hasta de los mas caritativos, i hasta de los mas amigos. [*]

Vivo i por demas entrañable fué, principalmente para Quito i las poblaciones cercanas, el dolor producido por semejantes sucesos, i avivóse tambien mas i mas el enfado contra los estranjéros que tenian oprimida la nacion. Recorrieron, con tal motivo, los nombres de cuantos directa o indirectamente habian tenido parte en tan funesto acontecimiento, i dijeron: que el jeneral Flóres, sabedor, si no autor él mismo, de las intrigas de Medina, era estranjero: que los ministros Sanmiguel, Garcia del Rio i Martínez Palláres, que las habian acogido alevosamente, eran estranjeros: que el coronel Rodríguez, el jefe del escuadron i director de la matanza era estranjero: que los oficiales Fonseca i Sánchez, que comandaban las partidas, los sarjentos Peña i Medina los traidores, i los demas soldados, en fin, eran todos estranjeros. Sentadas estas verdades, “viénese, decian, la naturalí-

(*) Sin embargo de que el doctor Bernardo Daste pertenecia a los de la intimidación con el gobierno: se prestó de su bella gracia a asistir a dos de los heridos, i tomando cautelosamente cuantas precauciones demandaba el secreto, los salvó sin esponer en nada a los dueños de las casas en que habian ido a refugiarse. Hai pues que tributar un justo homenaje a su memoria.

simas consecuencias de haber sobrada razón para que exista la sensibilidad nacional, i viénese de ahí que los ecuatorianos no debemos excusar paso ni sacrificio ninguno hasta dar en tierra con el gobierno de los extranjeros, ántes bien mantener firmes i con teson nuestros propósitos. Manso, afable, caritativo como es el pueblo ecuatoriano, hasta el extremo de que la amenidad de sus maneras i costumbres venga tal vez a dejenerar en culpable molicie, siempre i por siempre tiene tendida su mano fraternal i jenerosa para cuantos asoman de otras tierras a visitar sus hogares o a establecerse con la industria que le traen; i si ahora se queja de la ingratitud de los que tan mal corresponden a su connatural mansedumbre i afabilidad, cúlpense así mismo de haberle tratado con desprecio i sin piedad, i ni se ofendan ni estrañen que ha de hacérseles la guerra con teson i con rencor.” De este lastimoso modo de discurrir provino, a nuestro ver, esa larga i rencorosa guerra que constantemente hizo el Ecuador al jeneral Flóres, sus connilitones i allegados.

Por lo demas, esto es por los resultados de tan infausta noche, probada, que no por demostrarse, anda la observacion de que la primera gota de sangre derramada en guerra civil es una fuente que da arroyos, i ya veremos como la del 19 de octubre la dió a raudales.

X.

La revolucion de Guayaquil, entre tanto, iba tambien de vencida por cuantos puntos asomaba su cabeza. El coronel Otamendi, puesto con un escuadron a la vanguardia de las tropas que el jeneral Flóres encaminaba, llegó a Sabaneta el 20 de

octubre. Supo allí que el coronel Oses, el comandante Petí i el jóven Ascásubi habian tocado en Babahoyo con ciento i pico de hombres, destacados de Guayaquil para dar ensanche a la revolucion, i poniéndose en camino llegó de once a doce de la noche, los sorprendió, lanceó seis, dispersó a otros i se tomó cinco prisioneros. El señor Ascásubi, uno de estos desgraciados, fué puesto *en capilla para que sea pasado por las armas como traidor*, dice el oficio que pasó Otamendi al jeneral en jefe con fecha 21; *pero afortunadamente se empeñaron algunos sujetos respetables, amigos del gobierno, por lo que tuve que suspender la capilla, i se halla bajo la fianza del señor coronel Sucre hasta la resolucion de mi gobierno*. Segun es fama, parece que la esposa de Otamendi, mas que todos, unió sus ruegos a las súplicas de Sucre, i que ese jóven debió principalmente a ella la salvacion de la vida.

Dias despues, el coronel Hernández derrotó en Ñausa una partida que capitaneaba el revolucionario comandante Agustin Franco. El mismo Hernández sostuvo el primero de noviembre contra el coronel Wright, capitan de las fuerzas sutiles insurreccionadas, un combate buscado por este en la Boca de Yahuachi, i aun apresó uno de los botes pertenecientes a la *Colombia*. Wright, para volver por su honra i recuperar el bote, se vino un dia despues a Zamborondon i trabó de nuevo otro combate; bien que a pesar del valor con que pelearon los tenientes de navío Villams, Matos i Doyle, i los alferoces Fernando Gómez, Solórzano i Locke, i de que logró recobrar el bote i capturar un esqui-fe, las consecuencias le fueron siempre costosas, pues murieron Taylor, Aguilar i algunos mas de

la tripulacion i salieron heridos tres oficiales i muchos otros de la clase de tropa.

El comandante Losano logró, asimismo, dispersar una partida de cuarenta hombres que se habian reunido atropelladamente en Taura.

El disidente coronel Zandobal, destinado a Loja con el objeto de conmover i armar a los del departamento del Azuay, arregló en Santarosa una expedicion, obra de sesenta hombres, i avanzó tranquilo hasta cerca de esa ciudad. Por fortuna para él, se le avisó oportunamente que, a sus espaldas, se habian levantado otras partidas en su contra i que, de seguro, iba a verse cortado i sin camino por donde retirarse, i esto le determinó a retroceder del punto en que se hallaba. Aun así, fué siempre acomedido por los habitantes de Zaruma i completamente derrotado.

I todavia estos desastres podian tenerse como insustanciales al lado de los conflictos en que se hallaba el jefe supremo. Rocafuerte, urjido, cuasi apremiado, por esa gavilla de soldados hambrientos que le rodeaban, poniendo siempre la mira en el saqueo de la ciudad i llevar adelante el madurado proyecto de apropiarse de la *Colombia* e ir a piratear en los mares de Asia; tuvo que prestarse a las instancias de quienes, en son de conspiraciones que se fraguaban, quisieron que impusiese cuantiosas contribuciones i desterrase a muchos ciudadanos.

Poco despues se le presentó el comandante Agustin Franco, a nombre de Mena, i le dijo que, si en el término de tres horas no enviaba a la fragata ciertos i ciertos bastimentos, el ejército los sacaria

a viva fuerza de los mercados i tiendas [*] Bien porque el señor Rocafuerte participara de la desconfianza de los militares con respecto a las supuestas conspiraciones, bien por no exasperarlos con una indiscreta negativa, ya habia tenido la flaqueza de decretar la contribucion i destierros, aunque reduciendo la lista que le pasaran i limitando el impuesto a solo doce mil pesos, como tomados a empréstito forzoso.

Pero cuando se presentó Franco a darle el insolente recado de Mena, recuperó la enerjia de su carácter i, montado en cólera, le echó en horamala, previniéndole dijese a Mena que solo un capitán de bandidos podia espresarse en aquellos términos, i que si llegaba a faltar a la confianza del pueblo, el pueblo sabria castigar su desvergüenza. Rocafuerte, hombre de jenio altivo, impuso con este arranque de firmeza algunos miramientos a su persona, i los discolos que, en sus adentros habian contado con tener por jefe supremo solo un muñeco, suavizaron por entónces sus bravatas.

I decimos solo *por entónces*, porque dias despues (30 de noviembre) se reunieron esos capitanes en junta de guerra i pasaron al jefe supremo un oficio que dice así: “La junta de los jefes del ejército convocada por US. [Mena] en esta fecha..... ha resuelto lo siguiente: que US. sin pérdida de tiempo manifieste al Excmo. señor jefe supremo que ha llegado el caso de que US. reasuma los poderes, por ser esta la única medida que considera puede

(*) Esto guarda consonancia con lo que mas tarde declararon judicialmente algunos prisioneros, i con especialidad el jóven Sucre a quien Mena i Alegria habian convidado para la revolucion, asegurándole que se embarcarian en la *Colombia* i partirian para Manila o Venezuela.

salvar el país en las presentes circunstancias; i como este es un paso jeneralmente adoptado en todos los países que se hallan invadidos, no duda un instante que el ilustre señor Vicente Rocafuerte que tantas pruebas ha dado de su acendrado patriotismo, i que tantos sacrificios ha hecho en obsequio de la libertad, no vacilará un momento en revestir a US. con este carácter que exige tan imperiosamente el buen éxito de nuestros trabajos en favor de la causa pública. Por tanto, la junta opina que ambas facultades se unan con la persona de US."

Esta resolución fué dada cuando ya el jeneral Flóres se hallaba a orillas del *Daule*, i quedó así reducida puramente a proyecto la jefetura suprema de Mena.

Acampado el jeneral Flóres en Zamborondon con las fuerzas que habia llevado de la sierra, se movió de tal punto el 18 de noviembre, i pasando por Barranca i Estancia Vieja, atravesó el *Daule* e incorporó a sus tropas los lanceros del coronel Otamendi. El 21 sentó los reales en Mapasingue, una milla distante de Guayaquil; el 22 batió la entrada, luego pasó revista de armas i arregló en fin todo el ejército. Desde Zamborondon hacia de jefe de estado mayor jeneral el jeneral Antonio Farfan.

El proyecto del jeneral Flóres, segun lo manifestaron los resultados, habia sido acometer contra la ciudad por las espaldas, i burlar así la fortificada línea de los facciosos, como en efectó se burló de ella.

Asentado Guayaquil bajo la confluencia de los rios *Babahoyo* i *Daule*, i a la márjen derecha del *Guáyas*, compuesto de los anteriores, se halla además bañado tambien por el mar, que desde el Mo-

rro se introduce tierra adentro por un ancho i largo estero, que decimos *Salado*, cuyos últimos avances alcanzan cuasi a abrazar la ciudad por las espaldas. Situado el jeneral Flóres en Mapasingue [orilla derecha del *Dauke*], i teniendo a su frente la fortificada línea del enemigo, se veia forzado a separarse de esta línea, atravesar una colina vestida de malezas, i vencer la multitud de fangos i el *Salado* para apoderarse de las espaldas de la ciudad, i combatir entónces brazo a brazo.

El proyecto era atrevido, puesto que habia tantas dificultades que vencer, i puesto que, en el decir de los entendidos, la colina de Santana constituye una exelente línea de defensa para la plaza. Pero Mena o era mal capitan, o no tenia mucho interes en defender la causa que habia proclamado i conceptuando seguramente no ser defendible la ciudad, mandó embarcar anticipadamente cuanto tuvo i pudo en la *Colombia*, i despues se aturdió como un niño con los avisos de que el presidente Flóres ocupaba ya los manglares del *Salado*. Contentóse con enviar a este punto al que hacia de jefe de dia; de modo que cuando se rompieron los primeros tiros de cañon, hechos por la fortaleza que allí habia, i acudieron los dos hermanos Wright, jeneral el uno i coronel el otro, a ocupar sus respectivos puestos, ya fué tarde.

El presidente se habia movido al caer la tarde del 23 con setecientos hombres, camino del estero Salado, i pernoctado entre los bosques a cortinas verdes. Al amanecer del 24 destacó al coronel Otamendi con un escuadron por delante, quien sumiéndose i levantándose con su jente al atravesar los fangos i tremedales, pasó al fin el dicho estero. Asegurado ya el presidente de este punto, se vol-

vió a Mapasingue, tomó los cuatrocientos hombres que habia dejado, i partió por la noche de frente contra la línea enemiga, defendida por la fortaleza Atarasana. Aquí encontró resistencia, i tuvo que desplegar varias guerrillas por el espacio que dejaban las baterías; i las guerrillas, obrando uniformemente con las avanzadas tropas del coronel Otamendi, rompieron el fuego, i lograron dispersar las del enemigo. Otamendi, el comandante Tamayo i los capitanes Cruz i Medina fueron los mas lucidos en este trance.

Durante los tiroteos dados i recibidos en la confusion de la noche, se habian acercado las fuerzas sutiles del gobierno, i aunque estas no llegaron a combatir, influyeron moralmente en los resultados; pues, en dejándose advertir por los facciosos, creyeron estos que el ataque era simultáneo por todos lados i se desconcertaron i corrieron.

Mena i los demas de sus dignos compañeros, puestos ya en cobro desde ántes de conocerse las consecuencias de los combates, estaban embarcados en la fragata, i contemplaban serenos la suerte de la ciudad que les habia confiado su defensa.

La pérdida de los facciosos montó a setenta muertos i cuasi doble número de heridos; la del gobierno a diez i seis muertos i treinta heridos. Se dijo entónces, i se repite ahora todavia, que el paso del Salado, airosamente vencido por el jeneral Flóres, fué por la traicion de Mena; i este es un decir sin fundamento, un consuelo torpe i trillado de cuantos se dejan vencer en los combates i en sus opiniones políticas.

Curiosa es la lista de los militares recomendados por este combate en el boletín del 25 de noviembre, por razon de los que la componen, i no será

por demas el mencionarlos, aunque limitándonos solo a los jefes por ser mui larga. Conservando, pues, el mismo órden del boletin, son los coroneles Otamendi, Guerrero [Manuel], Hernández, Anzoátegui, Pereira, Stagg, Bravo, Daste i Moran, todos extranjeros; i los comandantes Padron, Martínez, Diaz, Tamayo, Guerrero [Rafael], Artajona, Gallégos, Zavala, Mata, Urvina [Gabriel], Ponte, Parédes, Chapuis, López, Espejo, Bernaza, González e Ibáñez, extranjeros tambien, con escepcion de dos. Entre los subalternos, que pasan de setenta, apenas se cuentan diez o doce ecuatorianos.

XI.

Miéntras el jeneral Flóres ocupaba la plaza vencida a las once de la noche del 24 de noviembre, el señor Rocafuerte escapado en el Malecon de las garras de Otamendi, se embarcó en un bote ingles que preparado o casualmente halló a la mano, del cual se trasbordó a la corbeta de guerra norteamericana *Fairfield*, a invitacion del capitan de ella, Lavalette.

Al dia siguiente se presentó en este buque el comandante Chapuis, a nombre del presidente, solicitando que se entregase al señor Rocafuerte; pero Lavalette, despues de algunas contestaciones i réplicas, se negó a la demanda. Poco despues, muchos de los jefes i oficiales refugiados en la *Colombia* o en las fuerzas sutiles, se presentaron a Rocafuerte mostrándose arrepentidos de la conducta que con él habian observado, i del poco entusiasmo con que defendieran la plaza, i le suplicaron se pusiese de nuevo a la cabeza de su partido, en intelijencia de que se sujetarian a su autoridad con

el mismo cargo de jefe supremo, i le obedecerian con fidelidad i denuedo. Los díscolos conocian bien que el señor Rocafuerte, por su talento, crédito i temple de alma, era el hombre llamado en tales circunstancias para la continuacion de la guerra; i Rocafuerte apasionadamente airado contra Flóres, i empeñado en hacerle cuantos males pudiera, pasó otra vez por la fragilidad de aceptar semejante oferta i cargo.

Una vez resuelto a este partido, se trasladó a la *Colombia*, donde fué recibido con muestras de entusiasmo. Dueño de esta fragata de 64 cañones, de seis goletas armadas, cinco lanchas cañoneras i cerca de seiscientos soldados, la ambicion de Rocafuerte no podia ménos que halagarse al contemplar que aun podia vencer i abatir al presidente i a los de su gobiernó.

Para mantener estas fuerzas i la armada necesitaba, eso sí, de dinero i bastimentos. No tenia donde sacarlos, i era preciso idear, apurar su ingenio i esponder el crédito personal para obtenerlos. En consecuencia, el 26 bajó con todas sus fuerzas a Puná, estableció aquí un gobierno i dictó cuantas órdenes eran necesarias para su objeto. Despachó comisiones, estableció una aduana, i dió reglas severas i la correspondiente tarifa de derechos, a las cuales debian sujetarse los capitanes de buques para poder introducir víveres en Guayaquil.

El presidente, por órgano de su secretario jeneral, coronel José Miguel Gonzáles, habia mandado pasar desde el 2 de diciembre una circular a los gobiernos de las repúblicas del Pacífico, i a los comandantes de las fuerzas navales extranjeras, por la cual declaraba pirata a la *Colombia*; i el señor Rocafuerte, obrando osado con igual arbitrariedad,

pasó otra circular el 20 del mismo mes a los cónsules de los Estados Unidos i de la Gran Bretaña, residentes en Guayaquil, informándoles que habia decretado el bloqueo de esta ciudad. La insurreccion levantada contra el jeneral peruano, Gamarra, por el navío *Monteagudo* en el golfo de Guayaquil a favor del señor Riva-Agüero, hizo que se pusiese este buque bajo la proteccion del Gobierno de Puna; i de este modo Rocafuerte, obrando i conduciéndose como una potencia lejitima, comenzaba a ganar un crédito que otros no habrian podido adquirir. Cierta que poco despues devolvió el *Monteagudo*, pero sacó siempre el provecho de quedarse con algunos buenos marineros a su servicio.

En punto a encuentros i acciones militares no se tuvieron ningunos hasta fines del año de 1833. Así, para redondear los sucesos de tal época, daremos fin a este capítulo apuntando las disposiciones mas notables de la lejislatura de ese año.

XII.

Con fecha 1º de octubre dió la lei, por la cual se autorizó a que en los contratos de mutuo pudiesen las partes fijar libremente los intereses que quisieran; i esto se miró como un paso de adelantamiento para los negocios del comercio, i como un golpe dado a los rancios principios que rejian en tiempos mas atrasados i remotos.

Al lado de este avance por el camino de la libertad i del progreso, se halla la lei del 17 del mismo, de retroceso, por no decir de muerte, para la imprenta. Airado o asustado el congreso con los sin sabores i disgustos causados al gobierno con la publicacion de los periódicos opositoristas, creyó,

desatentado, que el mal provenia de la libertad concedida a la imprenta por la lei de Cúcuta, esto es de los efectos de ella, i no de las causas que habían levantado la oposicion. Resolvió, pues, no cercenar, que esto era poco hacer, sino quitar las pocas seguridades que daba la lei colombiana a la libertad de imprenta, i dió con ellas en tierra completamente. A lo ménos, por la lei de Cúcuta, podia todo colombiano publicar libremente sus pensamientos por la imprenta, i por la del Ecuador solo podian hacerlo los que fueran ciudadanos en ejercicio, pues el testo del artículo 1º dice; “Todo ciudadano, en ejercicio de sus derechos, tiene el de imprimir i publicar libremente sus pensamientos sin necesidad de previa censura.” I por si el sentido de este artículo diera lugar a dudas o interpretaciones que alterasen la verdadera intencion de los lejisladores, se repitió en el 15 diciendo: “El impresor queda sujeto a la misma responsabilidad que el escritor en los casos siguientes: primero cuando el escritor o persona responsable no sea ciudadano en ejercicio de sus derechos, segun queda dispuesto en el artículo primero.” Por las disposiciones restantes, fuera de envolver a los impresores en la responsabilidad de los escritores, como se ve en este último artículo, se aumentaron las penas contra los que resultasen responsables de un impreso, se fijó la mayoria absoluta de votos, así para el jurado de acusacion como para el de decision, se embarazaron mas los procedimientos del juicio, quedó, enfin, muerta la libertad de imprenta.

Por lo demas, si se eceptuan la lei contra conspiradores, brote de las circunstancias de entónces, la de contrabandos, la que estableció un decreto de consumo a todos los productos de la tierra, i a los

de la industria fabril i comercial, nacional o extranjera, resolucion por la cual se aprueba un decreto ejecutivo sobre arreglos de guias para la introduccion de efectos extranjeros, despachados por la aduana de Guayaquil con destino para Nueva Granada, la lei que declara libre del derecho de quintos el oro i plata que se introdujesen al Ecuador, o se esplotasen de sus minas para amonedarse en Quito; si se eceptuan estas disposiciones, decimos, las demas leyes, decretos i resoluciones ni son de importancia ni fueron de consecuencias para detenernos en su enumeracion.

El congreso al cerrar sus sesiones, dirijió una proclama congratulando a la nacion por haber dejado bien parada la tranquilidad por medio de actos atinados i enérjicos. I nada es que celebrara la obra de haber ahogado la voz de la imprenta concediendo las facultades extraordinarias, que constitucionalmente no podia concederlas, cuando, espcniendo su propio decoro, pintó los sucesos del 19 de octubre con distintos coloridos. “En la noche del 19, dice, i pocas horas despues de haber marchado el presidente a la cabeza de una fuerza respetable, destinada a someter a los rebeldes, se precipitaron los conjurados de esta capital sobre el cuartel, donde reposaba una valiente i leal compaña de carabineros, la misma que en repetidas ocasiones habia despreciado los halagos i seducciones, i que acreditó en esta jornada, *para siempre memorable*, una fidelidad i firmeza a toda prueba, repeliendo el asalto con denuedo, i dejando un cuadro de escarmiento en los cadáveres de Francisco Hall i de algunos incautos compañeros.”

Repitamos las palabras del congreso de 1833. *¡Jornada para siempre memorable!* Así es la verdad,

por que el alma se entristece año por año con la memoria de aquella espantosa noche en que los gobernantes, poniéndose de acuerdo con muchos de los diputados que representaban al pueblo ecuatoriano, atrajeron alevosamente a una parte de este, favoreciendo la sedicion, para degollarla a manos lavadas.

•



CAPITULO IV.

Estado de los partidos en la costa.—Encuentros i combates.—Conducta de Rocafuerte.—El jeneral Sáenz.—Pesillo.—Insurreccion de Imbabura.—El jefe supremo Valdivieso.—Prision de Rocafuerte.—El convenio de 3 de julio, i los tratados del 19 del mismo.—Procedimientos de Rocafuerte.—Rendicion de Quito.—Gobierno de Valdivieso.—Proyectos de paz.—Incorporacion del Azuai.—Campana de Babahoyo.

I.

1834. El rendimiento de Guayaquil, bien que de suma importancia para el gobierno, dejaba sin embargo la guerra en su vigor, como si no hubiera sido tomado todavia. El jeneral Flóres tenia que haberlas con un enemigo intelijente i aferrado que, aprovechándose de la movilidad de su armada, podia dar o escusar los combates en el dia i hora que fuesen mas convenientes a las circunstancias. Apenas contaba el presidente con dos goletas i un bergantin, incapaces de hacer frente a la *Colombia*, i no mas que con algunas fuerzas sutiles, servibles a lo sumo para cruzar los rios i los esteros.

Se estaba construyendo un buque i se pensaba armar otros en guerra; mas ambos trabajos demandaban tiempo i dinero, i dinero i tiempo faltaban a cual mas. Los conflictos del gobierno iban de mal en peor, a medida que iban tomando mayor incremento los enconos de los pueblos de lo interior; i en cuanto a fondos, el gobierno andaba por demas escaso, i ni podia obtenerlos fácilmente de lo exterior.

La provincia de Manabí i los demas pueblos de la costa pertenecian al gobierno de Puná, i esa *Colombia* era una fortaleza ambulante que no podia vencerse como se habian vencido los manglares i fangos del Salado. Pero si el gobierno se veia malparado por estas i otras cuitas, tambien el jefe supremo Rocafuerte pasaba por otras amarguras del mismo o distinto jénero, i no podia tenerse por satisfecho con su estado de cosas al principiar el año de 1834. Carecia absolutamente de medios pecuniarios i de víveres; carecia, lo que era mas, de confianza en aquellos capitanes libertinos i sin opinion que podian venderle a la hora ménos pensada.

Las partidas i comisiones destacadas en busca de víveres por los pueblos de las costas, no habian venido o ido sino a incendiarlos i talarlos, a irritar con los robos e inmoralidades el ánimo de los moradores, i a hacer, por consiguiente, odiosa una causa que convenia popularizarla. Si en todas ocasiones i tiempos son espantosos los estragos de la guerra, los de esa época, los de la guerra llamada de los *Chihuahuas*, de esa guerra en que hacian figura los Menas, los Alegrias, los Verdes, los Peties, los Blancas, i aun muchos hijos del Ecuador, enemigos de su propio techo i de la humanidad; debieron ser i fueron de esos que hacen empalidecer aun a los

mas desalmados. El señor Rocafuerte, para salir de sus apuros, pasó para Lima a proporcionarse allí lo que necesitaba para hacer la guerra con algun provecho.

II.

Aunque la *Colombia* se habia movido de su fondeadero i presentádose a la vista de Guayaquil a últimos de diciembre del año anterior, el paseo se redujo, a lo mas, a sacar víveres de las haciendas inmediatas; i aunque la goleta *Ismeña* logró llevar al cabo una sorpresa que proyectó en el Morro, a principios del enero, no tuvo tampoco este suceso consecuencias de bulto, en cuanto a la guerra por mayor, diremos así. Tres o cuatro muertos, i cinco o seis heridos en un encuentro; espías o no espías que se fusilan, un asesinato en tal día, otro en otro, aquí el incendio de dos o cuatro casuchas, allí algunos salteamientos, mas allá una tarquinada; son, a los ojos de los desapiadados guerreadores, achaques livianos que no merecen traerse a cuento, ni siquiera referirse en los boletines de una campaña, cuanto mas detenerse en sus pormenores.

No así cuando la fragata asomó de nuevo el 18 del citado enero por la noche, convoyando las fuerzas sutiles; pues entónces se dirijieron estas a las Peñas, i desembarcando las tropas a órdenes del comandante Agustin Franco, combatieron a vuelta de una hora, i combatieron con ventajas, matando o hiriendo a unos cuantos, i aun llevándose algunos prisioneros. No pudieron, eso sí, apoderarse del *Valeroso* ni de la *Ismeña* que, por la cuenta, fué el objeto principal del asalto. El 19, por la mañana, hicieron dos tentativas en el *Daule*, deseando aca-

bar con unas partidas de tropa del gobierno; mas ambas veces fueron rechazados los agresores. Con la creciente remontaron estos el *Babahoyo*, se apoderaron de algunos viveres, i el 22, al amanecer, se vieron fondeadas en la Matanza las cinco goletas, siete botes i algunos esquifes que habian estado maniobrando desde el 28.

El jeneral Flóres, aprovechándose de estos repetidos movimientos de las fuerzas enemigas que no paraban largo en ningun punto, mandó emboscar alguna jente en Punta Tornero i en la costa de Matanza; mas los otros, ora por malicia, ora por casualidad, fondearon frente a Buijo, quedando así frustrada la sorpresa que pensaba dar aquel. Por el contrario, cuando el coronel Otamendi andaba reconociendo algunos puntos de esa costa, se vió súbitamente acometido, teniendo que sostener un combate desventajoso en que murieron unos cuantos, i salieron heridos mas de treinta, incluso el mismo Otamendi i los capitanes Ayarza, Medina i Lira: tambien de parte de los *chihuahuas* se derramó la sangre de cosa de cincuenta entre muertos i heridos.

Al observar el jeneral Flóres que el comandante Dias, destacado por la Matanza, abria sus fuegos contra las goletas, se resolvió, osado, a intentar un abordaje, i dispuso que se cargase con sus dos buques i todos los esquifes. Brindóse para esta operacion el jeneral Pareja, antiguo i valiente marino, hijo de Guayaquil, i se acercó a los enemigos a manteles echados, favorecido por la creciente de la marea. Al romperse los fuegos por una i otra parte, la *Colombia*, que estaba fondeada en Crúces, destacó cinco lanchas cañoneras con una tripulacion de mas de cien hombres, entré marineros i soldados.

No se desconcertó el jeneral Pareja por el asomo de estas fuerzas que venian a embestirle por retaguardia, sino que, fondeando su bergantin i goleta en el punto en que se hallaba, partió con los esquifes al encuentro de las lanchas, i trabó un combate sostenido i vigoroso, i aun consiguió apoderarse de tres de ellas. Las tropas del gobierno perdieron como veinte hombres, entre muertos i heridos, con inclusion de dos oficiales en el número de los primeros. Los *chihuahuas* perdieron ocho oficiales entre muertos i prisioneros, i cincuenta i seis de tropa.

De esta clase de combates se dieron i repitieron en distintos dias i puntos con diferentes resultados, a veces quedando vencedores los del gobierno, a veces sus enemigos. Así, el comandante Diaz atacó a ochenta hombres que habian desembarcado en Punta Gorda el 3 de febrero por la noche, i fué Diaz el vencedor por parte de Flóres; i así, al contrario, obtuvieron los *chihuahuas* el 28 un ruidoso triunfo en los Cerritos, donde acabaron con un destacamento que capitaneaba el comandante Cifuéntes, pues tuvo setenta muertos, fuera de muchos heridos.

El 1º de marzo se reunieron en Sono todas las fuerzas marítimas de Puná; el 2 se acercaron a Punta Gorda; fondearon el 3 casi al frente de Crúces, i el 4, a las once de la noche, abrieron las goletas sus fuegos contra el fortin de la Planchada. Principiado el combate, se dejó ir la *Colombia* agua abajo, paró frente a la Aguardenteria i disparó sus cañones contra la ciudad. Las baterias de Saraguro, Aguardenteria i Aduana devolvieron metralla por metralla, i miéntras se sostenia el combate por estos puntos, desembarcaron los *chihuahuas*, en

número de trecientos, por cerca de Crúces, i se dirijieron a la Tejeria. Como no habian desembarcado en un solo punto, sino en distintos i de un modo simultanéó, se desconocieron en la oscuridad de la noche i se cambiaron muchos tiros, dañándose entre ellos mismos. Cuando conocieron tan grave error, despues de causados bastantes daños, volvieron, maltrechos a reembarcarse.

La jornada de esta noche quedó pues reducida al bombardeo de la ciudad por mas de cuatro horas, bien que sin consecuencias mui graves que lamentar, a no ser que lamentamos, i con sobrada razon, por la barbarie de haberse envuelto al pueblo inofensivo entre los enemigos a quienes se hacia la guerra. ¡Ya se vé: Mena i los mas de sus tenientes tenian bien meditado el plan, i poco les importaba dejar asolada una tierra que no era de ellos.!

El combate habido en Chandui entre el coronel Otamendi, que mandaba una fuerza de docientos hombres, i el coronel Franco, que capitaneaba mas o ménos otra igual, fué del todo desastroso para el primero, que perdió cosa de ciento cincuenta plazas; esponiendo en ese punto aquella justa fama militar, adquirida por su intrepidez en todos los combates.

La provincia de Manabí, ocupada unas veces por las tropas del gobierno, i otras por las de Mena, palenque de segundo orden para esa guerra larga, pasó, no obstante, por todos los padecimientos consiguientes a la saña de dos partidos enconados hasta lo sumo, i vengativos sin piedad. Por contribuciones, estafas, robos, destierros, matanzas, por todo habia pasado ya, i aun no sabia cómo ni cuándo tendrian término tantas desgracias.

I para que fuera mas completa la desolacion de aquel rico e interesante departamento, i realizara mas aquel horrible cuadro de tantas víctimas segadas por la cuchilla de la guerra, asomó luego una peste furiosa i desapiadada, a semejanza de los partidos que se estaban devorando, i acabó con los salvados de esa cuchilla i del cañon.

Remontándonos hácia el año de 1589, hallamos que hubo una gran peste de esas que se tragan poblaciones enteras, i que nuestras costas habian sido tambien aflijidas de tiempo en tiempo por las viruelas i las fiebres comunes en las tierras bajas. Por marzo de 1709 i por diciembre de 1740 habia asomado tambien el llamado *mal de Siam*, conocido despues con los nombres *vómito negro* o *vómito prieto*, en nuestros dias con el de *fiebre amarilla*, i sido la ciudad de Guayaquil una de las presas de tan devoradora epidemia. Desde entónces habia desaparecido, si no del todo, por mui largos años, pues no hai lengua ni de la época en que asomara ni de los estragos que causara, i seguramente por esto no pudo la peste de 1834 ser conocida ni caracterizada como *fiebre amarilla*, pues en efecto no lo fué sino despues de muchos meses, i cuando tenia diezmadas ya las poblaciones de ese distrito.

La peste, segun es fama, fué enjendrada por la misma guerra, i nacida de los cuarteles i hospitales. Hubo dia en que, por el mes de abril, se abrieron veinte i tres sepulturas para enterrar otros tantos cadáveres, i hubo mes en que el número de muertos ascendió a trecientos quince. En el de mayo subió a trecientos átorce; en el de junucoat de i oi seis, i en el de julio a ciento trece ¡Siega inmensa, exuberante, insólita, entre nosotros i para una po-

blacion como la de Guayaquil, que entónces no debió pasar de unos doce mil moradores.!

III.

El señor Rocafuerte habia salido para Lima en el mes de enero, i allá, así como ántes se dirigió al presidente de los Estados Unidos mejicanos, relacionando los sucesos de la revolucion de octubre, i pintando esta como obra de la necesidad en que estaban los pueblos de sacudirse del jeneral Flóres; fué a dirigir tambien otro oficio al gobierno del Perú en iguales términos. No sabemos las contestaciones que recibió, si es que los dichos gobiernos tuvieron a bien el contestarlos. Luego pasó otra comunicacion al cónsul de L. M. cristianísima, residente en Lima, incluyéndole copia de la circular que habia remitido a los cónsules estranjeros, en Guayaquil, sobre el bloqueo de esta plaza, i publicó ademas una proclama dirigida a los ecuatorianos, exortándoles a que despertaran de su letargo i se levantaran en globo contra sus opresores. “Que nuestro grito de libertad, dijo, conmueva la cima del Chimborazo, que los fuegos del Cotopaxi inflamen vuestros pechos, i que el rayo de vuestra justa indignacion pulverice a vuestros tiranos.”

No fué bien recibido por el cónsul frances el oficio que le habia dirigido, i solo mandó se le contestara a la voz que no le reconocia como a hombre público, i que, con la corbeta de guerra *Favorita*, forzaria cuando quisiese el bloqueo, i echaria a pique la *Colombia*. El señor Rocafuerte, que no podia sufrir con paciencia las contradicciones, ni se paraba en los resultados de sus violencias, se puso ciego de cólera i le dirigió otro oficio en que,

despues de echarle a la cara la descortesia del cónsul, continua asi: “Me es duro decirlo, pero si no me equivoco, señor cónsul, se ha dado en este caso unos aires de importancia que no le corresponden, i que tocan en ridiculez.”

“En cuanto a la parte del mensaje verbal, relativa a que la corbeta de guerra de S. M. cristianísima la *Favorita*, echará a pique la fragata de guerra *Colombia*, de sesenta i cuatro cañones, despues lo veremos: la suerte del combate decidirá la contienda.... i si por disposicion de Ud. la corbeta de guerra *Favorita* ataca la línea del bloqueo, el valor de los libres sabrá castigar el orgullo de sus pretensiones; siendo Ud. el único responsable de las calamidades que resulten.”

El cónsul brincó de indignacion al leer semejante oficio, i protestó acabar con los bloqueadores i su caudillo. La vanidad del súbdito frances subió de punto con el arribo del señor Bonafous, comandante de la escuadra francesa en las aguas del Pacífico. El señor Bonafous i el cónsul conferenciaron acerca de lo que debian hacer, i resolvieron a una forzar el bloqueo, sirviéndose de sus fuerzas navales. Dificil es acertar a decir cuáles habrian sido los resultados de esta contienda, a no ser por la circunstancia de que Bonafous, sobrino del re, Murat, habia sido para el señor Rocafuerte un antiguo amigo de colejo. Merced a estas conexionesi se vieron, se abrazaron, se entendieron i dejaron las cosas como estaban.

Provisto ya Rocafuerte de cuanto necesitaba para continuar la guerra contra el gobierno de su patria se volvió a Puná trayéndose una imprenta. La presencia del jefe supremo, sus arranques oratorios i, sobre todo, los ausilios que traia, entusias-

maron a los soldados. Mena i su comparsa aparentaron compartir del entusiasmo que manifestaron los ecuatorianos, i se mostraron todavia mas contentos cuando les fué la noticia de los progresos que hacia la revolucion en las provincias de la sierra. Lo cierto parece, sin embargo, que sentian por el término de esta guerra, en que estaban fincadas las esperanzas de hacerse de un gran caudal o de artículos comerciabiles con los pueblos extranjeros, para apropiarse de la *Colombia*, e ir a establecerse entre las costas del Japon i de la China.

La prensa que se estableció en Puná, como era de temerse, retornó, descomedida, los insultos que vomitaban las de Guayaquil, exediéndose unas i otras hasta en imputaciones, no solo calumniosas, sino ruines i de todo punto inverosímiles. La prensa de entónces, pecando contra esa misma libertad que los escritores públicos pedian e imploraban para la manifestacion de sus opiniones, dió en licenciosa, procaz, despreciable; i no era, de cierto, esta la libertad que apetecian los hombres de moralidad i buen sentido.

Incapaz el señor Rocafuerte de calmar sus volcánicas concepciones, vino a enredarse en otro asunto, del que no salió sino con dificultad. Hablamos de lo ocurrido con Ruden, ciudadano de los Estados Unidos, dueño o sobrecargo del bergantin *Amos-Palmer*. Ruden, que no podia acercarse a las playas de Guayaquil sin previo permiso del jefe supremo, o de alguno de los capitanes que pertenecian al gobierno de Puná, lo habia obtenido a condicion de no prestar ningun jénero de auxilios al jeneral Flóres. Ruden, faltando a tal palabra, vendió su bergantin al presidente, i al saberlo

el señor Rocafuerte mandó que le apresasen resuelto a juzgarle i castigarle.

Por un arreglo transactorio se convino Ruden, para librarse del juzgamiento, en pagar la multa de cuatro mil pesos, con tal que le dejaran seguir su viaje para lo exterior, i no teniendo todo el dinero necesario para satisfacerla al contado, depositó algunas alhajas en prenda de su compromiso. Lo que pensaba, a lo que parece, era salir de los apuros del momento, reservando en sus adentros la intencion de recaudarlas sin pagar cosa ninguna.

El comodoro americano Wandworth, se quejó, al andar de pocos dias, de los procedimientos del señor Rocafuerte, i le amenazó de seguida con que haria uso de la fuerza, si se resistia a la devolucion de la alhajas. Rocafuerte se desentendió de la reclamacion i amenazas, i fundándose en que tenia derecho para perseguir a Ruden por haber faltado a sus compromisos, se negó rotundamente a entregarlas. El negocio iba encrespándose dia a dia, i habria tenido a la postre un mal paradero a no ser por la oportuna intervencion del señor Walther Cope, entónces cónsul jeneral de la Gran Bretaña, que ocasionalmente residia en Punta Española. El señor Cope dió un convite al capitan i oficiales de la fragata de guerra de L. M. Británica, *Chalanger*, i convidó igualmente al señor Rocafuerte i al comodoro americano. En esta reunion se dieron mutuas esplicaciones, i Rocafuerte quedó convenido en devolver las alhajas de Ruden; bien que esto no llegó a verificarse por un suceso que vino a ocurrir en tales circunstancias, i en el cual nos ocuparemos mui pronto.

Ruden dió a la estampa una protesta contra el señor Rocafuerte, i los enemigos de este la comen-

taron a su gusto i pintaron el suceso con unas cuantas alteraciones. Lo cierto, sin embargo, es que no ocurrió mas de lo referido, segun se ve en una esplikacion que dió el mismo Cope, cuya circunspeccion notoriamente conocida pone a salvo la verdad [*].

Tales fueron los acontecimientos ocurridos en las provincias marítimas desde la salida del presidente para Guayaquil hasta mediados de junio. Volvamos ahora los ojos a lo que pasaba en las de lo interior.

IV.

Los emigrados a Nueva Granada, con motivo del destierro de los patriotas a causa del suceso del 19 de octubre i las persecuciones posteriores, alentados con las ventajas obtenidas por la revolucion de Guayaquil, con la cual llegaron a conformarse en mala hora, ventajas que se pintaban como de gran bulto; se ocuparon, desde su llegada a Pasto, en reunir i armar una partida de tropas con las cuales podrian invadir la provincia de Imbabura, i levantaron sobre esta base una corta division. El jeneral José Maria Sáenz era el que por sus antecedentes gozaba de mayor influjo entre los emigrados, i pertenecian a su séquito los señores Zaldumbide, Manuel Ascásubi, Sanz, Orejuela, Chaves i otros varios. Atizaban el entusiasmo de los emigrados los señores Valdivieso, el ex-ministro, Gómez de la Torre, Vicente Flor, Roman, etc.; i se preparaba entre los peñascos i selvas de Calacalí una columna que tenia por jefe al coronel Francisco Mon-

(*) El *Heraldo de Lima*, núm. 472. Año de 1856.

túfar, antiguo i valiente soldado de la independencia, quien debia incorporarse con ella a los emigrados tan luego como estos pusieran los piés en el centro de Imbabura.

Remitiéronse de Quito para Pasto algunos miles de pesos i varios artículos de guerra, bien que pocos; i en la provincia de ese nombre se engancharon hombres, i se compraron cuantas armas pudieron ser habidas. Tan activa i eficaz fué la accion con que obraron los emigrados que, al andar de pocos dias, tuvieron ya por suficientemente organizada su columna de operaciones, i contando a cierra ojos con los elementos i cooperacion que se les habia ofrecido, se resolvieron a invadir el territorio de su patria.

En vano el gobierno del Ecuador se habia dirigido oportunamente desde el 1º de abril al gobernador de Pasto, manifestándole que tenia datos ciertos de los enganchamientos que se hacian de un modo público en esta ciudad; en vano se le dijo que, con tal motivo, aun tenia dispuesto que el gobernador de Imbabura pasase en persona a Pasto, para asegurarse por sí mismo de la verdad de las denuncias, como pasó en efecto; en vano, en fin, se dirigió al gobierno mismo de N. Granada quejándose del desentendimiento de las autoridades locales de aquella provincia limítrofe. Todo, al parecer, fué ya a destiempo, cuando solo faltaba la orden de que se pusiera en camino la mal organizada columna. Las autoridades de Pasto, al parecer, andaban conformes en opinion con los emigrados ecuatorianos, i no habia que esperar de su parte estorbo ninguno que impidiese la invasion. No así en cuanto al gobierno granadino, el cual, como hemos dicho, no pudo saber los enganchamientos ni pre-

parativos de guerra contra la nacion vecina sino cuando esta le dirijió las reclamaciones.

Movióse la columna invasora con direccion al *Carchi* a mediados del dicho mes de abril, i la tal columna, que nunca alcanzó a contar cien hombres, que dó reducida a sesenta al pisar el territorio ecuatoriano. Los enganchados (lo acredita la esperiencia) toman el dinero en que vilmente se venden, sin estar por ello en su ánimo la intencion de alistarse; i si en efecto se alistan, es para desertar en primera ocasion. Así sucedió con los de entonces.

El coronel Montúfar que, puesto a la cabeza de los de Calacalí, debia ocupar a Tabacundo, donde tambien habia jente comprometida, i darse al punto la mano con el jeneral Sáenz, se desentendió de las ofertas, encenegado en un vicio que lo tenia de viejo. Los que componian esta columna temieron, como era razon, que el gobierno llegara a conocer el paradero de ellos, i en consecuencia abandonaron a Montúfar i se dispersaron los mas. Solo unos mui pocos se fueron reunidos a Perucho, i esto por consejo i esfuerzos del entusiasta señor Julian Andrade, dicho el *Padre de la patria*, por apodo.

Fué tal el sijilo con que se habia arreglado la partida de Calacalí, que el gobierno no supo de ella sino pasados ya los conflictos de la invasion. No asi en cuanto a esta, pues el señor Pose, gobernador de Imbabura, que habia vuelto ya de Pas-to en desempeño de su comision, mantuvo solícito muchos espías que le dieron oportunos i mui circunstanciados avisos del número de los invasores, armas, jornadas que hacian i camino que traian. Todo lo puso, conforme lo iba sabiendo, en noticia del gobierno, i el gobierno dispuso que el jeneral

Martínez Palláres partiese para Imbabura, si no a rendir, a contener a los invasores.

El jeneral Sáenz que, como llevamos dicho, contaba con aumentar sus fuerzas en los pueblos de esta provincia, tocó el 20 de abril en Santarosa, hacienda del ex-ministro Valdivieso, con ánimo de atravesar el páramo i caer, sin ser sentido, en Tabacundo. Conocido este movimiento por el jeneral Palláres, dispuso que la caballería, a órdenes del coronel Manuel Guerrero, i los milicianos de Ibarra, a las del capitán José Espinosa i del teniente Ramon Valdes, saliesen para Cuchicarankui, a donde debían llegar, por la noche, a fin de no ser advertidos por el enemigo. Esperábalos en este punto el gobernador Pose, i les aconsejó que pernoctaran allí hasta que volviesen del páramo los espías que tenía apostados. Bajaron estos efectivamente por la madrugada, i le informaron que Sáenz habia pasado ya por Ventana Grande, i se dirijia a la loma de Batan, inmediata a las casas de la hacienda de Pesillo. El jeneral Palláres, sabido esto, ordenó que la infanteria miliciana siguiera paso a paso las huellas del jeneral Sáenz, sin dejarse advertir, hasta que alcanzara a ver por el frente la caballería que la encaminó por la vía ordinaria.

El jeneral Sáenz distinguió desde las alturas el camino por donde venia el escuadron que trotaba por las empradizadas llanuras de Pesillo, i descendió cautelosamente al Batan, punto en que pensaba empeñar el combate con provecho, pues ignoraba en el todo que tambien tenia enemigos a las espaldas. Palláres permaneció tranquilo tres horas largas, por si Sáenz se animara a bajar a la llanura, i lidiar entónces con todas las ventajas de su parte. El jeneral Sáenz penetró las intenciones de

su enemigo, i no bajó; i el jeneral Palláres, así como vió a sus milicianos a las espaldas de aquel, dispuso que, dividiéndose el escuadron en dos mitades, cargase la una de frente, i la otra por el flanco izquierdo enemigo. El jeneral Sáenz arregló la línea de combate conforme al número de enemigos que veía por delante, i rompió los fuegos con denuevo. De súbito oye por detras descargas de fusilería que no temia oír, i observa al mismo tiempo que una partida de caballería avanzaba por su flanco izquierdo. Los momentos eran apurados, i trató, como pudo, de hacer frente a todos lados; pero su jente era colecticia, i no pudiendo rehacerse de tan súbito desconcierto, echó a correr a poco rato. La caballería, a vista de semejante desconcierto, ya solo tuvo que lancear a los fujitivos i cantar victoria. Las tropas del gobierno no perdieron un solo hombre, i a la verdad no tuvo por qué perderlo; i entre los vencidos se contaron veinte muertos, dos heridos, i diez i seis prisioneros.

El jeneral Sáenz, que habia caído del caballo, sin poder correr a pié mas de media cuadra, se resolvió a entregarse prisionero, i ordenó que Zanguña, el criado que le acompañaba, levantara una banderilla en señal de rendición. Fué tomado por el capitán Espinosa i dos soldados, i se conservó prisionero por un cuarto de hora, hasta que asomó el teniente Cárdenas, i dió la orden de que le matasen, como lo ejecutaron un sarjento, de apellido Castro, i el asistente del mismo Cárdenas. Así, el jeneral fué muerto despues de haber entregado su espada, despues de tenérsele por rendido ¡Murió asesinado!

El jeneral Sáenz era un hombre de suposicion en el Ecuador. Oficial distinguido del batallón *Infante*, que perteneció al ejército español, habia segui-

do el ejemplo que dieron los oficiales del *Numancia* en el Perú, i abrazado la causa de los americanos por la independenciam. Habia servido a Bolívar con suma decision i lealtad, aun pecando tal vez por tanto apego a su persona, i servido a Colombia en cuantas campañas hubo por el sur. Jóven de jentil disposicion en su persona, de familia distinguida, i emparentado con otras no ménos distinguidas, se habia granjeado la estimacion de sus conciudadanos, i la muerte del jeneral fué llorada con entrañable dolor. Culpóse al jeneral Palláres de haber dado la órden de que le mataran, i recayó sobre él la pública execracion.

Cumplíanos la tarea de investigar i esclarecer este hecho para tratar de él con la verdad que debe hablarse, desatendiendo los informes que en pro i en contra nos han dado, segun el impulso de que todavia están animados los contemporáneos, i ocurrimos con dicho fin a los procesos que se formaron con tal motivo. No habiendo podido ver el levantado a instancias de la viuda de Sáenz, cuya muerte causó tambien la de ella misma, por quanto no pudo sobrellevar por mucho tiempo su dolor; estábamos resueltos a dejar el hecho en su estado de incertidumbre hasta que nuevos cronistas, mas felices que nosotros, hallasen documentos en que apoyarse. Pero habiendo dado, en el seguido por el jeneral Palláres, con las declaraciones de los mismos testigos que depusieron en el otro, podemos ya fiarnos del testimonio de estos, i deducir que no fué este jeneral sino el teniente Cárdenas el que be su bella gracia, ordenó que matasen al jeneral dáenz. Los lectores pueden abrir su juicio por la Seposicion de José Antonio Zanguña, criado i barbero de este jeneral; esto es, por la del testigo mas

intachable, i presentado por la misma viuda en el sumario seguido a solicitud suya.

Los otros testigos, que tambien han declarado en la informacion sumaria, seguida a solicitud de la viuda, son el teniente Policarpo Laeoba, el cabo segundo Damian Mosquera, el teniente José Estrella, que habia hecho de secretario en el proceso, i el soldado Bonifacio Lazarte; i todos, mas o menos, estan conformes con lo espuesto por Zanguña.

Otra de las víctimas que enlutó a Quito con la funesta jornada de Pesillo fué el señor Ignacio Zaldumbide, de los fundadores de la sociedad de *El Quiteño Libre*, decendiente de uno de los patriotas que tomaron las armas contra el gobierno español en 1809, patriota acendrado el mismo, i tambien de las familias distinguidas del Ecuador. Entre los oficiales muertos se contaron los jóvenes Rafael Arboleda i Vicente David: el coronel Ascáubi, el comandante Francisco Gómez de la Torre i el doctor Sanz salvaron de milagro, refujiados bajo el ramaje i sombra de unos chaparros que hallaron por los contornos del lugar del combate.

La sangre de Pesillo avivó la memoria de la vertida en la noche del 19 de octubre, i los odios i venganza de los partidos, como sucede siempre, se avivaron tambien i escandecieron mas. Así, pasadas las primeras impresiones del desastre de Pesillo, proyectaron los patriotas hacer de nuevo la guerra al gobierno, bien que teniendo que renegar i lamentar por la falta de armas, elemento siempre escaso entre los pueblos de lo interior. Todos los afanes, todas las fatigas de los enemigos del gobierno se concretaron por tanto a buscarlas i negociarlas valiéndose de mil arbitrios, aquí desenterando un par de trabucos, allá comprando algunos

fusiles viejos a precio de oro, mas léjos mandando calzar otros a sombra de tejado; i cuantas armas i municiones recojian iban a depositarse en Perucho (siete leguas distante de Quito), pueblo asentado entre quebradas i peñascales, i rodeado de bosques bastante estrechos. Al trasladarlas, lo mismo que al comprarlas (hubo veces que las adquirieron por la fuerza, i otras por maña) tenian que tomar mil i mil precauciones i vencer dificultades riesgosas, i mas de una ocasion los jóvenes alumnos de la Universidad se vieron, lo mismo que otros, espuestos a caer bajo la enconada vijilancia de los gobernantes.

Por cautelosas que fueron estas precauciones, vino siempre a revelarse el secreto del depósito, i a traslucirse la nueva conjuracion que se tramaba; i como era necesario cortar el mal en tiempo, destacó el gobierno una partida de veinte jinetes capitaneados por ese mismo Cárdenas, el asesino del jeneral Sáenz. Los peruchanos tuvieron oportunos avisos de esta marcha, i recojiendo las armas i llevándose a las mujeres e hijos, desampararon sus moradas i se fueron, discretos, a guarecerse en las alturas de las selvas.

Cárdenas se sorprendió de la soledad del pueblo, i juzgó acertadamente que le habian preparado una celada. I cierto, no se engañó; pues los peruchanos, con Andrade a la cabeza, se presentaron de sobresalto i en horas avanzadas de la noche, i cargaron contra los veteranos de Cárdenas. Herido este oficial en la descarga, murió al andar de pocos minutos, i el sarjento Castro, el instrumento material del asesinato del jeneral Sáenz, perdió un ojo de otro balazo, i tambien murió poco despues; de modo que pagaron ambos con su vida la vida de la

víctima que habian sacrificado a sangre fria. No murió ni fué herido otro ninguno de la partida.

Desconcertada esta con la muerte de Cárdenas i la averia de Castro, no dió paso ninguno por vengarse, i dejando a esos campesinos engreidos con su corto triunfo, se vino mohina para Quito sin traer una sola arma de las que habia ido a recojer, ni cosa ninguna de las que pensara saquear.

Al saber el gobierno estos resultados, e informado poco despues de que en el mismo Perucho seguia organizándose activamente i con regularidad una columna de tropa, dispuso que el coronel Zubiría, capitan de otra de infanteria, acantonada en Ibarra, se viniese para Quito, por recelo, al parecer, de que los alborotadores, interponiéndose entre una i otra ciudad, le cortasen las comunicaciones. Venia acompañando a la columna del coronel Zubiría el señor Pedro Calisto, pariente político del jeneral Flóres, i a su influjo se mandó prender en Tabacundo (4 de junio) a dos ciudadanos de apellido Jarrin como comprendidos, i era la verdad, en la insurreccion que se estaba preparando. Los Jarrines, hidalgos de gotera, i envalentonados con algunos que los acompañaban i el entusiasmo de sus paisanos, trataron de resistir i resistieron algun tanto; mas mui en breve fueron lanceados por órden del citado Calisto.

Los Jarrines eran hombres queridos i de gran influencia en la parroquia, i su muerte indignó tanto a los de Tabacundo que, levantándose cuasi en globo i armados de siete fusiles que tenian, i de hachas i otros instrumentos de labranza, cerraron con la columna de Zubiría, mataron algunos i la derrotaron. De seguida se atroparon rebosando de entusiasmo, echaron ¡*Mueras!* contra el gobierno i

fueron a unirse con los descontentos de los pueblos circunvecinos, conmovidos ya de bastantes días atras por instigaciones e influjo de los señores Gómez de la Torre, Ascásubis, Flor, Sánchez, Murgueitios, Jaramillos, etc., etc.

La insurreccion de Tabacundo, estando como estaban dispuestos los ánimos, tuvo un eco pronto, bien que sucesivo, por los cantones i demas parroquias de Imbabura; e Ibarra, la capital de la provincia, celebró el acta de rebelion el 12 de Junio. Otavalo, siguiendo tal ejemplo, la celebró el 14; i así, la muerte de los Jarrines, sensible a la verdad, pero poco importante, al parecer, para la política, prendió el incendio i brotó consecuencias de tamaño bulto contra el Estado. Un acontecimiento de estos, por baladí que parezca, obra poderosamente en ciertas circunstancias sobre el destino de los pueblos i determina su suerte.

Todos, todos los comprometidos de Imbabura i Quito, que habian contribuido a preparar i escandecer el inquieto ánimo de los pueblos, desearon sinceramente proclamar jefe supremo al señor Rocafuerte, i al señor Valdivieso jefe superior; i no obstante, sin que se sepa cómo, resultó en el acta figurando el nombre de este como supremo. El señor Valdivieso, propietario rico, hombre de mui bueno i cultivado entendimiento, de índole i costumbres suaves, conocedor de los negocios de gobierno i de gran influencia en la patria, tenia además en su favor la circunstancia de haber sido despedido por el presidente del ministerio que servia. Pero esa misma blandura de carácter, seductora para los tiempos de bonanza, le privaba del temple i actividad que eran menester para los días de agitacion, i sobre todo, carecia de abnegacion,

facultad de las almas enérgicas i elevadas, sin la cual no cabe que un caudillo pueda sostenerse sobre sus conciudadanos en la altura a que le encuentran las revueltas. El señor Valdivieso aceptó el cargo sin discrecion, sin reflexionar que, poniéndose a la cabeza de los mismos que andaban blasfemando contra los actos gubernativos del jeneral Flóres, iba, mas que a fiscalizar, a condenar sus propias obras; porque los cargos que se hacian no eran nuevos, sino referentes, los mas, al tiempo que habia manejado la cartera de lo interior i relaciones exteriores. La prensa de Guayaquil, entónces apasionadamente pagada del gobierno, se desahogó a sus anchas por este respecto, i lo que es mas, aun los mismos que pertenecian al partido del nuevo jefe supremo, andaban, aunque a solas i por lo bajo, echando ternos contra tales inconsecuencias.

Muchos hijos de Quito, entre tanto, i sobre todo los estudiantes de la Universidad i los colejos, dejando a un lado sus tareas o reposo, salian por las noches, i cruzando caminos estraviados, se iban a dar en Ibarra a incorporarse con las filas del cuerpo que se estaba organizando en esta ciudad. Algunos jefes i oficiales, dinero i cuantos elementos de guerra se habian conseguido por acá, fueron a parar en la provincia de Imbabura, de donde, a juicio de los disidentes, debia salir el ejército con que echarian por tierra a gobernantes i gobierno. Asonaron, entre los primeros, los coroneles José María Guerrero, Madrid, Montúfar, Estes, etc., i, entre los paisanos, los doctores Merino ex-consejero de Estado, Sanz, Gala i otros; pues es de saberse que desde el tiempo de la guerra de la independencia, abogados i médicos, labriegos i artesanos, habiéndose dormido por la noche entre sus

libros o instrumentos, han despertado con bandas i charreteras. Si no guerreros ni siquiera guerreadores, hemos de hacer agua, euando ménos, de haber servido como gregarios en tal o cual campaña, o en tal o cual combate.

En el ardor de vengar a su oprimida banderia, i de entrar airoso en la capital, ménos como triunfantes que como redentores de la esclavitud de la patria, su interes principal consistia en moverse cuanto ántes contra Quito.

No habia decurrido un mes completo desde que sonara la insurreccion, i con todo, a principios de julio, se dió por bien organizada una corta division de trecientos hombres mal contados. El coronel Guerrero fué nombrado *Director de la guerra*; el coronel Estes segundo jefe, el coronel Madrid comandante jeneral; el comandante Francisco Gómez de la Torre jefe de estado mayor; el comandante Muñiz, librado del destierro a consecuencia de la revolucion de Guayaquil, comandante del batallon denominado *Restaurador*; i el coronel Ascásubi jefe de la caballeria.

Pararemos en este punto la narracion de los sucesos del norte para dar lugar a la de los de occidente que sobrevinieron ántes.

V.

Rocafuerte, el jefe supremo de las provincias litorales, caia allá en el laso tendido por la traicion, miéntras en Imbabura, como hemos visto, se levantaba otro jefe supremo. El jeneral Flóres, valiéndose del coronel Padron, paisano, amigo i ser-

vidor suyo, como el coronel Mena, había logrado ya seducir a este, i comprometídole a que entregara prisionero al señor Rocafuerte [42].

Hallábase este en la isla Puná, cuando el 18 de junio, a media noche, el comandante Ponte, que había salido de Guayaquil por el estero Salado con cincuenta hombres, cayó sobre él i le tomó prisionero en junta del señor Rivas, secretario del jefe supremo, i de los coroneles Laváyen i Wright. Conducidos a Guayaquil, donde tocaron el 20, fueron depositados en un cuartel de caballeria i cargados de grillos, i aun se les hizo entender que mui luego serian fusilados.

El traidor Mena, para asegurar la presa, había sacado de Puná a cuantos soldados residian allí, incluso el escuadron que comandaba el coronel Franco, so pretesto, segun está bien averiguado, de obrar contra el departamento del Azuay con fuerzas que fueran suficientes; i la *Colombia* misma, en esa noche, estaba fondeada junto a Sono.

El señor Rocafuerte, estando ya para embarcarse en Puná, obtuvo de Ponte el permiso de hablar con el coronel Francisco Valverde, que hacia de gobernador i comandante jeneral en la isla. Corta fué la plática habida con este, pues se redujo a decir de que, debiendo fusilársele en la travesía del Salado o en el Malecon de Guayaquil, le encargaba que hablase con los caudillos ecuatorianos i les suplicasen recibieran como su última disposicion la de no pretender vengar su muerte, mas sí la de sostener con energia la causa de la revolucion, como justa, justísima contra el jefe del Estado i los extranjeros que le rodeaban.

Ni Valverde ni otros fueron tomados por Ponte, por que, segun el decir de este, su comision estaba

reducida a prender a los señores Rocafuerte, Rivas, Moncayo i Wright. El doctor Moncayo habia escapado, por que tuvo tiempo para fugar, i a falta de este se trajo Ponte a Laváyen.

El señor Rocafuerte conservó el ánimo tranquilo sin abatirse por su desgracia, ni arredrarse por temor a la muerte, que debió mirarla como segura i próxima, conceptuándose revolucionario cojido con las armas en la mano, i en poder de un enemigo investido de la autoridad que le daban la constitucion i leyes.

Aun hubo, se dice, algunos abanderizados fanáticos que opinaron, desatentados, por que se le hiciera morir en el cadalzo; mas una entidad de la nombradia del prisionero, una entidad de los antecedentes i suposicion del señor Rocafuerte, no podia perderse impunemente sin causar un ruidoso escándalo en toda la América, ni dejar de perderse el mismo que consintiera en ello. El jeneral Flóres, por lo tanto, prefirió salvarle, sin mancharse con la sangre de un personaje ilustre, vinculado desde mui atras con otros ilustres americanos, i le salvó jenerosamente a despecho de aquellas almas ruines, i se salvó el mismo de una ignominia inevitable.

I no solo le perdonó la vida, sino que, conociendo acertadamente cuales eran el talento, carácter elevado, ambicion i mas pasiones poderosas del prisionero, caló con tino i con destreza las ventajas que podia sacar, si lograba hacerse amigo suyo i tenerle de su parte. En consecuencia, envió a su confidente doctor Daste, acompañado de algun otro, a que le aconsejase propusiera arreglos, seguro de que serian escuchados, como si aun mantuviera todavia el papel de belijerante.

Engreído Rocafuerte al ver que aun se le trataba como a potencia armada para entrar en arreglos, ablandó el temple de su carácter, cuanto mas que mediaron las seguridades de que el jeneral Flóres solo anhelaba por la paz i bienestar del Ecuador; i el señor Rocafuerte, dándose a partido, se resolvió a dirigir las proposiciones, i prestarse a la transaccion que se buscaba.

Irritante, para los mas, cuanto fecundo en comentarios vino a ser este paradero ¿Será tanta, se decia, la seguridad que tenga Rocafuerte en la realizacion de los arreglos, i tanta la conveniencia de estos para que se le pueda perdonar la humillacion de haberse prestado a transijir con un hombre a quien llamaba *intruso*, i contra quien los pueblos habian tomado las armas? ¿Es tanta la ambicion de Rocafuerte que ha de medírsela por los ímpetus de su alma soberbia i arrogante, o tanta su flaqueza que no ha podido resistir a las sujestiones de aquella? ¿Ha visto acaso ajado su amor propio, al contemplar que los pueblos de Imbabura habian proclamado Jefe supremo a Valdivieso, i olvidádole a él, a él que tanto sufriera i padeciera por la misma causa? ¿Confia tan ciegamente en su influencia para creer que los arreglos hechos con Flóres podrán alcanzar tambien a los disidentes de la sierra, i que han de ser aceptados por estos?

No negamos el exeso de ambicion de que estaba dominado el señor Rocafuerte, ni negamos su volteridad, i convenimos desde luego en que bien pudo columbrar en el arreglo propuesto por su enemigo un camino mas corto i llano para elevarse; i sin embargo no pudo ser ni fué la voz de la ambicion la única que entónces escuchó. Una larga i sangrienta guerra, llena de necesidades, privaciones, azares

• e incertidumbre del buen éxito; guerra hasta entón-
ces sostenida casi con ningunos medios seguros, ni
esperanza de obtenerlos despues; que para obrar
con mayor espanto, contaba por aliada con esa peste
devoradora que segaba a los hombres por cente-
nares; debia tenerle rendido, fatigado, desfallecido,
i considerar que los pueblos, a cuyo nombre la sos-
tenia, estarian tambien, mas que él mismo Roca-
fuerte, al rendirse de fatiga i desfallecimiento. En-
tónces la voz de la paz debió hacer acallar todos
los gritos, no escuchar otra que la de la paz, i acep-
tar aquella con qué le convidó su jeneroso ene-
migo.

Dueños son de sus juicios i opiniones los que
siguiendo el impulso de los odios contra el presi-
dente, con quien, segun decian, no cabia transijir,
piensen de otro modo que nosotros: libres son para
creer que el señor Rocafuerte amancilló su nombre
con la transaccion, ya que ni aun faltó, quien dijera
que debió aceptar el patíbulo ántes que la paz
ofrecida por el jeneral Flóres. Cada cual puede
abrir dictámen segun los anhelos o palpitaciones
de su pecho; pero a nosotros, que contemplamos
con frialdad i a buena luz las circunstancias de en-
tónces, i manejamos la pluma sin prevencion de
ninguna especie, solo nos cabe avalorar i apreciar
el estado en que se hallaban el Ecuador i los beli-
jerantes, i aplicar a él la crítica i el recto fallo de
la historia.

I cuenta con que no tenemos la pretension de
que puramente se confie en nuestro modo de sentir,
pues allá van íntegros los términos del convenio
celebrado, para que así tengan los lectores a la
vista el documento a que deben atenerse.

“Art. 1º Habrá entre ambos amistad sincera, fiel

i constante, i procurarán que se estienda a todos sus amigos.

2º Ambos trabajarán por el bien i prosperidad de los pueblos, promoviendo todos los medios que sean conducentes a este grande objeto.

3º El congreso se reunirá estraordinariamente para el 15 de agosto, i se tomará muchísimo interes en que decrete el aumento de sus miembros.

4º Se dará un decreto concediendo la mas solemne amnistia a todas las personas que se hallan en los buques de guerra, i a todos los individuos que hayan tomado parte en el pronunciamiento del 12 de octubre: se les confirmará en sus empleos, se les mandará formar sus ajustamientos de los sueldos que hubiesen devengado, para que le sean satisfechos, conforme lo permitan las penurias del erario, i serán reconocidos, como deuda pública, los gastos que hubiesen hecho, i los empeños que hubiesen contraido para la subsistencia de las tropas.

5º Si el decreto no fuese obedecido, se declarará pirata la fragata *Colombia*, i se le hará la guerra hasta que sea apresada o destruida.

6º Se escribirá inmediatamente al señor Valdivieso, i se le mandarán dos personas, instruyéndole de este convenio, a fin de que se pueda disponer tanto de las tropas que él tenga, como de las que se hallan en Quito, para reforzar el ejército i estrechar a la fragata por la costa del Azuai, i las del Morro i Manabí.

7º Si el señor Valdivieso, por miras personales o porque tenga otras pretensiones, desatendiere la invitacion que se le haga, quedan obligados a reducirlo a su deber, lo mismo que a cualquier otro que intente establecer de hecho la anarquía, i continuar los males de la guerra civil.

8º A fin de que haya siempre la mejor armonia entre los que suscriben, cerrarán sus oídos a las sujestiones de los que quieran alterarla, i usarán de la mayor franqueza para espresar sus opiniones i acordar todo cuanto convenga al bien de la patria, para lo cual harán todo jénero de sacrificios.”

Nada hai de ignominioso para el señor Rocafuerte en este convenio, mírese por el lado que se quiera mirar. El caudillo de la revolucion no olvidó ni la suerte de los que habian combatido por su causa, poniéndolos al amparo del mismo arreglo obtenido en favor suyo; i nunca otro gobierno del mundo pudo llevar la jenerosidad hasta el término, no solo de perdonar a facciosos cojidos con las armas en la mano, sino de reconocer sus empleos i deuda contraida, i ofrecer el pago de sus sueldos. I sin embargo, calificóse el convenio de *ignominioso*, al señor Rocafuerte de hombre *flaco*, i al jeneral Flóres de *intrigante*.

No será tampoco por demas que se vea otro documento, relativo al mismo objeto, para que la posteridad le juzgue a vista de realidades patentes, i no de las pasiones de los abanderizados.

Rocafuerte i los demas prisioneros salieron, en consecuencia, de los calabozos i recobraron la libertad. Como el convenio era puramente privado, los transijentes se resolvieron a elevarlo a tratado público i darlo a luz. El dicho tratado contiene, mas o ménos, los mismos objetos que el anterior, i fuera de lo relativo a fijar los puntos en que debian ponerse guarniciones, i las plazas de que ellas habian de componerse, no hai otros de importancia que los siguientes:

“Art. 3º El señor Vicente Rocafuerte mandará

el departamento del Guáyas con el carácter de jefe superior.

6º La fragata *Colombia* permanecerá en el fondeadero de Puná con la guarnicion de cien hombres i otros tantos de tripulacion, bajo la garantia del señor comodoro de los Estados Unidos en el Pacífico, hasta que la convencion disponga de este buque.

12. Se dará por el gobierno un decreto de olvido para que ningun individuo sea perseguido por opiniones políticas, aunque las haya sostenido con las armas en la mano. Regresarán al pais todos los que han sido espulsados *desde el 14 de octubre del año pasado* hasta la fecha.—Hecho en Guayaquil a 19 de julio de 1834.”

El presidente dió al otro dia el decreto de amnistia, i el 25 el del nombramiento del señor Rocafuerte como jefe superior *por sus aptitudes i calidades recomendables* (Art. 3º). Rocafuerte i Flóres se incensaron, a cual mas, con la misma fuerza de voluntad con que se habian ajado, i hasta echádose a la cara falsos achaques i de mucha cuenta. De creer es que, entre los políticos, la vergüenza no es aquel noble afecto que nos conduce a estimar nuestro propio decoro, o que son tales su jenerosidad e hidalguia, que bien podemos contar estas entre las virtudes exelsas que mas honran al corazon humano.

Diéronse luego a luz, una tras otra, por Flóres i Rocafuerte, proclamas encaminadas a estender la paz que acababan de ajustar, i convidaron con ella a cuantos disidentes andaban diseminados en la nacion. El gobierno del vice-presidente Larrea convidó tambien con ella a los de Imbabura; i sin embargo, la paz estaba aun mui léjos de cimentar su

provechoso cuanto pacífico reinado. Tan entrañables i rebeldes son a veces los enconos i dolores de las banderías, que no llegan a calmarse, cuanto mas curarse, sino con baños jenerales de sangre, i las malhadadas pasiones de ese triste tiempo patentizando estaban su invencible rebeldía. Cual mas, cual ménos, cuasi todos los banderizos de las provincias del Estado andaban pregonando sus dolores, i quien por aliviarlos, quien por vengarlos, quien atesorando en su pecho vivos anhelos de mando, quien movido a impulsos de la codicia; se atuvieron sin mas ni mas a su modo de ver i discutir, i no les fué posible resistir al arretrato de sus pasiones ¡Así va toda bandería, siempre flaca, siempre estraviada, si no criminal, siempre culpable!

VI.

Las fuerzas de la *Colombia* que instintiva, pero acertadamente, habian adivinado que la prision del señor Rocafuerte era resultado de la traicion de Mena, se hicieron justicia por sí mismas, i deponiéndole del mando, le arrojaron en las playas de Tumbes. Estraño, i por demas, si es que el coronel Subero, que hacia de segundo capitán del ejército, i cómplice o correo de los criminales proyectos de Mena para irse con la fragata a piratear en otros mares; fuese ahora tambien el cómplice, si no el autor, de la deposicion i destierro de Mena. La humanidad, en medio de sus flaquezas i quebrantos, brota en oportuno tiempo un malvado para castigo de otro malvado, i sabe así, a las veces, hacerse tambien justicia por sí misma.

Subero participó sobre la marcha este suceso a Rocafuerte, diciéndole ademas que el ejército, a

una voz, solicitaba la presencia de él, puesto que le habia proclamado como a única i lejitima autoridad; i protestando que nunca le habia sido infiel, añade el juramento de que sabia sostenerle. El oficio de Subero termina con estas frases: "Ruego encarecidamente a V. E. atienda los votos de estos fieles súbditos que tanto derecho tienen a ser considerados."

El señor Rocafuerte, a cuyo pundonor estaba confiada la ejecucion del convenio celebrado, se trasladó inmediatamente a la *Colombia*, donde fué recibido con entusiasmo i aclamaciones, creyéndose que iba a entonar el abatimiento de los soldados con esos arranques oratorios a que sabia acudir en los trances convenientes. Mas, al oírsele hablar de los beneficios de la paz, i abogar por el *ilustre i generoso guerrero* con quien la habia ajustado, mirósele con frio desden como a prevaricador de sus principios i opiniones, i como a hombre que, haciendo traicion a su misma conciencia, habia ido a presentarse pecho por tierra ante un soldado *astuto i avesado ya de mui viejo a quebrantar los juramentos, i con mas frecuencia su palabra*. Vano al par que inútil fué cuanto predicó por reducir la fragata a la obediencia, i se volvió corrido i desconcertado a Guayaquil.

El doctor Moncayo, a quien quiso conservar al lado suyo como secretario, se le negó rostro a rostro; pues consideró que, darse a partido como se habia dado Rocafuerte, seria incurrir en la misma abjuracion que él condenaba. Rocafuerte, a vista de la negativa del jóven, le intimó que saliese del Ecuador, i Moncayo tuvo en efecto que salir, Dios sabe cómo, a tierra estraña, desde donde, rebosando de enconado enojo, fué a lanzar catilinarias

tremendas contra el señor Rocafuerte i los tratados.

Algo mas tarde se dió un decreto declarando pirata la escuadrilla, i el comodoro americano, que habia aceptado el honroso papel de fiador del convenio celebrado, dirijió a los capitanes de la fragata un oficio enérjico i lleno de amenazas, si no se rendian, i como resuelto a llevar estas a ejecucion, colocó sus corbetas de guerra a proa i popa de la *Colombia*. A vista de semejante resolucion, tuvieron los capitanes rebeldes que rendirse aunque mal de grado, i por este medio vino a quedar en depósito de aquel hasta que se obtuviese la paz definitiva.

En consecuencia de esto, desembarcaron las tropas i desfilaron por partidas con direccion a los puntos en que debian acantonarse, con arreglo a los tratados del 19. Muchos de los jefes, oficiales i aun paisanos que habian hecho la guerra en la *Colombia*, protestaron contra el arreglo, i se apartaron huyendo, unos para Manabí, otros hácia las provincias de lo interior, i otros, los mas desobligados, a tierras extranjeras.

El coronel Sandoval, uno de los capitanes chihuahuas que, conforme al convenio, hacian la guarnicion de Guayaquil, pidió i obtuvo que la columna de su mando fuera a situarse en el Morro. Los coroneles Franco i Zudea, tambien chihuahuas, estaban acantonados en Taura con dos cuerpos de caballeria, i como no habian aceptado el convenio sino aparentemente, se sublevaron el 8 de agosto i proclamaron al nuevo gobierno de Quito, que por entónces ya se hallaba establecido. Sandoval, que habia salido de Guayaquil con conocimiento de la proclamacion hecha por los coroneles Franco i Zu-

dea, finjió no haber llegado a saberla sino en su tránsito para el Morro, i desembarcando en Sono, pasó a Taura con ánimo de ir a engrosar, segun dijo, las filas de aquellos jefes; siendo lo cierto que era otra su intencion. Franco i Zudea penetraron mui en breve el objeto que llevaba de seducir a los soldados de la guarnicion de Taura, i dispusieron que se le fusilase. Hé aquí el documento que vino a poner en claro la intencion i conducta del coronel Sandoval, i el que le hizo perder la vida:

“El coronel Sandoval está bajo la garantía de mi persona, comprometiendo en esto el honor del gobierno. Tambien le ofrezco una cantidad con que pueda sostenerse i vivir cómodamente. Guayaquil, a 30 de julio de 1834.— *Flóres* [*].

Conocida por el gobierno de Guayaquil la insurreccion de Taura, el señor Rocafuerte dió un decreto declarando traidores a cuantos habian tomado parte, i borrados de la lista militar a los jefes i oficiales. Rocafuerte, que habia sostenido ántes la guerra con tanto ardor, queria ahora mantener la paz del departamento de su mando con el mismo fuego, i esto, la verdad sea dicha, era mui debido i justo. Pero exediéndose en los medios que empleaba para obtenerla, vino a incurrir en inconsecuencias de mucho bulto, castigó con rigor a los que poco ántes combatieron por su causa i principios, i protejió con solícita vigilancia los intereses de ese mismo gobierno que tanto habia ultrajado. Hubiera valido mas, para la conservacion del renombre de tan buen caudillo, que su carrera pública de entónces terminase con los ajustes de julio

(*) Ha estado en nuestras manos este documento autógrafo.

i depósito de la fragata, i que, deplorando a la distancia aquel furor con que se agitaban las pasiones de sus conciudadanos, sin serle dable moderarlo, aguardase en el retiro el fin que de cualquier modo habian de tener. Entónces el lustre de tal nombradía habria llegado con todo su esplendor hasta nosotros, i pasado con el mismo brillo a la posteridad. Pero nada hai perfecto sobre la tierra; i Rocafuerte, dejándose vencer por las sujestiones de la ambicion, vinculándose con su enemigo i persiguiendo sin piedad a sus antiguos amigos, abrió, aunque para cerrarlo mas tarde, un extraño paréntesis a su larga cuanto ilustre vida pública. Dotado de fantasía poética i corazon recto, de valor moral acreditado, de costumbres puras, de probidad acendrada i de un hablar enérgico i oratorio; tuvo, sin embargo, flaquezas que amancillaron tan relevantes prendas, i lo mas que cabe decir en justificacion de algunos de sus actos es lo que él mismo decia hablando de Bolívar, su enemigo político, cuando se trataba de alguno de los estravíos de este: *¿Qué sol hai sobre la tierra que no esté empañado por alguna nube?*

El coronel Oses, de raza africana, hombre de mala figura i de corazon dañado, que se mantenía en el Morro con una columna de docientos hombres, siguió el ejemplo de la guarnicion de Taura, i partió para Jipijapa, en la provincia de Manabí. Fué a engrosar sus filas con las del coronel Hidalgo que, hallándose al servicio del gobierno, plegó traídoramente a las banderas de Oses, para seguir sustentando una guerra de vandalismo.

En Vínces se armó otra faccion a órdenes del capitán Noriega, i pasó tambien para Manabí a unirse con Oses; i últimamente en Daule asomó

otra acaudillada por el comandante Návas; de modo que la guerra, furiosa como ántes, quedó de nuevo haciendo de las suyas en todo ese rico departamento del Guáyas.

Al saber el jeneral Flóres la insurreccion de los coroneles Franco i Zudea, salió en su persecucion, mas sin poder alcanzarlos, porque se vinieron juntamente con las fuerzas para lo interior del Estado por el camino de Yahuachi. Pasó luego a Daule para combatir con el coronel Osés, ora yendo tras él a Manabí, ora esperándole en aquel canton, resuelto a impedir su incorporacion con el ejército del jeneral Barriga que, como ya veremos, se habia acercado por este tiempo a las costas. Con todo, obligado Flóres por las circunstancias a volverse a Guayaquil, dejó algunas fuerzas con aquel intento, i fué a dar en esa plaza.

Durante estas correrias, en que solo hubo encuentros de poca importancia, llegó el 10 de setiembre, término del período constitucional del gobierno del jeneral Flóres. En la proclama que dirigió a los pueblos, dijo: “Hoi termina mi período constitucional, i hoi dejo de mandaros. Las circunstancias que afectan al pais han impedido la reunion del congreso en el dia prefijado por la constitucion. Esta desgracia me ha puesto en la cruel alternativa de separarme de la presidencia sin entregarla a un sucesor constitucional electo, o de retenerla con mengua de mi reputacion. Lo primero es una fatalidad inevitable: lo segundo seria un mal enorme, porque los enemigos del gobierno tendrian ese pretexto para justificar su conducta, i para seguir la guerra que han empezado con escándalo, i continuado con la ruina de los desventurados pueblos. Yo, pues, no debo vacilar en decidir.

me por el partido que, a la vez, salva mi honor i asegura vuestro reposo; el de entregaros el poder que temporalmente me confiaron vuestros representantes.... Al descender del alto puesto de la primera magistratura, para vivir entre vosotros como simple ciudadano, llevo el sentimiento de no haber podido haceros todos los bienes que mereceis.... Sin embargo, reclamo vuestra induljencia, i os pido no olvideis que cuando fuí jefe del sur, a la cabeza de veinte cuerpos victoriosos, me desnudé espontáneamente de las amplias facultades de que estaba investido, i cooperé gustoso a fundar la independencia del Estado, llenando así los votos de Colombia: que en los cuatro años de mi presidencia he sacrificado hasta mis afecciones particulares para defender vuestras instituciones en las tres diferentes guerras que se han suscitado; i en fin, que he cumplido mis ofrecimientos de no mandar un dia mas despues de hoi."....

El señor Rocafuerte, a quien de seguro se habia dado anticipadamente noticia de esta proclama, convocó con igual anticipacion, para el dia 10, a los padres de familia i mas ciudadanos en ejercicio a que deliberasen acerca del partido que convenia tomar en el departamento de su mando. Reunidos que fueron, pronunció un discurso breve, recopilacion cabal de los males de que habia sido presa la nacion, i pidió se escojitasen los medios de *restablecer el orden, la paz i la concordia por una convencion nacional, convocada de acuerdo con los gobiernos de los demas departamentos del Estado*. Ac-to continuo, acordó la asamblea: primero, nombrar un jefe supremo con cuantas facultades fuesen adecuadas a las circunstancias: segundo, que el jefe supremo, poniéndose de acuerdo con los caudillos

de los otros departamentos, promoviese la mas pronta reunion de una convencion: tercero, que se procediese inmediatamente, sin dar largas de ninguna clase, a las elecciones primarias: cuarto, que en el caso de que los otros gobiernos rehusaren prestarse a mandar reunir la indicada convencion, i se negaren a retirar las tropas que habian invadido el departamento del Guáyas, deliberase el colejio electoral acerca de su suerte: quinto, que la base para la eleccion de los diputados a la convencion fuese la de igualdad de representacion; i sexto, que la jefatura suprema quedaba autorizada para resolver los casos de duda no previstos en el acuerdo. De seguida, la asamblea procedió a la eleccion de jefe supremo, i fué nombrado el señor Rocafuerte.

Las personas notables de Guayaquil aceptaron sinceramente los tratados del 19 de julio; pues se les vió desde entónces, a los mas, en torno del gobierno provisional.

En la proclama que Rocafuerte dirijió a los habitantes del departamento, dijo: “Ya no hai pretexto para seguir la guerra: el presidente se ha separado del mando, dando a todos los patriotas imparciales un memorable ejemplo de desprendimiento i moderacion. Despues de este acto de justicia, un dia mas de guerra seria un atentado, una funesta calamidad. La patria aflijida os pide la paz, i no podeis desoir los lamentos: sois demasiado jenerosos para dejaros arrastrar de resentimientos i viles pasiones—Corramos todos al templo de la union, i sobre las aras de la concordia juremos eterna amistad a nuestros hermanos de Quito i del Azuai; sepultemos la tea de la discordia al pié del pacífico olivo, i bajo los auspicios de la libertad rivalicemos en luces i virtudes. Que la agricultura,

la industria i el comercio sean los campos de nuestra emulacion, i que la riqueza pública sea el premio de nuestra rivalidad.”

¿Quiénes de cuantos fueron testigos de la actitud que tomaba el señor Rocafuerte en la tribuna de la sociedad de *El Quiteño Libre*, i quiénes de cuantos le oyeron discurrir arrebatado por la guerra que debía hacerse al gobierno, acertarian a decir que era el mismo Rocafuerte el que ahora hablaba tan blanda, cuerda i piadosamente de los beneficios de la paz? Cuánto va de obedecer a gobernar; i Rocafuerte ¡ai! hablándonos de guerra i hasta de puñales cuando obedecía, ahora, a la cabeza ya de un gobierno puramente provisional, nos hablaba de los tranquilos i fructuosos trabajos de la agricultura, la industria i el comercio! Predicadores fantásticos de la libertad que quieren i piden para los pueblos, mientras viven gobernados, así son ardientes para restringirla, sino esclavizarla del todo, cuando se hacen gobernantes, i así van todos los ambiciosos.

VII.

Hallábanse ya, como dijimos, las fuerzas de Imbabura dispuestas a salir a campaña contra Quito, a órdenes del coronel José María Guerrero, cuando llegó a esta capital la noticia de que el señor Rocafuerte habia caído prisionero, i los anuncios de que mui pronto seria rendida la fragata *Colombia*. El vicepresidente envió en comision al jeneral Barriga para que comunicase al señor Valdivieso aquellos particulares, con la esperanza de que, conocidos i aquilatados por su importancia, cesarian las inquietudes de la guerra del norte. Debia tambien hacerle la reflexion de que, una vez descarta-

do el presidente de los enemigos de Guayaquil, se vendria en volandas con todas las fuerzas para lo interior del Estado, i acabaria, de seguro, con los disidentes de Imbabura. No iba por cierto desacertado este discurrir, si bien habia exajeracion en cuanto a la facilidad con que podia moverse el presidente, pues sabemos ya que aun andaba lidiando con cuantos no habian aceptado los tratados. Si el señor Valdivieso no lo supo, discurrió tambien acertadamente acerca de las dificultades que tendria el jeneral Flóres que vencer, i siguió en la resolucion de llevar la guerra adelante. Aun parece que ni el jeneral Barriga mismo, observando el entusiasmo de los pueblos disidentes, insistió mucho en el objeto de su comision.

De vuelta para Quito informó al señor Larrea del pujante estado que habia tomado la revolucion de Imbabura, i el señor Larrea que, segun es fama, se hallaba desde mui atras inclinado a la bandera de los patriotas, se separó del gobierno, en son de sentirse mui enfermo. La separacion del vicepresidente vino, en consecuencia, a dejar acéfalo el gobierno, pues aun faltaba la persona que en su lugar debió ponerse a la cabeza de él. No podia ir a mas el desconcierto constitucional, i los ministros de Estado, en semejantes conflictos, sin pararse en la ilegalidad con que iban a obrar, siguieron haciendo de gobernantes, i resueltos a resistir a los invasores del norte, cuya venida ya no podia ponerse a duda. Los oficios que se cruzaron entre el señor Valdivieso i el consejo de ministros, confirman aquel extraño poder que vino a levantarse de en medio del desconcierto; i entónces, si por revoltosos se tuvieron los disidentes de Imbabura, revoltosos fueron tambien los que compusieron un

gobierno contra la constitucion i leyes del Estado.

La division de Imbabura, que habia traído el camino ordinario hasta Guailabamba, la varió en este pueblo, tomó el de Quinche i ocupó a Puembo el 1º de julio. El 4, a las dos de la tarde, apareció en la colina de Lumbisí (el lado oriental de la ciudad), i fué de ver el contento i entusiasmo con que los hijos de Quito contemplaron estas fuerzas que, en su decir, venian a dar fin a tantas quejas i quebrantos, i a darles libertad.

El jeneral Palláres, comandante en jefe de las tropas ministeriales, contaba con docientos veinte i cinco veteranos, i con cuantos elementos de guerra eran necesarios, e incurrió en el desacierto de no sacarlos al encuentro de los invasores, jente colecticia, mal armada i peor municionada. Quiso mas bien atenerse a los ausilios que de un momento a otro debian llegarle de Guayaquil, i se resolvió a esperar a los enemigos dentro de Quito; esto es en el centro de una ciudad populosa, donde cuasi todos sus vecinos le eran contrarios, i donde toda casa de habitacion podia conceptuarse como fortaleza. Si Palláres sale en busca de los invasores, aun cuando hubiera sido hasta la plaza de Ibarra, donde se organizaran, su triunfo era mas que seguro. ¿Qué le importaban los motines levantados en el sur, que por tales deben calificarse los de Pujilí i Machachi, ni la separacion de la capital, cuando habia de volver a posesionarse de ella despues de ocho o doce dias de campaña?

Cuando el coronel Guerrero asomó por Lumbisí, el jeneral Palláres tenia una partida de jinetes en Ichimbia, i como estos no podian maniobrar por hallarse con lo mui quebrado del terreno en medio,

tuvieron que replegar a su cuartel. El 5 le pasó Guerrero la intimación de rendirse, i como era de ser, fué despreciada por el comandante en jefe. Entonces dividió aquel sus fuerzas en tres partes, i puso la primera a órdenes del comandante Polo, la segunda a las de Montúfar i Muñiz, i la última a las de Estés. No costó dificultad ninguna el paso del *Machángara*, i los *chihuahuas* (nombre que los disidentes de lo interior adoptaron, por ser los de la costa de su misma banderia), atravesando los suburbios orientales de la ciudad, se acamparon, a las seis de la noche, en el conventillo de Sanjuan, que la domina. El campamento chihuahua se convirtió en festin popular; pues, fuera de los que se presentaron voluntariamente a vestir las armas, se fueron otros muchos, sobre todo mujeres, con viandas, licores i músicas, con cuanto pudieron haber a la mano, a festejar un triunfo que todavia estaba por obtenerse. Los moradores del barrio de Sanroque cegaron oficiosamente las canales de las aguas, i lograron así que solo bañasen los barrios setentrionales que ocupaban los invasores.

El 6 hubo un tiroteo corto por las calles, en el cual perdió el ministerio cuatro hombres.

Por la tarde del mismo 7 mandó echar el jeneral Palláres algunos cañonazos contra el campamento enemigo, pero sin obtener ventaja ninguna, i luego acercó un cañon al arco de Santa Elena. El coronel Guerrero desplegó en guerrillas dos compañías del batallon *Libertad* con el intento de tomarlo; i aunque no lo consiguió, como las guerrillas cargaron denodadas, apoyándose en el escuadron que capitaneaba el comandante Mariano Paredes, logró a lo ménos la ocupación de los portales de la plaza mayor, i el atrio del palacio del gobierno. Las tro-

pas del ministerio tuvieron en este encuentro cinco muertos i doce heridos, incluso un oficial, i los chi-huahuas cuatro muertos i siete heridos. La ciudad festejó la ocupacion de la plaza principal con una espontánea iluminacion, repiques de campanas i todo jénero de alegres bullicios.

En seguida se levantaron barricadas por los contornos del cuartel; de modo que los ministeriales quedaron reducidos al recinto que ocupa la manzana de la Compañía de Jesus.

El 8 se estrecharon los atrincheramientos, i aunque se cambiaron algunos tiros, hubo solo dos muertos i tres heridos. El 9 hicieron los sitiados una salida, i forzando, guapos, las barricadas, se encaminaron por Sanroque con el objeto de hacer correr las aguas, i luego pasaron a la Cruz de Piedra tras forrajes. La salida, no obstante, fué por demas vana; pues se volvieron a su cuartel sin provecho ninguno, contentos a lo mas de haberse apoderado de algunos víveres que hallaron en las tiendas inmediatas a su mismo cuartel. El 11 hicieron otra salida por Santabárbara; mas fueron contenidos por las guerrillas enemigas. Este encuentro dió el resultado de que los sitiadores ocuparon el palacio i el antiguo colejio de san Luis, frente a la Compañía, calle en medio, i que pusieran fuera de combate a catorce de sus enemigos, sin otra pérdida, de parte de los primeros, que la de un hombre muerto i dos heridos.

Estrechadas mas las trincheras, el coronel Guerrero situó tras ellas a los infantes, i a los escuadrones en las calles de la Merced i Manosálvas, con ánimo de expugnar el cuartel. Antes de dar la señal, pasó al jeneral Palláres una segunda intimacion, que ahora ya fué atendida; i en consecuencia

dirigió este un parlamentario a fin de que pudieran entenderse.

Nombráronse para ello de comisionados, por parte del ministerio, a los señores García del Río, Farfan, España i Palacios Urquijo, i por la de Guerrero a los señores Merino, Madrid i Montúfar, i conferenciaron largo, pero sin provecho. Las pretensiones que manifestaron los primeros de trasladarse a Guayaquil con las tropas i el parque, no era cosa en que los segundos podian convenir; i así, se rompieron de nuevo las hostilidades. Guerrero decampó a sus tropas de Sanjuan, i las situó en el convento de la Merced, a dos i media cuadras del cuartel enemigo.

Tan riguroso se hizo entónces el asedio que, no teniendo los sitiados agua con que apagar la sed, comenzaron a servirse de la bien inmundada que corre por la quebrada que pasa bajo el cuartel; i poco despues aun fueron privados de este alivio por una partida chihuahua que se introdujo en la quebrada para hacer fuego contra los que se acercaran a sacar agua por el arbolon del patio principal. El oficial Muñoz fué así muerto, al introducir o al retirar la vasija que empleaba para sacar agua.

Seguros ya los sitiadores de su triunfo, se desentendieron de los enemigos, i como si no los tuvieran a dos pasos, se ocuparon tranquilamente en organizar un gobierno provisional. Reunióse el pueblo el dia 13 en el convento de San Agustin, i desconociendo al gobierno que regia en Guayaquil, publicaron su acta de rebelion al toque de tambores i cornetas.

Palláres, como dijimos, contaba con recibir de dia a dia el auxilio que se le habia ofrecido; mas el jeneral Gonzalez, destacado de Cuenca con este

objeto, solo habia podido llegar hasta Riobamba, i el coronel Uscátegui, venido con otra partida de tropa hasta Latacunga, tampoco habia podido avanzar mas acá de este lugar. Nadie iba de Quito ni venia para Quito, i ni el jeneral Palláres pudo saber que Uscátegui andaba por Latacunga, ni este, embarazado por los motines de los pueblos intermedios, dar un paso en socorro de aquel. Palláres conoció al fin que eran inútiles la resistencia i esperas de ausilios, i pidió capitulacion.

Celebráronse los tratados entre el coronel Ascásubi i comandante Manrique, los vencedores, i el coronel Ramon Aguirre i comandante José Antonio Chiriboga, los vencidos. La entrega del cuartel con la guarnicion de tropas, diez i siete cañones, ciento veinte fusiles, noventa carabinas, quince cajones de pertrechos, noventa i ocho caballos, unas cuantas lanzas, fornituras, etc., fueron los trofeos de los chihuahuas.

Semejante triunfo, obtenido a costa de tan poca sangre, fué obra esclusiva de la opinion, jeneralmente declarada i difundida en el pueblo de Quito, i en particular entre las mujeres que, encargadas de despachar los postas i los espías, establecieron una guerra de falsas noticias e invenciones sin cuento, con que lograron desconcertar a los defensores del ministerio. Entrañable por demas fué el alborozo con que se festejó la capitulacion; i los vencedores, en los raptos de contento, olvidaron sus quejas i agravios, i ampararon jenerosamente en sus casas a los hombres contra quienes andaba mas prevenida la venganza del pueblo. Con todo, el populacho, siempre i por siempre ignorante i bárbaro, cometió exesos torpes en el palacio, despeda-

zando los muebles, i rompiendo o inutilizando los papeles de algunos archivos públicos.

Una vez proclamado el señor Valdivieso jefe supremo en Imbabura, tamaña habria sido la insensatez de fijarse en otro ciudadano para ese puesto, por que se necesitaba de pujanza para obrar, i esta no podia adquirirse sino manteniendo la unidad. Hayan pues sido cuales fueron los recelos que contra él se levantaron en Imbabura, el pueblo obró cuerda i acertadamente al ratificar en Quito su nombramiento, i al reconocer su autoridad suprema.

Si habia sido hacedero improvisar un cuerpo de ejército en Imbabura, rendir un cuartel de veteranos i volcar a los defensores de todo un gobierno; se presentaron dificultades espantosas para organizar el que debia sucederle, i fué todavia mas difícil investir de fuerza a la revolucion que quedó con humos de vencedora. No habia rentas para mantener i aumentar el ejército, cuanto mas para aplacar la sed de sueldo de los militares i nuevos empleados; no habia resolucion para poder moralizar ni jenio para disciplinar las tropas colecticias; i sobraban, vergüenza da decirlo, condescendencias, valimientos, prodigalidades i ambicion.

Un impuesto de doce mil pesos era demasiado miserable para subvenir a tantas necesidades, i aun este impuesto, por falta de enerjía, no pudo realizarse sino en la mitad. Se hicieron jenerales, coroneles, comandantes i oficiales como para un ejército de cuatro mil hombres, i se levantaron los aspirantes a los destinos públicos como si hubiera opulentas arcas públicas en que saciar la codicia. Se levantó, cierto, un cuerpo de quinientas plazas voluntarias con el nombre de *Pichincha*; se levantaron, tambien cierto, otro dos cuerpos de comer-

cientes i escolares de colejos, que se mantenian i vestían a sus propias espensas; resucitó la sociedad de *El Quiteño Libre*, aunque con miembros nuevos los mas de ellos, i sin el nervio ni gracia de la fundadora, i aun se establecieron, a nombre de tal sociedad, otros dos periódicos; todo esto es verdad. Vanos, sin embargo, resultaron estos afanes, por falta de enerjía i rectitud en la mayor parte de los nuevos gobernantes, por el impulso de una menguada ambicion que surgió aun ántes de tener objeto a que aspirar, o, a lo ménos, ántes de asegurarse de él, por las desconfianzas contra el caudillo de la revolucion, i por los celos i chismes entre los mismos que acababan de asomar como vencedores.

Carecíase de fusiles, pues apénas consiguió el comandante Teodoro Gómez de la Torre que el jeneral Obando, con cuya proteccion particular se habia contado, le diese unos como dcientos en Pasto; carecíase de un capitan que fuera de la confianza de todos los jefes del ejército; carecíase de un hombre que supiera dominar las circunstancias; con todo se emprendió desatentadamente la campaña contra Guayaquil a fines del mismo julio, por aprovechar de ese poco entusiasmo que aun habia sobrado por la rendicion de la capital.

El coronel José María Guerrero, que habia dirigido la campaña con entusiasmo, pero sin pujanza, se negaba ahora a continuarla bajo pretesto de enfermo, i no quiso absolutamente hacerse cargo del ejército. Por invitaciones del mismo Guerrero, fué llamado el jeneral Isidoro Barriga, antiguo soldado de la guerra de la independendencia, acreditado de valiente i buen jinete, pero que no habia dirigido como comandante en jefe ninguna division. Casado con la viuda del mariscal de Ayacucho, i dueño de

las pingües rentas del marquesado de su esposa, enemiga declarada del jeneral Flóres, desde que recayó en él la sospecha del asesinato cometido en Berruécós; Barriga era, de cierto, el de mayor influjo entre los demas capitanes, i el mas a propósito para las circunstancias.

El ejército, aunque compuesto de jente voluntaria abría la campaña mal preparado todavía, sin disciplina, sin freno, sin sueldos ni equipajes, i tenia que ser un mal ejército. Un escuadroncillo de cincuenta plazas, dicho el *Sagrado*, se componia lo mas de doctorzuelos, pisaverdes i colejiales, noveleiros entrometidos que en los campamentos solo sirven para azuzar las malas pasiones, i andarse murmurando de la templanza i acciones de los veteranos.

Sin perjuicio de la movilidad de las tropas hácia el sur, el jefe supremo tuvo la cordura de dirijir al presidente una carta oficial [21 de julio], noticiándole airoso la capitulacion a que se habia rendido el jeneral Palláres, i manifestándole las probabilidades con que contaba para el triunfo definitivo de los pueblos contra el gobierno; pero que, movido de impulsos sanos i pacíficos, deseaba un arreglo amistoso que diese fin a la guerra, para lo cual tenia nombrada ya una comision. El presidente, en su contestacion, manifestó apreciar aquellos afectos; pero se burló de las *jactanciosas ventajas* con que contaba aquel; i luego, acordándose que se dirijía a quien habia sido su ministro añadió: “Es mui estraño que el doctor José Félix Valdivieso sea el que aparezca a la cabeza de un partido que se pronuncia contra la administracion del Estado, cuando el mismo doctor Valdivieso ha sido el ministro que ha tenido en los tres primeros años

de su período constitucional, i por lo mismo el único que debe responder a las acusaciones que se han hecho." Por lo demas, uno i otro oficio se hallan redactados en tales términos, que léjos de creer que habia buena disposicion para ajustar la paz, dan a entender lo contrario. Los comisionados del señor Valdivieso partieron, no obstante, para su destino.

Estos fueron los señores Merino i José Miguel Carrion, i se reunieron en Babahoyo con los comisionados del presidente, señores José Joaquin Olmedo i Fernando Vivero. Abrióronse las conferencias el 4 de agosto, e instruidos los primeros de los tratados hechos con el señor Rocafuerte, pidieron se invitase a este para que interviniera en el arreglo que se pensaba celebrar, i Rocafuerte se presentó el 7. Los señores Merino i Carrion propusieron que se convocase una convencion, i los señores Olmedo i Vivero que solo fuese un congreso extraordinario, para que este decretara aquella. Los primeros, fundándose en que el congreso habia de componerse de los mismos diputados que pertenecieron al constitucional de 1833, los causantes de la afliccion i quebrantos de los pueblos, i que por ello, no podian inspirarles confianza; rechazaron como inadmisibile la proposicion de los segundos. Estos, a su vez, arrimándose a la subsistencia i vigor en que se hallaba todavia el orden constitucional, que debia seguir hasta el 10 de setiembre, i a que, al interrumpirlo, venia el gobierno a esponer su propio decoro i dignidad; rechazaron igualmente la idea de reunir la convencion. Sin embargo, el señor Rocafuerte se avino con esta, ofreció que influiria en el jeneral Flóres para que la decretase, i se volvió para Guayaquil.

El 10 llegó la contestacion del presidente negándose a la propuesta de los comisionados del señor Valdivieso, e insistiendo en reunir el congreso extraordinario. Los señores Olmedo i Vivero propusieron que, en el caso de que no pudiera reunirse este en los primeros dias de setiembre, se entendiese convocada por ello la convencion, i fué aceptado por el señor Carrion. No así por el señor Merino que se negó rotundamente, pues *seria*, dijo, *siempre alarmante i odiosa la convocatoria de un congreso traidor que habia perdido enteramente la confianza de los pueblos.*

De este modo una cuestion de nombre i pura forma, buena i mui constitucional para los tiempos ordinarios, o para servir de materia en los certámenes de los colejios; una cuestion que reservaba a las claras en el fondo el orgullo de los partidos; vino a poner trabas a la paz, i a dar pretesto para romper las hostilidades, i para continuar esa guerra de malas pasiones que no habia de terminar sino esponiéndolas a resultados tremendos.

IX.

El jeneral Barriga, a fines de julio, ocupaba ya la plaza de Mocha, cuando fué instruido de que partian los comisionados de Quito para Babahoyo en busca de la paz. No habia podido seguir adelante su camino, porque se hallaba en Riobamba el jeneral González, comandante en jefe de la division del Azuai, i porque le faltaban las municiones suficientes para atacarle; i sin embargo, para dar a entender que lo tenia todo, le pasó un pliego diciéndole que desocupase a Riobamba, i sin esperar

contestacion, movió su ejército para Sanandres, del que se posesionó el 31. Las bajas que habia padecido en el tránsito con la desercion, la demora de la marcha del batallon *Pichincha*, que aun permanecia en Quito, i la falta de los bastimentos mas principales; tenian espuesta su situacion, i se vió forzado a detenerse en Sanandres. Hubo, en consecuencia, murmuraciones por la lentitud con que obraba i por la detencion en dicho pueblo, i sin embargo sobrábale al jeneral Barriga la razon para proceder como procedió, no solo de su voluntad, sino por la voluntad i resolucion del consejo que reunió en esa parroquia (*). Aprovechándose del viaje de los comisionados de paz, aun puso este particular en conocimiento del jeneral Gonzalez, i

(*) “En el pueblo de Sanandres, a 31 de julio de 1834. Reunido en la sala... i habiendo manifestado el señor jeneral la situacion crítica en que se encuentra la referida division, ya por falta de recursos, como por la escandalosa desercion; han acordado por unanimidad de votos—Primero que se negocie una suspension de hostilidades con el enemigo hasta tanto regresen nuestros comisionados de paz... Segundo que, habiéndose reclamado repetidamente por el señor jeneral de la division.... los auxilios indispensables para reforzarla, se esperen todo el tiempo posible los referidos auxilios... Cuarto que si, despues de negociada la suspension de hostilidades, regresasen de Guayaquil nuestros comisionados de paz sin haber conseguido el noble fin con que fueron enviados, i si para ese tiempo no está aun la division en estado correspondiente para presentar un combate, ya sea porque no le den los auxilios indicados u otra causa estraordinaria; no seremos responsables del mal suceso, bien por combate o por retirada... Quinto... Con lo que se concluyó, i firmaron dichos señores en el cuartel jeneral.—*Isidoro Barriga*.—*Ambrosio Dávalos*.—*Diego Estes*.—*Francisco Montúfar*.—*Manuel Ascáubi*.—*Dario Morales*.—*José Antonio Manrique*.—*José Maria Muñis*.—*Tomas Polo*.—*Mariano Vazquez*.—*José Maria Mancheno i Maldonado*.—*José Mancheno i Borrero*.—*José Jervis*.—*Doctor Fermin Orejuela*.”

le propuso una suspension de hostilidades hasta saber los resultados que dieran las conferencias, i fué aceptada.

Dias despues le llegaron los ausilios pedidos, i como para entónces ya eran públicos aquellos resultados, insistió Barriga en que Gonzalez desocupase la plaza de Riobamba, i declaró rotas de nuevo las hostilidades. El jeneral Gonzalez no tenia como resistir a su enemigo, porque las fuerzas de este se habian duplicado ya, i en consecuencia dejó la ciudad, i partió con las suyas, camino de Guaranda, a incorporarse con un corto refuerzo que habia salido de Guayaquil con el coronel Otamendi a la cabeza.

De mui poca, si es que de alguna importancia fué para el jeneral Barriga la ocupacion de Riobamba, porque las penurias continuaron como continuaban la desercion i desenfreno de semejante ejército. Muchos i repetidos fueron los oficios que, con tal motivo, pasó Barriga al gobierno provisional, pidiéndole autorizacion para castigar e imponer penas, aun la de muerte, a los culpados, sin necesidad de consultar con las sentencias a la corte suprema marcial para la ejecucion. “Pocos momentos pasan, dice en uno de los primeros, sin que esta comandancia reciba quejas repetidas de las violencias i exesos que sin cesar cometen los soldados, i aun los oficiales de mas graduacion i formalidad. Han llegado por último la inobediencia i desenfreno hasta el escandaloso extremo de que se disparen los fusiles, i se descarguen golpes de sable sobre los mismos compañeros de armas. Atentados semejantes reclaman un castigo ejemplar: reprensiones suaves i las que mis atribuciones me permiten no alcanzan a contenerles.” El oficial recluta, como se

sabe, es quien mas frecuentemente se anda por el camino de los desafueros.

Poco despues pasó el jeneral en jefe por el disgusto de sostener una competencia provocada por el jeneral Aguirre que, como comandante jeneral del departamento, fué a pedirle un estado de la fuerza, armas, municiones, etc. Barriga, como jeneral en jefe, estaba en su derecho, i sostuvo que solo debia entenderse con el gobierno; i con tal motivo se suscitaron rencillas graves, hasta el término de que este jeneral propuso al otro que se hiciese cargo del ejército, ofreciéndole servir de segundo o como soldado bajo sus órdenes. En este mismo sentido escribió tambien al jefe supremo.

Ultimamente el jeneral Barriga llegó a saber tambien que se habia encargado al jeneral Madrid del mando en jefe de la columna de operaciones, que dias ántes habia partido contra el Azuai, i que se le habia encargado con absoluta prescindencia de su autoridad. Mas que descomedido, arbitrario le pareció este procedimiento, i con tal motivo insistió de nuevo en la separacion del mando del ejército, i elevó de seguida su renuncia. Echando raya andaban, pues, el odio que habia contra el gobierno del jeneral Flóres, i los enconos que tan pronto asomaron entre los mismos para quienes era comun el enemigo que combatian. Faltaban la confianza, la armonia i la unidad, i era cuasi imposible que subsistiese aquel gobierno incipiente i frágil, que no supo dar concierto, cuanto mas pujanza, a la revolucion.

Despues de la ocupacion de Riobamba, se formó i arregló, como apuntamos, una espedicion que debia obrar en el departamento del Azuai. Nombróse director de esta guerra al doctor José Miguel Mur-

gueitio, el amigo predilecto del coronel Hall, i al coronel Moráles de comandante en jefe, i se pusieron en camino el 12 de agosto con direccion a Cuenca. Al pasar por el canton de Alausí, se les unió la columna sacada de la costa por los coroneles Franco i Zudea por el camino de Yahuachi, grueso de cuatrocientas plazas, poco ménos. Con este refuerzo el ejército del jeneral Barriga montó ya a mil doscientos hombres.

La guarnicion que defendia a Cuenca era cuasi ninguna, a causa de que el jeneral Gonzalez se habia traído para Riobamba todas las tropas, contra la tenaz, pero infructuosa, oposicion que le hicieron el jeneral Moráles i el coronel Tamaris. La opinion pública de Cuenca, por otra parte, estaba abiertamente decidida por el gobierno de Quito, i así no hubo dificultad ninguna para rendir aquella plaza. Sus habitantes celebraron el acta de incorporacion a las proclamaciones de Quito e Ibarra el día 25, i los de Loja, capital de la provincia de este nombre, el 27. Todos los demas pueblos del departamento reconocieron tambien la suprema autoridad del señor Valdivieso, i fué nombrado jefe superior del departamento el señor José Maria Borrero.

Con las sucesivas incorporaciones de los pueblos del Azuay, la revolucion nacida el 4 de junio en Tabacundo, llegó ya a representar un partido que podemos decir, sino lejítimo, popular, puesto que fué a la postre aceptado por la mayoria de la nacion. Facciosa e insustancial en su cuna, se extendió de la aldea a las ciudades i, al andar de tres meses, dominaba las cinco grandes provincias del Estado, con inclusion del canton marítimo de Esmeraldas, sin que se mantuvieran por el gobierno otras que las de Guayaquil i Manabí.

Allanados los obstáculos que impedían al jeneral Barriga seguir adelante con la campaña, movió al cabo su ejército con rumbo para Guaranda. El coronel Otamendi, que lo ocupaba, fué a sentar sus reales en Sanmiguel de Chimbo, como punto mas seguro para la defensa. Barriga le persiguió con la vanguardia de su ejército, le desalojó i obligó a ir a parar en la hacienda de Chima, propiedad del jeneral Flóres. En el sitio llamado Chauar-pata paró Otamendi i sostuvo un tiroteo de diez minutos con la vanguardia del ejército *Restaurador* (es el calificativo que tenia el del jeneral Barriga), a órdenes del coronel Muñis; i aunque se vió obligado a retirarse, perdiendo unos pocos hombres i algunas armas, fué tambien despues de haber muerto en el combate al coronel Rolo, un valiente hijo de Pasto, comprometido con la revolucion desde ántes del encuentro de *Pesillo*. Otamendi siguió para Sabaneta, luego para Babahoyo, i luego fué a parar en Zamborondon.

El coronel Muñis, al pasar por la Chima, mandó incendiar las casas, poco valiosas en verdad por que solo tenían cubiertas de paja, pero que la decencia i el decoro mismo del partido demandaban respetarlas como sagradas. En Elvira, otra hacienda de Flóres, a orillas del *Babahoyo*, se cometieron nuevos exesos, con todo que Barriga mandó poner una guardia para evitarlos, por que para ello daban el mal ejemplo los mismos jefes i oficiales. Parece que las pasiones políticas de entónces se habian convertido en personales, i hasta es de ver cómo alguno de nuestros cronistas censura las contemplaciones del jeneral en jefe por las órdenes repetidas que dictó, como era de obligacion, en defensa de la propiedad particular del enemigo.

El jeneral Barriga ocupó a Babahoyo cuando el jeneral Flóres tenia la mayor parte de sus fuerzas en Santalucía, en persecucion del coronel Oses. Si hubiera tenido trasportes o, mas bien, resolucion para buscar paso hácia Guayaquil por algo abajo de Daule, habría de seguro coronado su triunfo de un modo satisfactorio, porque esa plaza, por entónces, se hallaba desguarecida, i mantenia en sus entrañas muchos desafectos al gobierno. Esta falta de resolucion es falta de que no pudo absolverse al jeneral en jefe, por mas que en sus justificaciones, se arrimó a los embarazos que el mismo Flóres tuvo cuando la campaña contra los sublevados de la tercera division que ocupaba a Guayaquil, a los de Bolívar cuando la campaña de Buijo contra el ejército peruano, i a los de Flóres, por segunda vez, cuando buscó el paso por el estero Salado, cuyo buen éxito no lo atribuyó Barriga sino a la traicion de Mena.

Posesionado ya este jeneral de Babahoyo, cruzáronse de nuevo cartas particulares entre el jefe supremo del Guáyas i el jefe supremo de Quito, i entre aquel i el jeneral Barriga. Cruzáronse de nuevo cartas oficiales, i luego parlamentarios i comisionados, hablando cada uno de la necesidad de restablecer la paz, quejándose todos de los derramamientos de sangre, del largo sufrir i padecer de los pueblos con tan prolongada cuanto airada lucha, i recomendando cada cual, eso si, el desinteres i buena disposicion en que estaba para sacrificarse, a trueco de restituir el reinado de la tranquilidad i el órden, i dar campo a que se reuniera una convencion. I todo esto, i mucho mas que galanamente se dijeron, venia a tener grandes dificultades, i a perderse las nobles intenciones por el modo, por la

forma o las ritualidades, por la nada, en fin; por que en el fondo de esas cartas i pliegos oficiales, i en los pechos de esos parlamentarios i comisionados se encerraban sumo capricho i sumo orgullo, una como apuesta, para hablar de claro en claro, de querer salirse cada uno con la suya i satisfacer los antojos de sus pasiones. La Nueva Granada, condolida de la mala suerte de tantos estraviados, ofreció sus buenos oficios en obsequio de la paz: ambos partidos los acogieron agradecidos, i sin embargo, no es que no pudieron, no quisieron entenderse ni arreglarse.

Tan llenas estan las cartas i comunicaciones oficiales de contemplacion i respetos por el padecimiento de los pueblos, tan pagados del amor al órden, i respiran, diremos así, tanto patriotismo, que la vista recorre con gusto las proposiciones i aceptacion de que dejarian el suelo patrio los señores Rocafuerte i Flóres, Valdivieso i Merino, por tal de restablecer la paz. Pero los Arístides no salieron de Atenas, ni los Camilos de Roma. I esto ¿por qué? Por que no podia hacerse arreglo ninguno mientras las tropas del jeneral Barriga no desocupasen el territorio del departamento del Guáyas que habian ido a profanar; bien que, en el decir de los de acá, si llegó a verificarse tal profanacion, fué solo en desagravio de la invasion cometida por el coronel Otamendi a tierras de Guaranda, cuando ya este canton se hallaba adherido al gobierno de Quito. I eso ¿por qué? Por que tal o cual comisionado de los nuevamente nombrados no era de la confianza de los gobernantes; por que la convencion, con la reunion de la cual estaban ya conformes los partidos, no debia reunirse en tal mes ni con tales condiciones, sino en tal otro i con otros; por que el

interés provincial, o sea impulso lugareño, había venido a exaltarse con los movimientos de los ejércitos ¡Palabras i discurrir sin razón ni peso; dialéctica estraviada, cuando no extravagante, de las malas pasiones!

Inútil nos parece, por lo mismo, detenernos en la narración de esos proyectos de tratados, del vaiven de los comisionados, i del cruzamiento de cartas i pliegos oficiales tras una paz que los primeros empleados, ni los capitanes de cuenta [con excepción de Barriga] ni los que la rodeaban, la deseaban de corazón. Lo que se quería es vengar agravios i satisfacer los apetitos de la ambición; lo que se quería es venir a las manos para salir airoso de la lucha, i dejar calmados los deseos.

El resultado es que, después de haber permanecido el ejército *restaurador* cerca de un mes entre Babahoyo, Baba i sus cercanías, sin lograr por esto que se pusiera la fragata *Colombia* a disposición del gobierno de Quito, en lo cual insistió repetidamente el jeneral Barriga; tuvo este que concentrar su ejército en Sabaneta, cuando supo que el jeneral Flóres venía tras él con fuerzas marítimas, pues Barriga no tenía otras con que hacerle frente. Hubo sí el particular de que el coronel Oses, que había logrado sostenerse en la provincia de Manabí, se aprovechase de la ocupación de Babahoyo hecha por el jeneral Barriga, i que venciendo bastantes dificultades en su largo tránsito, lograrse también burlar las persecuciones del jeneral Flóres, i se incorporase al ejército *restaurador* con obra de cuatrocientos hombres. Acertados fueron de cierto los movimientos de Oses para venirse desde Manabí, e incorporarse con el ejército de Barriga; pero era de ver el aprecio i aplausos con que los apasionados

los abultaron i encarecieron, pues el rudo i corrompido africano Oses hasta fué comparado, por los periodistas de entónces, con el capitán, historiador i filósofo Jenofonte.

El jeneral Flóres, al venirse para Babahoyo, habia tenido que dejar a Guayaquil cuasi desguarecido, i miéntras se posesionaba de aquel canton, se puso la segunda plaza a riesgo de perderse por un asalto a la verdad bien arrojado. El comandante Dionisio Návas, hijo de Daule, uno de los mas diestros i pertinaces guerrilleros de entónces, reunió una partida de cuarenta a cincuenta hombres de los que desde ántes andaban con él haciendo la guerra al gobierno, i el 23 de octubre cayó de sobresalto en Guayaquil, pues no se dejó advertir sino cuando ya ocupaba la sabana a espaldas de la ciudad. Graves fueron los conflictos de las autoridades con tan súbita aparicion, i quien sabe cuáles hubieran sido los resultados a no descubrirsele un poco ántes de que entrara al centro de la ciudad.

El jeneral Pareja, que hacia de comandante jeneral destacó al coronel Daste con un piquete de caballeria hácia la Legua, i al coronel Uscátegui con otro de infantes por la Tarasana. Návas cerró con Daste i le obligó a retirarse hasta la plaza de la antigua Matriz; mas así como se unió este con los infantes de Uscátegui, cargaron juntos a una, i empujaron a los invasores hasta la sabana donde fueron a parar. Una segunda carga los desconcertó, i huyeron con pérdida de veinte i tantos hombres, entre muertos, los mas, heridos i algunos prisioneros, incluso en estos Oropesa, que hacia de segundo de Návas.

El jeneral Barriga, al parecer, quiso presentarse al combate el primer día que se pusieron a su fren-

te las fuerzas del jeneral Flores en un punto intermedio entre Babahoyo i Sabaneta; pero el segundo lo escusó prudentemente, porque estaba conocida la situacion ventajosa que ocupaba el otro. Poco despues se situó el jeneral Flóres provechosamente en un sitio en que su caballeria, mui superior a la enemiga, podia obrar con desembarazo; i el jeneral Barriga, a su vez, tuvo tambien la prudencia de no aceptar la provocacion al combate. En seguida, movido este de reflexiones que, a su juicio, eran de mucho peso, i que las espondremos luego, tomó cuasi de súbito la resolucion de volverse para las provincias de lo interior.

Graves i aparentemente justos fueron los cargos que se le hicieron por semejante resolucion, tanto de parte de los pueblos como de los capitanes de su ejército mismo, i principalmente por los doctores i mas gregarios que andaban entrometidos. I sin embargo, en las circunstancias en que se hallaba, con órdenes precisas del gobierno de no combatir sino en teniendo todas las probabilidades del triunfo en su favor; con un crecido hospital de enfermos, sin víveres para el sustento de las tropas, porque en efecto no habia de donde pudieran irle con seguridad i en oportuno tiempo, i sin trasportes para proporcionarse entrada a Guayaquil; creemos que la retirada fué, mas que escusable, necesaria. Muchas i largas fueron las esplicaciones que el jeneral Barriga dió a este respecto al jefe supremo en su correspondencia particular, i muchas las quejas por la desmoralizacion de las tropas del Guáyas, i principalmente por la de sus jefes. “No me es posible, dice en una carta del 19 de noviembre, datada en Babahoyo, conservar la moral i disciplina, porque los jefes, que debian dar

ejemplo, son alzados e inobedientes, igualmente unos forajidos completos.... Es tal la insolencia de estos caballeros, que han principiado ya a sembrar las semillas de la discordia en el ejército, asegurando que trato de traicionarlos, porque no consiento que cometan los exesos que perpetraron en tiempo del malvado Mena, habiendo llegado hasta el caso de proferir amenazas contra mi persona por la demora nuestra en este pueblo; asegurando que de todos modos marcharán sobre Guayaquil, por cuya causa he tenido que disimular i observar la conducta mas sagaz con ellos, pues que es conocido abiertamente que el objeto principal de estos *modernos liberales* es el de asegurar a Guayaquil, supuesto que no les han agradado las condiciones que he propuesto al señor Rocafuerte, que son enteramente favorables a nosotros. Entre esta horda de facinerosos, no hablo de Zudea, Boderó, Leon i algunos otros jefes que tienen los mejores sentimientos a fin de que se restablezca la paz, pero recelan siempre de la debilidad del señor Rocafuerte, i de la perfidia de Flóres.... Créame Ud., a veces opino que nos seria mas ventajosa la guerra, porque tendríamos ocasion de salir de estos turbulentos que están cebados con la rapiña, i acostumbrados durante el espacio de once meses a cometer toda clase de exesos, i no ser castigados.”

En la de 9 de noviembre, datada en Guaranda: “Como los que han tomado un empeño tenaz en tomar a Guayaquil, no ha sido por patriotismo ni por nobles sentimientos, sino por robar i talar el pais, inmediatamente se reunirían con la plebe de esta ciudad, i no dejarían un solo habitante con sus propiedades: naturalmente por el decoro del gobierno i por el mio propio haría los últimos esfuer-

zos para contener sus desórdenes; mas este seria el pretesto para una rebelion donde pereceria hasta el último soldado de la sierra: esto lo digo a Ud., porque lo sé de buen oríjen, i lo que mas comprueba esta verdad es el tratado del 19 de julio, celebrado únicamente por los jefes chihuahuas por salvar a Guayaquil del saqueo i su absoluta destruccion. La desocupacion de Bodegas fué tan necesaria i tan a tiempo, que si no la hubiese hecho en el momento que la hice, el jeneral Flóres habria tomado mi retaguardia, i colocado en el camino de la sierra hubiera tenido sobre mí las ventajas que yo tenia sobre él; hubiera mandado parte de su caballeria, como que le era innecesaria en pais montuoso, hasta Riobamba, como la llave de los departamentos de Quito i Azuai, habria amagado con esa fuerza a los dos puntos indicados; i en tal estado ¿qué hacia el gobierno? ¿qué respondia yo a la nacion? ¿cómo contestaba a los cargos i la justa censura que los Estados vecinos me hicieren? Por otra parte, con un ejército compuesto de partes heterojéneas, como he dicho, con un ejército de vándalos, por decirlo así, acostumbrados a toda clase de crímenes ¿qué providencia, qué resolucion podia yo tomar, no solo que fuese bien ejecutada, sino aun obedecida?....”

Por otro motivo distinto hace una clasificacion cabal de la jente de su ejército, en una del 5 de noviembre: “El ejército se compone de tres cuerpos opuestos entre sí, con diversas aspiraciones i con diverso modo de ver las cosas; venezolanos i granadinos, guayaquileños i serranos. Los primeros (venezolanos i granadinos), que son cuasi todos los que componen las divisiones del *Gudyas*, tienen una desconfianza horrenda de que no se les pa-

gue sus servicios, i de que, concluida la campaña, se les eche del pais por forasteros, i en esta cruel ansiedad, es mui de temer que tomen una resolucion contraria a los intereses del Estado, prevaleidos del odio que tan claramente se manifiesta contra ellos por las otras dos partes del ejército. Los del Guáyas no desean sino libertar a Guayaquil, i hacer la campaña en su pais, sin tener en consideracion el buen o mal resultado que puedan tener en sus operaciones, pues han manifestado de un modo explícito no tener ninguna clase de consideracion por la suerte futura que pueda tocar a los departamentos del interior: mas de una vez se han expresado de un modo odioso i chocante contra las tropas del interior i colombianos del centro i norte. Las tropas del interior, que tan de buena fé se prestaron a la libertad del Guáyas, viéndose zaheridas por una rivalidad injusta, no tienen el mas leve aliciente para emprender una nueva campaña sobre el Guáyas, i solo sí se prestarian dóciles a defender su pais. I con este monstruo de cuatro cabezas ¿qué podré hacer? ¿qué laureles podré presentar al Ecuador, que en el momento mismo de la victoria no sean convertidos en cipreces? ¿qué fuerza moral podrá contener aspiraciones, sentimientos e ideas todas encontradas?"

Atinadamente deslindadas nos parecen las clases del ejército que componian el *chihuahua*, i los resultados probaron la rectitud de juicio con que discurria el jeneral en jefe. I todavia ¡Dios lo sabe! habria sido mas profético i cumplido su modo de pensar, si, como fué vencido, hubiera sido él vencedor. El jeneral Barriga era un patriota de buena fé que juzgaba a los hombres de entónces i de las cosas que le rodeaban sin pasion, i las lecciones

de aquel luctuoso tiempo deben guiar i empeñar a los buenos ciudadanos a que influyan i se esfuercen en hacer desaparecer del todo esas reliquias todavia sensibles del interes provincial e intolerante de nuestros pueblos.

Los colombianos del centro i norte, ya lo tenemos dicho, abusaron, en son de protectores, de los ausilios que prestaron a los del sur para su independencia, i andando los tiempos habian llegado a hacerse por demas odiosos a nuestros pueblos. Si habia intolerancia, livianísimo era el achaque al lado de los mil exesos que cometieron entre nosotros, i sobraba razon para que se quisiera salir de esa mala jente, i para que esta, a su vez, desconfiara de los otros.

X

El gobierno de Guayaquil, rejido por la autoridad de un hombre de la altivez del señor Rocafuerte, i bajo la influencia de un capitán como el jeneral Flóres, que no admitia competencia con los demas jefes, porque todos le eran inferiores, i que, por tal razon, le obedecian con ceguedad; se habia organizado desde el 10 de setiembre de una manera breve, fácil, sencilla, i dado espedicion a todos los negocios comunes. Un solo secretario jeneral, el señor José Ignacio Jurado, bastaba para el despacho; un solo capitán, el jeneral Flóres, para la organizacion i movimientos del ejército; i las riquezas del departamento, nacionales i particulares, para atender, si no satisfacer, a todas las necesidades. Los impuestos se realizaban, las órdenes se cumplian, no habia celos ni rivalidades, i el go-

bierno se conservó con dignidad i nervio sin muchas ni grandes dificultades.

Con fecha 11 de setiembre, esto es al dia siguiente de haberse puesto a la cabeza del gobierno, espidió el señor Rocafuerte el decreto sobre elecciones primarias, a fin de que pudiera congregarse oportunamente el colegio electoral, con arreglo a lo acordado por el acta del 10; i luego dictó otro convocando a los padres de familia para que se reuniesen a deliberar acerca de las disposiciones que debian tomarse para resistir al ejército del jeneral Barriga, enclavado entónces en Babahoyo. Reunidos estos acordaron: "Primero que S. E. el jefe supremo haga uso de la fuerza armada para repeler la obstinada i escandalosa agresion de Quito: segundo que el señor jeneral Juan José Flóres, como mas antiguo i de mayor graduacion, se coloque a la cabeza de ella con este mismo fin, subordinado a la autoridad suprema instituida en el departamento; i tercero que para notificar este acuerdo al señor jeneral Flóres, se le dirija una comision."

Dias despues revivió el señor Rocafuerte el tribunal de jurados, establecido por él mismo cuando hacia la guerra al jeneral Flóres, tribunal útil i espedito, digan lo que dijeren los aferrados a las ritualidades del foro; restableció la corte superior, suspendida temporalmente desde noviembre de 1832; desestancó el ramo de tabacos; impuso penas severas contra los jugadores i las casas de garitos; estableció un consejo de guerra permanente para que juzgase, hasta el número de veinte, a los que sin ser militares hubiesen hecho armas contra el gobierno i perturbado el orden público; llamó al servicio de las armas a todos los ciudadanos desde

la edad de diez i seis años hasta la de cincuenta; añadiendo que los casados, que por sus ocupaciones i cuidados no pudieran concurrir a los ejercicios doctrinales, satisficiesen por semestres una corta pension, aplicable a los gastos del mismo cuerpo cívico; concedió indulto a cuantos habian hecho armas o conspirado de otro modo contra el gobierno desde los tratados de julio, siempre que se presentasen a las autoridades locales dentro de quince dias, i entregasen las armas i municiones, i otro absoluto en favor de los desertores que tambien se presentaren dentro de tres dias, decretos que surtieron los efectos apetecidos; pacificó el canton de Daule, donde el coronel Petí i comandante Návas sostenian con entusiasmo el gobierno del señor Valdivieso, i la provincia de Manabí, a donde envió una buena guarnicion; instituyó una junta de sanidad para combatir la peste, i otra junta de curaduria de niñas, compuesta de algunas matronas, para el arreglo i sostenimiento de las escuelas destinadas al bello sexo; entusiasmó con sus discursos i proclamas; i obró, en fin, con pujanza i tino, apretando o aflojando, como suele decirse, segun convenia; i todo esto con actividad, sin descanso i con una perseverancia llevada tal vez hasta el aferramiento.

El gobierno provisional de Quito, al contrario, se vió desde el principio embarazado i hasta combatido en su progreso, teniendo que tropezar con todo jénero de obstáculos, i comenzando por el mayor i principal, por la falta de armas i de medios con que comprarlas, para sustentar, no digamos el entusiasmo del soldado i del pueblo, sino la vida propia. Habíase principiado a desconfiar del caudillo del gobierno provisional, cruzándose disgus-

tos graves entre el ministro de la guerra, jeneral Aguirre, i el jeneral en jefe del ejército, levantándose los celos i murmuraciones contra los nuevos empleados, suscitándose competencias entre el jefe superior i el comandante jeneral del Azuai, vuéltose al sistema de empeños i condescendencias, i perdiéndose la rectitud i la templanza. Los desembolsos que hicieron los patriotas fueron mezquinos, i patriotas hubo que andaban ahogándose por reembolsarse lo mas pronto, de recelo, cuando no seguridad, de lo instable del gobierno; i las rentas fiscales, como sucede en todas las revueltas, rebajaron sus entradas.

La nombradía del jeneral en jefe no era tanta, para que otros jenerales o jefes, quienes por orgullo, i los mas por ignorancia, no pudieron mirarle como a igual, i desconfiaran de sus proyectos i órdenes de campaña. El ejército andaba desnudo i sin sueldo, escaso de armas i municiones; el ejército andaba desunido i desconcertado por las rivalidades, i se perdía o, a lo ménos, se disminuía por la indisciplina i las deserciones.

No se tenía aun seguridad de la estabilidad del gobierno, ni de que llegara a imperar el nuevo orden de cosas, i ya se levantaron parcialidades ambiciosas, i hasta apuntaron candidatos para la presidencia del Estado, i a enfriarse i discordar con respecto a los intereses comunes. Tambien se cometió la indiscrecion de resucitar la eterna contienda acerca de la igualdad de representacion departamental, cuando este era punto que no debia tocarse en tiempo de tormentas sino en el de la mayor bonanza, i fluir del convencimiento de los mismos interesados en sostener tan erróneo precipicio.

Durante el tiempo de este gobierno no se dieron otros decretos de importancia que el de 22 de octubre, convocando una convencion para el 6 de enero de 1835, decreto mezquino en cuanto al derecho de sufragar, i mui reglamentario por añadidura; el de 11 de noviembre en favor de los jefes, oficiales i soldados de América que estaban defendiendo la causa de la revolucion, i de los mas que se alistaren a su bandera, decreto espedido para calmar la desconfianza en que habian entrado, segun los informes dados por el jeneral en jefe; i otro, de igual fecha, estableciendo en Imbabura dos juntas de caminos para que mandasen componerlos, i se abriese el llamado *Carondelet*, que va para el puerto del Pailon. Nada hubo, pues, en aquella gobernacion que fuera capaz de alentar, i ménos seducir o halagar a los pueblos que dirigia, i nada tampoco que le diera brios e influencia moral.

XI.

Cuando el jeneral Barriga se hallaba todavia en Sabaneta, i el jeneral Flóres en Palolargo, hubo unos cuantos encuentros, de los cuales, los mas, fueron contrarios, aunque no con mucho, al ejército *restaurador*. La retirada de este se verificó en órden i sin ser inquietado por el enemigo, i vino a sentar de nuevo sus reales en Riobamba. Aproximábase ya la temporada de aguas que, entre nosotros, hace cuasi intransitables los desfiladeros de las cordilleras, i el jeneral Barriga, contando con este incidente ordinario, creia organizarlo tranquilamente, puesto que el jeneral Flóres no podia salir de la costa para la sierra sino al asomar la temporada de sequia.

Insistió, i al parecer mui de buena fé, en que se pusiese otro jeneral a la cabeza del ejército, ofreciendo, como ántes, que serviria en segunda línea; i el gobierno resolvió se reuniese una junta de jenerales i otros jefes para que estos mismos nombrasen al que debia dirijirlos como cabeza. Si esta se reunió realmente, no por ello se realizó tal nombramiento; i aunque se comprende, por el contenido de algunos oficios, que a mediados de diciembre se encargó del mando del ejército el jeneral Matheu, solo fué de un modo temporal, miéntras el jeneral Barriga se vino a Quito a practicar algunos arreglos con el gobierno.

Habíase pensado en llamar nuevamente al coronel Guerrero, entónces ya hecho jeneral, pero seguia enfermo; habíase tambien pensado en los jenerales Juan Illingrot i Antonio Elizalde, i ¡cosa bien estraña! hasta en el jeneral granadino José María Obando, a quien el señor Valdivieso interesó repetidamente para que viniese al Ecuador; mas el resultado es que continuó el jeneral Barriga a la cabeza del ejército.

El jeneral Elizalde, recientemente venido del Perú, i recientemente hecho jeneral, habia sido invitado por Rocafuerte i Flóres a que tomase servicio en el ejército de este, i aun merecido la confianza de ambos para que sirviese de comisionado, en junta de Wright, cuando Barriga ocupaba a Babahoyo i se trataba de arreglar la paz. El jeneral Elizalde, a pesar de esos ofrecimientos i confianza, se negó abiertamente a servirlos; i no solo esto, sino que pidió i obtuvo pasaporte para la provincia del Chimborazo, i de seguida puso su espada al servicio del gobierno de Quito.

En cuanto al llamamiento al jeneral Obando,

procedia de la declarada enemistad que habia entre el jeneral Flóres i él, i se queria que fuese un enemigo personal, uno que tenia interes en hacer recaer el asesinato de Sucre en Flóres, el que viniera a combatirle. Las pasiones del tiempo tenian cerrados los ojos de los gobernantes de Quito, i merced a la cordura con que se negó Obando, no se llevó adelante tan extraño cuanto injustificable estravío.

Miéntas el jeneral Barriga, asentado en Riobamba, cuasi al centro de los departamentos de Quito i Azuay, se ocupaba en aumentar las filas de su ejército i en disciplinarle; el jeneral Flóres, aprovechándose de los últimos dias del buen tiempo, movió de Babahoyo el suyo, que venia con el calificativo de *convencional*, el 25 de diciembre. Atravesó, sin recibir la menor inquietud, las pendientes de la cordillera occidental, i ocupó a Guaranda el 30, donde paró para dar descanso a sus fatigadas tropas. Venia provisto de cuantas facultades le eran necesarias; de dinero, buenos jefes, armas i caballos, i en el ejército solo se escuchaba la voz del jeneral en jefe.

CAPITULO V.

Convencion de Quito.—Batalla de Miñarica.—Convencion de Ambato.—Invasion a Taura i a Esmeraldas.—Otamendi en Riobamba.

I.

La convencion convocada por el gobierno de Quito se reunió el 7 de enero de 1835, a pesar del conocimiento que ya tenia de la entrada en Guaranda del ejército *convencional*. Talvez por esto mismo se apuraron i esforzaron los diputados en reunirse, a fin de legitimar a su gobierno e influir así moralmente en el ánimo de los pueblos. Concurrió a la convencion cuasi lo mas escojido de los dos departamentos, con falta de pocos, pues figuran los José Salvador, Manuel Espinoza, Merino, Saá, Benigno Malo, Gortaire, Miguel Alvarado, José Miguel Carrion, Bravo, Vicente Flor, Alvear i otros.

Si eceptuamos la aprobacion que dió a los tratados de Pasto, los trabajos de la convencion, por otros respectos, fueron ningunos. I así debió ser,

no solo por que duró mui pocos días, mas también por que, en la agitacion de que estaban dominados sus miembros, creciente hora por hora, al par con el vaiven de los ejércitos que se andaban ya tras llegar a las manos, solo emplearon el tiempo en lanzar filípicas a cual mas enconadas i ardientes contra el capitan enemigo. Hubo quien trajera a la memoria el parricida puñal de Bruto, quien ofreciera mil onzas de oro por la cabeza del César i quienes se prestaran a ponerle fuera de la lei juntamente con su ejército ¡Arranques indiscretos que solo sirvieron para apurar la vijilancia i ardides de un capitan hábil que estaba a la cabeza de soldados aguerridos, i a quien se ponía en el trance de lidiar hasta morir ántes que esponerse a la ejecucion de tan bárbaro decreto!

Al traslucir el jeneral Barriga la ocupacion de Guaranda hecha por el enemigo temió dejar allanado el camino para la capital, e impulsado de esta aprehension movió su ejército i lo asentó en Ambato, garganta de la via ordinaria para Quito.

El jeneral Flóres, a su vez, sabiendo que estaba desocupada la plaza de Riobamba, destacó una partida de tropa a órdenes del coronel Uscátegui con el fin de que cambiase las autoridades, insurreccionase la provincia i estendiese la trasformacion hasta el departamento del Azuái, cuasi desprovisto de guarnicion. De seguida salió de Guaranda el 6 de enero con rumbo para Ambato, prefiriendo el camino de Pilahuin, por el lado occidental del Chimborazo i Carhuirazo, al de la derecera de Mocha, i acampó en esa viceparroquia.

El rio *Ambato*, fertilizador de cuantos terrenos baña con sus aguas i que nacido de las faldas occidentales i setentrionales de esos montes, corre pri-

mero de SO. a NE, se viene luego de O a E engrosándose con las vertientes que encuentra a su paso a lamer la ciudad del mismo nombre. Desde cinco o seis leguas mas abajo de sus orígenes i desde el punto que toma la segunda direccion forma una hondonada angosta i profunda que, dejando a derecha e izquierda cuestras pendientes i elevadas, solo se abre i ensancha al acercarse a la ciudad. Sobre la cima derecha de esta hondonada se hallan situadas la aldeilla de Pilahuin, la parroquia de Santarosa i Ambato: de la primera a la segunda hai poco ménos de tres leguas de distancia, i de esta para la ciudad mui a vueltas de una; todo de un camino descendente, inclinado al principio, que se allana al entrar en Santarosa i se abate cuasi del todo en Ambato. Sobre la cima izquierda de la hondonada están situadas las parroquias de Pasa i Quisapincha cuasi a igual altura que Pilahuin, i entre una i otra corre el rio *Alhajua* de O N E a E S E dejando a sus lados cuestras tan altas como el *Ambato* hasta confluir con este i perderse en sus riberas.

Acampados el jeneral Flóres en Pilahuin, de temperamento ríjido por el frio, i el jeneral Barriga en Ambato, i suponiendo este que el otro bajaria por Santarosa, mandó situar aquí algunas avanzadas. Flóres, sin pensar en ello, movió su ejército por la noche con direccion a Pasa; esto es, dejó la cima meridional por la setentrional, i bajó por una rapidísima pendiente i subió por otra igual. De Pasa siguió para Quisapincha volviendo a vencer otras dos pendientes, de bajada i subida, cuasi tan largas i fragosas como las anteriores; de modo que si Barriga hubiera colocado cien hombres sobre

cualquiera de esas cuestras era, mas que seguro, evidente que habrian acabado con todo el ejército enemigo. O no le fueron conocidas o no las advirtió, i la campaña desde entónces cambió de perspectiva.

El jeneral Flóres descansó un dia en Quisapincha echando a volar la voz de que iba a dejar a retaguardia a su enemigo i venirse para Quito. Movi6, en efecto, sus tropas por el camino de Latacunga i las hizo andar bastante largo, i despues de vencidas algunas horas, las hizo volver para Quisapincha. Como todos los pueblos de lo interior eran sus enemigos no faltó uno, cuando no muchos, que volase de esta parroquia para Ambato a noticiar al jeneral Barriga ese movimiento; i Barriga, teniéndole por efectivo, se apresuró a mover su ejército i traerle a Latacunga para impedir que el otro pasara a Quito i obligarle a combatir. Situado Flóres en las alturas de Quisapincha vió el movimiento del enemigo, i dentro de tres o cuatro horas se posesionó de Ambato, asegurando así todo su plan de campaña. Quería, a lo que parece, que sus tropas acostumbradas al calor de las tierras bajas i ahora transidas del frio de los nevados a cuyas faldas pernoctaran, descansasen, se entonasen i fortaleciesen a influjo del templado i benigno clima de Ambato. Con cielo desavahado, suelo seco, campos abiertos i ventilados, i en la estacion en que, subiendo los grados de calor, asoman sus huer-tos surtidos de sanos i buenos frutos; Ambato era, por cierto, el lugar mas conveniente para la con-valescencia i entonacion de ellas.

Burlado el jeneral Barriga con su movimiento, contramarchó de Latacunga para Ambato. A su

entrada dió con algunos centinelas partidas del enemigo i se cruzaron unos cuantos tiros.

El jeneral Flóres no tuvo por conveniente sor-tear el combate dentro del poblado i, sacando su ejército de Ambato, lo situó a una media legua al sur de la ciudad, camino de Pelileo. El jeneral Barriga siguió tras él, i los ejércitos se avistaron por primera vez el 16 de enero en una gran llanura.

Si no la buena voluntad, lo de ordinario es que en las guerras domésticas, impulsa, cuando ménos, el deseo de mostrarse dispuesto a la paz, i se dió, en efecto, el paso de provocar a un armisticio. Por insinuaciones del coronel José Miguel Gonzales, que estaba al servicio de Flóres, convinieron los beligerantes en una suspension de armas, durante la cual podian arreglarse sus intereses i dar fin a los disturbios de una manera fraternal. Barriga, que tenia sobre sí la desconfianza de sus conni-liones, se puso de acuerdo con los jenerales Aguirre i Matheu, i fué aceptada la suspension, i el jeneral Flóres, por la tarde, partió con su ejército para Santarosa.

Esta suspension, que solo duró doce horas, se rompió al día siguiente por el jeneral Barriga. Se le habia asegurado que los jefes de las tropas enemigas tenian puestos fuera de la lei a los diputados de la convencion, i que estaban variadas las autoridades del Chimborazo, i fundándose en estos motivos pasó el respectivo oficio declarando abiertas las hostilidades.

No sabemos si Barriga esperó o no la contestacion de Flóres que se vé al pié del mismo oficio. Si la recibió debe suponerse que fué durante la marcha de Ambato para Santarosa, pues el ejér-

cito *restaurador*, grueso de dos mil i mas hombres, se movió tras el enemigo de doce a una de la tarde del domingo 18 de enero de 1835.

El jeneral Flóres, ojo avisor desde la altura de Santarosa a los movimientos del ejército enemigo sacó el suyo, compuesto de mil plazas (*) fuera de la poblacion de la parroquia, i le situó a un cuarto de legua al sur, en la arenosa pampa de Miñarica, cuasi al centro de los caminos que salen de Santarosa para Pilahuin i Tisaleo. Se parapetó en esta llanura tras una colina baja i unos cercos de cabuya, sin presentar de frente mas que una gruesa compañía desplegada en guerrilla, sostenida por dos mitades de caballeria. La infanteria, dividida en dos columnas, estaba a órdenes del jeneral Wright, i la caballeria a las de Otamendi, recientemente ascendido a jeneral. Hacia de segundo jefe del ejército el jeneral Moráles.

El ejército del jeneral Barriga precedido de una larga línea de guerrillas, caminaba de subida: la mitad de la infanteria formaba el cuerpo de vanguardia, i la otra mitad el de retaguardia; pero marchaban harto distantes entre sí. La caballería, con la cual, segun parece, se habia tratado de cubrir el ala derecha, iba tambien a bastante distancia.

El coronel Segundo Fernández, uno de los jefes bien acreditados por su valor en el ejército de Barriga, avanzó de descubierta con el escuadron que comandaba, i así como vió las partidas de la caballeria enemiga, mandó a los suyos que echasen pié

[*] "Por tanto, creo que al fin será preciso dar una batalla contra dos mil hombres, entre buenos i malos, que tendrá el enemigo, con mil que tenemos nosotros." Carta del jeneral Flóres al señor Rocafuerte, de 17 de enero de 1835.

a tierra. El jeneral Otamendi, que mandaba dichas partidas, siguió el ejemplo de su enemigo, i dispuso que tambien se desmontasen los suyos. Precipitase Fernández el primero, a fin de alentar a sus soldados con el arrojo; mas un trabucazo que recibe de lleno le echa por tierra, i su escuadron, que ha quedado sin cabeza, retrocede a incorporarse con el grueso del ejército.

Así como se avistaron las guerrillas, a vuelta de las cuatro de la tarde, rompieron los fuegos: las de Flóres en retirada, i avanzando las otras hasta poco mas de tiro de fusil. El ejército *convencional* oculto, como dijimos, tras los cercos, se presenta de súbito con toda la infanteria en columna cerrada por el frente, i con la caballeria por su flanco izquierdo, tambien formada en columna por escuadrones. Infantes i jinetes envisten a un tiempo, camino de bajada, contra los cuerpos que encuentran mas cercanos, i quedan los combatientes envueltos en un torbellino de fuego, humo i polvo: piérdense de la vista peones, caballeros i caballos, metidos en aquel cuadro oscuro en que se cruzan las balas, bayonetas i lanzas sin ningun respiro; i la vanguardia del ejército *restaurador*, compuesto de los batallones *Gudyas* i *Restaurador*, i de media brigada de artilleria, queda tendida en el suelo con aquella carga tan impetuosa como simultáneamente desempeñada. Harto bien se portaron esos valientes cuerpos, i sin embargo quedaron todas sus plazas, con jefes i oficiales juntamente, clavadas en las bayonetas o lanzas enemigas!

Los bisoños cuerpos de retaguardia, *Pichincha* i *Azuai*, i la caballeria, ya entónces tan buena como la del jeneral Flóres, demasiado distantes para atender a las urjencias del momento, vacilan algu-

nos instantes entre resistir i correr, i en viendo que el ejército enemigo se arroja tras ellos con el mismo ímpetu con que acaba de arrollar la division de vanguardia; estréchanse de ánimo, supera el desaliento i echan a huir. Aprovechase el enemigo de esta ocasion i carga rápidamente de nuevo, no ya contra cuerpos que le reciben a balazos i de frente, sino contra batallones fujitivos que corren botando las armas, i cayendo aquí i allí, muertos o heridos. Los que los llevan vencidos aumentan su ferocidad a medida que mengua la resistencia, i los arenales de Miñarica quedan humedecidos con la sangre de ochocientos cadáveres tendidos en el campo, fuera de cerca de otros ciento esparcidos por las cercanías.

El jeneral Flóres fué el primero que, dejando atras los vientos i atravesando los pelotones de vencidos que corrian, entró en Ambato lleno de satisfaccion i de contento por tan señalada i completa victoria. El jeneral Otamendi, soldado con corazon de gigante para la pelea, pero tambien con entrañas de hiena que no conocia lo que es humanidad, i mucho ménos la clemencia; Otamendi, despues de acabada la batalla dentro de la hora que bastó para dar fin a esa guerra de mas de un año, mandó asesinar a diez i siete hombres que otras almas compasivas los llevaban como prisioneros; i no solo esto, sino saboreándose con las contorsiones que hacian las víctimas en suagonia. Aun viven los testigos presenciales de tan insólita barbaridad (*).

La noche, que sobrevino dentro de poco, amparó con sus sombras a cuantos salvaron la vida en

(*) Informe oral del coronel Hualberto Pérez, del ejército del jeneral Flóres.

tan mortífera batalla para los vencidos, pues lo que es el vencedor apenas perdió cosa de cien hombres entre muertos i heridos. I todavía, al día siguiente, asesinó el oficial llamado Mauleon al comandante Próspero Chiriboga, tomado prisionero en el anterior, i puesto ya al amparo de las leyes de la guerra.

Parque, artillería, ochocientos fusiles, banderas, cajas de guerra, todo, todo, pasó a poder del vencedor. Aun hubo mas: la batalla de *Miñarica*, como cuantas se dan en llanuras despejadas que permiten maniobrar en globo a los ejércitos, i en que la rapidez i no interrumpida sucesion de las cargas no dan tiempo para los rehacimientos; no dejó siquiera reliquias ordenadas que perseguir, ni una segunda resistencia que temer. La caballería chihuahuana, única que quedó cuasi intacta, esa caballería compuesta, en su mayor parte, de aquellos bandidos de quienes tanto se quejaba el jeneral Barriaga, i que pudo replegar en orden i tranquilamente a la capital; se dividió, se disolvió i dejó sin esperanzas al gobierno que servia. La derrota, en una palabra, fué de aquellas en que no queda lanza enhiesta.

III.

1835. La noticia de la derrota de Miñarica causó en Quito las mas amargas lamentaciones contra los gobernantes i capitanes del ejército, i el pueblo llevó su dolor hasta el delirio de quejarse de las imágenes de los santos; pues, presentando en público a la de la Virgen del Quiche, le dirijieron sentidos cargos por haberlos desamparado. Nunca, nunca, entre nosotros, se vió la opinion, esta reina

del mundo, mas alta ni mas completamente burlada i abatida que entónces; porque, ya lo dijimos ántes, nunca fué tampoco mas jeneralisada i difundida que en esa época de la mayor calamidad para la patria.

La convencion de Quito, al saber el descabro padecido por su ejército, abrió una sesion lúgubre i de duelo, i airadamente impelida de amarga desesperacion, decretó, desatentada, la muerte del Estado, acudiendo al peregrino arbitrio de incorporarlo como provincia al de Nueva Granada. Harto bien compadecemos su amargura i situacion, pero mas harto aun condenamos tan indigno arranque.

El jeneral Flóres movió su ejército de Ambato para Quito el 20, i ocupó la afijida ciudad el 23. Cambiado, con los resultados de la batalla, el aspecto político de los pueblos, los pueblos, de buen o mal grado, como no podian obrar de otro modo, aceptaron las consecuencias i reconocieron la suprema autoridad del señor Rocafuerte. La capital fué la primera que dió el ejemplo, celebrando el acta del 29, i encargó provisionalmente, miéntras viniera el jefe supremo, la direccion de los negocios públicos al mismo vencedor. En la misma protestaron los que habian concurrido a celebrarla contra la declaratoria de la convencion, relativa a la anexion a Nueva Granada, como acto *nulo, atentatorio i transgresivo de todos los principios; i aun de los poderes que suponian haber recibido los diputados de sus comitentes*. El impulso nacional volvió por la dignidad i los derechos de la patria.

Cuenca se entregó al jeneral Guerra por capitulacion celebrada en la hacienda de Cuitum con el prefecto señor Miguel Malo, el 27 del mismo mes.

El jeneral Flóres impuso una contribucion de cien mil pesos a los departamentos vencidos, bien que solo se realizó en el de Quito hasta 41,966, i en la misma proporcion en el de Azuai, incluyendo los pagos hechos en efectos, i aun alguna parte en papeles de crédito público. Hubo sí la terquedad de poner algunos bienes de los embargados a subasta, para que se rematasen, como no podia ser de otro modo, cuasi de valde, i hubo tambien la fea particularidad de que las cantidades consignadas en dinero no entraron al tesoro ni figuraron en los estados.

Miéntras los allegados i no allegados al partido vencedor organizaban el gobierno provisional del señor Rocafuerte el dia 29 de enero, en esta misma fecha, allá, en Tulcan, el canton mas lejano del Ecuador por el lado norte, se reunia una faccion de doce diputados de la convencion disuelta en Quito, llamaba a algunos suplentes i se instalaba de nuevo, conforme al decreto que previsivamente habia dado para poder continuar ejerciendo como tal, hasta con siete de sus miembros en cualquier punto del Estado que estuviera libre. Nombraron a los empleados del cuerpo, i tenazmente empeñados en llevar adelante la incorporacion a Nueva Granada, autorizaron a los comisionados que debian presentar el decreto, para que tambien se entendiesen con el gobierno de Venezuela o con su ministro plenipotenciario, residente en Bogotá. De no surtir efecto la anexion, como era de esperarse de la discrecion con que debia obrar el gobierno de Nueva Granada, quedaban así mismo autorizados los emisarios para ajustar un convenio o tratado de proteccion con las dos antiguas secciones de Colombia, empeñando para ello las rentas públicas

i el crédito nacional, a fin de que tuvieran como reembolsar los gastos que hicieren en libertar al Ecuador. También autorizaron los convencionales al jefe supremo para que tomase libremente cuantas disposiciones fueran necesarias para salvar la patria.

¡Arbitrios desesperados cuanto inútiles, por no decir mas! El jeneral Otamendi seguia activo i diligente los rastros de los vencidos, i fué a parar sus pasos en el riachuelo que parte las tierras ecuatorianas de las granadinas. A la aproximacion de Otamendi para Tulcan, tuvieron que desalojarse de este punto, i convencionales, jefe supremo, empleados i mas vencidos en la batalla o en sus opiniones, pasaron la línea divisoria, en número de mas de ochocientos. La última resolucion de los diputados habría sido mui digna, i hasta heróica, a dictarse en Quito, levantando en globo a sus cuarenta i tantos mil habitantes, i resolviéndose ellos a parar i morir en sus asientos. Allá, en Tulcan, fué estemporánea, inútil i hasta irrisoria.

IV.

Las agitaciones en que de nuevo habian entrado la provincia de Manabí i canton de Daule, aunque movidos ya por partidas poco importantes, retuvieron al señor Rocafuerte en Guayaquil, i mas cuando la temporada de aguas no le permitía tampoco viajar sin esponerse a peligrar en los malos caminos. Siguió pues en esa ciudad dictando decretos acertados, i disposiciones enérgicas i activas contra las partidas de Návas i Ruiz, que aun pretendian temerariamente sostener en aquellos puntos una causa ya del todo perdida. Vanamente volvieron a

sacrificarse unas cuantas víctimas; pues tuvieron a la postre que ceder para andar a monte, o entregarse para morir en el patíbulo, o salir desterrados a la isla Florianá. El comandante Návas fué el único, entre tantos de esos aferrados guerrilleros, que asomando aquí i desapareciendo luego para presentarse otra vez en el mismo o en distinto punto; logró, al cabo de algunos meses de escaramusas i encuentros repetidos, hacer una capitulación honrosa, por la cual recabó del gobierno que hasta se le reconociese en su grado de comandante.

El señor Rocafuerte decretó la abolición del tributo de los indios del departamento de Guayaquil, tributo impuesto trecientos años ántes, sostenido despues de alcanzada la independencia, i difamador tanto de nuestras instituciones patrias, como de la causa que habian proclamado las colonias para hacer la guerra a España. Queríase mantener el Estado con la causa que dió al Estado ser i vida, i en son de no tener rentas con que atender a las necesidades, seguíamos desapiadados con la clase mas menesterosa, i que constituye el nervio de nuestra agricultura e industria. El señor Rocafuerte sintió no poder estender tan justa i humana disposicion a la inmensa mayoría de los indios de lo interior, que siguieron de tributarios hasta mejores tiempos; pero siquiera alivió la condicion de algunos millares de ellos, i demostró que podia subsistir el Estado aun privándose de ese ignominioso impuesto.

Organizó de una manera sencilla i económica cuasi todas las oficinas públicas de ese departamento; rebajó los derechos de puerto i anclaje con respecto a los buques mejicanos, nivelándolos con los nacionales; i suprimió en favor de esos mismos

7
indios las doctrinas parroquiales i de las haciendas, enjendradoras de mil abusos, i los priostasgos, devoradores de cuanto gana esa pobre i ruda jente en todo un año. Dejó francas i libres de derechos las cartas conducidas por los particulares, derogando por consiguiente el mezquino decreto ejecutivo de 16 de enero de 1833; declaró tambien libres de derechos de introduccion las máquinas, herramientas, instrumentos, azogues i mas útiles necesarios para el beneficio de las minas i para las labores de la agricultura; i cerró temporalmente, miéntras durasen las turbulencias de Manabí, los puertos de Santaelena i Manta.

El 18 de febrero dió el decreto de convocatoria para una convencion que debia reunirse en Ambato el 1º de junio. Por el art. 7º autorizó a las asambleas electorales para que pudiesen dar instrucciones a los diputados con respecto a las bases del nuevo pacto social, reformas de la constitucion anterior, i nombramiento de los altos empleados; i por el 12 declaró que no podian ser electores ni diputados el jefe supremo, los ministros de Estado, los de la alta corte de justicia, los prefectos, los gobernadores, los eclesiásticos con jurisdiccion i los que componian sus cabildos, los párrocos, los tenientes pedáneos, i los militares en actual servicio.

Estas disposiciones que a las claras tenian por objeto el deseo de que las provincias manifestasen sus opiniones acerca del pacto de union i nueva estructura política que iba a tomar el Estado, i el de dar seguridades a la libertad de sufragar; necesitaron de una declaratoria en este sentido para acallar las murmuraciones que se suscitaron, principalmente respecto de la segunda, de parte de los

eclesiásticos i militares, los cuales, confundiendo las clases con las personas que tenían jurisdiccion o mando, se conceptuaron escludidos del derecho de representacion.

Callaron todos al publicarse la declaratoria dada por el jefe supremo. Pero el vicario capitular del obispado de Cuenca, de este pueblo que se alarma en cuantas ocasiones se trata de los intereses de la iglesia i de los dogmas de la religion, sin embargo de que nunca, a Dios gracias, han asomado siquiera algunas malas ideas para alterar los; creyó que era punto de conciencia la necesidad de condenar dos artículos publicados en *El Ecuatoriano del Guáyas*, números 70 i 71, editorial el uno, i de insercion el otro. Se habian publicado, a lo que parece, con motivo de la exclusion de los eclesiásticos con jurisdiccion, i el vicario capitular mandó fijar un edicto de excomunion mayor en todas las puertas de los templos de Guayaquil [este distrito pertenecia entónces al obispado de Cuenca] contra cuantos los leyeren, oyeren leer o retuvieren en poder suyo los indicados números de ese periódico, porque combatian *abiertamente la inmunidad eclesiástica i los dogmas de nuestra santa religion*. Impuso, ademas, al clero de Cuenca una contribucion, con la cual debia sostenerse el periódico titulado *Semanario Eclesiástico*; i con esta ocasion los pueblos i las autoridades entraron en nuevo género de tribulaciones, cuando aun no estaban siquiera calmado sus últimos dolores.

El señor Rocafuerte, por estas medidas, lanzó contra la autoridad eclesiástica un rayo que no resolucion. Despues de aducir nueve consideraciones, dice la parte resolutiva literal-

mente así: "Que se obligue en el día al vicario capitular del Azuai a que suspenda la escandalosa i arbitraria censura que ha fulminado; i que, por cuanto con semejante procedimiento se ha hecho acreedor al mas severo castigo, se le remueva inmediatamente de su destino i se le obligue á salir del pais, por convenir así al mejor servicio público, dentro del perentorio término de ocho dias; procediendo en consecuencia el venerable Dean i cabildo, a elejir, conforme a los cánones, al prelado que lo debe reemplazar: que asimismo se haga entender a los presbíteros Andres Villamagan, Julian Antonio Alvarez, José Mejia, Evaristo Nielo, Manuel Cortazar, i frai Vicente Solano, que a manera de inquisidores han abierto dictámen sobre este particular, se abstengan en adelante de excederse i volver a cometer un hecho tan atentatorio a las libertades públicas, tan contrario á los principios sólidos de la moral evangélica, tan opuesto a las disposiciones vijentes, al derecho de patronato que reside en la nacion, a los cánones i, en fin, a la disciplina de lo iglesia."

Ocho dias despues dió la resolucion relativa a la gabela impuesta por el vicario para el sostenimiento de su periódico, i ordenó que si esta se hubiese realizado, en todo o parte, impusiera el prefecto del Azuai a dicho *vicario, como a sus consejeros, una multa de dos mil pesos, distribuidos a proporcion.* De este modo quedó terminada una contienda que, de seguro, nos habria envuelto en nuevas desgracias, i héchonos sentir otro género de dolores.

Rocafuerte salió de la costa por el mes. de abril, i entró en Quito el día 20. Al día siguiente dió una

proclama que contiene estas notables frases: “No haré caso de las opiniones particulares, cualesquiera que sean o hayan sido; seré mui indulgente en este punto. Pero seré igualmente inflexible en la severa aplicacion de la lei contra los facciosos que intentaren turbar la tranquilidad pública.”

En cuanto al vencedor en Miñarica, fuera obra de su política por demas suave i sagaz, fuera brote espontáneo de sus afectos, lo cierto es que el mismo dia que el señor Rocafuerte hizo su entrada en Quito, publicó tambien una proclama que comienza con estas palabras mui modestas: “El ciudadano Juan José Flóres a los habitantes del Ecuador;” proclama que le granjeó multitud de aplausos. Pasando a dar cuenta de su conducta pública, se esplicó así: “Para facilitaros este exámen, tócame deciros que ningun ciudadano, ni los diputados de la proscripcion ni el mismo jeneral vencido, que vive entre nosotros, han sido molestados ni reconvénidos: todos disfrutan de las garantías prometidas, todos gozan de los bienes de la paz. Los emigrados que de mí solicitaron permiso para volver a sus hogares, lo obtuvieron sin ninguna restricción, i los que no han participado de este beneficio, es sin duda porque no han querido, mas no porque les haya opuesto estorbos ni embarazos.”

I cierto que la conducta del vencedor fué noble i jenerosa por demas, pues cierto efectivamente que el diputado Flor, el que habia ofrecido mil onzas de oro por la cabeza de Flóres, no solo dejó de ser perseguido, sino bien tratado i hasta familiarmente agazajado, cuando se le presentó en palacio. Si Flor i su hermano, el coronel, salieron posteriormente desterrados para el Perú, lo fueron por órden de Rocafuerte, el íntimo amigo de ellos,

cuando este vino de diputado al congreso de 1833. I cierto, asimismo, que el jeneral Barriga se mantuvo tranquilo en su hacienda de Chisinchi, sin ser molestado por ningun respecto, i que tal vez no habrian sido realmente perseguidos ni el jefe supremo Valdivieso ni los indiscretos diputados que concurrieron con su voto a poner al jeneral Flóres fuera de la lei. El que se halle versado en la historia de las guerras civiles de las repúblicas americano-españolas, i no haya podido mirar sin indignarse las venganzas de los vencedores contra los vencidos, tiene que apreciar i encarecer la blandura i jenerosidad del que, proscrito por toda una asamblea de diputados, perdonó sin repugnancia, ántes con gusto, a sus encarnizados enemigos.

No podemos decir lo mismo de los tenientes del jeneral Flóres, quienes, a pretexto de realizar la contribucion impuesta, cometieron estorciones i graves tropelías, principalmente Otamendi en Ibarra, Martínez en Latacunga, i Wright, el coronel, en Loja. Si el jeneral en jefe fué culpable de algo, lo fué por no poder o no querer estorbar i castigar los desafueros cometidos por sus tenientes.

El jeneral Flóres se apartó de Quito pocos dias despues de la entrada del señor Rocafuerte, i fué a dar en su hacienda Elvira, a orillas del *Babahoyo*, con la seguridad de haber afianzado su influencia i la tranquilidad pública con la victoria. I para que fuese mas cabal i duradera su satisfaccion, despertó, meses despues, la musa de Junin i dió a luz el *Canto al jeneral Flóres, vencedor en Miñarica*; canto que, como era de esperarse, salió con aquella dignidad, pompa i uncion de los que propriamente tienen jenio para la epopeya, i con aquella diccion i castisismo de los conocedores de la

lengua del inmortal Ercilla (*). Achácasele, como a Lucano, de haber cantado una victoria obtenida en guerra civil, como lo conoció el señor Olmedo entónces mismo, i como lo confesó mas tarde, arrepentido de haber obrado contra sus convicciones. Dejóse, arrebatado, la verdad sea dicha, de las inspiraciones del momento i la ocasion, i vino, sin pensar en ello, a confirmar el acertado decir de Chateaubriand: "Los poetas son como las aves; cualquier ruido les hace cantar."

El jefe supremo, infatigable para el trabajo, se ocupó inmediatamente en el arreglo de las oficinas públicas, de las casas de educacion, de los cuarteles, de las cárceles, etc., etc.; sin perjuicio de mantener, eso sí, abiertos los ojos para observar los

(*) "Cual águila inesperta que impelida
Del rejio instinto de su estirpe clara,
Emprende el precoz vuelo
En atrevido ensayo,
I elevándose ufana, envanecida
Sobre las nubes que atormenta el rayo,
No en el peligro de su ardor repara,
I a su ambicioso anhelo
Estrecha viene la mitad del cielo:
Mas de improviso deslumbrada, ciega,
Sin saber donde vá, pierde el aliento,
I a la merced del viento
Ya su destino i su salud entrega:
O por su solo peso descendiendo
Se encuentra por acaso
En medio de su selva conocida,
I allí la luz huyendo, se guarece,
I de fatiga i de pavor vencida
Renunciando al imperio, desfallece;
Así mi musa un dia
Sintió la tierra huir bajo su planta,
I osó escalar los cielos, no teniendo
Mas jenio que amor patrio i osadia."

.....

pasos de cuantos, en su concepto, podían inquietarle i perturbar el órden. Su inflexibilidad, en este punto, llegó hasta el término de dar un decreto (24 de abril) contra los emigrados en Nueva Granada que promoviesen la guerra civil por medio de la imprenta, de las armas o de cualquier otro modo. Amenazóles con el castigo de que no volverían a su patria, i que, si lograban turbar siquiera accidentalmente la tranquilidad pública, quedarían privados del derecho de ciudadanía, serían vendidos sus bienes, i aplicados los productos de estos a la indemnizacion de los daños i perjuicios que causaren. El señor Rocafuerte, saliéndose de los límites hasta donde puede alcanzar la rigidez del mas severo majistrado, llevó adelante su amenaza, e impuso silencio a los emigrados, redactores o sostenedores de *La Voz del Ecuador*, que publicaban este periódico en Popayan con indignada i sentida exajeracion.

Estableció luego juntas de agricultura, de minas i de caminos, i ya para el 1º de junio consiguió abrir, bajo la direccion de matronas distinguidas, el colejio de *Santa Maria del Socorro*, primer plantel de este jénero en nuestra patria. La casa en que lo estableció fué la ántes llamada *Beaterio*, casa donde se recojian algunas mujeres que vestían hábitos relijiosos, las mas de ellas echadas del mundo por su mal vivir; i el total cambio de objeto i personas no podia ser ni mas provechoso ni mas moral. Quejáronse las beatas, murmuraron los devotos; mas Rocafuerte se encojió de hombros, i nos dejó una casa de educacion, de donde salieron muchas jóvenes cultas i verdaderamente relijiosas que honran la sociedad quiteña.

I luego era de ver como Rocafuerte llevaba a

ejecucion sus disposiciones con cuanto aparato era posible, haciendo advertir su accion, haciendo que tambien otros participaran de su entusiasmo febril por las cosas que tendian al mejoramiento material i moral del pueblo. Si visitaba un cuartel arengaba a los soldados sobre el pundonor i lealtad militares, probaba del rancho que estaba preparándose, conversaba con los veteranos de sus campañas i victorias: si visitaba las cárceles, hablaba de la esperanza de establecer penitenciarias por el modelo de las que habia visto en Europa o en los Estados Unidos, prometia aliviar la condicion de los presos, i vaciaba la bolsa, llevada de propósito para el intento: i si entraba en el hospicio o en el hospital, platicaba con los pobres i los enfermos, i volvía a vaciar la bolsa. En los actos literarios, sobre todo, i aun en los de las escuelas primarias, era de ver cuánto enamoraba con su númen i manera de hablar, con su saber i erudicion, con la ciega confianza que tenia en los progresos de la juventud, i con ese entusiasmo de su decir que de grado en grado le llevaba hasta el arrobamiento.

Arregló cuanto fué posible el sistema de bagajes, mejoró la suerte de los contribuyentes, aseguró la libertad del comercio i del tráfico, i estableció una policia bastante bien montada i enérgica para acostumbrar al pueblo a la moralidad, al órden i al aseo.

V.

La convencion de Ambato se instaló el 22 de junio con treinta i nueve miembros presentes de los cuarenta i cinco de que se componia, a quince por cada uno de los tres departamentos. Presídela

Olmedo, el hombre de la reputacion mas encumbrada del Ecuador por su fama literaria i antecedentes, i pronuncia un discurso atinado, resúmen breve de las dificultades que habia presentado la esperiencia como estorbos de cuenta al constituir un pueblo en soberano, i de los trabajos insustanciales de los congresos: “Para que este dia deje gratos recuerdos, dijo, es preciso que nuestros trabajos llenen los votos i esperanzas de los pueblos. ¿Cómo podremos lisonjearnos de conseguir tan noble fin, si hemos venido a tal calamidad de tiempos en que ni las buenas leyes bastan para cimentar la felicidad pública, i para moderar siquiera la funesta curiosidad de nuevas formas de gobierno, vaga, inconstante, nunca satisfecha, siempre turbulenta?”

“Buenas han sido todas esas constituciones que se dieron al principio todos los Estados americanos, i buenas son todas las que fueron sucediendo en periodos mas o menos irregulares. I sin embargo, al tender la vista por todo nuestro continente, no podemos dejar de hacer la triste observacion de que de tantas constituciones no quedan ya sino registros lamentables de la existencia de otros tantos congresos constituyentes, i de otras tantas ruidosas revoluciones.”

“Arredrados por tan triste esperiencia.... no nos queda otro partido que resolvernos a cumplir fielmente nuestro encargo, moderando la ambicion de los gobiernos, refrenando la licencia de los pueblos, i purificando de todo interés personal el celo de los lejisladores.”

“Por lo que hace a los pasos que debe seguir la convencion en sus deliberaciones, yo me atrevo, señores, a recordaros la historia de algunos congre-

sos que, aun en naciones tenidas por mui cultas, han ofrecido escenas poco dignas de asambleas que representan la majestad de los pueblos. Se les ha visto ya ocupándose en curiosas disertaciones como si fuesen academias; ya ardiendo en fútiles disputas como si fuesen aulas escolásticas; ya, en fin, entreteniendo a espectadores ociosos con obstinados debates, como si fuesen gladiadores. En medio de estos turbulentos debates, la razon cedió muchas veces el paso a errores perniciosos que se adoptaron como principios de política, i la misma verdad cedió el triunfo a opiniones subversivas del orden social.

“Evitemos estos escollos cuanto podamos, i vivamos persuadidos de que en el orden i lentitud de nuestras deliberaciones, en la buena fé con que promovamos la felicidad pública, en la tolerancia ilimitada de opiniones ajenas, i en el mutuo respeto con que deben mirarse en todo caso los diputados, está labrado el pundonor, el acierto de la convencion i la suerte de la patria.”

“De este modo, toda discusion traerá un asentimiento jeneral: toda opinion será un nuevo medio de concordia; i toda controversia preparará un nuevo lazo de estimacion entre nosotros.”....

La *Esposicion* que el jefe supremo dirijió al congreso, relacionando en compendio los sucesos i término de la revolucion levantada en 1833, fué, como por ningun cabo podia ser de otra manera, embarazosa i hasta contradictoria en muchos de los conceptos que encerraba, i aun en las palabras i reticencias. Tenia que hablar de la opocision nacida en Quito en aquel año, de su injerencia i mancomunada con ella, i del gobierno cuyos actos había improbadado i condenado; i fuéle preciso discul-

parla hasta cierto término i época, i maltratarla desde tal otro i desde tal tiempo, haciendo fluir todos los males achacados, no del presidente, sino de sus ministros. Tenia que hablar de la revolucion del 12 de octubre, de haberla apadrinado i dirigido como jefe supremo; de su prision i de los tratados de julio, i fuéle preciso absolver su propia participacion i mancomunidad bajo ciertos respetos, i condenar en globo a cuantos, habiendo combatido a su lado i por él, se apartaron despues de los compromisos contraidos con el jeneral Flóres a consecuencia de los tratados. Son tan flojas las esplicaciones que dá para cohonestar sus pasos i huir de contradicciones, que causa lástima ver a un grande hombre abarrancado en tantos apuros; i si no tuviera otras prendas con que hermohear sus acciones públicas i privadas, aquella *Exposicion* habria deslustrado su memoria.

El primer acto de la convencion fué nombrar de presidente provisional al mismo Rocafuerte, facultándole para que pudiera ejercer su autoridad en cualesquier puntos del Estado, pero declarando tambien que cesaban las facultades estraordinarias de que estaba investido.

Los trabajos lejislativos de los convencionales fueron poco o nada acalorados, i ántes mas bien tranquilos, porque, componiéndose el congreso, cuasi en su totalidad, de hombres pertenecientes a un mismo bando, sus opiniones, en materias de interes jeneral, se hallaban identificadas. Hubo sí discordancia, i bastante acalorada, en punto a los intereses departamentales i provinciales; pues, al discutirse las bases de la constitucion, los diputados de Guayaquil, con ecepcion de uno solo, sostu-

vieron los deseos de seguir el sistema departamental echando a un lado el provincial, que vino a prevalecer por el voto unánime de los diputados de Manabí.

Hubo tambien discordancia acerca de la igualdad de representacion departamental, que tanto acaloró a los diputados del congreso constituyente en 1830, pues volvió a renovarse con mas o ménos ardor. El paradero de la contienda debia ser el que tuvo, el natural de que los dos tercios de los diputados habian de sostener la afirmativa i votar por ella, i el otro tercio por la negativa. Todavia no era tiempo de que pudieran sacrificarse los intereses locales por el procomunal, procedente de los principios mas comunes del derecho público.

Puesta ya la constitucion en estado de publicarse, se espidió con la misma fecha el decreto de accion de gracias al jeneral Flóres, injertando en él, diremos así, la declaratoria de que era el *primer ciudadano del Ecuador, en pleno goce de todos los derechos que competen a un ecuatoriano de nacimiento*. La armonía de las fechas que llevan la constitucion i el decreto, está claro, era por no privarle de la aptitud para la presidencia del Estado, incluyendo en un decreto lo mismo que la constitucion del año treinta permitia por uno de sus artículo. Habíase censurado a voz en cuello la imprudente liberalidad de esta constitucion, no solo en el Ecuador, mas tambien en otros pueblos extranjeros; habíanse hecho comparaciones con la nuestra i la de otros Estados, i servido de causa o pretexto para el descontento difundido en 1833; i era preciso que los convencionales, respetando a lo ménos aparentemente las murmuraciones públicas, arrancasen de la constitucion aquella gracia para

colocarla, a tono de vergonzantes, en un decreto de los comunes.

Por este mismo decreto fué tambien Flóres nombrado jeneral en jefe con todos los honores, distinciones i prerogativas que concedian las antiguas leyes a los capitanes jenerales.

La constitucion de 1835 es superior a la del año treinta, i puede aun reputarse buena por muchos respectos para esa época, en que, recientemente vencidas i humilladas las pasiones, era de temerse algun rehacimiento de importancia que viniera a poner otra vez a riesgo la estabilidad de las nuevas instituciones. La ocasion no era por cierto de las mejores para dar mayor ensanche a la libertad i derechos individuales, i los diputados obraron discretamente reservándole para tiempos mas bonancibles.

El poder legislativo debia ejercerse por un congreso compuesto de dos cámaras; una de senadores i otra de diputados: se aumentó el número de sus miembros, ántes por demas reducido, i solo debian reunirse cada dos años. Esta disposicion, mirada de mal ojo por los que de buena o torcida fé la tienen como medio de refrenar las demasias del poder ejecutivo, fué vista por los pueblos, para los cuales el bienestar proviene de la paz, como una seguridad de que a lo ménos no seria turbada por dos años, i la recibieron contentos. Aburridos hasta lo sumo de los crecidos gastos que se hacian para sostener los congresos anuales desde el tiempo de Colombia, i de la expedicion de leyes improvisadas e inconsultas que se daban unas tras otras, para que al año siguiente caducasen en todo o en parte, i volviesen tal vez a revivir de nuevo en otra legislatura; los pueblos tuvieron sobrada razon para apreciarla.

Ensanchóse el derecho de ciudadanía, i por consiguiente el de sufragar, demasiado mezquino segun la letra de la constitucion anterior, i se extendieron, asimismo, las atribuciones de las asambleas electorales, porque se les dió la facultad de proponer en terna al poder ejecutivo, a los que debian ser nombrados gobernadores para las provincias. El poder ejecutivo podia sí repeler la terna por una vez. Tambien se restrinjieron los requisitos señalados para ser presidente del Estado; pues, ántes demasiado pomposos, se nivelaron ahora con los mas sencillos que debían concurrir en los senadores.

Los magistrados de la corte suprema que, por la constitucion anterior, eran nombrados por el presidente del Estado a propuesta en terna del consejo de Estado, debian ahora proponerse por aquel a la cámara de diputados en número de tres; i estos, reduciendo la terna a dos, pasarla al senado para que nombrara al que quisiere. ¿Quiénes, en nuestros dias, osarian decir que eran populares los gobiernos de 1830 i 1835, constituidos con aquellos principios?

El consejo de Estado, que cambió de nombre llamándose *Consejo de Gobierno*, empeoró su condicion, pues se quitaron los tres vecinos de buena reputacion, nombrados por el congreso. El consejo, en consecuencia, vino a componerse solo de los mismos ministros de Estado, hechuras del jefe del Estado.

La division territorial, para el régimen interior, se hizo por provincias, cantones i parroquias, quedando así relegado el sistema departamental, como ya indicamos. No se deslindaron, eso sí, ni los límites de una provincia con respecto a los de otra,

cuanto mas los de los cantones i parroquias, i siguieron i siguen hasta ahora, mal que nos pese, confundidos, apénas indicados por la tradicion o la costumbre, apénas arreglados mas bien al querer de los párrocos, que no a la decision de la potestad legislativa.

La constitucion, en fin, quedó descartada de aquellos supuestos de confederacion con los otros Estados de Colombia, i declaró que el Ecuador se constituia en *República*.

Entre las leyes, decretos i resoluciones de importancia que dieron los convencionales, pueden enumerarse la lei que aprobó el establecimiento del colejio de niñas en Quito, la de proteccion a los indios, la que determina el órden i formalidades con que se deben seguir los juicios sobre responsabilidad de los empleados superiores, la de réjimen político, la orgánica del poder judicial, la promotora del mejoramiento de los hospitales, la que autorizó al poder ejecutivo para que pudiese expedir salvoconductos a los emigrados i confinados, la relativa al fomento de la educacion pública, la orgánica del ejército, la de elecciones i la que permitió el arribo de buques mercantes con bandera española. En materias económicas dieron el paso retrógrado de derogar la lei que permitia la libertad de intereses; lei que, como la de imprenta, ha sufrido frecuentes vaivenes.

VI.

Acercábase ya el espinoso punto de elejir al presidente de la república, nombramiento en el cual aun no andaban conformes los diputados. Susurraba, de cierto, el nombre del señor Rocafuerte como

el llamado a ocupar la silla presidencial; pero habia convencionales que, sin poder olvidar la guerra que suscitara contra los allegados al gobierno anterior, manifestaban suma repugnancia en dar sus votos en favor de un antiguo, es verdad, pero aferrado enemigo. Los mas, a lo que parece, querian reelejir al jeneral Flóres, i Flóres, a quererlo, habria sido el presidente por unanimidad de votos. Fué, pues, menester que interviniera la omnipotencia de este jeneral para que se allanasen las dificultades opuestas al señor Rocafuerte, i salió nombrado Rocafuerte por una mayoría de veinte i cinco votos contra catorce que recayeron en distintos hombres.

En la sesion del 8 de agosto, dia en que prestó el juramento constitucional, presentó su programa gubernativo, i ofreció, entre otras cosas de ritualidad i estilo, o los lugares comunes de la política, encadenar la revolucion, favorecer hasta a los enemigos del gobierno, con tal que no conspiren, guardar la mas estricta economía en los gastos públicos, i distribuir justicia a todos sin distincion de jerarquía, opiniones ni parcialidades. El presidente de la convencion le contestó a nombre del cuerpo que presidia: “La convencion nacional, despues de haber sancionado la constitucion en que deja escritos los derechos del pueblo ecuatoriano, i establecida la forma de su gobierno, ha querido confiar este caro depósito a vuestras manos, para que le conserveis íntegro, ileso, como le habeis recibido.”

“El poder público no es una propiedad que se adquiere, no es un fuero, no es un premio que la nacion concede; es una carga honrosa i grave, es una confianza grande i terrible que lleva consigo grandes i terribles obligaciones. El ciudadano in-

vestido del poder no tiene otros derechos ni otras prerogativas que la de tener mayores facultades para hacer el bien, i la de ser el primero que tiene que andar por la estrecha senda de las leyes; ni debe proponerse otra recompensa que la esperanza de merecer un dia, por su moderacion, constancia i cordial sumision a esas mismas leyes, el amor de sus conciudadanos, i la gratitud de la patria”.....

Estos son consejos i verdades de mucha cuenta que deben mantenerse en la memoria de todos los ambiciosos al poder, o sea a ese puesto *de confianza grave i terrible que lleva consigo grandes i terribles obligaciones*, a ese puesto que no da otras prerogativas que las de tener mayores dificultades para hacer el bien. ¿De qué impulso andarán movidas las ambiciones que no llevan en su corazon el deseo de granjearse, por medio de la *moderacion, constancia i cordial sumision a las leyes, el amor de sus conciudadanos y la gratitud de la patria?* ¡Lamentable i triste fragilidad de la humana especie, que se anda echando la lengua para llevar sobre si *grandes i terribles obligaciones!*

Fué nombrado vicepresidente de la república el señor Juan Bernardo Leon, ciudadano pacífico i honrado, que vivia dado a las labores del campo.

El señor Rocafuerte organizó el ministerio, llamando al coronel José Miguel Gonzáles, que hasta entónces habia hecho de ministro jeneral, para el despacho de lo interior i relaciones exteriores; al coronel Francisco Eujenio Tamaris para el de hacienda; i al jeneral Bernardo Daste para el de marina i guerra. Rocafuerte, con estos llamamientos, vino a lastimar el orgullo nacional, incurriendo, olvidadizo, en el mismo defecto con que se habia tildado al anterior gobierno; esto es en preferir a

los extranjeros para los puestos elevados.

Una vez afianzado en el poder, consagró todo su ingenio, saber i actividad en beneficio de la nacion. Dictó cuantos reglamentos eran necesarios para la ejecucion de las leyes; i habiendo encontrado en el señor Tamaris un ministro hábil i activo como él, halló tambien los medios de esclarecer aquel tenebróso abismo de la hacienda pública, i logró cubrir mensualmente las listas civil i militar, si no en el todo, en proporcion rigurosa i mui segura. Los empleados subalternos, acostumbrados a ver las odiosas distinciones con que se pagaban segun el sistema anterior, servian bien i con gusto, i recibian contentos la parte que les cabia, por pequeña que fuese; i mas cuando Rocafuerte, la cabeza de la nacion, era el último que tomaba el sueldo, despues de estar ya todos los demas satisfechos de los suyos.

La nombradía de su ilustrado entendimiento i maneras cultas, la moralidad de sus acciones i la caridad que ejercia con los pobres, la proteccion a los establecimientos de enseñanza, científicos i artísticos, i el temple de su carácter, conocido ya en toda la nacion; dieron a su gobierno cierto respeto hasta entónces desconocido, i naturales i extranjeros se hacian lenguas para celebrar su conducta i actos gubernativos. Fué el primero a quien ocurrió la idea de convidar i hacer sentar a su mesa a los artistas acreditados, al lado de los ministros i hombres de suposicion por otros respectos que concurrían a los frecuentes convites que daba en palacio. Quiso manifestar i manifestó, con buenas i repetidas pruebas, el aprecio que merecian las artes i los artistas, desdeñados, cuando no del todo olvidados, hasta entónces por aquel sobrante

del orgullo colonial, que solo hallaba el mérito del hombre en sus prendas mas o ménos heráldicas.

Toda su aspiracion, la tema entera i absoluta, estaba reducida a mantener la paz, amenazada de nuevas perturbaciones por el encono de los emigrados, que no perdonaban, que no querian perdonar a Rocafuerte el que se elevase sobre el sangriento pedestal levantado en Miñarica, i por el querer e influencias del jeneral Flóres, a quien seguian abominando, tal vez con mayor encarnizamiento. Conocíanse la fama i mérito del ecuatoriano que estaba rijiendo la nacion con tino, con fuerza, con provecho; i sin embargo ¡Oh, ruda venganza de las pasiones vencidas! no se queria aceptar el bien, porque el bien provenia de vencedoras i enemigas manos.

VII.

Por mucho que los enemigos del gobierno trataran de ocultar sus pasos encaminados a hacer armas, el comandante jeneral de Guayaquil llegó a traslucir que los coroneles Bravo i Oses, el comandante Guillermo Franco i otros emigrados en el Perú habian salido de Paíta i arribado a Tumbes con una partida de treinta a cuarenta hombres, dispuestos a insurreccionar algunos pueblos de la costa; i tambien que el coronel Agustin Franco se encaminaba por el mismo tiempo a Esmeraldas con una partida de tropa mas formal, organizada en Tumaco. En consecuencia, el jeneral Wright, comandante jeneral de ese distrito, dispuso que los coroneles Tamayo i Mendoza pasasen para Machala con cien soldados; i los invasores, porque traslucieron esta disposicion, o por casualidad, evita-

ron tocar en Machala i, pasando de Santarosa a Balao, vinieron a parar en tierras de Taura, uno de los pueblos mas belicosos de la costa, donde Franco gozaba de bastante influencia. En sabiendo Wright este particular, concentró sus fuerzas en dicho pueblo; i dispuso que los coroneles Tamayo i Garaicoa obrasen por tierra con sus tropas, i el comandante Ayarza por agua, sirviéndose de esquifes.

Abriéronse las operaciones el 19 de setiembre, i despues de algunas marchas i contramarchas, segun los invasores cambiaban de sitios, el 3 de octubre tropezó una partida, comandada por el capitán Teran, con los intrusos, i unos i otros rompieron a un tiempo los fuegos. El resultado del combate, como no podia ser de otro modo, en atencion al mayor número de fuerzas de Teran, fué desastroso para esos pocos que, abandonando las armas i municiones, e internándose por los bosques, quedaron en dispersion. La persecucion contra los corridos fué activa, i sucesivamente fueron asimismo aprehendidos i pasados por las armas unos veinte i tantos, incluso el coronel Oses i el comandante Brito.

El coronel Agustin Franco, que habia pensado obrar en Esmeraldas, en combinacion con su hermano Guillermo i el coronel Bravo, encargados de levantar los pueblos de la costa de Machala, ocupó fácilmente aquel canton, i principió a organizar un cuerpo de ejército con regularidad. Una vez arreglado este cuerpo, debia pasar con él a la provincia de Manabi, i predicar i resucitar la guerra de los chihuahuas. El jeneral Wright supo estos pormenores por las comunicaciones tomadas a los vencidos en las selvas de Taura, i los transmitió al

gobierno, a fin de que dictase las disposiciones convenientes. Dadas éstas i recibidas por aquel, partió para Portoviejo con una columna de doscientos infantes, a órdenes inmediatas del coronel Tamayo, i se situó en Muisne, cuasi á los términos setentrionales de esa provincia, a fin de impedir que la invadiera. Tres compañías de tropa, a órdenes del coronel Vicendon, fueron despachadas al norte de Esmeraldas, para que así los invasores no pudieran escapar, refujiándose en tierras granadinas; i fueron despachadas igualmente dos goletas de guerra a que bloqueasen los puertos del canton. Tomados estos puntos por las tropas del gobierno, no les quedaba a los invasores ninguna salida, i tenian que entregarse mansos. •

Tan desgraciados anduvieron éstos que el mismo dia (30 de octubre) en que el jeneral Wright ocupó a Muisne cayeron en su poder diez i ocho de ellos; i Williams, el comandante de las fuerzas marítimas que habia desembarcado su jente en Atacames, aprehendió asimismo al comandante Bilches i al oficial Rámos, huidos de Muisne, i mandó pasarlos por las armas.

El coronel Vicendon, por su parte, despues de haber recorrido las costas, desembarcó en Esmeraldas el 27 del mismo mes, i sostuvo el 30 un tiroteo, rio en medio, con las fuerzas del coronel Franco, quien tuvo, por resultados del combate, seis heridos, tres prisioneros i la pérdida de dos piezas de artillería. El coronel Franco se vino en retirada, rio arriba, porque sus fuerzas no eran suficientes para contrarrestar a las enemigas; i como el coronel Vicendon carecia de trasportes para perseguirle, se detuvo algunos dias en el pueblo,

miéntras se reunian canoas i se acopiaban víveres para continuar con la campaña.

Las tropas de Franco no andaban ménos desprovistas de bastimentos, pues no tenian donde sacarlos, i cuanto mas se internasen por las selvas, tanto mas a riesgo quedaban de morir de hambre. Empezó, en efecto, a acosarlos ésta, i refleccionando lo fatal que les seria un encuentro con las tropas del gobierno, acudieron al villano arbitrio de asesinar a su jefe, i entregarse pecho por tierra cuando aun tenian cuarenta i cuatro fusiles, algunas lanchas i las municiones necesarias. El coronel Franco, soldado de la guerra de la independencia i de los vencedores en Ayacucho, era un ecuatoriano que por su valor habia adquirido buena fama entre sus compañeros de armas: los combates que sostuvo cuando la guerra de los chihuahuas, i principalmente el de Chandui, donde echó raya su valor con el del jeneral Otamendi, mantuvieron su renombre. Por desgracia, era tenido como hombre de mala índole i díscolo por demas.

Los comandantes Jesus Valverde i Rafael Jimenes, con otros oficiales i soldados, hasta quince, no habian tenido parte en el asesinato del coronel Franco ni querido rendirse como humillados. Subieron agua arriba el rio *Blanco*, i luego el *Quinindé*, i fueron a parar en Palenque, viendo de hallar amparo i salvacion entre sus bosques. ¡Burladas esperanzas! Allí los esperaba el coronel Dias con una partida de tropa, i fueron cuasi inmediatamente aprehendidos i fusilados, de órden expresa de Rocafuerte ocho de esos desgraciados; los citados jefes, cinco oficiales i un sarjento. Así terminó aquella menguada i atrevida espedicion, preparada,

segun es fama, por los emigrados ecuatorianos que residian en Paita.

VIII.

En el mismo año que recorremos (15 de setiembre) vino a verificarse el canje de los tratados celebrados en Pasto entre el Ecuador i Nueva Granada, despues de haber sido aprobados i ratificados por los congresos i gobiernos respectivos.

Para terminar la narracion de los sucesos correspondientes al año de 1835, daremos cuenta de uno en verdad del todo privado, pero mui ruidoso, que aconteció en Riobamba.

Jugábase una corrida de toros en esta plaza, corrida costosa i anticipadamente preparada i afamada, cosa que acarreó una gran concurrencia de los moradores de otras ciudades i pueblos. Hacia de gobernador el coronel Nicolas Váscones, i por la noche del segundo dia de toros [10 de octubre] hubo en su casa un lucido baile, tanto por el lujo de los concurrentes, como por lo numeroso de ellos. El jeneral Otamendi habia dejado la comandancia militar de Imbabura por ir a gozar de la afamada corrida, i él i su esposa fueron tambien de los convidados al baile.

Rompióse el baile ántes que Otamendi entrara, i o bien por semejante razon, bien porque cuando se presentó no dejaron de bailar la contradanza que jugaban, lo cierto es que el jeneral Otamendi, llevado del desvanecimiento de la fama adquirida principalmente en Miñarica, se dió por ofendido de lo que, a su juicio, conceptuó como obra de desatencion; i lo cierto es que, dejando á su esposa, se salió del salon en que se bailaba. Poco despues

ocurrió por ella, i otro poco despues se presentó a caballo, acompañado de sus asistentes, en el patio de la casa del gobernador, i le pidió esplicaciones. Conversaron con calor, tal vez tambien se trabaron palabras; pero al fin se separaron sin causar ningun escándalo, i siguió alegre el baile.

Parece que los humos de las copas que menudeaban, hicieron soltar al gobernador i a su esposa algunas frases indiscretas contra Otamendi i la suya, i que, oidas por el suegro i cuñado del jeneral, que habian estado de curiosos a las puertas del salon en que se servia el refresco, se las pasaron al punto. El jeneral Otamendi volvió a caballo, acompañado, como la primera vez, de siete asistentes, i ademas de su edecan: el coronel Váscones salió a su encuentro, i volvieron a esplicarse i reconvenirse con mas calor; i como éste le dijo que al dia siguiente estaria pronto para darle las satisfacciones que el otro quisiera, Otamendi, manifestando por ello mucho contento, aceptó la oferta i bajó del caballo para tenderle la mano i recibir la del gobernador como prenda del cumplimiento del reto. Al observar Váscones la precipitacion con que Otamendi se desmontó, i la actitud con que se encaminó hácia él, la mano en el puño de la espada, creyó i temió que iba a acometerle, i sacando una pistola que habia tenido en el bolsillo, la descargó cuasi a sus barbas. Marró el golpe, sin embargo, i el coronel Váscones huyó por una de las puertas que daban a lo interior de la casa. Uno de los asistentes, que ya para entónces habia desmontado, alcanzó a herirle; pero como la lanza diera contra la hebilla de oro del tirante, no fué de gravedad la herida, i halló siempre medio de escapar.

Irritado el jeneral Otamendi de que se hubiese

atentado contra su vida, mandó que desmontasen los demas asistentes i entró en el salon del baile espada en mano. Cuasi todos los paisanos, con inclusion del vicepresidente Leon, habian corrido por la misma puerta que huyera el coronel Váscones, i las mujeres, amedrentadas del feroz ceño de Otamendi, se retiraron atropadas á la recámara. Otamendi bufaba de pié, en medio del salon, pero no cometió ninguna mala accion, aconsejado o contenido por tres o cuatro coroneles de los que habian concurrido al baile; hasta que se le presentó un español, su amigo i comensal, tambien con el objeto de calmarle. La confianza del español fué por demas aventurada e imprudente; pues, montado en cólera Otamendi i necesitando desfogar la rabia de algun modo, se desahogó con ese infeliz, a quien de poco le baja del todo la cabeza del sablazo con que la abrió.

Miéntas acontecia tal desgracia en el un salon ocurrían otras en el del refresco, en los corredores o en el jardin. Uno de los asistentes del jeneral mató al juez de letras, don Camilo Quirola, otro dió tres lanzadas al llamado Verdesoto de las cuales murió dias despues, i otro o el mismo unas cuantas al señor Juan Orejuela i tambien una al que esto escribe.

Un jóven de quince a diez i seis años, Daniel Salvador (hoi teniente coronel), irritado de tanto desacato, se hace de una pistola, atraviesa por encima de las mesas llevándola a brazo levantado, se va al salon en que estaba Otamendi a quien halla de espaldas, i poniéndose a cosa de ocho pasos de distancia ¡Negro, vuélvete que te mato! le dice i, de seguida, le arroja el tiro. La tentativa queda burlada, pues la bala solo pasa silvando por la cabe-

za del jeneral. *¡Canallas, a mi no me llegan las balas!* gritó bufando. Salvador, perseguido por los soldados, quedó por muerto de las seis u ocho lanzadas que le dieron, i su salvacion fué milagrosa.

Al espanto de la noche sucedió la inquietud del dia siguiente, en que Otamendi, creyendo que tratarian de prenderle, montó e hizo que montasen sus asistentes a caballo, i lanza en ristre recorrió i recorrieron juntos las calles de la ciudad. El vice-presidente, el gobernador i otros que dieron diversa interpretacion a tales movimientos, se reunieron en casa del primero i la fortificaron; i Otamendi, burlándose del apuro de las autoridades, se vino para Sanandres.

El coronel Manuel Guerrero (de Barbacóas) que hacia de comandante de armas de la provincia, ordenó al coronel Uscátegui que, poniéndose a la cabeza de un piquete de caballería pedido al gobierno a consecuencia de los sucesos referidos, aprehendiese al jeneral. Uscátegui halló el piquete en el camino de Ambato para Mocha i, yéndose ya con él, dió con Otamendi a la entrada de esta parroquia i le intimó de rendicion a nombre de la lei, i Otamendi se rindió. Una vez ya en Riobamba, Guerrero le hizo calzar grillos i procedió a la instruccion del proceso.

La causa llegó a enredarse con las citas de mas de cien testigos que residian en distintos i lejanos lugares, i se anuló i volvió a anular sin que llegara el caso de verse en consejo de guerra. Despues de largos meses de prision fué puesto en libertad bajo fianza carcelera por la proteccion e influencia del jeneral Flóres, con todo de que habia por medio la consideracion de que la esposa del gobernador Váscos era hermana de la suya.

Tiempos despues, se complicó Otamendi en una revolucion i salió desterrado para el Perú, i el paradero del proceso fué ir a reposar en el archivo público, pues no volvieron a acordarse de él aun cuando Otamendi regresó para el Ecuador.

CAPITULO VI.

Los decretos del 10 de febrero.—Invasiones de Bravo i Maldonado.—Restablecimiento de las pirámides de Carabuso i Oyambaro.—Lejislatura de 1837.—Acusacion contra el ministro de hacienda.—Trabajos lejislativos.—Tentativa de una conspiracion.—Arreglo de la deuda extranjera.—Insurreccion del batallon *Numero 2º*.—Combate de Hualilahua.

I.

El corazon ajitado hasta ahora con la narracion de tantos sucesos sangrientos va a tener alivio i tomar algun respiro por esta época, en que la república, a vueltas de la paz, consiguió que medio acallasen las pasiones. La paz apadrinadora del bienestar de los pueblos, apénas fué lijeramente interrumpida, i no tuvieron que deplorar males de gran cuantía. La historia pierde el interes que dan las acciones ruidosas, pero la humanidad triunfa; el grito de los soldados cede a la voz del majistrado; i el pueblo que no ve, que no conoce ni comprende la razon de las agitaciones políticas que le hacen padecer i morir, ve, conoce i comprende los beneficios de la paz, por que cuenta con que no le quita-

rán sus acémilas, ni le impondrán gabelas, ni le arrastrarán a los cuarteles, ni le harán ir a verter su sangre sin saber por qué ni en favor de quien, cuando la guerra no es nacional.

Lo de ordinario en la vida de los pueblos es que el término de una guerra es tambien el principio de la paz, i le cupo al señor Rocafuerte aprovecharse de la guerra concluida en Miñarica para recojer los frutos de la paz afianzada con la victoria. Lo que ya para entónces le importaba era mantenerla, i a fé que, aunque excediéndose a veces en los medios, la mantuvo casi sin quebranto en su período. Mucho hai, sin duda, que echar a la cara de Rocafuerte, i sin embargo hai tambien que absolverle casi del todo, porque se resolvió denodado a corregir algunos malos hábitos, estirpar algunas preocupaciones, i aliviar i mejorar la suerte de los pueblos.

II.

1836. Dijimos que el gobierno anterior habia obrado sin ningun sistema de hacienda, i que los acreedores del Estado, i los ajicistas i cuantos contaban con los favores de aquel se absorbían todas las rentas públicas, sin que se conociera el monto de la deuda interior ni su clasificacion. El ministro Tamaris quiso conocer lo uno i lo otro, i obtuvo cumplidamente ambos objetos, persuadiendo al presidente que dictase el decreto de 19 de octubre de 1835, sin el cual habria sido imposible escojitar los medios de amortizar una deuda que jamas podia acabarse de pagar, por mas que se estaba pagando dia a dia. Era preciso conocer a cuánto ascendia, i se conoció que montaba a 1.200,000 pesos; era pre-

ciso que se deslindase i clasificase, i la deslindó i clasificó inscribiendo la deuda en cinco libros.

Se registró en el primero la procedente de ajustamientos militares: en el segundo la de ajustamientos civiles i de hacienda: en el tercero la que tenia por fuentes los empréstitos i contribuciones, en dinero o especies, sin interes: en el cuarto la procedente de empréstitos o contratos de dinero dados a logro; i en el quinto la nacida de la comision de crédito público del tiempo de Colombia que apareciese inscrita i anotada en el ministerio de hacienda del Ecuador. Estas inscripciones debian trasladarse al que denominó *gran libro*, i registrarse nuevamente en este, con separacion de las provincias a que pertenecian i su clasificacion. Miéntas se practicaban estas operaciones, en plazo dado, cesaba todo pago de las deudas procedentes de documentos de crédito público.

Afianzada ya esta base, presentó el ministro al presidente tres proyectos de decretos, acordes i enlazados todos con el anterior, i el señor Rocafuerte, penetrado del acierto de ellos i de la habilidad del señor Tamaris, espidió los tres en una misma fecha (10 de febrero de 1836), despues de oido el dictámen del consejo de gobierno.

El primero, acorde con los buenos principios de economía, se contrae puramente a reducir los derechos de importacion i esportacion, que eran por demas crecidos; a suspender la lei de 29 de octubre de 1833, que habia restablecido la facultad de hacer anticipadamente la cobranza de los de esportacion; a ordenar que esos derechos se paguen precisamente en dinero al contado; a preceptuar que los administradores de aduanas i alcabalas velen sobre la conducta de los empleados del resguardo,

los verdaderos, sino únicos, favorecedores de los contrabandos; i a suspender temporalmente la aduana de Loja con el fin de impedir el mismo contrabando. Este decreto no daba sino indirectamente contra los descarados i codiciosos ajiotistas, i aunque murmurando i rabiando a sus solas, se quedaron callados por entónces. Pero como daba directamente i de lleno contra los contrabandistas, hubo ¡quién habia de decirlo! comerciantes que, abandonando la estimacion de su propia honra, se quejase de las rebajas de los derechos, lo cual hizo palpar a toda luz la criminal industria de tales hombres.

El segundo decreto, el jenitivo de la espantosa gritería, está contraído a disponer que los portadores de documentos de crédito indirecto contra el tesoro público, adquiridos por cualquier título, i los que los tuviesen renovados o refundidos en uno solo, los presentasen a los gobernadores de las provincias, a que estos les confiriesen recibos provisionales en los cuales debian constar el número i el libro con i en qué fueron inscritos, con arreglo al decreto de 19 de octubre, i su importancia; a que dichos documentos se remitiesen al ministerio de hacienda para que el encargado de este depacho espidiese en cambio billetes de renovacion; impresos, con la espresion de su valor, i con los cuales serian cambiables los recibos provisionales; a que los billetes pudieran circular como dinero en el comercio de particular a particular, mas no pagarse con ellos ningun derecho fiscal, porque debian amortizarse con sujecion a las reglas del tercer decreto; a que, fuera de los billetes renovados, no se pagase o amortizase ningun otro documento; a que perdieran su valor los que no fuesen presentados en el

tiempo señalado; i a determinar las penas en que incurrian los tesoreros i colectores que contraviniesen a los preceptos i formalidades de este decreto.

El tercero, en fin, contraido al modo i forma cómo habia de amortizarse la deuda pública, fija i establece por fondos, para el distrito de Guayaquil, los productos de todo derecho sobre las sales, la cuarta parte de los de importacion, la mitad de los de exportacion, fuera de la alcabala, los de alcabala procedentes de los contratos de compra i venta, conforme a la jurisprudencia comun, i la mitad del tercio que correspondia al Estado en el ramo de diezmos. Para los distritos de Quito i Azuai se fijaron la mitad de los productos del derecho sobre los aguardientes, las alcabalas de los contratos en los mismos términos que respecto del de Guayaquil, las alcabalas sobre las sales, la mitad del tercio de los diezmos i la mitad del monto de los réditos de temporalidades. Las demas disposiciones se contraen a declarar las preferencias de unos documentos sobre otros, atendiendo a su naturaleza, intereses que ganaban i antigüedad; a abrir estímulos en los remates, prefiriéndose al tenedor de un documento que ofreciese mayores ventajas al erario; a designar la clase de documentos que podian recibirse en el tesoro como numerario para las redenciones o traslaciones de los capitales acensuados; i a dar por último, las reglas de procedimiento en los remates, i la cancelacion i combustion de los documentos amortizados.

Apasionadamente ciego estaria el que no viese en estos decretos la rectitud i acierto con que se espidieron, asestando derecho al corazon de cuantos se habian enriquecido a costa del erario i de la miseria de los empleados sin sueldo, i espantando

a cuantos pensaban todavia hacer respetar la mui acomodadiza lei de las necesidades. A costa del erario, porque en sus conflictos, cuasi diarios, no faltaban el ávido logrero a dar en préstamo cuatro mil pesos en dinero, por ejemplo, a trueco de que el gobierno le recibiese ocho mil en papeles, devolviéndole, para su seguridad, un certificado de tesoreria por doce mil, pagaderos en cuatro o seis meses, vencidos los cuales sin haber sido satisfechos, debia tambien abonársele un tres por ciento mensual sobre el total monto de la deuda. A costa de la miseria de los empleados, porque estos pobres vendian sus ajustes al veinte ó quince por ciento, i algunas veces al diez i aun al cinco, para que los ricos i codiciosos compradores, los que tenian mano con el gobierno, o los administradores o tesoreros, presentasen todo su importe cabal en la aduana como dinero efectivo, por cuenta de los derechos de importacion, los mas pingües i efectivos.

Disponer, pues, que se satisfagan los derechos fiscales en dinero, señalando, por otra parte, una fuente segura de amortizacion para que los acreedores se pagasen por partes, en dia diado, segun la procedencia i antigüedad de los créditos, i los mejores descuentos que ofrecieren, a fin de obtener la preferencia, sin hacer otro sacrificio en favor del erario que los habia enriquecido, que el de una corta suma; era propiamente atajar la voracidad de los ajiotistas, zanzar las dificultades que ántes se habian presentado para los pagos, abrir la esperanza de tener un sistema de hacienda; era establecerlo, en fin, para que gobernantes i gobernados supieran a que atenerse en lo sucesivo. Por ese medio sencillo i claro, los primeros podian contar con que serian remunerados sus trabajos, sin

perjuicio de entrar a la parte con los ajiotistas, i percibir el valor de los ajustamientos; i los segundos conocer cómo se distribuian los caudales públicos, i librar así a los gobiernos de los cargos frecuentemente calumniosos que les hacen los pueblos.

Pues bien: los decretos del 10 de febrero, por muy meditados i justos que parecieron a los de la mayoría de la nacion, fueron, en concepto de los descarados logreros, inconsultos, ilegales e inconstitucionales, i dieron a la estampa artículos i mas artículos, unos tras otros, no solo combatiéndolos sino ridiculizándolos, i ridiculizando principalmente al ministro de hacienda que los habia concebido i redactado. Esos hombres, de quienes decirse puede con franqueza que habian quebrantado una de las primeras i santas leyes, la que preceptua obrar honestamente i proceder en los contratos de buena fé, sin aprovecharse de las angustias i miserias de sus semejantes, ni de los conflictos de la patria; esos hombres se arrimaron entónces a la letra de las leyes escritas i a la de la constitucion para quejarse del escándalo con que habian sido violadas, para quejarse de las arbitrariedades del gobierno, i para quejarse, digámoslo sin empacho, de que no se les dejara cobrar mil pesos, por cincuenta que a lo mas les habian costado los billetes.

I luego, con el ánimo torcido de hacer mas lamentables i justas sus quejas contra el despotismo i tiranía de entónces, comparaban el gobierno anterior, que habia respetado la lei de la necesidad para no salirse de los preceptos de las leyes escritas, con el de Rocafuerte que tuvo la resolucion de sacudirse de una i otras para que despues, a poco andar, imperasen todas en provecho de la comuni-

dad. A juicio de los ajiotistas, valia mas que el Estado continuase pobre, desvalido, desacreditado, ciegamente sometido a sus necesidades, como obligado a seguir la lei escrita, que el que de una vez por todas, se armase de coraje, diese con mano firme término a sus quebrantos, i burlase el pronóstico de la bancarota profetizada por los empleados superiores del gobierno anterior. Semejante manera de discurrir llevaba por objeto halagar al jeneral Flóres, el hombre de la época i que lo podia todo; pues si él llegaba a comprometerse i ofrecer que serian derogados los decretos, los decretos, de cierto, vendrian al suelo, i tal vez juntamente con quien los habia dado i quien los habia autorizado.

Estos decretos, por entónces, se llevaron a ejecucion, a pesar de tantas vociferaciones, griteria i amenazas, i empezaron a dar seguros i buenos resultados: en ménos de un año quedaron amortizados trescientos mil pesos, i por este comenzar podia acertadamente preverse el término feliz de la deuda pública. Azorados los ajiotistas con el vuelco que comenzaban a padecer sus documentos, i el coto que se ponía a sus inmorales, cuanto seguras i exorbitantes ganancias, se concertaron unidos para conspirar contra los decretos, i hablaron de acusaciones contra el presidente i el ministro que habian hollado la constitucion i las leyes, i se apercibieron para la lid, preparando cuantos elementos conceptuaron necesarios para presentarlos al congreso, i hacer surjir de nuevo los antiguos abusos i las ganancias.

Ya veremos en su lugar el modo como obraron, i los resultados que dieron estos preparativos.

III.

Muchos de los emigrados residentes en Pasto, mal avenidos con su situacion i demasiado soberbios para darse por vencidos, a pesar de los desengaños recibidos cuando las invasiones de los coroneles Bravo i Franco, i a pesar de la fuerza moral que dia a dia iba cobrando el gobierno, mediante una conducta económica, prudente i progresiva; incurrieron en la temeridad de tentar, i en efecto hacer otras incursiones, contando con que la opinion de los pueblos, todavia no estinguida del todo, reviviria tal vez pujante, i favoreceria sus conatos. Ese mismo coronel Bravo, escapado de las selvas de Taura, i que, dando vueltas, habia venido a situarse en las fronteras del norte; Bravo, soldado de los mas turbulentos que pisaron el Ecuador, como hemos visto desde su primera defeccion en Lima; era el que ahora acaudillaba i ajitaba nuevamente la invasion. El coronel Blanca, que habia hecho la guerra en las filas de los chihuahuas, i uno de esos inmorales i malévolos de quienes el jeneral Barriaga se quejaba, hacia, al parecer, de segundo de Bravo; i el jóven comandante Facundo Maldonado que, despues de vencido en Miñarica, habia pensado, prudente, retirarse a su patria, Bogotá, era otro de esos pocos que tambien quisieron asociarse a la empresa del primer caudillo.

El coronel Bravo asomó en las tierras del Ecuador por el mes de abril con una partida de setenta a ochenta hombres, se apoderó fácilmente del canton de Tulcan, i puso en movimiento a los pueblos del norte de Imbabura. El coronel Manuel Guerrero [de Pasto], que hacia de comandante de

armas en esa provincia, i tenia a su disposicion un rejimiento de caballeria, salió a su encuentro, por órden del director de las operaciones de guerra en el norte, jeneral Daste, le acometi6 denodado, le derrot6 i le oblig6 a repasar el *Carchi*. La espedicion fu6 tan huera, que ni siquiera caus6 impresiones ningunas, i bastaron las milicias de Tulcan para evaporarla.

A principios del mes de junio se present6 el comandante Maldonado por el páramo del Anjel con una columna de cien hombres, al parecer mas bien organizada que la de Bravo; pues, en el decir de otros, solo era la vanguardia de un cuerpo de ejercito que tambien estaba a punto de entrar con 6ste i el coronel Blanca. Lo cierto, no obstante, era que estos jefes se habian quedado solo con unos pocos rezagados.

El gobierno, que sabia la agitacion i procedimientos de los emigrados, tenia de antemano ordenado al coronel Guerrero que estuviese ojo avisar, i los acometiera donde los encontrara, a fin de que no tomase cuerpo la invasion. Guerrero, que seguramente no conceptu6 suficiente su caballeria para resistirles, levanto las milicias de Otavalo, Ibarra i Tulcan hasta el número de cuatrocientas plazas, i abrio las operaciones tan luego como supo que se habia invadido la provincia.

Su actividad fu6 tal, que no di6 lugar a los invasores a que siquiera entrasen en el canton de Ibarra, i cerr6 con ellos en cuantos puntos le hicieron frente, i los empujó para el *Carchi*. El 9 de dicho mes se hallaba Guerrero en Huaca i supo que los derrotados por sus tropas, reunidos nuevamente, se encaminaban a incorporarse con los coroneles Bravo i Blanca, que habian asomado con

obra de treinta hombres por el Car para caer en Chiles. Lanzóse al golpe con una compañía de su rejimiento, los alcanzó al salir de este punto, i los venció i derrotó de nuevo, haciéndoles perder siete muertos i siete prisioneros que tomó, incluso el comandante Espinosa, i siguió sin detenerse en persecucion de los demas. El 10 alcanzaron los fujitivos a repasar el *Carchi*, en número de cuarenta, i fueron a acampar en una casa no mui lejana, pero asentada en tierras granadinas, contando con que ya allí no podian ser perseguidos, i mucho ménos atacados. Guerrero, hombre rudo, no conocia ni podia conocer la significacion del paso del *Rubicon*, i atravesó el *Carchi* sin el menor escrúpulo, ateniéndose a las instrucciones que tenia de su gobierno para perseguirlos hasta donde pudiese.

Al verse los fujitivos nuevamente asaltados por Guerrero en la casa de su refugio, la fortificaron cuanto pudieron, i de luego a luego se formalizó un combate. Los fuegos habian principiado a la seis de la noche, i seguian los sitiados sosteniéndose todavia con vigor hasta despues de la nueve; i Guerrero, aburrido de combatir sin provecho con enemigos bien parapetados, ocurrió al salvaje arbitrio de poner fuego a la casa. El trance no pudo ser mas horrible para los refugiados. Rodeábales la muerte de todos lados i entre la persuacion de tener que morir abrasados por las llamas, si se quedaban por mas tiempo, i la esperanza de escapar de las lanzas de Guerrero, tomaron, advertidos, al instante el partido de abrirse paso por éstas, i haciendo cara a los perseguidores, lograron a la postre dispersarse.

Halláronse tres muertos entre las cenizas de la

casa, i algunas armas i municiones; i por los regueros de sangre que se vieron al dia siguiente en los caminos cercanos, se conoció que muchos de los dispersos habian escapado heridos. El coronel Guerrero solo perdió un oficial i un soldado muertos, i ocho heridos, bien que de mucha gravedad.

Por la mañana de este mismo dia cayeron prisioneros Maldonado, el caudillo de la expedicion, Espinosa, de quien hablamos ya, el capitán Gonzáles, el llamado Carrera i otros individuos de la clase de tropa. Guerrero, conforme a las severas instrucciones que habia recibido, mandó fusilar a Espinosa, Gonzáles, Carrera i un cabo, i a Maldonado le envió preso para Quito a disposicion del gobierno.

Tan luego como llegó aquí fué puesto en capilla, i por mas que se movieron cuantos resortes pudieran salvarle, terco el presidente como un zar se mantuvo inexorable. Una diputacion del clero, otra de los frailes relijiosos, i otra de los jefes i oficiales del rejimiento que hacian la guarnicion de la plaza, se presentaron sucesivamente en palacio a interceder por la vida de ese jóven, i Rocafuerte siguió aferrado a su resolucion. Reflexionó que el comandante Maldonado era el caudillo de los que habian venido a turbar la tranquilidad pública, que se le habia tomado con las armas en las manos, i que estando ya fusilados otros ménos culpables que el cabecilla; incurriria, perdonando a éste, en el achaque, por desgracia mui frecuente, de hacer solo recaer el peso de la justicia sobre los que valen poco en el mundo, sobre los desvalidos. Puede que en ese trance Rocafuerte espusiera su sensibilidad, ya que, tiempos despues, le oimos abogar acaloradamente i con teson por la inviolabilidad

de la vida en los delitos políticos; pero lo cierto es que el jóven fué sacrificado, si no por la inflexibilidad del presidente, por el deseo de conservar la paz i seguir por el camino de los mejoramientos. Lo que hai de condenable i no puede perdonársele es, que a Maldonado se llevó al patíbulo sin que precedieran juicio ni sentencia, porque estas son formalidades, amparadoras de la inocencia i la justicia, que nunca, en ningun caso, se pueden omitir. Caiga sobre el culpado la espada de la justicia; pero caiga cuando la lei i el juez que la aplica la hagan caer.

IV.

El sistema de gobierno, entre tanto, seguia consolidándose i mejorando por todos respectos. El señor Rocafuerte, hombre de pro i que lo abarcaba todo con su jenio inquieto e imaginacion acalorada, no se detenia en los peligros ni cejaba por las dificultades que se presentaban en el camino por donde queria ir. Dictó reglamentos sobre caminos, enseñanza pública (si no del todo bueno, el mejor de los conocidos hasta entónces, por lo cual sin duda ha llegado a nuestros dias), arreglo de las contadorías i tesorerías, i de los guarda-costas i direccion de la casa de moneda. Rompiendo luego a banderas desplegadas con las preocupaciones enraizadas hasta su tiempo, espidió el decreto sobre secularizacion del colejo de San Fernando, liceo estacionario en que se enseñaba i sustentaba con calor el sistema de Tolomeo en punto al andar del sol; i otro, completivo de los de febrero, sobre la potestad de redimir, con documentos de crédito directo, i trasladar al tesoro público los capitales acensuados, señalando al efecto fondos suficientes

para el pago de los réditos. El colejio de San Fernando, durante su gobierno, se mantuvo formal i materialmente a satisfaccion de todos; i los pagos a los censualistas, en su tiempo [hai que insistir en esto], fueron tambien cumplidamente hechos. Si en otros i malos tiempos vinieron a claudicar, culpa fué de los sucesores, que no de los decretos ni de quien los dictó.

El 25 de noviembre, aniversario cabal del mes i cuasi del dia en que noventa años ántes se demolieron las pirámides de Caraburo i Oyambaro, levantadas por la infatigable laboriosidad del señor de la Condamine, para que sirvieran de base á ciertas operaciones científicas, pasó el señor Rocafuerte a Yaruquí, acompañado de algunos de los empleados superiores, ministros i cónsules extranjeros, edecanes de gobierno i otros particulares con el fin de restablecerlas; pues, como dijimos en su lugar, fueron destruidas por un puntillo del quisquilloso gabinete de Madrid. Rocafuerte, para asegurarse de los precisos puntos que ocupaban las pirámides, habia nombrado anticipadamente algunos comisionados intelijentes, los cuales, por bien tamaño felicidad, hallaron la piedra colocada por la Condamine en el centro del faro en el cual fué elevada la de Oyambaro. La piedra habia sido de figura redonda, estaba labrada la superficie superior, i tenia un espesor de cinco pulgadas, i un diámetro de cuatro pies i tres pulgadas. En el lado que daba al norte, segun la colocacion que habia tenido, se halló escrita la voz *Meta*, i en el opuesto la abreviada *Aust*. Los costados del agujero que hicieron los comisionados, contenian escombros de ladrillos, mezclados con cal, los mismos que se hallaron tambien en la de Caraburo, i por estas reli-

quias i otras señales palpables quedó bien comprobada la autenticidad de la posicion astronómica que habian fijado los académicos franceses. (*)

El señor Rocafuerte, que quiso dar i dió en efecto cuanta solemnidad era posible a este acto augusto de desagravio a las ultrajadas ciencias, se trasladó con toda su comitiva el dia 25 al sitio de Caraburo, i se dispuso que primero se procediese a bendecirlo. Luego tomó con su mano una pequeña arca de madera, la colocó en el cimientó, i ordenó que la cubriesen con una piedra ovalada. El arca encerraba algunas monedas de oro i plata, del cuño ecuatoriano, i una plancha, tambien de plata, que contenia esta inscripcion:

“Los académicos franceses Luis Godin, Pedro Bouguer i Cárlos Maria de la Condamine, mandados por Luis XV, rei de Francia, i bajo el ministerio de Maurepas, levantaron estas pirámides en el mes de noviembre de 1736 [*]: fueron destruidas por órden de los reyes de España, i restablecidas cien años despues, en noviembre de 1836, en los mismos puntos determinados por los académicos, de órden del exelentísimo señor Vicente Rocafuerte, presidente de la república del Ecuador, siendo ministro del interior i relaciones esteriores el jeneral Anto-

(*) No obstante estas seguridades, al parecer evidentes, hai que entrar en cuenta lo que dice la Condamine en su *Diario de viaje*, &c. Como hombre entendido previó acertadamente que las pirámides serian restablecidas algun dia, i conociendo las dificultades que habia para colocarlas en sus verdaderos i cabales puntos, manifiesta que salva su responsabilidad a tal respecto.

[*] Seguramente se fijó esta fecha, ateniéndose a la narracion del presbítero Velasco; pero ya vimos en su lugar que las pirámides se levantaron en 1740, i que fueron demolidas en 1746.

nio Moráles. En este mismo tiempo se hallaba ocupando el trono de Francia S. M. Luis Felipe; el presidente de su consejo de ministros era Mr. Thiers; i estaba en la capital de Quito Mr. Juan Bautista W. de Mendeville, cónsul jeneral de Francia en la república del Ecuador.”

“Esta plancha fué tirada i gravada en la casa de moneda de Quito el 20 de noviembre de 1836, siendo primer director de ella el señor Alberto Salasa, i colocada en la base de esta pirámide el 25 del mismo mes i año.”

El ceremonial terminó con unos cuantos discursos dignos del objeto que habia reunido a los empleados i mas personarjes de ese tiempo. Si los monumentos de Caraburo i Oyambaro no son de la estatura i magnificencia que ha levantado la soberbia de los hombres, sin otro fin que conservar la ingrata memoria de sus conquistas o poder, señalan una operacion ardua, con la cual se resolvieron unos cuantos problemas de las ciencias, hasta entónces sujetos a bien fundadas controversias, i manifiestan el homenaje rendido a la gloria científica de Francia.

Cinco años despues, el cónsul del Ecuador en Lóndres, remitió al ministro de relaciones exteriores de nuestra patria una copia de la inscripcion que la *Academia de bellas letras de Francia* pasó al ministro de instruccion pública de esta nacion para que la trasmitiese al presidente de la república, i se gravase en los restablecidos monumentos.

La inscripcion es la siguiente:

GEMINAM PYRAMIDEM
MONUMENTUM DOCTRINE SIMULT ET GRANDE ADJUMENTUM
Olim injuria temporum eversam
VICENTIVS ROCAFUERTE
REPUBLICÆ EQUATORIALIS PRESES
RESTITUIT
Gloriose quæ instaurationis litteris consignande.
ANNUENTE CONSORTIUM.
LUDOVICO PHILIPPO I^o REGE FRANCORUM ORNARI.
Conjunctis utriusque gentis insignibus jussit curavit
ANNO MDCCCXXXVII.

Esta inscripcion no se ha puesto todavia en su lugar, o porque es connatural nuestra incuria, o porque no sabemos apreciar las cosas que atañen a los monumentos científicos. Acaso varios de los que han formado parte de nuestros sucesivos gobiernos, ni siquiera han sabido ni saben que haya tal inscripcion ¡Ya se ve! La materia no es política; i no siéndolo, carece de todo interes para los hombres que nos gobiernan.

V.

El último decreto que espidió Rocafuerte en 1836, fué uno por el cual permitió que los emigrados ocurriesen al gobierno por su salvoconductos, con ecepcion de los caudillos principales, siempre que, restituidos a su patria, se presentasen a jurar la constitucion.

Al asomo i publicidad de los decretos relativos a la secularizacion del colejio de San Fernando i la traslacion de censos, se *mancomunaron* [son palabras del presidente] el *fanatismo i la avaricia*, i los relijiosos de los conventos se unieron con los

logreros para aumentar la vociferacion contra el el gobierno i desacreditarle. El señor Rocafuerte, que atesoraba en su pecho la prenda del valor, siguió adelante con la resolucion i, léjos de amilanarse con las murmuraciones i amenazas de acusacion i destitucion, convocó un congreso estraordinario para que juzgase de sus actos i para, en caso de improbarlos, le indicase el camino que debia seguir para hacer frente a las necesidades que habia hecho nacer la convencion de Ambato sin fijar ni asegurar las rentas.

Nuestros congresos, como se sabe, establecen destinos, decretan pagos crecidos i votan galanos presupuestos como si las arcas del Estado estuvieran derramándose; i el de Ambato habia obrado mui de lijero en este punto, imponiendo al encargado del poder ejecutivo obligaciones imposibles, que no dificiles, de cumplir por falta de rentas.

VI.

Este congreso, pues, adelantándose al ordinario que debia reunirse el 15 de Enero de 1837, abrió sus sesiones el 3 del mismo mes.

El jeneral Flóres, cuya fama e influencia no podian subir a mas, habia sido elegido senador por dos provincias, i fué llamado a la presidencia de la cámara a que pertenecia. Andábase, por la cuenta, ocupado desde mui atrás en el asunto relativo a los decretos de febrero, i estaba íntimamente ligado, tambien desde mui atrás, con cuantos los habian combatido, por pura condescendencia con ellos (era su flaco imperdonable). A la reunion del congreso, se hablaba ya sin rebozo de que iban a echarse abajo los decretos, envolviendo en su cai-

da al presidente, si trataba de resistir, i al ministro sin condicion ni remedio. Si el jeneral Flóres lo habia prometido así, tampoco habia cosa que temer, i la derogatoria de ellos debia tenerse como ya realizada i consumada.

El mensaje que el presidente dirijió al congreso extraordinario es, a no dudar, la pieza que mas honra su memoria: mírese por el lado que se quiera, se la hallará clara, precisa, adecuada, enérgica, concluyente; “El ejecutivo, dice, que ha sostenido con firmeza legal las disposiciones que ha dictado, i están apoyadas en la constitucion, en la política i en las luces del siglo, ha visto nuestro pacífico horizonte cubrirse de negras nubes que amenazan una tormenta. Su deber es llamaros a su auxilio para conjurarla, librando en vuestro patriotismo la grata esperanza de que, examinadas las graves i difíciles circunstancias que le han rodeado, sabreis apreciar la jenerosidad de sus sentimientos, la pureza de sus intenciones liberales, la legalidad de sus procedimientos, exijidos por el imperio de aquellas, i le hareis en fin la justicia que le niegan los que parece haberse alistado bajo las banderas de una oposicion formada, no en defensa del órden i de cuanto constituye la paz i la ventura del Estado, sino por el egoismo, por la ambicion, por el espíritu de usura, i por la mas sórdida avaricia.”

Sentada esta introduccion, entra en el exámen de la legalidad de sus actos, i manifiesta a toda luz que era constitucional, i objeto de sus mas preferentes i ajustadas obligaciones dar fin a los pretestos, enjendradores de los contratos usurarios que hasta entónces habian puesto obstáculos invensibles al renacimiento del crédito nacional.

“La avaricia i ambicion, dijo, encadenadas por

la accion enérjica del ejecutivo, han apelado a la discordia para que ajite su antorcha en el caos de nuestra tenebrosa lejislacion, i que, a su fúnebre luz, la interesada malicia entresaque de los tiempos antiguos i modernos leyes aisladas e inconexas que, sofisticamente presentadas, puedan cubrir sus exesos de un barniz legal. Los usureros, ligados con los ambiciosos, han formado reuniones, donde preside la calumnia, i han esparcido por el Azuay, Chimborazo i Pichincha un veneno que solo vuestra sabiduría puede ya neutralizar. Ellas acaso tendrán sus agentes en el seno mismo de esta augusta asamblea, i vendrán animados. del deseo de destruir a todo precio una administracion lejítima, justa i activa; que custodia el tesoro con tanta vijilancia como la fábula supone al dragon que cuidaba la puerta del jardin de las Hespérides. Pluto i Meloc son los penates queridos, las divinidades tutelares de esos especuladores que han devorados las rentas de la nacion.”

“¿Sufrireis, padres de la patria, que esos egoistas. . . . comprometan la tranquilidad pública, i hagan lo que ellos llaman una revolucion legal?.... ¿Hasta cuándo nuestra vida social ha de ser un continuo sobresalto, excitado, ya por la ambicion a nombre de la patria, ya a nombre de la constitucion i de las leyes, ya por la avaricia de unos miserables intrigantes?”

Apostrofa luego á los legisladores a que no se den a partido, por estrechez de ánimo, a las injustas declamaciones de los ajiotistas, i amenaza con que apelará a la nacion, si se intenta alterar la paz, i continua:

“Ella (la gobernacion) siempre sumisa a la constitucion i a las leyes, no omitirá sacrificio alguno

por conservar la perfecta armonía que debe existir entre los altos poderes, i solo dirigirá sus esfuerzos a frustrar las tentativas hostiles de los interesados en el desórden, en la oscuridad de las cuentas, en el desgüeño del tesoro, en el confuso manejo de las aduanas, i en la continuación del contrabando, del ajiotaje i demas abusos que han existido hasta ahora”....

“El ministro de hacienda os hará conocer la necesidad en que se hallaba el ejecutivo de poner término al ruinoso manejo de rentas que existia en el Guáyas, i que la ineficacia de las leyes no podia impedir. Los decretos de 10 de febrero pusieron un dique al torrente que nos arrastraba a nuestra ruina; ellos fueron dictados por el mas puro patriotismo, i están en perfecta consonancia con las leyes existentes. ¿Podia el ejecutivo ver con indiferencia que la aduana i demas rentas de Guayaquil hubiesen producido, en el curso del año treinta i cinco, mas de un millon i medio de pesos, i que esta injente suma se hubiese evaporado entre los ajiotistas? ¿Quién creyera que con una entrada tan cuantiosa, la benemérita guarnicion de la plaza quedara pereciendo de hambre, desnudez i sin el pres que le correspondia; la marina abandonada, los empleados sumidos en la miseria, i el monstruo de la anarquia, al aspecto de este escandaloso desbarato, levantando ya su altiva cabeza? I para colmo del escándalo i prueba irrefragable de la necesidad de los decretos, para no hundirnos mas en ese piélago de males, os diré que la deuda interior del Guáyas, que en el mes de abril de treinta i cinco no ascendia a doscientos mil pesos, subió a fines de diciembre del mismo año a mas de ochocientos mil.”

“Lo que es un verdadero fenómeno en el mundo mercantil, i que difícilmente podrá creerse es que la rebaja de los derechos, introducida por los decretos, haya exitado contra el gobierno la animadversion de varios comerciantes de Guayaquil, i los haya alborotado al punto de formar combinaciones para acusar, juzgar i deponer al ejecutivo, por medio de sus representantes, por el crimen de haberles rebajado dos quintas partes de un arancel excesivamente recargado..... El orden estricto que desde entónces (desde la expedicion de los decretos) se ha observado en el manejo de la hacienda pública, la inflexibilidad del gobierno en negarse a jirar libranzas anticipadas contra los correjidores, la regularidad de las cobranzas, la claridad esparcida en las cuentas de las tesorerías, nos han conducido al plausible resultado de pagar cada mes i con exactitud la mitad de sus asignaciones a todos los empleados civiles i militares, i el total de haberes a la tropa; especie de prodijio que no se ha visto desde ahora muchos años.”

Lo que deja dicho hasta aquí era, en cifras, un cuadro cabal del estado de la república, pues no hai encarecimiento ninguno en la narracion de los sucesos, i mucho ménos alteracion de la verdad.

Sigue despues manifestando los provechos que habia reportado ya la nacion i los mas que, andando los tiempos, aun puede reportar. Pone de claro en claro la desigualdad con que gravitan las cargas sociales, i esperanza, movido de su convencimiento, con que, si se establecieren leyes fiscales sobre la base de la libertad, nos pondriamos en estado de renunciar garbosamente el sistema de monopolios, abolir las aduanas interiores, i hacer que

las mercancías circulen libremente por todos los ángulos de la república.

“Una dolorosa experiencia ha enseñado, dice al concluir, que entre nosotros las reuniones de los congresos son preludios de revoluciones, i no puede borrarse de la memoria lo que dijo uno de los mas predilectos hijos de la patria, el gran Mariscal de Ayacucho: *que nuestros legisladores se empeñan, al cerrar sus sesiones, en dejar al gobierno preso, i al pueblo suelto.*”

El ministro de hacienda, por su parte, demostró en su *Memoria* de un modo matemático la bondad de los decretos, manifestando lo benéfico que eran al comercio, a la agricultura i a la plantacion, que no restablecimiento, del crédito nacional, i manifestando el contento jeneral de los pueblos por la circulacion de la moneda que habia empezado a hacerse palpable desde la ejecucion de ellos. Demostró con igual claridad i peso que los decretos habian sido deducidos de leyes preexistentes i conformes a la letra de la constitucion que estaban de acuerdo con una representacion elevada por el consulado de Guayaquil, en que se pedia la abolicion de los derechos de *extraccion presunta* i la rebaja de los derechos de aduana; i sobre todo, que se hallaban en armonía con los principios económicos de las naciones libres i civilizadas. Debia tambien entrarse en cuenta que tampoco subsistia ninguna lei de hacienda, porque habia sido objetada, por defectuosa, la espedida por la convencion de Ambato.

El pundonor, el interes público i particular, i el crédito de la nacion i del gobierno demandaban a una la subsistencia de los decretos; los empleados i no empleados estaban por ellos; la justicia i la

razon abogaban por ellos. I no obstante, contradichos i combatidos por los diez o doce logreros o los amigos de estos, que se habian enriquecido convirviendo en oro, papeles comprados a ínfimo precio, segun lo espuso Rocafuerte mismo; i no obstante, como esos diez o doce supieron interesar la condescendencia i fragilidad del jeneral Flóres, los decretos se echaron por tierra, arrastrando en su caída al ministro que habia tenido la feliz inspiracion de proyectarlos, i la resolucion de autorizarlos i ejecutarlos.

VII.

1837. No solo el señor Rocafuerte sino tambien el ministro de guerra de entónces, jeneral Morales, que accidentalmente hacia de ministro de lo interior, se habian comprometido a sostener al de hacienda en las acusaciones de que se hablaba ya como preparadas i efectivas. El señor Rocafuerte, convencido de la legalidad i tino con que procediera el señor Tamaris, de la pureza de intenciones con que se dictara los decretos, de la excelencia de los resultados i de que con ellos se habia puesto coto a la rapacidad de los ajiotistas; estaba resuelto, fué público, a caer juntamente con su ministro ántes que dejarle sacrificado a la impia codicia de los acusadores. I Rocafuerte, sin embargo, por una de esas fragilidades de la vida de que nadie está esento, amancilló la fama de su temple i la fé de su palabra dejándose abatir por el jeneral Flores, quien ofreció que no se incluiria en la acusacion al presidente con tal que depusiese al señor Tamaris i al jeneral Morales de sus destinos. Mui válidos i públicos fueron los términos de tan humillante tran-

saccion, i los confirmaron los resultados, pues Rocafuerte removi6 á los dos ministros por los decretos de 9 de enero, espedido mucho ántes que el congreso extraordinario terminara sus tareas, i aun ántes que se introdujera la acusacion.

Los caidos fueron reemplazados con los señores Manuel López Escobar para el despacho de hacienda i jeneral Daste para el de guerra.

La acusacion contra el señor Tamaris se presentó al senado cuando ya andaba vencida la mitad del congreso ordinario, i cuando ya obraba otra interpuesta por el diputado Pareja (Ignacio) por causa mui distinta de los decretos de febrero. Apesar de cuanto el presidente espuso en su mensaje, al abrirse las sesiones del congreso extraordinario, a pesar de cuanto demostró el ministro en su *Memo-ria* i de la mui brillante defensa que hizo de sus actos oficiales; el senado despues de seguido el juicio correspondiente para tales casos, le condenó a dos años de incapacidad para servir destinos públicos. No era de esperarse otro resultado, porque la condena estaba decretada desde mui atras por el *crimen de haber salvado el pais de una bancarota i restablecido el crédito nacional*.

Curiosas son las razones que adujeron los senadores al dar sus votos por la condena, la absolucion, o el mayor o menor tiempo a que debia estenderse la primera. Las que se verán en el acta de la sesion del 2 de abril son de esas que sacan a plaza las pasiones, i ahí están retratados al vivo los diversos caracteres e impulsos de los jueces, cuales por su jénio contemporizador, cuales por la rectitud de su conciencia, cuales por los intereses particulares, o la simplicidad, o la flaqueza, o

los rencores o su complicidad con los ajiotistas, cuando no ajiotas ellos mismos.

Es de saberse que la acusacion no fué directa, sino con el carácter de denuncia hecha por infraccion de la constitucion i leyes. Hizola en la cámara de diputados el señor Atanasio Carrion [23 de febrero], i comprendia no solo al ministro, mas tambien al presidente, sin duda porque hasta entónces no se habia verificado la transaccion en los términos que apuntamos.

Apurados se vieron los jueces, a esta causa, con la denuncia, cuando, despues de la transaccion, andaban ya interesados en salvar al presidente i condenar solo al ministro. Suscitóse con tal motivo la cuestion, peregrina por cierto, de si en la denuncia estaban comprendidos ambos empleados o el ministro solamente, i se resolvió, era bien claro, en este sentido. Luego se suscitó la de si el diputado Carrion tenia o no derecho para desistir de la denuncia respecto del presidente, i se determinó, tambien era mui claro, en sentido afirmativo. En consecuencia, Carrion la levantó con respecto al señor Rocafuerte i dejó progresar la relativa al señor Tamaris. Las cosas, como se ve, se hicieron al querer de los interesados i del modo que lo quisieron. Predicadores celosos del respeto que se debe á la constitucion, las leyes i la justicia, pero al fin no mas que predicadores, pecaron contra esta misma justicia, contra los intereses comunales, contra la conveniencia del sistema fiscal, contra el pundo-nor de la nacion i el decoro de los jueces mismos. Las formas i ritualidades de la lei dieron en tierra con la sustancia de ella i con la mente de los legisladores, i prevalecieron sobre lo esencial esas como

libreas que, sin lo esencial, no habrian tenido por qué ser establecidas.

En medio del aferramiento i encono con que fueron combatidos los decretos de febrero, quedaron algunas reliquias de ellos en favor de la nacion; pues el mismo congreso tuvo que dar otro sobre reconocimiento i clasificacion de la deuda pública, i designacion de los fondos con que debia amortizarse. Por este decreto se ordenó que la mitad de los derechos de importacion se pagasen en *dinero precisamente*, i algo vinieron siempre a valer las luces del ministro depuesto. I aun así como así, este decreto que a lo ménos pudo dictarse al remedo de los abrogados, en cuanto al modo de proceder, i ventajas que convenia sacarse en favor del erario; salió siempre confuso, mezquino, mutilado, como debia salir, por safar, siquiera por el pronto, de la imperiosa necesidad de dar cualquiera disposicion sobre arreglo, clasificacion i amortizacion de la deuda. I no solo esto, sino que, habiéndose obrado tan de lijero, i espedido el de 2 de marzo sobre el mismo objeto, si cabe mas inconsulto, tuvieron los *congresistas* (es la voz con que nuestros pueblos designan a los legisladores que, movidos de sus particulares conveniencias, echan a un lado las públicas) que derogarlo por el de 13 de abril, devorando así sus propios actos al corto andar de mes i medio.

Tarde las mas veces, pero de ordinario sin que falten, asoman las reparaciones; i el señor Tamaris, volviéndose para su casa, tal vez corrido por el triunfo de sus enemigos, quedó a la postre laureado por lo mismo que causó su caida.

Por lo que hace a las disposiciones relativas a la potestad de trasladar los capitales acensuados al

tesoro nacional, i redimidos con documentos de crédito público, a pesar de que habian surgido de los mismos decretos de febrero, se tuvieron como buenos, i quedaron legalizados i con todo su vigor. No se cruzaba, con respecto a estos, el interes de los ajiotistas, i aun cuando tambien pecaran de inconstitucionales, no fueron vistos por este lado sino tan solo por los provechosos que iba a recibir la agricultura.

VIII.

Aparte de los decretos que fueron confirmatorios de los espedidos por el poder ejecutivo, con mui cortas modificaciones, los demas trabajos de importancia se redujeron a la discusion i formacion del código penal que rije hasta el dia, i que corrigió, aclaró i mejoró el sistema antiguo, bien que pecando siempre por exceso de severidad; la lei que habilita el puerto de Jaramijó, en la provincia de Manabí; la que dispone estén esentos del derecho de alcabala los frutos o producciones de la república que se esportasen en buques construidos en el astillero de Guayaquil; la que declara libre el ramo de aguardientes; la de quinta o reemplazo del ejército; la que aprueba la convencion celebrada en Bogotá, por diciembre de 1834, entre los ministros plenipotenciarios de Granada i Venezuela acerca del arreglo i distribucion de la deuda colombiana; i la orgánica de hacienda. Las otras leyes i decretos solo comprenden autorizaciones dadas al poder ejecutivo para que arregle tales i cuales ramos, tales i cuales oficinas; i se hallan otros que, léjos de ser provechosos, fueron en daño de los intereses públicos.

Entre estos puede citarse el que echó por tierra la nueva organizacion que el señor Rocafuerte dió a la policia; policia bastante severa, es cierto, pero conforme a lo que demandaba el atraso de nuestros pueblos que, mas bien que de leyes políticas i civiles, necesitan de sociales para preparar i abrir el paso a las buenas costumbres.

Pueden citarse, entre los mismos, unas como cuarenta resoluciones sobre sueldos que debian darse, i pagos i reconocimiento de deudas hasta mui cerca de cien mil pesos, sin contar con las gracias i pensiones de cantidades no determinadas, hechas a personas particulares, incluyéndose los quinientos pesos mensuales que se fijaron como sueldo correspondiente al jeneral en jefe. Mui pocas, si no contadas, son, entre tantas como fueron las mercedes que dispensó la legislatura de 1837, las que pueden conceptuarse dignas de la atencion i ocupaciones del poder lejislativo; i a este número pertenecen las pensiones decretadas en favor de la hija del antiguo coronel don Juan Salinas, asesinado en 1810, i de la viuda del tambien antiguo teniente coronel don Antonio Ante, asesinado en 1818; pagos por demas justos de la deuda sagrada que la patria contrajo a precio de la sangre de estos próceres de la independendencia.

A estos actos de gratitud i justicia debemos añadir el de haberse atendido a las solicitudes hechas a nombre de los señores Valdivieso i Merino, que aun andaban peregrinando por tierras granadinas, i ordenándose que el poder ejecutivo les franquease salvoconductos sin restriccion ninguna para que pudieran restituirse a la patria.

IX.

El año de 1837 trascurrió en paz, sin otro suceso de importancia que el de una tentativa de revolución proyectada, a fines de octubre, por el jeneral Otamendi i coronel José Maria Urbina. Otamendi, que no habia calmado todavía sus enfados contra el gobierno desde que, sin atender a su jerarquía i renombre militar, se le apresara i cargara de grillos, durante el seguimiento de la causa levantada por los asesinatos de Riobamba, reventaba por vengarse; i movido de este mal impulso, trató de corromper la lealtad del segundo rejimiento de *Lanceros*, i dar en tierra con el presidente i el órden público. El coronel Urbina, que algunos meses ántes hacia de Ajente de negocios en Bogotá, se habia conexionado estrechamente con los jóvenes de allá, participando de sus ideas liberales, i convenido en que su patria, con un gobierno puesto bajo la influencia del jeneral Flóres, ni era libre ni podia serlo. Joven de entendimiento bien despejado, i tan malgastador i travieso como el mismo jeneral Flóres, de quien era servidor i estrecho amigo, malbarataba allá mas de lo que podia satisfacer nuestro gobierno; i Rocafuerte, a esta causa, le retiró de la ajencia. El coronel Urbina, como era natural, recibió las letras de retiro con desagrado; i venido a Quito se negó a comparecer en palacio, a pesar de los llamamientos que se le hicieron para que diera cuenta de su comision. El presidente mandó ponerle en causa por semejante rebeldía, i parece que entónces, despues de haber conferenciado i concertádose con los del bando vencido en Miñarica, se unió al jeneral Otamendi

resuelto a echar abajo al gobierno, bien que sin envolver al jeneral Flóres en la caída, con quien seguía entónces íntimamente vinculado.

El gobierno recibió afortunadamente denuncias circunstanciadas de cuantos pasos habian dado los conspiradores; i no solo denuncias sino un parte formal del primer jefe del rejimiento, a quien se trataba de comprometer por medio del tercer jefe. Bien asegurado ya el presidente de los hilos de la conjuración, la puso en conocimiento del consejo de gobierno, e investido por este cuerpo de las facultades extraordinarias, mandó prenderlos de sobresalto i los desterró, a Otamendi para el Perú i a Urvina para Nueva Granada.

X.

Hemos dicho que el congreso de 1837 aprobó la convencion celebrada entre los plenipotenciarios de Nueva Granada i Venezuela, i ahora es necesario dar a conocer el oríjen, fines i enlace que tenia tal convencion con los intereses de la patria.

Hacia tiempos que los gobiernos de estas repúblicas habian invitado al del Ecuador a que concurriese a Bogotá, por medio de un ministro plenipotenciario, para el arreglo que aun tenían pendiente las tres secciones de la disociada Colombia acerca de sus deudas activa i pasiva, adquiridas o contraídas desde el tiempo de la guerra de la independencia, o cuando formaban un solo cuerpo de nacion. Aunque el Ecuador tenia ofrecido que nombraría i enviaria oportunamente un ministro con tal fin, envuelto como estuviera en continuas discordias, no habia podido verificarlo; i entónces los de Nueva Granada i Venezuela, conviniéndose

en que sus arreglos se presentarían al gobierno del Ecuador para su aceptación, aprobación i ratificación, procedieron a celebrarlos por sí solos. En el caso que no fuesen aceptados por este gobierno dentro de cuatro meses, contados desde la fecha en que se verificase el canje entre las partes contratantes, debían ellos proceder al cumplimiento de lo acordado en cuanto parcialmente les concernía.

Gravísima i de mui trascendentales consecuencias era la materia, i fuera del tino i discreción con que convenia obrar, había también que procederse con delicadeza i rectitud. Los contratantes fijaron como base de proporción, tanto para las deudas como para los créditos activos de Colombia, el que de cada cien unidades, la Nueva Granada se haría cargo de cincuenta, Venezuela de veinte i ocho i media, i el Ecuador de veintiuna i media. Por esta proporción, poco equitativa i recta, la verdad sea dicha, con que procedieron los señores Pombo i Michilena que la fijaron, vino a reconocer el Ecuador una deuda que no podía corresponderle ni por el origen, ni por la extensión del territorio, ni por la población ni por las rentas.

Ved ahí las sumas que le tocaron reconocer al Ecuador:

Por la deuda contraída en París el 13 de marzo de 1822 con Herring, Graham i Powles, súbditos de la Gran Bretaña.....	2.150,000
Por la deuda consolidada al tres por ciento anual, inscrita en el gran libro de la deuda nacional de Colombia.....	1.492,097 25½ cts.

Por la consolidada al cinco por ciento anual, inscrita en el mismo libro.....	1.152,261 50 cts.
Por la de préstamo sin intere- ses, hecho por los Estados Unidos mejicanos en 1826.	67,725

Los intereses vencidos i no pagados, i que en adelante se vencieren; la deuda no inscrita en el citado gran libro, con arreglo a la lei de 22 de mayo de 1826; la conocida con el nombre de *flotante*, i no satisfecha hasta el 31 de diciembre de 1829; la denominada *deuda de tesoreria*, no liquidada i pendiente hasta la misma fecha; la procedente de sueldos no satisfechos, de gastos causados por las legaciones de Colombia en el Brasil, Perú i Méjico, i en el consulado jeneral de los Estados Unidos, i en la conservacion de los archivos colombianos en Lóndres i Lima hasta igual fecha; los de la legacion en Roma hasta el 24 de febrero de 1832; i todos los gastos hechos en el congreso constituyente de Colombia de 1830; debian reconocerse por las tres repúblicas en la misma proporcion establecida por base. Cada una debia acreditar un comisionado para que fuera a Lóndres a entenderse i arreglar con los acreedores el modo, forma i plazos de satisfacer las respectivas deudas, i una vez convenidos con la particion practicada en Bogotá, tenian que entregar los dichos acreedores los vales colombianos, i recibir en cambio otros nuevos, cesando desde entónces la responsabilidad mancomunaria que pesaba sobre las tres secciones de Colombia.

Los vales colombianos, recojidos i cancelados en Lóndres, debian remitirse a la comision de minis-

tros de las tres repúblicas, que para el objeto habia de reunirse en Bogotá para proceder a las operaciones ulteriores. Esta comision no podia admitir, i ménos reconocer, ningun crédito que no hubiese sido calificado i aprobado por los empleados llamados para este efecto por las leyes colombianas: debia llevar un registro por triplicado de los reconocimientos que hiciere de los créditos que ganaban el tres i cinco por ciento, espresando el nombre, patria i residencia del acreedor, i la suma de su crédito; i cancelar, por medio de razones puestas i firmadas por los tres ministros, los documentos orijinales. Terminado el reconocimiento de toda la deuda, debian proceder a la division entre las tres repúblicas, de conformidad con la misma base de proporcion, a la correspondiente adjudicacion. Las deudas flotantes i de tesoreria, radicadas ya en las aduanas i tesorerias de alguna de las tres repúblicas, debian tenerse presentes para los descuentos i compensaciones en la misma proporcion.

Ademas, la comision de ministros debia quedar autorizada para oir las reclamaciones que se hicieren contra la república de Colombia, siempre que se contrajesen a negocios celebrados hasta el 31 de diciembre de 1829, i para liquidar i transijir las que se apoyasen en sentencias pronunciadas por los tribunales de justicia de dicha república; para oir las solicitudes i transijir igualmente los créditos que ya estuviesen reconocidos como lejítimos, i los procedentes de contratos, órdenes i libramientos espedidos por autoridad competente, segun su naturaleza i época; i para oir, por último, los cargos hechos por espoliaciones cometidas por corsarios colombianos, i liquidar sus créditos i transijirlos. Para los casos en que se implorare de las senten-

cias pronunciadas, quedaba tambien autorizada la comision para practicar arreglos equitativos, reservando a cada uno de los gobiernos respectivamente el derecho de acceder a su aprobacion o a de negarse.

Los créditos activos de Colombia contra el Perú i Bolivia por los ausilios prestados para la guerra de la independencia, i las acciones i derechos de la misma Colombia contra los negociantes de los empréstitos hechos en Paris i Hamburgo por los años de 1822 i 1824 u otros; debian dividirse entre las tres repúblicas en la misma proporcion que las deudas tan luego como fuesen liquidados los créditos, o esclarecidos los derechos i acciones. Esta particion debia tambien practicarse por la misma comision de ministros.

Por mucho, pues, que repugnara a la equidad i por contraria que fuese a los intereses de la nacion, parecióles urgente a los diputados i gobierno del Ecuador prestarse a la aprobacion de tales arreglos; i en consecuencia, los primeros los aprobaron en efecto, i el poder ejecutivo los ratificó el 26 de diciembre de 1837. Poco despues se nombró un agente confidencial a que se entendiese con los acreedores británicos, un agente diplomático para el gabinete de San James, i un ministro plenipotenciario para el de Bogotá para los arreglos que debia practicar la comision de ministros.

La deuda, con capital e intereses vencidos hasta el 31 de diciembre de 1838, montó a 103.398,286 pesos $\frac{68}{100}$, i la parte que de este monto perteneció pagar al Ecuador a 22.230,631 pesos con $\frac{64}{100}$.

XI.

1838. También el año de 1838 habria transcurrido enteramente en paz, a no haberse turbado algunos dias, en el mes de marzo, por la insurreccion hecha en Riobamba por el batallon *Número 2º*, acantonado en dicha plaza. No fué una simple sublevacion de cuartel, como al principio supuso el gobierno, sino esplosion de las mismas pasiones vencidas en Miñarica. El ex-jefe supremo, señor Valdivieso, i unos cuantos personajes del mismo bando veian todavia oscurecido el horizonte con el humo i torbellinos levantados en aquel campo de batalla, i habian conseguido seducir a los comandantes José Martínez Aparicio i Gualberto Pérez, segundo i tercer jefes de ese cuerpo, i comprometerlos a que lo insurreccionasen. Parece que, contando con el tercer jefe del rejimiento de *Lanceros* acantonado en Ibarra, contaban tambien con esta caballeria; i en tal concepto, por medio de un grito simultáneo de dos exelentes cuerpos, era cuasi seguro el buen éxito de la revolucion. Pero los caudillos que se encargaron del desempeño no fueron sin duda para la empresa, i por un exeso de aprehensiones de todo en todo infundadas, el coronel Alejandro Machuca, hijo de Cuenca, veterano de los de Carabobo i destinado a ponerse por el pronto a la cabeza de los insurrectos, la precipitó en la noche del 10 de marzo, sin esperar el acuerdo del jefe i oficiales complicados en Ibarra.

Al amanecer del 12 llegó a Quito la noticia de la insurreccion, i Rocafuerte, hombre dotado de valor, práctico en los negocios públicos, i hábil para hallar arbitrios en las circunstancias mas apu-

radas, desplegó toda su actividad para combatirla; tanto que en tres dias se puso ya en estado de defender la capital, la inmediatamente amenazada, i hácia la cual se habian puesto ya en camino los insurrectos. Estos que contaban con los ausilios i cooperacion de los hombres que los habian seducido i animado a la rebelion, venian seguros de ello, i de tener avisos oportunos de los pasos que daba el gobierno i de sus fuerzas; i sin embargo, ni recibieron los socorros ofrecidos, ni un solo posta ni cosa que pudiera alentar su marcha, i ni aun tenian las municiones suficientes. Tan nada instruidos venian de los movimientos de las tropas del gobierno, que no supieron de ellos sino poco ántes de tocar en la quebrada Hualilahua, que es donde llegó a darse el combate el 17 del mismo mes.

El señor Rocafuerte habia improvisado una columna de ochenta a cien infantes, compuesta de oficiales retirados, inválidos, ministriles i algunos enganchados; de modo que, unida al rejimiento de de caballeria comandado por el coronel Martínez, montaron las fuerzas del gobierno a cosa de trecientos hombres. Fué puesto a la cabeza de ellas el jeneral Daste, i salió de Quito el 16 en busca de los insurrectos.

El coronel Machuca que, como hemos dicho, venia acaudillando el cuerpo sublevado, grueso tambien de trecientas plazas, procuró, prudente, poner a cubierto su responsabilidad i ofreció el mando al coronel Muñiz, aquel mismo jefe que figuró en la campaña de 1834, o al coronel Mota, que se habia unido a la revolucion, i aun al mismo comandante Aparicio, a quien debian su buen éxito. El ofrecimiento lo hizo así como llegó el instante de combatir; mas, fundándose estos jefes en que

Machuca era el mas antiguo en la carrera, se negaron todos, i entónces se puso este a dictar las disposiciones para el combate. Desplegó una compañía en guerrilla, i avanzando con esta hácia el enemigo, dejó lo restante del cuerpo atras de la quebrada de Hualilagua. Aquel avance, a juicio de los entendidos en el arte de la guerra, le llevó a su perdicion; pues debió, dicen, mantenerse al otro lado del barrancoso riachuelo, para tener así cubiertos no solo sus flancos sino tambien el frente.

El riachuelo *Hualilahua*, orijinario de las faldas orientales de la cadena occidental de los Andes, corre entre encrespados i altos barrancos, i atravesando el camino ordinario, va a unirse con el *Guailabamba*. El camino por el punto que lo atraviesa la quebrada, tiene, a derecha e izquierda, zanjas hondas para impedir que los ganados se desmanen de las dehezas en que pastan; i el coronel Machuca pensó que, combatiendo de frente contra la caballeria, i en terreno poco o nada a propósito para esta, no tenia cosa que temer por los costados defendidos por las zanjas.

Pero el jeneral Daste, contra el pensar de su enemigo, mandó echar pie a tierra a una parte de la caballeria, para que, uniéndose a los infantes, rompiesen los fuegos de frente; i mientras tanto atravesasen los demas la zanja que cubria el flanco izquierdo de Machuca. Obraron estos como se habia dispuesto, i una vez vencido el paso de la honda zanja, rompieron los fuegos por este costado, mataron al coronel Muñis, que estaba a la cabeza de la compañía de volteadores, i aun al oficial que la mandaba. En vano el comandante Aparicio, que la reanimó con su presencia, alcanzó a detener los pasos de los de a caballo que aun fluctuaban entre

cargar o cajar, pues el coronel Martínez, el jefe del regimiento, al ver la vacilacion de sus soldados, se adelanta, lanza en ristre, a manteles echados en medio de los fuegos enemigos. Siguenle los suyos alentados con el ejemplo de tan valiente jefe, i en pocos instantes acuchillan a mas de la mitad del cuerpo sublevado. Los que intentaron huir dispersos, pero sin desviarse del camino, murieron mas pronto en la persecucion, i quedaron tendidos en el campo obra de docientos hombres.

Los oficiales Francisco i Secundino Darquea, hermanos, tomaron la retirada por caminos estraviados, i defendiéndose airosamente con quince soldados que les acompañaban, i de los cuales aun murieron siete en los repetidos tiroteos que sostuvieron con los perseguidores, se salvaron por los docientos páramos del monte que llamamos *Cora-zon*.

Tambien las fuerzas del gobierno tuvieron algunos quebrantos. El jeneral Daste, al caer de su caballo herido de una bala, fué lanceado por el oficial Medina, el antiguo sarjento que vendió a los patriotas en la noche del 19 de octubre. Soldado advenedizo sin afecciones por el Ecuador ni opinion propia, se puso a merced de los revolucionados en Riobamba, i al servicio de la misma causa a la cual ántes habia hecho una traicion de las mas ruines.

Tambien salió herido el coronel Talbot, i contuso el coronel Martínez, el héroe de la jornada. En cuanto a la tropa, la pérdida del gobierno no pasó de veinte entre muertos i heridos.

El coronel Machuca, que habia logrado escapar en el combate, tomó su derrotero por los páramos del mismo *Hualilahuá*, i al cabo de algunos dias se le encontró muerto por las inmediaciones de la

quebrada de este nombre. Segun las averiguaciones judiciales que se hicieron, resultó que habia sido muerto a palos por unos indios que, encontrándole dormido, tuvieron propicia la ocacion para robarle.

Tras el triunfo de Hualilahua comenzaron las persecuciones con aquella actividad i tenacidad tan propias de Rocafuerte. Ya para entónces estaba desengañado de que no habia sido obra de un simple motin de cuartel, sino de los mismos patriotas del año treinta i tres, en que figuraban los señores Valdiviosos, Gómez de la Torre, Espineles, Sans, Condes, Urreas, Gómez, Estupiñanes, etc., etc. En consecuencia, mandó prender al ex-jefe supremo, i a los señores Espinel (hoi vicepresidente de la república), José Miguel Valdivieso, (de Cuenca), Roman, Gortaire, Suárez (de Ambato), Monsalve [el coronel], que no sabemos cómo vino a complicarse con los de este partido, i al capitan Castillo, a quienes desterró. Aun mandó someter a juicio a cuantos prisioneros fueron tomados en el conbate, i si escaparon la vida fué porque los tribunales, arrimándose a la letra del código penal, que solo considera consumada una rebellion cuando procede el requerimiento hecho por la autoridad respectiva, tuvieron por justo el absolverlos.

Cuando el señor Gonzáles, ministro de lo interior, dió, en la *Memoria* que pasó al congreso de 1839; cuenta de esos destierros, espuso que los hombres *exaltados* “confundiendo la separacion con el *extrañamiento*, suponian haberse inflijido una grave pena sin prévio juicio, cuando la *legal separacion* equivale solo a un arresto en mas amplio aposento.” Graves fueron las murmuraciones que por semejante discurrir recayeron sobre el ministro, pues ántes

se asemeja, dijeron, a la dialéctica de los escolares que no al de los estadistas.

XII.

La república, a vuelta de la paz turbada por tan pocos días, continuó gozando de sus beneficios hasta el término del periodo constitucional del señor Rocafuerte. El 7 de julio abrió este un colejio militar con aquel aparato que sabia dar a sus acciones gubernativas. Conocia que los pueblos se dejan llevar de las imágenes que se palpan con los sentidos, i sabía hacerlas palpar del modo que gustaban. El colejio fué bien montado i bien arreglado, i de sus claustros salieron, poco despues, jóvenes de educacion i oficiales instruidos que honraron las filas de nuestro ejército.

El señor Rocafuerte, al elevarse a la presidencia de la república, la encontró mendicante, conmovida, ajitada hasta lo sumo con aquella larga lucha que vino a tener término en *Miñarica*. Al bajar del solio el 31 de enero de 1839 la entregó con casas i colejios de educacion bien arreglados, con cuerpos de ejército alimentados i vestidos, con empleados satisfechos de sus sueldos en la mayor parte, con profesores acreditados, i artistas i artesanos que proclamaban a gritos la proteccion que les habia dispensado, con hospitales i mas casas de caridad que bendecian sus arreglos i cuidados, con un regular sistema de rentas i buen crédito, i sobre todo con honra e influencia entre las naciones vecinas, porque supo conservar el orden i tranquilidad interior, i mantener intactas las relaciones con los gobiernos extranjeros. Si no fué entera i cabal la conducta de este exelente administrador de los

intereses públicos, si no fué como la de esos héroes de novelas en que la fantasía de los romancistas los dibujan con la espresion i coloridos que tienen los ángeles; probó a claras que su ambicion habia sido pura i noble, de esas que enaltecen, i no que abaten; probó que era hombre bien digno de rejr los destinos de la patria, i digno de que se perdonaran sus estraviados arranques.

CAPITULO VII.

Segundo periodo presidencial del jeneral Flóres.—Trabajos legislativos del congreso de 1839.—Intervencion del Ecuador en la guerra doméstica de Nueva Granada.—Encuentro de Huilquipamba.—Congreso ordinario de 1841, sus tareas i disolucion.

I.

La lejislatura de 1839 que abrió el tercer periodo constitucional de la república, se reunió el 15 de enero, dia legalmente señalado para ello. En lo primero que debia ocuparse era en la eleccion de los altos empleados, i en efecto, reunidas las dos cámaras en congreso, procedieron a elejir presidente i vice-presidente de la república, i resultaron nombrados, para el primer puesto, el jeneral Flóres con veinte i nueve votos, de treinta i ocho diputados presentes, i el señor Francisco Aguirre, para el segundo, con veintiuno.

En cuanto a la eleccion del primero no hubo cosa que estrañarse, pues parece que todos estaban de acuerdo en ello. No así con respecto a la del vice-presidente, pues era fama, i de cierto mui es-

parcida, que la eleccion debia recaer en el señor Vicente Ramon Roca, el íntimo amigo i fiel servidor del jeneral Flóres, a quien, si no ofrecídole esplicita i directamente, le habia dado a entender que seria su compañero en el despacho i participacion del ejercicio del poder ejecutivo. No obstante estos compromisos, el jeneral Flóres vino a cambiar de idea i resolucion, e influyendo en que lo fuera el señor Aguirre, exaltó la cólera i rencor del señor Roca, i convirtió a este en enemigo tenaz i formidable. El señor Roca, desde entónces, comenzó a hacerle una oposicion activa e incesante, hasta el término de pasar al estado de guerra, i al cabo triunfar de su adversario.

Una accion puramente personal influye poderosamente, muchas veces, en los destinos de todo un pueblo, i no debe olvidarse que, donde al parecer solo se ven los impulsos del interes público, se encubre frecuentemente el privado, el particular, tal vez el de un solo individuo; i pronto veremos cuanto influyeron el sentimiento e indignacion de Roca por el desaire notoriamente recibido.

En una segunda sesion del mismo dia se presentó el presidente nombrado a prestar el juramento constitucional, i contestando el discurso que le dirigió el de la cámara del senado, señor Fernández Salvador, ofreció, entre otras cosas de su programa gubernativo, una garantía que pocos gobernantes se esponen a ofrecer, i que produjo mui gratas impresiones: "La atribucion 3^a, dijo, del artículo 65 [*] no estará en ejercicio durante el período de

(*) El constitucional que permitia al presidente de la república interrogar, arrestar i trasladar de un punto a otro del territorio del Estado o fuera de él a los indiciados del crimen de conspiracion.

mi mando. Así, ningún ecuatoriano será estrañado de la república sin que preceda sentencia judicial: yo lo prometo. Todos los ciudadanos indistintamente serán llamados a servir los destinos públicos que vacaren, sin consultar otro precedente que su mérito relativo, sus aptitudes i probidad. De hoy mas confio que no habrá en el Ecuador sino una sola causa, la de la nacion, ni un interes mayor que el de su libertad."

Una sola causa, la de la nacion, era mucho esperar, i esperar candorosamente, de un pueblo todavía dividido en bandos, i de una república de las americanas, donde, al parecer, anda establecido el interes de ochenta o cien hombres, que no el de todos. I esos ochenta o cien hombres tienen que dividir al pueblo, para que unos hagan de perseguidores i otros de perseguidos; pues, entre nosotros, mal que nos pese confesarlo, las causas de las naciones están reducidas a las que suscitan los ambiciosos a los puestos públicos.

El programa del jeneral Flóres, como hemos dicho, fué bien apreciado por los pueblos, i cierto que se hallaba en aptitud i disposicion de ser cumplido i lo cumplió. El Ecuador acababa de ser rejido por un gobierno culto, en verdad, i hasta progresivo, pero duro i áspero; por un gobierno represivo que dejaba vencidas i castigadas las tentativas de revolucion i cuantas se habian verificado, i era de esperarse fundadamente que no asomarian otras por algun tiempo. El jeneral Flóres habia influido en que se espidiesen salvo-conductos a los emigrados i estrañados, en que se perdonase a los últimamente complicados en la revolucion de Riobamba, i aun favorecido los intereses privados de los mismos que le hicieron la guerra en 1833 i 1834, pues

se empeñó en que el congreso de treinta i siete decretase indemnizaciones por los perjuicios que recibieron a causa de su emigracion. Con tan buenos procedimientos, convertidos sus antiguos enemigos en amigos mui agradecidos, logró hacerse querer cuasi de todos, i que los odios solo recayesen contra el señor Rocafuerte que los habia perseguido i castigado.

Atinada i sagacísima fué esta política del vencedor en Miñarica, i si bien conocia que aun le quedaban enemigos aferrados que vijilar, sabia asimismo que eran mui pocos i no de mucha cuenta, i contaba con que, formando un gobierno nacional i sosteniendo prudentemente la paz que dejaba afianzada su antecesor, mejoraria la suerte del pueblo, i volveria a ser amado como lo fué en 1830. Por desgracia para el mismo jeneral Flóres, i mas todavia para la patria, su vanidad militar llegó a envolver a la nacion en nuevas guerras, i a esponerle a él a su perdicion.

1839. Zumbando estaban todavia en sus oidos los justos cargos hechos por su decidida proteccion a la jente forastera que habia ocupado los destinos públicos de mas importancia en el primer período de su gobierno; i en 1839 trató de reparar tales ofensas i las reparó en la mayor parte. Llamó para el despacho del ministerio de lo interior i relaciones exteriores al señor Francisco Márcos, patriota de los del año veinte; para el de hacienda al señor Luis Saa, patriota de los del año nueve i mui acreditado jurisconsulto; i al jeneral Matheu, el enemigo político i hasta personal del presidente, para el de guerra i marina. Los señores Saa i Matheu habian sido de los mas acalorados, por no decir encarnizados, opositoristas en la primera

gobernacion de Flóres, i la injerencia de ellos en la segunda vino a ofrecer una prueba palmaria de que andaban ya olvidados los antiguos odios, de que estaban reconciliados los partidos, i aceptados los principios del nuevo gobernante. I no solo el jeneral Matheu, mas otros muchos que estaban en el mismo caso, i que habian sido borrados de la lista militar despues de la batalla de Miñarica, fueron reinscritos i reconocidos con sus grados i respectiva categoria.

Si no hubo sinceridad o buena fé en los que ahora vinieron a barajarse con el jeneral Flóres en su segundo periodo gubernativo, tanto peor para ellos, pues habrá que condenarse tal perfidia. Lo cierto, a no dudar, es que la eleccion del jeneral Flóres fué bien recibida por la jeneralidad de la nacion, i que cuantos formaban cuerpos colejiados i los particulares comenzaron a desempeñar sus deberes con actividad, contento i hasta entusiasmo. Establecimientos de sociedades literarias en las ciudades principales, de *Amigos del país* en cuasi todos los cantones i parroquias de lo interior, trabajos de calzadas i caminos, apertura de nuevas escuelas, reglamentos bien meditados acerca de los diversos ramos del gobierno, restablecimiento de la libertad de imprenta, muerta, que no estanca-da, durante la gobernacion de Rocafuerte, fraternidad entre los mas de los ecuatorianos que ántes andaban divididos; todo parecia concurrir a tiempo i ocacion para el bienestar i prosperidad de de la república. Hasta se llegó a merecer que los prelados de los cuatro conventos máximos de la capital, movidos de noble patriotismo, pusiesen a disposicion del gobierno todos los conventillos que fuesen necesarios para establecer casas de educa-

cion, i aun ofrecieron contribuir para los gastos de la plantacion de las nuevas, o del mejoramiento de las ya establecidas.

Pero de tanto como se abarcó i comenzó a hacer, de tanto como se esperó hasta por ocho o diez meses de completa paz, si se eceptúa una legua o ménos del camino del sur, que se compuso i mejoró de una manera al parecer estable, i con la singularidad de haber sido el mismo presidente el que colocó la primera piedra, lo demas quedó reducido a proyectos, o no mas que en embrion. El presidente, valga la verdad, no gustaba de esta clase de obras; le faltaba verdadero interes, o si le tuvo, le faltó constancia, la vencedora de las mayores dificultades. Cansóse mui pronto, i por falta de estímulos, el pueblo volvió a su connatural apatia, a pensar en la política, cuando no injerirse en ella; i de lá política a ver de volcar el gobierno que no hacia cosa en provecho del pueblo. El jeneral Flóres, en los campamentos, era el centinela, el capitan, el jefe del ejército, porque habia nacido para soldado i para la guerra. La banda del majistrado le sentaba mal.

Por lo que respecta a sus ministros, parece que no fueron mui a propósito para hacer cosa de importancia en sus respectivos ramos. El señor Márkos, leal i viejo partidario del presidente, no se apartaba un punto de las ideas i querer del amigo a quien servia: el señor Saa, tenido entre sus colegas del foro como un lince para calar las dificultades i la filosofia de las leyes, desempeñó el despacho de hacienda como hombre que no conocia la materia; i el jeneral Matheu, apocado i perezoso, dejaba que se obrase del modo que se quisie-

ra, sin gozar por consiguiente de influencia ninguna en los asuntos de Estado.

A mediados de 1839 debian hacerse las elecciones de senadores i diputados. Los tiempos de elecciones, en las repúblicas, cuando los pueblos no se van a mas de lo que les toca por derecho, son en los que propiamente ejercen el que les da la constitucion i leyes; i ahora, venida a las manos la ocacion, renacieron muchos de los antiguos opositonistas, unidos i concertados con otros nuevos. Comenzaron a obrar, en Quito i Guayaquil por medio de la publicacion de periodicos, i al andar de poco, gobernantes i gobernados volvieron a ocuparse enteramente en la política interior, la ciencia ingrata, mas que ingrata, devoradora i descarada que lo absorbe todo sin producir cosa. Los hombres mansos i modestos volvieron a vejetar; los turbulentos a conmover i agitar.

A pesar de esto, continuó a lo ménos la paz doméstica durante los años de 1839 i 1840; i la nacion, en punto a guerras i alborotos, no tuvo desgracias que deplorar, no obstante las graves turbaciones que aflijian a las vecinas, la Nueva Granada i el Perú.

II.

Tambien la legislatura terminó sus sesiones en paz, pues, aunque se introdujo por el señor José Félix Valdivieso una acusacion contra el ex-presidente Rocafuerte i sus ministros, por el destierro a que le condenaron en el año de treinta i ocho, fué retirada de luego a luego por influencia del jeneral Flóres que lo podia todo. En la cámara de diputados denunció uno de ellos (el señor Cucalon)

el decreto de proscripcion espedido por el señor Rocafuerte contra los sublevados en Riobamba, como refractario de la constitucion i leyes; mas tambien quedó relegada la denuncia. Ultimamente, se introdujo otra acusacion contra el mismo por el coronel José Maria Urvina, tambien por quebrantamiento de la constitucion i leyes, i aunque esta llegó al caso de formalizarse, puesto que se procedió ya al sorteo de los que debian componer la comision para abrir su parecer, tampoco se llevó adelante.

El congreso de 1839 dió: 1º el pase al breve de L. S. Gregorio XVI sobre reduccion de los dias de fiesta, ántes en tanto número que, sobre favorecer la natural ociosidad de las clases de artesanos i jornaleros, llevaban espuesta la agricultura, principalmente en las tierras bajas o costaneras donde escasean los brazos: 2º el decreto que habilitó el puerto de Sanlorenzo, esperanza entónces, como hoy, de los progresos del comercio, pero que sin un camino para lo interior de la república, hacia nula tal habilitacion: 3º el que abrió las puertas a los buques mercantes españoles; decreto bien consultado, provechoso i justo, puesto que ya era tiempo de renovar nuestros vínculos de sangre i afectos comunes con la madre patria, i estrechar nuestra amistad con el pueblo que, preferentemente a los demas europeos, debia ser invitado con ella: 4º el decreto por el cual se restableció el de 4 de marzo de 1826 espedido por el congreso de Colombia, prohibitorio de que entren los jóvenes de ambos sexos a los conventos sin tener 25 años de edad: 5º la lei de aranceles que regla los derechos parroquiales, decreto conveniente a pesar de los defectos con que e dió, por la clasificacion anómala de españoles,

meztisos e indios, en un pueblo donde todo es meztizo, i en una república donde suenan mal tales calificaciones; pues a lo ménos con él vino a ponerse coto a la codicia de algunos párrocos que ántes fijaban los derechos a su alvedrio: 6º el decreto sobre enseñanza de obstetricia, espedido a solicitud del presidente: 7º la lei del procedimiento criminal, que subsiste hasta nuestros dias, sin otras alteraciones, si las ha habido sustanciales, que algunas pocas, procedentes de los vacios que el tiempo i la esperiencia vinieron a ponerlos en claro; i 8º el decreto que autorizó al presidente para que pudiera hacer venir de los pueblos estranjeros dos o tres profesores de ciencias, artes i oficios; pues estamos entendidos que fué, en virtud de dicho decreto, que se verificó el viaje del señor Sebastian Wisse, como ingeniero civil de la república. Debemos a este ilustrado frances los fragmentos topográficos de las provincias de Imbabura, Pichincha, Leon, Esmeraldas i Manabí, i varios informes científicos sobre diversos ramos. Los demas trabajos legislativos no merecen mencionarse por falta de importancia.

III.

Habíase acreditado, durante el periodo constitucional de Rocafuerte, al señor Pedro Gual de enviado extraordinario i ministro plenipotenciario ante L. M. Británica, i de ministro plenipotenciario ante L. M. Católica i ciudades anseáticas, con encargo de que provocase al gabinete español al reconocimiento de la independencia del Ecuador; i el señor Gual, miéntras cumplia con su comision en Lóndres, se dirigió al ministro de relaciones es-

teriores de España con el indicado objeto. Reinaba en España doña Isabel II, i a su nombre, como gobernadora i rejente, la reina viuda de Fernando VII, doña Maria Cristina de Borbon, quien, autorizada por un decreto de las cortes (4 de diciembre de 1836), apreciando los deseos que manifestaba el Ecuador i mirando por los intereses de los españoles que habían sido domiciliados en la antigua presidencia de Quito; aceptó sin resistencia las nuevas relaciones que se le ofrecieron. El gobierno español renunció, en consecuencia, la soberania, derechos i accion que correspondian a la corona, i reconoció como libre e independiente la república del Ecuador. El reconocimiento se verificó en Madrid el 16 de febrero de 1840, i por un acto posterior (2 de junio del mismo), se celebraron tratados de comercio, navegacion i consumo.

Así para el reconocimiento como para la celebracion de los tratados, fué, por parte del gobierno español, nombrado plenipotenciario don Evaristo Pérez de Castro, secretario de Estado i presidente del consejo de ministros; i los puntos principales que ellos contienen, despues de lo relativo al reconocimiento de la independencia, son: el libre derecho de los ecuatorianos i españoles para hacer reclamaciones por las deudas contraidas entre sí, i la prohibicion de que las autoridades públicas pongan obstáculos a las que tambien se hiciesen por razon de matrimonios, herencias u otros títulos adquisitivos de dominio: el reconocimiento de la deuda contraida en las tesorerias de la antigua presidencia, ya por órdenes directas del gobierno español, ya por las autoridades entónces establecidas en su territorio, siempre que estén registradas en los libros de cuenta i razon, o se pruebe, por otro medio le-

jítimo, que fué contraída durante ese gobierno hasta 1822 en que el Ecuador afianzó su independencia: la restitution de los bienes, muebles o raíces, secuestrados o confiscados a causa de la guerra de entónces, què todavía pararen en poder de los gobiernos ecuatoriano i español, pero no los frutos que hubiesen producido desde el secuestro o confiscacion; i la indemnizacion equitativa a sus respectivos dueños, en el caso que ya tales bienes hubiesen sido vendidos o de otro modo enajenados. Las reclamaciones debian hacerse dentro de cuatro años perentorios, contándose desde la ratificacion de los tratados.

Puede que algunos ecuatorianos i aun algunos americanos apasionadamente rencorosos contra el pueblo conquistador de nuestro continente achaquen de inútil i hasta gravoso este tratado. Pero se debe considerar que el Ecuador no habia perdido ni podia perder sus afectos por ese pueblo al cual le unian vínculos de suma estimacion, i el pueblo ecuatoriano apreció i festejó cordialmente el reconocimiento de su existencia política hecho por la España. Ya no era tiempo de vérsela como á madre terca sino como a hermana, igual en obligaciones i derechos: pasados los sacudimientos de la guerra i calmadas las pasiones del tiempo en que lucharon a muerte, debiamos cambiar de afectos i de lenguaje, i hablar con orgullo de nuestra rasa.

Pero si el pueblo apreció i festejó entónces ese reconocimiento, seis años despues descubrió que los A. A. 5.º i 6.º de los tratados habian dado ocasion a nuestros gobernantes para que se enriqueciesen a costa del erario; i rabió contra tal ocasion. Habiéndose presentado el español Yénquis, esposo i heredero de doña Salud Lavasta i Villavicencio,

donataria del obispo Santander (el que, por no jurar la constitucion de Colombia, abandonó su rebaño i se apartó de Quito en 1822), i habiendo demandado las rentas que suponía debérsele, obtuvo, por influencia de nuestro propio gobierno, que el tribunal de segunda instancia le declarase en 1842 con derecho a ellas i ordenase la correspondiente liquidacion. Practicada esta, resultó contra la nacion el alcance de 149,303 pesos 4 $\frac{3}{4}$ de real, i el alcance lo negoció Yénquis con el presidente de la república, el cual fué pagado de 80,106 pesos 5 $\frac{1}{2}$ reales en dinero. (*)

Así, pues, sobre haber influido en que se declarase al representante del señor Santander con derecho a las rentas del obispado que abandonó, i sobre no haber podido satisfacerse en dinero sino en billetes, conforme a la naturaleza de la deuda i leyes que rejian; el resultado vino, por remate a pasar en provecho del jefe del Estado, a quien, mas que a otro alguno de los empleados, incumbia velar sobre la buena administracion de las rentas públicas.

IV.

Hemos dicho que la tranquilidad pública de N. Granada i Perú andaba perturbada por este tiempo; i aunque las alteraciones del último, procedentes del establecimiento i desaparicion de la *Confederacion Perú-boliviana*, a cuya cabeza se habia puesto el jeneral Santacruz, no tuvieron influencia ninguna en los negocios del Ecuador, las de Granada vinieron a injerirse en ellos. Necesario es, pues, hacer conocer la causa de sus turbulencias para

[*] El "Nacional" núm.

comprender así con claridad la parte que vino a caberle al Ecuador.

Habíase decretado en N. Granada la supresion de los conventillos, i los pueblos de Pasto, llevados de su piadoso, bien que exajerado, afecto por la relijion, i teniéndola erróneamente por perdida con semejante decreto, dieron por el mes de junio de 1839 el grito de insurreccion contra su gobierno, i esto precisamente en las malas circunstancias de que se acercaba el tiempo en que debia nombrarse el nuevo presidente de la república. El interesado impulso de algunos de los relijiosos de Pasto conmovió el fanatismo de la jente ruda, i la jente ruda se prestó, sin saber lo que hacia, a trastornar el orden i tranquilidad de su patria.

Por entónces la insurreccion quedó rendida al asomo de las tropas que trajo el jeneral Herran, a quien los sediciosos se sometieron, bien que mal de grado, despues del encuentro de Buesaco.

Parece que el gobierno del presidente Márques tenia por candidato, para la sucesion, al jeneral Herran, i que el partido dicho *liberal* en N. Granada se habia fijado en el jeneral José Maria Obando. Interesado, por consiguiente, el gobierno en apartar a éste de la competencia con aquel, culpó a Obando, tal vez sin ninguna razon, de instigador de la revolucion de Pasto, i no solo esto, sino que resucitó, indiscreto, el ya relegado proceso, seguido para el descubrimiento del asesinato del Mariscal de Ayacucho. A no haberse acordado de él en tan mal tiempo, el pueblo granadino no habria tenido que llorar, como lloró mui luego i mui largo, por las bien sangrientas desgracias que sobrevinieron, a causa de la insurreccion de Pasto, casi en todas las provincias de la república.

Ora porque el jeneral Obando contara con la seguridad de que no podrian presentarse las pruebas del asesinato en su contra, ora por reservar en su ánimo proyectos de otra especie, dió el caballeroso i bien arriesgado paso de presentarse a juicio en el lugar en que se seguia la causa, i salió de Bogotá, a donde habia ido para justificarse de la imputacion hecha por los trastornos de Pasto, i se puso en camino para esta ciudad. Tal gallardía, sin embargo, no pasó de parecer tal, pues creyendo realmente o fingiendo creer que habia muchas prevencciones contra él, i que trataban de asesinarle, en son de ser el responsable del crimen cometido en Berruecos; levantó alguna fuerza armada, en su tránsito de Popayan para Pasto, se volvió para la primera, i combatiendo con el jeneral Herran en Arboles, quedó de vencedor.

Las esplicaciones que se dieron vencedor i vencido, i la necesidad de que el jeneral Obando, hombre de gran influencia en Pasto, cooperase a restablar la tranquilidad que habia llegado a turbarse con mayor fuerza, decidieron a éste a venirse, en junta del jeneral Herran, i a someterse al juicio que, como hemos dicho, se seguia en esta ciudad. El proceso progresaba, por una parte, esto es cierto; mas parece que tambien iba en aumento la inquietud de los pastusos, i bien por tal motivo o por otro que no nos toca juzgar, el gobierno granadino envió en auxilio de Herran un cuerpo de quinientos hombres al mando del jeneral Mosquera.

A la llegada de dicho jeneral, enemigo político de Obando desde mui atras, creyó éste que todo aquel aparato de fuerzas no tenia otro fin que el de asegurar el triunfo de la candidatura del jeneral Herran, i que manteniéndosele encausado o influ-

yendo en que se diera una sentencia desfavorable, iba el gobierno a dejarle fuera de toda competencia en las elecciones de presidente. Convencido o no de esto, lo que tampoco nos toca decir, quebrantó la prision i, uniéndose de seguida con los mal afamados Sária, Alvares i Tórres, complicados en el proceso de Sucre, levantó una segunda insurreccion, i puso en apuros a los jenerales Mosquera i Herran.

La tranquilidad de la provincia de Popayan andaba ya tambien turbada por este tiempo; se contajió luego la de Véles, i la fermentacion, creciente dia a dia, comenzó a dejarse palpar en otros muchos puntos de N. Granada. Entónces Herran, como jeneral en jefe del ejército, volvió los ojos al presidente del Ecuador; i le pidió i suplicó que interviniese en los negocios de mas allá del *Carchi*.

V.

1840. Ya desde el febrero de 1840 habia discretamente ordenado el gobierno del Ecuador que marchase a la línea un rejimiento de lanceros, a fin de preservarse de todo contacto con los disidentes de la provincia limítrofe. La desaparacion del jeneral Obando del calabozo en que estaba, i las muchas fuerzas que exajeradamente decian haber reunido este jeneral para hacer la guerra a sus enemigos, i librarse del juicio a que se habia sometido, no eran por cierto sucesos que podian esponer la tranquilidad del Ecuador; i nuestro gobierno, sin embargo, aceptó la llana invitacion del jeneral Herran para intervenir armado en las contien-das caseras de N. Granada. El jeneral Flóres, amigo del ruido de las armas, i siempre inquieto i tra-

vieso, olvidó al punto sus buenos propósitos de atender solo a la prosperidad del pueblo que rejia, i posponiendo los tranquilos i fructuosos goces de la paz por el triquitraque de los combates, organizó un ejército a cuya cabeza se puso el mismo, i atravesó la línea del *Carchi* el 10 de setiembre con mil ochenta i siete hombres. Poco despues hizo pasar una segunda division de otras mil plazas.

Por un oficio [19 de agosto], pasado por el jeneral Herran al ministro de relaciones exteriores, deducimos que se habian arreglado ya antecedentemente otros negocios, i que las fuerzas ecuatorianas podian ocupar el *Guáitara*, i aun el *Juanambú*, si fuere menester. Herran, para fundamentar la solicitud, pinta exajerado lo fuerte que se hallaba Obando con mil quinientos hombres disponibles, su resolucion manifiesta de invadir el territorio ecuatoriano, sirviéndose de los mismos facciosos que tenia a su disposicion, i el odio, si no rencor; con que miraba a los empleados superiores del Ecuador. El presidente, haciendo de niño, manifestó el dictámen de que creia en los riesgos que corria la tranquilidad de la nacion, influyó en que tambien lo creyera así el consejo de gobierno, i con la autorizacion dada por este cuerpo, fué a injerirse en la guerra de la república vecina, contra lo que prescribian la política e intereses del pueblo que le habia confiado sus destinos.

Si lo hizo llevado de la idea de adquirir nuevos i mas estensos límites para el Ecuador [es lo que pensamos], las circunstancias no podian ser peores; porque la buena moral i aun el simple decoro se oponian abiertamente a pensarse en sacar provecho de las penalidades que aflijan a N. Granada, i por que era esponerse a confirmar la interpre-

tacion de que iba a tenderla un lazo, en son de ausiliar i proteger la estabilidad de sus instituciones. La materia sobre límites, por los tratados de Pasto, i aun por las reglas comunes del derecho internacional, no debia discutirse i arreglarse sino amigablemente i por medio de otros tratados. En el año de 1840, en que ya el Cauca pertenecia a N. Granada, habian variado las circunstancias de 1831, en que este departamento, con motivo de la reciente disociacion de Colombia, pudo mui bien buscar la independendencia del sur i centro juntamente, o incorporarse al Estado que le ofreciera mayores conveniencias, atendiendo a su localidad, i conexiones i comercio con los vecinos.

I ni vendria en justificacion de semejantes pretenciones las solicitudes de los muchos ecuatorianos que apoyaron tal intervencion con entusiasmo i hasta con importunidad; porque, en todo caso, cumplia a nuestro gobierno rechazarlas, i aun por que Flóres mismo debió calar que ese entusiasmo i miras de muchos llevaban por lo bajo otro fin; el de envolverle en esa guerra para luego descartarse de él por medio de ajenas manos.

Si la política del jeneral Flóres le hizo tomar ese partido por distraer las atenciones de la oposicion que, como dijimos, habia renacido ya, la tal injerencia, cierto, era conveniente para su persona i los ministeriales; mas nunca para el pñeбло, cuyos intereses solo debian buscarse i hallarse en la continuacion de la paz que disfrutaba. La fuerza i grandeza de un pueblo se adquiere con la paz, porque la paz trae la poblacion, la riqueza i el buen crédito, i con un buen crédito, riqueza i po-

blacion, se hace, habiendo se entiende motivos justos, la guerra con ventajas i provecho.

El jeneral Flóres logró, en efecto, que amigos i enemigos solo pensasen i se ocupasen esclusivamente en los sucesos de Pasto, que se entusiasmasen todos los pueblos, i aun le sirviesen con gusto muchos individuos de los mas rencorosos, pues se prestaron a desempeñar varios destinos i comisiones de importancia.

VI.

Una vez resuelta la intervencion armada, que era lo principal, ajustaron en Túquerres entre el jeneral Stagg, comisionado del presidente, i el jeneral Mosquera, comisionado del jeneral en jefe granadino, el convenio de 23 de setiembre. Los trece artículos de que se compone este convenio, se hallan reducidos a dar las reglas o modo de pagarse los sueldos i raciones, llevar las cuentas de los gastos de la campaña i fijar los honores que debian hacerse a los jenerales i mas jefes de los ejércitos coligados. *El ejército, el parque i el tesoro del Ecuador* quedaron a disposicion de Herran, segun el decir de este jeneral en su oficio congratulatorio del 30 del mismo mes. Para el Ecuador, en recompensa, ajustadas bien las cuentas, solo quedó la satisfaccion de la vanidad de su presidente en ir a meter ruido en tierras de otros, pues lo que era la especulativa en punto a ensanchar las nuestras ya veremos como desapareció.

El ejército ecuatoriano se incorporó con el granadino el 27 de setiembre en lo que decimos cuchilla de Taindala, cuando el jeneral Obando tenia su campamento en Mejia i Tambor. Obando no tuvo

por conveniente esperar a los coligados en estos puntos, i se retiró a Pasto, que tambien lo desocupó, i en consecuencia los jenerales Flóres i Herran ocuparon la ciudad el 28.

Allí fueron informados de que el jeneral Obando habia pasado a acamparse en el pueblo de Laguna, i destacado una parte de sus fuerzas a Chahuarbamba, i el 30 se movieron en persecucion de él. Obando solo tenia por tropas pelotones irregulares, i andaba, por añadidura, cuasi del todo escaso de municiones: contaba si con la exelente posicion de la quebrada Huilquipamba, i se resolvió a dar el combate en este punto. Dos mil i mas hombres bien armados, municionados i equipados no podian ménos que contar con la certidumbre de la victoria, i despues de un corto i hasta poco nutrido tiroteo, la obtuvieron efectivamente los coligados. El jeneral Obando perdió cuarenta hombres muertos i sesenta prisioneros; los demas, incluso él mismo, se dispersaron por los riscos i selvas, i los de Chahuarbamba ni aun entraron en accion.

Los coligados (parécenos que vamos a referir los combates de los españoles con los indios, cuando la conquista, en los cuales, aun en los mayores, la muerte de dos o cuatro de los primeros i las de algunos caballos, eran sucesos que no podian pasar desapercibidos), los coligados perdieron un sargento, un corneta i tres soldados de la guardia nacional de Pasto, muertos, i dos soldados del mismo cuerpo heridos; un soldado muerto i dos heridos de la columna de *Pichincha*, i otro, tambien herido, del rejimiento *Lanceros*. Y sin embargo se hizo que retumbara el nombre de Huilquipamba como retumbaron en otro tiempo los de Carabobo y

Ayacucho; i sin embargo la adulacion preparó arcos de triunfo en Quito i Popayan para rendir homenaje i gratitud a los vencedores. El jeneral Flóres mismo, acostumbrado a lidiar desde jóven en tantísimos combates de los de la guerra de la independencia, se burlaba de lo fastuoso como tronó tan insustancial encuentro. Con todo, el gobierno de N. Granada logró, con motivo de este encuentro, tranquilizar las agitaciones del Cauca i tomar otros brios; i si el jeneral Flóres no mereció tales arcos de triunfo por tan baladí victoria, merecióles mui justamente por haber salvado la vida de unos cuantos prisioneros a quienes el jeneral Mosquera trató de fusilar.

Como los sucesos de Pasto no tuvieron término sino mas tarde, suspendemos la narracion de ellos en este punto para dar cabida a la de otros anteriores.

VII.

Habíase decretado la reunion de un congreso extraordinario para el 1.º de diciembre de 1840, con el objeto de llevar a ejecucion algunos arreglos hechos con varias de las potencias extranjeras, i principalmente con el de someter los celebrados con España, i recabar la aprobacion para que el presidente pudiera ratificarlos. El congreso extraordinario no pudo, empero, reunirse por falta de número necesario de diputados, i se instaló el ordinario el 15 de enero de 1841, con arreglo a lo prevenido por la constitucion de entónces.

La oposicion de esos tiempos que, como dijimos, hacia la guerra al gobierno en lo que, bien o mal, llamamos *terreno legal*, habia trabajado asidua-

mente desde las elecciones primarias, i logrado triunfar en algunas provincias. La mayoría, sin embargo, pertenecía al partido ministerial, i el gobierno estaba seguro de poder ejercitar su influencia en ambas cámaras.

1841. Los trabajos de éstas, como era de ser, se contrajeron en las primeras sesiones a la calificación de sus respectivos miembros, i desde el primer registro que se leyó i examinó, quedaron claras i patentes las intenciones de muchos de los diputados para devorarse unos a otros. Propúsose en el senado, en dias diferentes, la nulidad de las elecciones de la provincia de Pichincha, por no haberse verificado en sesion permanente, conforme a la lei de la materia; la de las de Imbabura por no haberse nombrado al elector a quien tocaba examinar las papeletas de los votos electorales; la de las de Manabí porque, habiéndose aceptado por un senador la diputacion de esta provincia i resultado que el suplente era menor de edad, procedió la asamblea a nombrar otros nuevos; i la de las de Cuenca por coaccion i violencia ejercidas por el comandante jeneral del distrito, jeneral Guerra. Las tres primeras se declararon válidas, i las de Cuenca nulas, despues de gastados muchos dias en debates acalorados: esta nulidad comprendió tanto a los diputados principales como a los suplentes.

La cámara de diputados seguía por el mismo rumbo encaminado a dar con la nulidad de las elecciones, i, a lo que se deduce por la futilidad de las razones en que las fundaban, i la porfía con que las pedían, de claro en claro queda que cada uno de los partidos queria a todo trance hacerse dueño de la mayoría. Propúsose la nulidad del

nombramiento del diputado Ayala porque no tenia cumplidos i cabales los años de edad que la constitucion requeria, i la de las elecciones de Manabí, Guayaquil i Cuenca por las razones aducidas, mas o ménos concordemente, en el senado. Sin embargo, Ayala fué calificado como lejítimo, i se declaró tambien la validez de las elecciones de Manabí. Las de Cuenca, siguiéndose los pasos del senado, las declararon nulas; i los diputados de Guayaquil ni aun llegaron a calificarse, porque faltó ya el número de calificadores que constitucionalmente podian hacerlo.

Ocupémonos solo en las elecciones de Cuenca, en mala hora anuladas, i que brotaron consecuencias de mucho bulto. De las pruebas presentadas para pedir la nulidad de ellas, resultó que, reunidos los electores en las vísperas de las elecciones, por la noche i en la comandancia jeneral, el que estaba a la cabeza de esta oficina i el gobernador de la provincia, esto es las dos primeras autoridades del distrito i la provincia; les presentaron la lista de los que debian ser elejidos diputados: que al dia siguiente, cuando ya los electores obraban como tales, se les obligó a que diesen firmadas las papeletas, a causa de haber resultado en blanco una de ellas: que, con tal motivo, uno de los escrutadores i el escribano que autorizaba el acto vieron las firmas de los electores, i las enseñaron a los otros tres escrutadores i al presidente de la asamblea, quien era nada ménos que el mismo comandante jeneral, i quien, indiscreto, ocupaba el primer lugar entre cuantos debian ser nombrados senadores; i que algunos electores se espresaron, acabado el acto, diciendo habian tenido que sufragar por aquella lista por librarse de los disgustos

que naturalmente les ocasionarian el comandante jeneral i el gobernador.

Por otro proceso, levantado a solicitud del jeneral Guerra con el fin de vindicarse, resultó que no se habia empleado coaccion de ningun jénero, ni ocurrido cosa ninguna de cuanto afirmaban los testigos presentados por el acusador. Era pues imposible apreciar los hechos con toda exactitud en el estado sumario de la causa, diremos así, con tan encontradas pruebas; i mas difícil todavía que hubiera rectitud en el fallo, cuando los mas de los que hacian de jueces interesaban, unos, en conservar a los diputados de Cuenca, i otros en escluirlos. Con todo, la fama i la opinion pública, esclarecedoras de la verdad en estos asuntos, condenaron a una los torcidos procedimientos del jeneral Guerra.

En otras circunstancias o con otro sistema de elecciones habrian sido ningunas las consecuencias de la nulidad. En otras circunstancias, porque no era cosa sustancial la falta de tres senadores i cuatro diputados cuando sobraba número suficiente para la dedicacion a los trabajos legislativos; i con otro sistema, como por ejemplo, el de hacerse la renovacion de diputados por mitades o terceras partes, porque entónces, subsistiendo habilitados ya los antiguos, tocaba a estos calificar a los nuevos, sin esponerlos a que dejen de serlo por falta de calificadores. Pero las circunstancias de entónces provenian de las pasiones de partido o de interes individual, i fueron desgraciadas, obra de la fatalidad; porque algunos diputados, puestos ya en camino, se habian enfermado i tenido que volverse para sus casas; otros escusádose legalmente; i otros, los suplentes, llamados a deshoras, no podian trasmon-

tar las cordilleras en la cruda temporada de aguas que hace intransitables los desfiladeros.

Anulados ya los diputados de Cuenca ántes de haberse habilitado los de otras provincias, i no pudiendo concurrir estos a la lejitimacion de sí mismos, se vieron las cámaras en los conflictos de no tener como cumplir con tan sustancial requisito. En la de diputados, donde no se habian calificado todavía los de Guayaquil, se propuso que se hiciese la calificacion, no colectiva, sino individualmente, para que así pudiese tenerse la mayoría respectiva; i fué rechazada la proposicion por los de esta provincia, i hasta protestada, caso que se tratase de obligarlos a concurrir con sus votos. Manifestaron que estaban en la necesidad de sujetarse a las mismas formalidades con que se habia procedido respecto de los de otras provincias, esto es separándose todos de la cámara miéntras se trataba de su calificacion, no individual, sino colectivamente, i lo manifestaron con mui buenas razones. Los diputados de Guayaquil estaban en su derecho, es la verdad, a pesar de cuanto dijeron los que los contradecian, i lo sostuvieron como convenia a la propia decencia de ellos, i aun al decoro de la cámara, que tambien estaba en el caso de ser consecuente con sus actos anteriores.

Resuelto el punto de que no habia como calificar a estos diputados, el mal vino a hacerse irreparable. Entónces se comprendieron las consecuencias que iba a brotar la nulidad de las elecciones de Cuenca; entónces se temió la disolucion del congreso; entónces los agitadores de ella vieron azorados el abismo que iba a abrirse i a tragarse las instituciones, dejando expuesto el órden constitucional; i entónces, cuando ya era tarde, tal vez se arre-

pintieron de la severidad con que no habrian procedido en otras circunstancias.

Culpóse, lo que fué peor, al presidente de la república de haber dado márjen para estos resultados, i que lo habia dado con siniestros, aunque lejanos fines. Así podrá ser; mas es acusacion que solo podria sostenerse echando al fuego cuantos documentos obraron entónces i que demuestran lo contrario. La disolucion del congreso de 1841, dígase cuanto se quiera, tuvo oríjen en la indicada nulidad, i el poder ejecutivo, ora por convenirle los diputados de Cuenca, ora del racional temor de los resultados que ya podian preverse con acierto, los sostuvo con todo su influjo, i los sostuvieron todos los diputados ministeriales.

En la *Manifestacion* que dirijieron “Los Representantes del Ecuador al congreso de 1841 a los pueblos sus comitentes,” folleto ávidamente recibido por los oposicionistas, hallamos una mas concluyente demostracion de la verdad de esos acontecimientos. *Se propuso*, dicen los diputados, *que se transijera la nulidad que se suponía en Imbabura con la de Cuenca*. No dicen por quien habia sido hecha tan osada cuanto inmoral propuesta; pero es de suponerse que fué parto de los ministeriales. Justa, justísima fué sin duda la indignacion con que los oposicionistas lo rechazaron; mas, para saber si el gobierno se interesó o no en disolver el congreso, aquella frase basta para demostrar que influyó i se empeñó en conservarlo hasta valiéndose de torcidos arbitrios. Puede ser que la acusacion introducida en la cámara de diputados contra las elecciones de Guayaquil fuese obra del gobierno; mas ella vino a presentarse en la sesion del 26 de enero, cuando ya en la del 25 se habia declarado

la nulidad de las de Cuenca; esto es, cuando ya se habia dado el primer hachazo contra el cuerpo legislativo.

Anuladas ya las de Cuenca, cuantas sesiones se tuvieron en todo el febrero i en los primeros dias del marzo se emplearon en afanes i agitacion por hallar medios legales de conservar el congreso que estaba ya al disolverse. Crúzanse oficios i mas oficios entre la cámara de diputados i el poder ejecutivo; i mensajes i mas mensajes entre aquella i la del senado; se reunen varias veces en congreso, se apartan a trabajar separadamente, suspenden las sesiones de comun acuerdo hasta ver si llegan los diputados ausentes, vuelven a abrirlas para arbitrar alguna providencia provechosa ¡Vanos afanes i agitaciones! Ni el poder ejecutivo está de acuerdo con el sentir de los diputados, ni estos con el de los senadores, ni asoman los ausentes, porque siguen enfermos o moran a inmensas distancias, ni pueden, no cabia, concordar pretensiones tan encontradas.

Todas las tentativas escollan en la letra o en la mente de las leyes que vuelcan i desempolvan de las bibliotecas a fin de hallar algun arbitrio que, contentando las pasiones, zanje las dificultades; pues quienes sostienen que tal artículo de tal lei ha de entenderse como ellos entienden, quienes en sentido contrario; unos que la dicha lei se halla vigente, i otros que está abrogada. El consejo de gobierno i la corte suprema de justicia, a consulta del presidente de la república, toman parte en la interpretacion de las leyes i dan su dictámen, i sigue, sin embargo, el desacuerdo, por no decir encono. El presidente del Estado no quiere ya entender con el presidente de la cámara de diputados, pues,

a su juicio, no puede llamarse tal un cuerpo que no cuenta con la mayoría que la constitucion requiere, i dispone que solo se entienda su ministro con el secretario de la cámara. Dase esta por ofendida, i devuelve los oficios; i tambien devuelve otros el ministro calificándolos de desatentos; i durante este vaiven de oficios pasados, contestados, replicados i devueltos, se ajitan mas i mas los ánimos, se aumentan las quejas de los partidos, i están a punto de obrar desembosadamente como enemigos.

La cámara de diputados, la que apuró mas sus esfuerzos por no dar a la nacion el escandaloso espectáculo del suicidio, quiso sostener i sostuvo que el poder ejecutivo dispusiese una nueva reunion de la asamblea electoral de Cuenca para que esta procediese a hacer otras elecciones. La lei de 29 de agosto, decia la cámara, se esplica en su último artículo empleando estas precisas palabras: “Quedan *refundidas* en la presente la lei de 26 de setiembre de 1830 i su adicional de 1832 sobre elecciones.” *Refundir* no es derogar; es comprender, es incluir. Luego la adicional de 1832 que, por su artículo 12, dispone que cuando se declare nula una eleccion, se reuna la asamblea i se proceda a nueva eleccion; se halla en vigor, i debe ordenarse que se reuna la de Cuenca, i se ocupe en nombrar sus diputados.

Los que llevaban la opinion contraria discurrían diciendo. La voz *refundir* envuelve de lleno la idea de cesacion del ser o manera de existir cualquier objeto, pasando a constituir otro distinto que, dándole una nueva significacion, hace desaparecer del todo al primero. Por consiguiente, si la lei de 1835 (esto es aquella a la cual se habian arreglado las elecciones de diputados para el congreso de 1841),

que no es adicional ni puede tenerse como simple declaratoria de otras anteriores, sino principal en materia de elecciones; la lei de 1835 es la única que subsiste, i la única que arregla el sistema electoral. La lei de 1835 tomó de las anteriores cuanto estimó adecuado para la nueva organizacion política que se dió al Ecuador en este año, i desechó lo innecesario; i seria absurdo pensar que, habiendo trasladado a la nueva lei cuanto útil tenían las anteriores, se quisiese que tambien quede vijente la parte desechada. Por último, la lei de 15 de febrero de 1839 previene que “las elecciones de senadores i representantes se hagan en el período señalado i en los términos designados por la lei de 27 de agosto de 35;” luego esta es la única que debe rejir en la materia.

La voz *refundir* se puso al orden del dia, i cada cual, segun la medida de su intelijencia, i los mas, segun los deseos de su apasionado corazon, esplicaron el sentido en que debía tomarse, ya recta o figuradamente. Las corporaciones, los periodistas, los que se daban de filólogos, los alumnos de los colejos, cuantos, en fin, sabian leer, tomaron los diccionarios de la lengua, acaso por primera vez, espusieron su sentir i se aferraron a su modo de entender. No hubo, como era de temerse, ni podia haber acuerdo entre tan apasionados intérpretes.

Los oposicionistas de la cámara de diputados, que habian quedado en mayoria desde que apartaron de su seno a los de Cuenca, i desde el dia en que faltaron los de Guayaquil, por no tener como calificarlos; sostuvieron el primer sentido, i lo sostuvieron, la verdad sea dicha, sin razon hasta con terquedad. El presidente de la república, a quien comunicaron la resolucion en aquel sentido, i a

quien, valga asimismo la verdad, ya no podía convenirle la conservacion del congreso, porque vino a quedar sin la mayoría con que contaba; se atuvo a los pareceres del consejo de gobierno i de la corte suprema. Hizo, en consecuencia, contestar que no podía, sin esponerse a una gran responsabilidad, dar por vijente la lei de 1832 derogada ya, segun el parecer del consejo de gobierno i de la corte suprema; i que, no disponiendo la de 1835 que se proceda a una nueva eleccion de diputados, pasaba por el sentimiento de no aceptar la indicacion que se le habia hecho. Entónces fué cuando se cruzaron aquellos descomedidos oficios que se devolvieron, segun lo dijimos ántes, i entónces, despues de estas agitaciones, cuando el presidente del senado comunicó al poder ejecutivo [3 de marzo] la resolucion que habia dictado esta cámara, a saber: “que no podia continuar sus sesiones, segun la constitucion”, por haberse desconcertado ya la de diputados.

Por legal i justa que parezca semejante resolucion, no es ajustada la parte en que se funda; pues no fué la cámara de diputados la que primeramente se dió por desconcertada, sino la del senado. Véase como.

La cámara de diputados, azorada como andaba ya, i en la impotencia de obligar a los de Guayaquil a que concurriesen a las sesiones, por cuanto éstos seguian escusándose legalmente de asistir por no estar calificados, ni haber mayoría que pudiera calificarlos; se dirijió al gobierno poniendo este particular en su conocimiento, a fin de que, en uso de sus facultades, dictase las providencias conducentes a preservar la disolucion del congreso. El encargado del poder ejecutivo, prévio el dictá-

men de su consejo, contestó “que la cuestion contraida a saber si haya el *quorum* constitucional para continuar sus sesiones, demandaba un poder jurisdiccional que emane de la lei, i que, no atribuyéndose al ejecutivo tal poder ni por la constitucion ni por otra disposicion legal, no le era potestativo emplear medio alguno, cuando sus facultades estaban limitadas a convocar el congreso i requerir a los ausentes, lo cual lo habia hecho en tiempo oportuno.”

Estos son los únicos particulares que la cámara de diputados trasmitió a la del senado, sin anunciar, como se ve, cosa ninguna acerca de la disolucion, i ántes mas bien con ánimo de que se escogitaran otros arbitrios para sostener el congreso. Pero el senado los interpretó de la manera que lo quiso, i dando por disuelto el otro cuerpo, aprobó a pluralidad de votos la proposicion del senador Viteri, redactada en estos términos: “Que habiéndose desorganizado la cámara de representantes por falta de número, sin poder reunirlo en el presente período, como se manifiesta por las notas que ha pasado el honorable presidente de ella, se declare que la del senado no puede continuar sus sesiones segun la constitucion”. . . . Ciertó que cuasi todos los senadores, despues de admitida la propuesta a discusion, discurrieron manifestando su sentir por la afirmativa, *en la intelijencia*, dice el acta, *de que la honorable cámara de representantes se hallaba enteramente disuelta*. Mas esto no habia ocurrido todavia, i ántes, al contrario, la cámara de diputados temblaba, a lo que parece, soltar la palabra *disolucion*, i ya el senado, en la sesion del 25 de febrero, habia aprobado igual proposicion a solicitud del senador Elizalde, sin otra modifica

cion que la de disolverse (el senado) poniéndose *de acuerdo con la cámara de representantes*. Esta, como era de esperarse, se negó rotundamente, i tan resuelta estaba a sostener la vida del congreso, que hasta obligó, diremos así, a la otra a que dijese que por *disolver* (era la voz empleada en la proposicion) se entendiese *suspender*.

Lo cierto es que cuando se interponen los intereses de partido, todos ultrajan a la verdad, i que si uno ha tenido razon en parte, en otra u otras ha andado tambien mui fuera de ella. Así los supremos poderes de entónces, cual mas cual ménos, contribuyeron todos con sus apasionados procedimientos a privar a la nacion de una de las mas fundamentales de sus instituciones; i merced a la índole pasiva del pueblo, i merced a que todavía estaban pendientes los asuntos de Pasto, no pasamos entónces mismo por el dolor de ver levantarse una revolucion. Cuarenta dias de sesiones agitadas sin otra ocupacion que la de andarse buscando el sentido de algunas voces de la lengua, era bastante para dar ocasion i exaltar las pasiones de los turbulentos, prontos siempre en aprovecharse de la que se les presenta.

1841. Los diez miembros de la cámara de diputados que esforzadamente sostuvieron la conservacion del congreso, publicaron una *Manifestacion* de sus actos parlamentarios, i protestaron, entre otras cosas de menor importancia: que en el caso que faltasen por algun acontecimiento el presidente i vice-presidente de la república ántes del tiempo de su renovacion o del nombramiento de los sucesores, se encargaria del poder ejecutivo el presidente de la cámara a que ellos pertenecian, por no haber sido todavía calificado el del senado: que


si no se procedia a las elecciones de esos majistrados en el período señalado por la constitucion, debia tambien encargarse del gobierno él mismo, i convocar un congreso para que arreglase el orden i progreso de las instituciones: que tendrian como nulas las elecciones que hiciere la asamblea electoral de Cuenca, si no se separaba a los culpables o autores de la coaccion ejercida en las del mes de noviembre último, debiendo reemplazarse a los diputados con los que seguian en votos; i que mirarian i tendrian como obra de vias de fuerza cualesquiera juntas, asambleas, pronunciamientos, autorizaciones, etc. que celebraren o dieseen los padres de familia, corporaciones, municipalidades, pueblos, provincias o el ejército con el fin de alterar en lo mas mínimo la constitucion, leyes i decretos vijentes, i aun el régimen i forma que determinan.

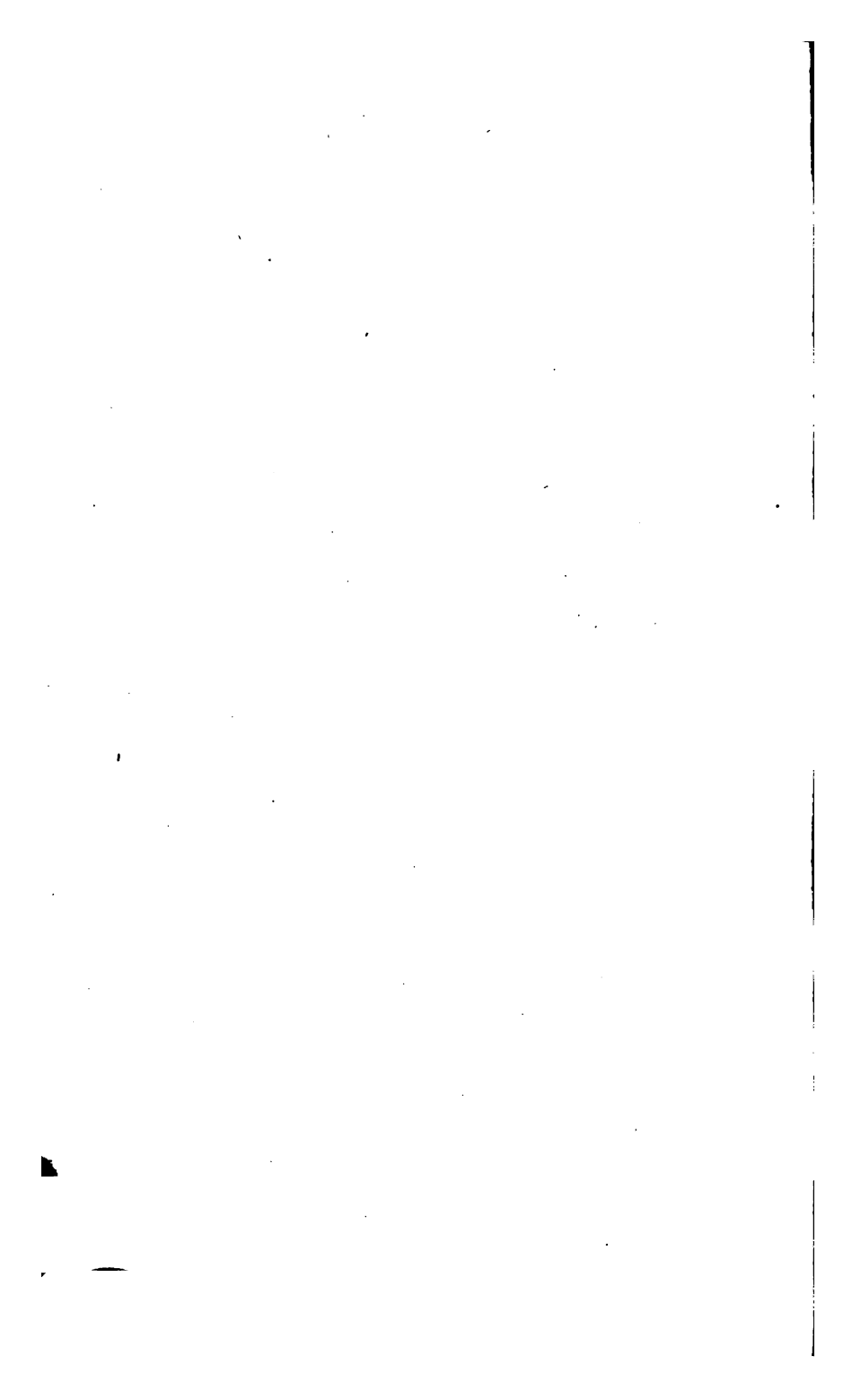
Acertadamente previsto resultó este último punto de la protesta, pues, andando los tiempos, asomaron solicitudes que, si justas i necesarias, vinieron a echar por tierra las instituciones que rejian, como ya veremos.

La cámara del senado, ménos asustadiza o porque su modo de pensar i obrar estaba de acuerdo con el del gobierno, dió al público una esposicion encaminada a manifestar que, no pudiendo seguir con el trabajo de sus tareas legislativas por falta de número, i hallándose entre los conflictos de suspenderlas i los de solicitar del gobierno un acto que vendria a esponerle a responsabilidades, i al congreso mismo a que se le tildara de ilejítimo; habia preferido lo primero, porque así ni se alteraban las instituciones ni se amancillaba su conciencia. Exortó al presidente de la república a que, si lo tuviere a bien, convocase un congreso extraordinario para

que removiera las dificultades en que se habia hallado el ordinario de 1841, hiciera continuar el órden constitucional i atendiera a las necesidades de los pueblos.

En resúmen, la imprevision de la cámara de diputados fué la causa de haber quedado sin *quorum* para la continuacion de sus trabajos: el poder ejecutivo, a quien no convenia tener en contra la mayoría de ese cuerpo, se aprovechó con destreza del mal sistema eleccionario de entónces i se convino, en desquite, con que se disolviera el congreso; i la cámara del senado, influida por el señor Valdivieso, el presidente de ella, lo declaró disuelto. Si estas tres entidades procedieron con rectitud en tales i cuales actos, tambien se estraviaron en otros, i en las tres, juntamente, escaseó la templanza, esta dote ménos deslumbradora que el entendimiento, acaso valiendo mas.





CAPITULO VIII.

Incorporaciones de Pasto i Túquerres al Ecuador.—Segunda campaña contra Pasto.—Resultados de la intervencion en los negocios granadinos.—Tratados con la Gran Bretaña sobre abolicion del tráfico de esclavos.

I.

Cuando ya se habian calmado las agitaciones exitadas por la disolucion del congreso, llegó a Quito la noticia, mui abultada por cierto, de las ventajas que el jeneral Obando, reforzado como por encanto, habia obtenido por el Cauca. La causa del gobierno de Nueva Granada, ya para entón-ces, tenia que mirársela como propia del Ecuador, i con tal motivo el jeneral Flóres, despues de obtenida la concesion de facultades estraordinarias que recabó del consejo de gobierno, partió de nuevo para Pasto. El vice-presidente Aguirre, encargado del poder ejecutivo, dictó, con fecha 6 de mayo, un decreto poniendo la provincia de Pasto bajo el amparo del gobierno del Ecuador; i el jeneral Flóres, que habia tocado ya en ella, dió con la misma

fecha otro, disponiendo que continuasen las autoridades granadinas en el desempeño de sus destinos, sin embargo de que dos dias ántes habian celebrado tambien una acta formal de incorporacion al Ecuador. Los demas pueblos del circuito celebraron sucesivamente otras actas en igual sentido, i el gobernador Barreda mandó, en consecuencia, publicar un bando con el fin de que se reuniesen los ciudadanos a jurar la constitucion que rejia en el Estado a que se incorporaban, como efectivamente lo verificaron el dia 10.

Todo fué pensar, decirse que se haga i hacerse, i trasformacion mas súbita ni completa es acaso en la historia sin ejemplar. No todo lo conveniente es justo, i a veces hasta se va a parar en lo indebido; i si el jeneral Flóres, deseando ensanchar las tierras de su patria se aprovechó de tal ocasion para estenderlas, se salió de lo que aconsejan la buena moral i la sana política, i de las reglas del derecho internacional. Aun siendo parto espontáneo i de una deliberada voluntad, como pudo en efecto ser, a lo ménos en cuanto a muchos de los moradores de dichos pueblos, ese como respeto que mutuamente deben guardarse las naciones vecinas, aconsejaban rechazar semejante incorporacion. ¿Cuánto mas diremos si esta hubiese sido, como fué, obra de los pasos dados por el mismo presidente del Ecuador? Ya lo hemos dicho en otra parte, i acaso aun tendremos ocasion de repetir, que los límites de una nacion no deben buscarse en los malos tiempos de agitaciones i revueltas, sino en los de paz en que pueden apreciarse sin pasion las conveniencias de los pueblos fronterizos.

Verdad es que se adujo como fundamento de la aceptacion el mal estado de nuestro ejército en

Pasto, donde no le satisfacian cumplidamente los sueldos, i algunos dias ni las raciones; circunstancias que se pusieron en conocimiento del señor Cuervo, encargado de los negocios de Nueva Granada en el Ecuador. Mas todo ello era consecuencia natural de la absoluta incomunicacion en que se hallaba Pasto con su gobierno, i de los disturbios sangrientos en que se mantenian las mas de las provincias de esa república.

Al punto que traslujo el señor Cuervo el decreto ejecutivo del 6 de mayo, pasó un sentido oficio a nuestro gobierno quejándose de la declaratoria que contiene, i pidiendo se le dijese: 1º si se sacarian de Pasto las tropas ecuatorianas luego como lo tuviera a bien su gobierno: 2º si se preparaba o se pretendia la incorporacion de esa provincia al Ecuador contra las formalidades prescritas por el derecho de jentes; i 3º si habia o no intencion de cumplir fielmente los tratados del 8 de diciembre de 1832.

El gobierno, desentendiéndose de las esplicaciones que se pedian, se limitó a incluir una copia de la *Manifestacion* que habia motivado el decreto de 6 de mayo. El señor Cuervo insistió en su demanda, i el ministro de relaciones exteriores, señor Márcos, insistiendo asimismo en una reserva que llamaremos *diplomática*, porque los embozos i reservas entran en las reglas de la diplomacia, todavia se limitó a incluir otra copia del acta celebrada por los vecinos del canton de Túquerres, incorporándose tambien al Ecuador. En un segundo oficio que pasó al dia siguiente, espuso nuestro ministro que el encargado del poder ejecutivo, oido el dictámen del consejo de gobierno, habia resuelto se le contestase “que siendo la declaracion del

6 del corriente uno de los actos jurisdiccionales del gobierno, para la seguridad i órden interior de la república, considera que no está en el caso de dar las esplicaciones que solicita el señor encargado de negocios de la Nueva Granada.”

.Prescindiremos de otros cargos de menor bulto que, en semejantes circunstancias, intervinieron tambien para venir a agravar mas i mas los asuntos de Pasto, porque ellos solo deben conceptuarse como consecuencias del principal, esto es del de la incorporacion que exaltó, i con suma razon, el ánimo del ajente granadino. El resultado es que, con fecha 31 de mayo, pasó el señor Cuervo al ministro Márcos una larga comunicacion, contraida a manifestar la ilegalidad de las anexioncs de los pueblos de la provincia de Pasto que, separándose de la asociacion granadina, se habian incorporado a la ecuatoriana. La razon i la justicia asistian, a una, al ajente granadino, i se esplayó tendidamente protestando contra las anexioncs, i concluyendo por fijar como *ultimatum* “que el gobierno ecuatoriano revoque solemnemente los decretos que ha dictado acojiendo las inconstitucionales i tumultuarias actas de Pasto i Túquerres, i restituya las cosas al estado que tenian ántes del 4 del mes corriente.” Añadió que, caso de no disponerlo así, declaraba suspensas las relaciones entre su gobierno i el nuestro, i que hacia responsable a este de las consecuencias que habian de sobrevenir.

El señor Márcos retardó la contestacion, aguardando, segun fué público, las instrucciones que a tal respecto debia dar el jeneral Flóres desde Pasto, i la satisfizo el 18 de junio. Larga i minuciosa fué la contestacion, i si no salió asistida de buenas razones, porque ciertamente era indefendible tan

mala causa, salieron manifestas i confesadas las intenciones que el *depositario* (son palabras del señor Cuervo en su oficio del 31 de mayo) *tenia de alzarse con la cosa depositada*, ya que, esplazándose amargamente acerca de los términos que habia empleado el agente granadino para pedir la devolucion del depósito, se negó a entrar en lo sustancial del oficio que contestaba. ¿Por qué?— Porque, siendo objeto de *discusiones positivas*, *los gobiernos son los que solamente negocian, i los agentes diplomáticos no son mas que sus órganos*; i porque, *ignorando el gobierno que el señor Cuervo esté provisto de instrucciones* i poderes con este fin, consideró no ser oportuno examinar las contiendas que pueden originarse de las actas populares de la provincia de Pasto. Desestimando, en resolución, el *ultimatum*, por conceptuarlo fuera de los límites que pudieran tener las instrucciones del señor Cuervo, concluyó acompañando al oficio el pasaporte respectivo para el agente i mas personas de su comitiva, en cumplimiento, dice, de una disposicion *nui expresa* que habia recibido a tal respecto.

Aun se cruzaron otros dos oficios, i estaba ya el señor Cuervo a punto de ponerse en camino para Nueva Granada, cuando el señor de Menville, cónsul jeneral i encargado de los negocios de Francia, interpuso oficiosamente su mediacion. En consecuencia, se ajustaron algunas capitulaciones provisionales entre los señores Pedro José de Arteta, comisionado por el gobierno, i el citado Cuervo. Segun ellas, debia este suspender el viaje i tener por retirado el pasaporte conferido; el gobierno debia enviar lo mas pronto un comisionado a Bogotá con instrucciones para su agente (el señor Márcos

Espinel) en esa capital, a que diera las esplicaciones convenientes; i activase la conclusion de unos nuevos tratados que acerca de límites debian ajustarse, entrando en cuenta las necesidades recíprocas de los pueblos fronterizos. El señor Cuervo debia, asimismo, despachar otro comisionado para que informase a su gobierno de lo ocurrido, i solicitase instrucciones para arreglar a ellas su conducta ulterior; mantener las cosas, entre tanto, en el estado en que se hallan; no molestarse a los moradores de Pasto por ninguno de los dos gobiernos por causa de sus opiniones; i continuar el tráfico i comercio de los cantones de Barbacóas i Tumaco con los de Pasto i Túquerres, como con los de las provincias del Ecuador. Por acto adicional, agregaron que partiesen juntos los dos comisionados, i que, si se alteraba el orden de cosas de Tumaco i Barbacóas, se tuviese por interrumpido el *Statu quo* de que trata el artículo cuarto.

II.

La guerra que nuestro ejército sostenia en la provincia de Pasto no era de aquellas que podian acabar con un combate: los facciosos, guerrilleros acostumbrados a la pelea i las fatigas, lidiaban aquí i allí, presentándose donde ménos eran esperados, retirándose i volviendo a asomar, i fatigando sin provecho a nuestros soldados. No tenia, por esto, el jeneral en jefe como combinar ningun proyecto que pudiera dar resultados definitivos, porque los enemigos, conocedores de las ventajas que les daba su sistema de guerra, huian discretamente de exponerse a una batalla campal. No era pues posible acabar con ellos de golpe, i el jeneral Flóres hubo

de dejar, diremos así, las operaciones de la guerra a los jefes i oficiales de los cuerpos, para que cada uno obrara segun el punto en que se hallaba, i con arreglo a solo las instrucciones jenerales que tambien cada uno recibiera. Como fueron tantos los encuentros i de consecuencias poco importantes, nos contentamos con apuntar los de mayor nota.

El 20 de junio rindieron los facciosos a uno de nuestros mejores escuadrones en el lugar llamado *Veinte i cuatro* de una manera tan desastrosa, que a malas penas solo salvó el jefe, coronel Martínez, con ocho soldados, abriéndose paso, lanza en ristre, por medio de los guerrilleros, que le rodeaban. Por el contrario, el 2 de julio venció el coronel Tamayo en Buesaco a los facciosos que obraban por el *Sitio de Mayo*, i el comandante Rios a otros que andaban por la Chorrera; cortas compensaciones, en verdad, del desastre recibido en Veinticuatro. Posteriormente hubo otros dos encuentros en el ejido i en san Andres, favorables entrambos a nuestras armas.

Miéntas el jeneral Flóres andaba distraido con las cortas escaramusas que hacian sus tenientes, fué sorprendido por los facciosos el canton de Túquerres que lo ocuparon sin resistencia. La ocupacion de esta plaza era poco importante de cierto; mas temiendo Flóres venir a quedar del todo incomunicado con el Ecuador, se vió en la necesidad de venirse i repasar el *Guaítara*. Hecho este movimiento, los acometió i venció en el Molino i en Guaramúes i se hizo de nuevo dueño de aquel canton.

Hallábase acampado con nuestro ejército en Túquerres cuando le llegó la noticia de la rota que

habia padecido el jeneral Obando en los campos de Chanca, donde fué completamente vencido por el coronel Joaquin Barriga, capitán de una de las divisiones del jeneral Mosquera. El jeneral Flóres supo este particular el día 5 de agosto, i el 7 se le presentó el coronel Bruzual con los oficiales Izaza, Piedrahita i Gómez, derrotados en Chanca, en son de abrir negociaciones a nombre del jeneral Obando. El jeneral Flóres dejó decir a Bruzual cuanto quiso, mas como ya sabia los reveses de aquel, se burló a su satisfaccion de tal comisionado; añadiendo sí que no oiria proposicion ninguna que no tuviera por base la de rendirse a discrecion i entregar la plaza de Pasto, nuevamente ocupada por los rebeldes. Entónces Bruzual se lo confesó todo llanamente i pasó a Guayaquil con ánimo de seguir a Panamá, donde todavia andaba encendida la guerra, i dirijió al gobernador Rocafuerte una solicitud pidiéndole pasaporte para el Ismo. El señor Rocafuerte puso en ella un decreto que pinta al vivo su carácter: “Esta gobernacion, dijo, no reconoce ejércitos federales en Nueva Granada, sino gavillas de facciosos que se han levantado contra el gobierno lejítimo de una república hermana, amiga i aliada del Ecuador; i siendo el esponente uno de esos revoltosos que pretenden volver a Panamá para ajitar la tea de la discordia, la gobernacion no puede concederle pasaporte para ningun puerto de Nueva Granada; previniéndole que si en el término de tres dias no hace uso del que pidió i se le concedió para el interior, experimentará todo el rigor a que le espone la indiscrecion de su conducta.” No sabemos lo que fué de Bruzual, pero queda palpable la buena voluntad con que nuestro gobierno sostenia al de Nueva Granada, pues, ha-

biéndose puesto esa resolución en conocimiento del primero, la aprobó como conforme a las instrucciones que tenía dadas.

Los resultados de la victoria de Chanca determinaron al jeneral Flóres a volverse para Pasto, pero aun tuvo que lidiar con los facciosos en el paso del *Gudítara* i en otros puntos; pues, no siendo de importancia las resistencias que oponían, i mucho ménos sus pérdidas, si corrían al estruendo de unos pocos tiros, era por presentarse de nuevo en otro u otros puntos. Aquí se paraban emboscados, arrojaban algunas balas que causaban o no causaban daños, i volvían a correr para asomar en otro lugar i tornar a huir. El jeneral Flóres, al cabo, reocupó la ciudad el 12 de setiembre.

Antes que este jeneral saliera de Túquerres provocó al encargado de negocios granadino a tener una conferencia, que se verificó el 4 de setiembre. Tenía por objeto el arreglo de nuevos límites aplazado desde años atrás, i recientemente ofrecido en pago de los ausilios prestados por el Ecuador. Nuestro ministro nombrado para el efecto, jeneral Daste, confiando en las repetidas promesas de los jenerales Herran i Mosquera, i apoyándose en la necesidad de fijar una frontera militar que sirviese a un tiempo de prenda para la tranquilidad de ambos pueblos vecinos; habló del cauce del *Gudítara* que, naciendo acá, en las fronteras del Ecuador, i uniéndose agua abajo para el norte con el *Patía*, va a desembocar en el Pacífico, como línea bien aparente i hasta trazada por la naturaleza misma para demarcar dos naciones confinantes. Recordó el principio del *uti possidetis* del año de diez, base de los tratados hechos en Pasto, i acojiendo cuasi por todos los gobiernos americanos, i

adujo otras razones conducentes al objeto. El señor Cuervo confesó el deber que hasta cierto término habia contraído su patria, a virtud de los servicios que acababa de prestarle el Ecuador, para proporcionarle la indicada frontera, i aun confesó los ofrecimientos hechos a este respecto por los jenerales Herran i Mosquera, añadiendo que no dudaba serian lealmente cumplidos por su gobierno. En cuanto a lo que él podia prometer o hacer, dijo carecia de poderes para el arreglo, i que ademas no podia comprometerse a cosa ninguna en las aflictivas circunstancias que todavia angustiaban a Nueva Granada. Estas razones fueron perentorias para entónces; mas ya veremos cómo, aun pasadas esas circunstancias, i teniendo el Ecuador un agente especial para el arreglo de límites, los gobernantes de Nueva Granada, al principio dando tiempo al tiempo, i luego desembozadamente, dejaron por el suelo su palabra. Aun hai que entrar en cuenta el particular de que hubo para ello una esponsion, celebrada en Pasto el 4 de noviembre entre los jenerales Daste i Posada Gutiérrez, despues de dadas i admitidas las esplicaciones convenientes acerca de la incorporacion de sus pueblos al Ecuador, i despues de salido nuestro ejército del territorio granadino.

La nueva ocupacion de Pasto por nuestras fuerzas volvió a dar márjen a otros combates, pues los facciosos, tenaces i arrojados como siempre, no querian darse por vencidos por mas que recibian reveses sobre reveses. Tuvo, pues, el jeneral Flóres que ir personalmente a la Laguna i castigar a los indios de este pueblo en un combate a que se presentaron dénodados; i el coronel Guerrero (el de Pasto), ayudado de los comandantes Jado i Ordó-

ñez, sostuvo otro de bastante importancia en Con-sacá. Los resultados del combate dieron a Guerre-ro la victoria.

En fin, habiendo entrado el jeneral Mosquera con su ejército el 4 de octubre en Pasto, el jeneral Flóres le restituyó lealmente íntegra i pacificada la provincia que se le habia confiado, i se volvió para Quito, donde se esmeraron de nuevo en festejarle como a profundo político i hábil pacifica-dor. La adulacion subió hasta el término de que los miembros del cuerpo universitario le confirie-ron el grado de doctor (*).

III.

1841. Tal fué el término de esa campaña de quince meses, abierta i sostenida contra lo que de-mandaban los verdaderos intereses de la patria, llevada a tierra ajena sin razon, i a costa de nues-tra sangre i de nuestro miserable tesoro; campaña estéril que ni dió glorias al ejército ni a su jeneral en jefe, porque no hubo una sola accion de armas de importancia, ni afianzó nuestras fronteras, el objeto principal, bien que mal ideado, de tantos sacrificios.

Lo que hubo de efectivo i real es que la lista militar volvió mas aumentada, que se prodigaron los ascensos, i se dejó una larga i complicada cuen-

(*) Las prensas nacional i extranjera se ocuparon largo en hablar de este doctorado que aceptó, i le censuraron amarga-mente i a sus anchas; pero tambien hubo periodistas, como en Carácas, que defendieron así a la Universidad que confirió el grado, como al jeneral que lo recibió.

ta que arreglar con Nueva Granada por los gastos causados en la guerra; cuenta que hasta hoi (1858) no está saldada, i aun ha dado origen a varias reclamaciones i disgustos. A causa de esta misma guerra quedó el tesoro tan exhausto, que, no habiendo podido cubrirse la tercera parte de los sueldos, única que se pagaba a los empleados, se vió el escándalo de que los tribunales de justicia cerrasen los despachos.

Tras el verdadero mal del estado de guerra, tras el verdadero mal de mantenernos estacionarios en el camino de los mejoramientos, asomaron otra vez las ocasiones oportunas para negociar i lucrar con la deuda granadina, i esto nos llevó aun para atras de lo que estábamos. El dinero que habia salido de las arcas públicas no volvió a entrar en ellas i pasó derecho a las gabetas de los empleados superiores o de negociantes particulares; i esto, sobre ser justa causa de escándalo, censuras i quejas, despertó de nuevo los antiguos odios contra el jeneral Flóres, i exitó mas el apetito, que no solo deseo, de verle por el suelo.

El Ecuador, en recompensa de sus sacrificios, vino en resolucion a obtener que el congreso granadino diese el decreto de 27 de mayo de 1841, por el cual el encargado del poder ejecutivo debia presentar al gobierno ecuatoriano i al jeneral Flóres el *testimonio de la gratitud nacional por la importante cooperacion que han prestado a la division de operaciones del sur*. . . . ¿Podia la manifestacion de esta gratitud contentar a nuestros pueblos, siquiera acallar sus quejas, siquiera hacer que dejaran de pensar en que el jeneral Flóres los habia llevado armados para semejante remate?

Si ántes dijimos que los gobernantes granadinos

de entónces burlaron completamente las pretenciones del gobierno del Ecuador en fijar los límites de una manera definitiva, para arrinconar así todo motivo de pretextos i evitar los disgustos que, por tal falta, pudieran volver a orijinarse; ahora añadimos que el jeneral Herran, el que debia estar mas agradecido de la intervencion ecuatoriana i la habia solicitado, fué el mismo que directa i desembozadamente las burló. Herran, el candidato del gobierno del señor Márques para la presidencia de Nueva Granada, el personalmente interesado en la pacificacion de su patria para poder elevarse i ocupar el solio; fué el que, nombrado i hecho ya presidente, espidió el decreto ejecutivo del 4 de enero de 1843. Por este decreto desaprobó la espcion de 4 de noviembre del año anterior para fijar la línea del *Guaitara*, celebrada en Pasto por el jeneral Posada Gutiérrez, a nombre de Mosquera, entónces comandante en jefe del ejército granadino, cuando ya se habia retirado el nuestro, cuando ya este jeneral podia contraer compromisos con entera libertad.

No queremos decir que el jeneral Herran tenia facultades para llevarla al cabo; pero su palabra i compromisos, los del jeneral Mosquera i los de cuasi todos los jefes granadinos que hicieron la campaña fueron tan públicos i tan solemnes (46), que el presidente Herran debió desplegar todo su poder e influjo para no dejar en balanzas el pundonor de su gobierno. Por abril de 1840 habia acreditado el jeneral Flóres al señor Espinel como agente de negocios, para que arreglase el delicado asunto sobre límites, i solicitase la devolucion del canton de Tumaco perteneciente a la antigua *presidencia de Quito*, en cuya posesion se mantenía

desde 1805, i la conservaba en 1810 (*). Nuestro agente, mientras duró el incendio que devoraba a Nueva Granada con sus seis o mas jefes supremos, respetó las aflictivas circunstancias en que se hallaba, i esperó pacientemente que abonanzara el tiempo para pedir el cumplimiento de lo prometido. Pasó el incendio, cambiaron las circunstancias, i el resultado, sin embargo, fué que las cosas quedaron como habian quedado en el año de 1832. Las incorporaciones de Pasto i Túquerres, tenidas en Nueva Granada como obra de las maquinaciones del jeneral Flóres, incorporaciones que las hemos condenado como impolíticas, habian exaltado la sensibilidad nacional de nuestros vecinos por el norte, i hecho que desconfiaran de la política traviesa del presidente del Ecuador; i esto fué mas que bastante para que se dejasen espuestos los intereses de dos naciones, la palabra de los contrayentes, i la buena fé que debe guiar las acciones de los gobiernos. La prensa granadina misma habló desenfadada i caballerosamente en favor nuestro [?], i sin embargo los límites quedaron como ántes, i quedarán hasta Dios sabe cuando, por mucho que las necesidades i conveniencia recíproca de ambos pueblos demandan imperiosamente se dé fin a la contienda de cualquiera manera que fuese. Debe entrarse en cuenta que en esta clase de arre-

(*) La incorporacion de los puertos Tola i Tumaco a la presidencia de Quito se verificó a consecuencia de un decreto espedido en 1805 por el virei de Santafé, poniéndose previamente de acuerdo con el gobernador de Popayan, i de la confirmacion que obtuvo por la real cédula de 13 de julio de 1807.

(?) Véase el opúsculo *Nueva Granada i Ecuador*, publicado en Panamá por H. P. O. el 31 de agosto de 1842, i reimpresso en Bogotá el mismo año.

glos no se trata de los antojos de los gobernantes, sino de los intereses i bienestar de los pueblos: que los primeros pasan i dejan de existir política i naturalmente al cabo de algunos años; i que los segundos, aun perdiendo su modo de ser o manera con que se constituyeron, siguen viviendo i vivirán hasta la consumacion del mundo.

IV:

Por no esponer la claridad de la narracion, sujetándonos a referir los sucesos conforme al rigor del órden cronológico, hemos postergado para este párrafo el hablar de la abolicion del tráfico de esclavos a que el Ecuador i la Gran Bretaña se comprometieron por los tratados hechos el 24 de mayo de 1841.

Ya desde veinte años ántes i desde que el Ecuador formaba parte de la república de Colombia, rejia en su territorio la lei de 25 de julio de 1821, relativa a la abolicion gradual de la esclavitud, i nuestros congresos habian dado otras i otras corrigiendo i mejorando las anteriores, i estableciendo fondos para la manumicion de los esclavos. La humanidad, cierto, no andaba tan abatida por este lado; mas sus pasos habian sido i seguian lentos todavia, i ni los mares estaban del todo desinfectados de esa fiebre de arrancar negros de las costas de Africa para trasladarlos a las dos Americas, ni la esclavitud habia propiamente desaparecido de entre nosotros. Los fondos destinados para la manumision eran insuficientes, i sobre esto aun andaban mal administrados, i quien sabe si hasta distraidos. La completa abolicion de la esclavitud en

el Ecuador vino a verificarse en 1852, i así no nos toca tratar de esta materia.

De la que tratamos, i nos corresponde, es de la que mira al tráfico de esclavos, oficio logrero i ruin, con que seguian enriqueciéndose los buques mercantes de varias potencias marítimas. Permitido i tolerado, sino legalmente establecido, desde algunos años despues de la conquista, en son de que, no siendo los indios bastante fuertes para los trabajos de las minas i el cultivo de las tierras bajas, se necesitaban para ello brazos mas robustos i acostumbrados al clima ardiente de las costas africanas; los conquistadores españoles nos habian introducido unos cuantos millares de esclavos, i lo que, al principio, se miró como necesidad, despues vino a hacerse objeto de comercio honesto, como el de traernos fierro, papel o telas de algodón i lana. El congreso de Viena, habido en 1815, atendiendo juntamente, como dijimos en otra parte, a la cesacion de los motivos que impulsaran a los antiguos reyes para conceder patentes a tal comercio, i a lo ya mas poblado, cultivado i adelantado de las Américas; manifestó vivos deseos de poner coto a esos desafueros contra la humanidad. Fernando VII, acogiendo esos deseos, i a consecuencia principalmente del tratado que celebró con la Gran Bretaña el 23 de setiembre de 1817; espidió la real cédula de 19 de diciembre del mismo año, prohibiendo a los españoles de ambos mundos el que traficasen con los negros. El Ecuador era todavía colono por entónces, i como aun por una disposicion de leyes patrias posteriores, solo podian rejir en él las españolas anteriores al 18 de marzo de 1808, como tambien dijimos; queda claro que la dicha cédula no era lei de la república, i

estaba, por lo mismo, en la necesidad de revivirla por medio de un nuevo tratado.

Quien lo pedia era la Gran Bretaña, esto es la que habia tomado a su cargo el desagravio de una injusticia sostenida por largos años; lo pedia a nombre de la humanidad i de la civilización, i lo pedia a una república que hacia gala de parecer humana i civilizada; i así no hubo dificultad ni el menor embarazo para que el Ecuador entrase en tales arreglos, i mas, cuando sin tener cuasi ninguna marina, no venia por ello a imponer sacrificios a la clase de comerciantes.

En consecuencia, el señor Márcos como ministro de relaciones exteriores, i el señor Walter Cope, cónsul jeneral, a nombre de la reina de la Gran Bretaña, declararon abolido para siempre el tráfico de esclavos; entendiéndose por tal el que se hacia con los negros que se sacaban de Africa para trasportarlos a otros puntos del globo, como objetos de compra i venta, mas no el transporte de un punto a otro del Ecuador de los esclavos que en él habia. La república se comprometió a tratar como piratas i castigar como a tales a cuantos ecuatorianos se encontrasen, en alta mar o en los lugares de su jurisdiccion, embarcando, trasportando o desembarcando uno o mas africanos destinados para someterlos a la condicion de esclavos, i a dictar la disposiciones que fueran conducentes para impedir que los ecuatorianos incurriesen en lo vedado. Ambas partes contratantes se convinieron, asimismo, en que los buques de sus respectivas armadas pudieran registrar los mercantes que dieren sospechas de andarse ocupando en el tráfico de esclavos, o haber sido equipados con este intento, o que, durante la navegacion en que se encuentren, se hayan empleado en

él; i en poder detenerlos, i enviarlos o conducirlos a que los culpables sean juzgados por los tribunales que, por el artículo 7º del mismo tratado, debian establecerse por los respectivos gobiernos. Estos tribunales de justicia, llamados mixtos, debian componerse de individuos ecuatorianos e ingleses, en número igual, i ser nombrados por los gobiernos respectivos, i establecerse uno de los dos tribunales en el territorio ecuatoriano, i el otro en una de las posesiones pertenecientes a la Gran Bretaña, pudiendo ser variada la residencia de ellos, con tal de ser siempre en los lugares o tierras del Ecuador i Gran Bretaña.

Por el art. 9º se convinieron tambien en que los buques mercantes que podian ser registrados, podian asimismo ser detenidos; enviados o conducidos ante dichos tribunales, si en el equipo se encontraban los enceres en él determinados.

Alguno o algunos de estos enceres encontrados a bordo de un buque debian tenerse como indicios, *prima facie*, de que se ocupaba en tráfico de esclavos, i servir de prueba para condenarle i declararle como buena presa; a no ser que, por claras i contrarias pruebas, se demostrase que eran objetos de negociaciones legales.

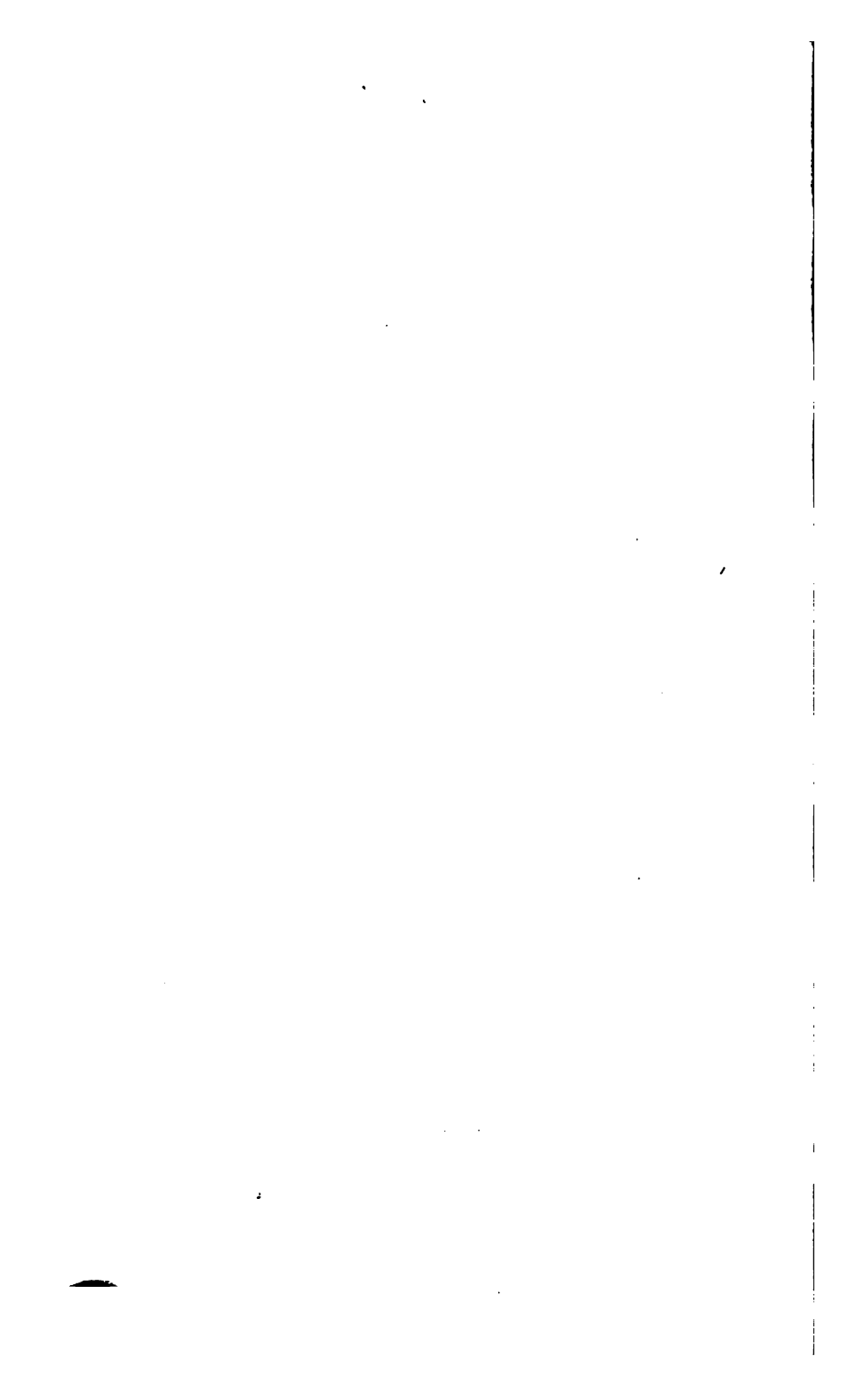
Los negros que se encontrasen a bordo de un buque detenido por el crucero respectivo, a virtud de la condena que el buque recibiese del tribunal mixto, debian quedar a disposicion del gobierno que hiciera la presa, i los negros ser inmediatamente puestos en libertad.

Los demas artículos del tratado son concernientes a las formas, las penas i mas procedimientos propios de todo juicio. Nunca, jamas, tratado alguno celebrado entre potencias iguales en poder,

cuanto mas los ajustados entre una grande i otra pequeña, en que ordinariamente impone la primera, pudo contener objeto i fines mas honestos i nobles que el del 24 de mayo entre un reino, dueño i dominador de los mares, i una república sin marina de guerra, i apénas con una corta mercante. La Gran Bretaña habia procurado solícita ajustar con otras potencias iguales tratados, i desde que esta nacion tomó bajo su amparo la tutela de los negros, los pobres negros se conservan en sus hogares i suelo, seguros de no ser traídos acá para labrar las heredades de quienes los compraban i arrastrar cadenas.

Con la misma fecha se dieron las *Instrucciones para los buques de las armadas ecuatoriana i británica, destinados a impedir el tráfico de esclavos, el Reglamento para los tribunales mixtos de justicia que han de residir en la costa de Africa i en la república del Ecuador, i el Reglamento para el buen trato de los negros emancipados*. Tambien se ajustaron en la misma fecha otros artículos adicionales, concernientes al modo cómo habian de sustituirse los jueces de los tribunales en caso de ausencia de los nombrados, i a otros objetos reglamentarios.

En fin, por el art. 1º de la segunda adicional, se hizo la declaratoria de que no se entendiese alterado lo sustancial del trato por la autorizacion que daba la lei ecuatoriana de 26 de setiembre de 1830 para introducir de los puertos del Pacífico esclavos destinados a las empresas agrícolas i minerales. Esta adicion hizo perder al tratado algo de su limpieza, i aunque por nuestras nuevas instituciones ha desaparecido ya del todo la esclavitud, quisiéramos no haber encontrado en él tal adicion.



CAPITULO IX.

Proyecto de negociaciones con el Perú.—El ministro peruano don Matias Leon.—El ministro ecuatoriano, jeneral Daste.—Contienda suscitada entre la corte superior de Guayaquil i el gobernador de dicha plaza.—Se convoca un congreso extraordinario.—Se convoca una convencion nacional.

I.

Si la república acababa de perder una buena ocasion para dar fin a la contienda relativa a sus límites setentrionales, contienda delicada en todos tiempos i que aun puede provocar a alguna guerra desastrosa el dia que un capitan ambicioso llegue a rejir los destinos del Ecuador o de Nueva Granada; cuasi de seguida volvió a desaprovecharse de otra ocasion, tambien mui a propósito, para arreglar de una vez igual contienda de límites por el lado del Perú. Si la conducta, en verdad traviesa del gabinete ecuatoriano, i la deslealtad del gabinete granadino impidieron que por fin i para siempre llegaran a conocer el Ecuador i Nueva Granada las tierras o comarcas que lejítimamente

les pertenece; vamos ver ahora que la misma impolitica i la misma falta de buena fe intervinieron de nuevo i estorbaron para que se entendiesen con franqueza los pueblos del Ecuador i del Perú, i quedase deslindado nuestro territorio del peruano.

La opulenta i hermosa república del Perú, dolorida i aniquilada con dos guerras largas, costosas i sangrientas que con cortos descansos tuvo que sostener contra las repúblicas de Chile i de Bolivia, recibiendo de ambas la ley de los vencedores; tuvo a bien acreditar para el Ecuador un ministro plenipotenciario i enviado extraordinario, *plenamente instruido i debidamente autorizado* (son palabras de las credenciales), para que arreglase los *diversos puntos pendientes* entre el Ecuador i el Perú, *i desapareciesen todas las dificultades que pudieran suscitarse a la buena intelijencia i confraternidad de los dos pueblos*. El ministro plenipotenciario, don Matias Leon, habia hecho la presentacion de sus credenciales el 20 de noviembre de 1841, i aun los mas pacatos de los ecuatorianos andaban contentos de ver acercarse el término de una cuestion pendiente desde 1829.

Si traemos este año a la memoria es por que nos referimos derecho a los tratados celebrados en Guayaquil entre Colombia i el Perú el 22 de setiembre del dicho año: tratados hasta ahora vijentes, pero que, segun dijimos en su lugar, dejaron de llevarse a ejecucion en lo relativo a limites i a la liquidacion de la deuda. Los celebrados en 1832, cuando ya el Ecuador obraba como soberano, habian quedado sin ejecucion porque no llegaron a canjearse, como asímismo lo tenemos referido. Conocidos estos antecedentes, que de seguro debió traerlos a la memoria el gobierno del Perú al acre-

ditar al señor Leon tan ampliamente, mui a las claras queda que los objetos que venian a constituir la materia i esencia de los arreglos, eran, aparte de otros ménos importantes, los relativos a límites i liquidacion de la deuda. Entre lo pendiente, a lo ménos, era lo que mas por entonces resaltaba.

Es de saberse que el jeneral don Andres Santa-cruz, el *Protector de la confederacion Perú-boliviana*, habia ofrecido en 1837 celebrar con el Ecuador un tratado de amistad i alianza, pagar lo que le estaba debiendo, i darle los límites desde mui atras señalados i pedidos; i que el congreso ecuatoriano, impulsado de un afecto noble i delicado, se habia negado a admitir esos ofrecimientos para evitar se dijese i censurase que se aprovechaba de las dolencias i graves quebrantos que entónces aquejaban al Perú. Ultimamente es de saberse tambien que esta república, al terminar el año de 1841, esto es por el tiempo en que vino el ministro Leon, se hallaba amenazada de una invasion que preparaba la de Bolivia, i de otra que tambien preparaban los emigrados peruanos residentes en Guayaquil.

Puestas en claro estas circunstancias de pública notoriedad, inducen ellas a discurrir con acierto i hacernos comprender fácilmente que no era el simple i noble deseo de vincular la amistad i comercio con nuestro pueblo el que habia resuelto al gabinete de Lima a enviar su plenipotenciario. De cierto, era mas bien el mui acertado i natural de asegurar la neutralidad del Ecuador, cuando no alguna alianza, en aquella doble al par que grave conjuración que amenazaba alterar su órden de gobierno i cambio de gobernantes.

Dadas estas esplicaciones, de conocimiento indis-

pensable para seguir el rumbo que tomaron las negociaciones, volvemos a la narracion:

En la misma fecha que el señor Leon fué reconocido de ministro plenipotenciario, nombró el gobierno, por su parte, tambien de ministro plenipotenciario, al señor José Félix Valdivieso, para que entrase en la materia de los arreglos que se esperaban.

La primera conferencia se verificó el 3 de diciembre, i a propuesta del ministro peruano se tomó por base de la negociacion el tratado de 1832. Los trabajos avanzaron como si dijéramos por el camino llano, sin un solo tropiezo, hasta el artículo trece, por que eran trabajos relativos a la amistad, alianza, comercio, navegacion i mas objetos que llamaremos de forma, idénticos a los que se ven en los poderes dados para pleitos, a uso de los curiales; pues sabido es que esos objetos son de los usuales i corrientes, como dicen los mismos, i que los diplomáticos los sientan con todo de estar seguros de su ningun valer, cuando quieren que no valgan, diga cuanto dijese la moral pública. Al dar con el artículo catorce, el referente a límites, hízose el camino áspero por demas i cuesta arriba, i se desconcertaron los trabajos. Era el punto cardinal i de recíproco cuanto vivo interes, a vista del cual debian desatenderse ya esa amistad i alianza, esos extremos de cortesia i de respetos aparentes, si no insidiosos, obra de la ciencia de los diplomáticos, i desatenderse la paz pública de dos naciones vecinas, estrechamente vinculadas por su comercio i afecciones, i hasta por la sangre de muchas familias.

El ministro ecuatoriano propuso que, conforme a la misma base adoptada, se reconociesen por lími-

tes los que tenían ántes los vireinatos del Nuevo Reino de Granada i del Perú, i, en consecuencia, se incorporasen las provincias de Jaen i Máinas del modo i con la estension que las habia poseido la presidencia de Quito; sin perjuicio de hacerse, por medio de convenios especiales, recíprocas concesiones i compensaciones territoriales, a fin de obtener una línea divisoria natural i conveniente que escusara en adelante todo motivo de competencias i disgustos entre las autoridades i moradores de las fronteras. El ministro peruano convino en que las repúblicas americanas habian reconocido el principio del *uti possidetis* que tenían en los tiempos del gobierno de la metrópoli; pero que, no habiéndose establecido se determinaron los límites con respecto a la época anterior a la independencia, era mas seguro fijarlos atendiendo a los que tuvieron despues de adquirida la soberania. Esta idea la dilucidó i amplificó con varias teorías i sucesos ocurridos, i concluyó proponiendo que los dos Estados se hagan concesiones recíprocas i compensaciones de territorio, fijando por base de esta operacion los antiguos límites de los vireinatos del Perú i Nuevo Reino de Granada. El ministro Valdivieso rebatió los fundamentos aducidos por el señor Leon, arrimándose principalmente a los tratados de 1829, por los cuales el Perú habia convenido en que se determinasen los límites con arreglo a los que tenían los dos vireinatos ántes de la independencia, i no despues. Memoró otros sucesos contra los citados por el señor Leon, relativamente a la posesion de Jaen i Máinas, i terminó la conferencia de esta manera: que, *coincidiendo en el fondo con los deseos del señor ministro peruano, presentaria en la primera conferencia otra proposicion que pudie-*

ra conciliarlo todo, i acercar las cosas al avenimiento apetecido.

En la segunda conferencia principió el ministro peruano por hacer distincion de los tiempos en que Maínas habia pertenecido a la presidencia, i de los que habia pertenecido al Perú, añadiendo que ya no podian respetarse los tratados de 1829, porque habian caducado a consecuencia de la disociacion de Colombia. “Un Estado tres veces menor, dijo, no puede prestar i conceder lo que habia prometido cuando era tres veces mayor, i no es justo tampoco que se le dé, cuando vale ménos, lo mismo que cuando estaba en el caso de dar mas”. Es de saberse que el señor Leon, antiguo oficial de la secretaria del vereinato del Perú hasta la victoria de Ayacucho, era un acreditado jurisconsulto de su patria, a lo cual debia ser uno de los miembros de la corte suprema de justicia, de cuyos estrados se le habia sacado para el desempeño de la legacion.

El ministro ecuatoriano sostuvo la posesion en que habia estado la presidencia de las tierras de Maínas. I en punto a los tratados de 1829, manifestó que, una vez ratificados i canjeados, contituian una lei obligatoria para ambos Estados, i que si habia dejado de existir Colombia, se habian tambien reconocido en su totalidad los derechos territoriales de cada una de las tres secciones de que se componia esa república.

Volviendo luego al artículo pendiente sobre compensaciones i cesiones de territorio, con arreglo a lo ofrecido en la conferencia anterior, presentó el relativo a límites en estos terminos. La orilla izquierda del rio *Amotape* desde su desembocadero en el mar hasta la confluencia con el *Quiros* i la orilla occidental de este hasta su orijen; de modo

que las tierras de Ayabaca quedasen comprendidas en el territorio ecuatoriano. Luego desde el origen del *Quiros*, al sur, una línea tirada hasta dar con el *Huancabamba*, cuyo curso debia seguirse por la izquierda hasta el punto en que confluye con el *Chota* en el *Marañon*; por manera que debian quedar para el Ecuador todos los pueblos i tierras de las provincias de Jaen i Maínas asentadas al norte del gran rio, i para el Perú todas las tierras i pueblos que el gobierno español tenia designados como correspondientes a la misma provincia de Jaen en la banda meridional del *Marañon*. "Por esta demarcacion, continuó, el Perú cede al Ecuador con perpetuo i absoluto dominio todo el litoral i el territorio interior adyacente que se encuentran desde la desembocadura del rio *Amotape* al norte de la costa que continua hasta unirse con el golfo de Guayaquil, i los cantones de Ayabaca i Huancabamba, con inclusion de sus pueblos i territorios que estan al oeste de los rios *Quiros* i *Huancabamba*; i por la misma demarcacion, i en indemnizacion de las predichas concesiones, el Ecuador cede al Perú con perfecto i absoluto dominio todos los territorios i poblaciones que estan al sur u orilla derecha del *Marañon*, desde la confluencia del rio *Cujillo* con dicho *Marañon*".

Bien pudo no tenerse como exajerada la pretencion del ministro ecuatoriano, i tanto mas cuanto los diplomáticos de no mui sana política saben i conocen que deben obrar a tono de traficantes, pidiendo mas i ofreciendo ménos por lo que se vende i compra hasta venir a parar en los términos regulares i justos. Mas al ministro peruano le pareció tan peregrina i asustó tanto la proposicion, que luego a luego hizo presente que sus instrucciones

no se extendian hasta este punto, en razon de no haberse concluido la operacion de los comisionados con arreglo a los tratados de 1829, i de no serle posible a su gobierno prevenir por entónces el que se tomase en consideracion. En consecuencia, se comprometió a solicitar por el primer correo la autorizacion correspondiente, i convenidos en esto los dos plenipotenciarios, terminaron la conferencia del 6 de diciembre, con ánimo de seguir sus tareas respecto a otros puntos ménos escabrosos.

En la dia 9 propuso el ministro del Ecuador que se diese a su gobierno la facultad de jirar letras contra el del Perú, en proporcion a las veintiuna i media unidades que habian cabido al Ecuador, con arreglo a la convencion diplomática, celebrada en Bogotá en 1834, por las cantidades ya liquidadas; i por las que no lo estaban i se hicieren en adelante, con arreglo al celebrado entre los ministros colombianos en 1838. El ministro del Perú se avino al punto a lo propuesto, sin otras modificaciones que la de fijar un término para el pago (se convinieron en el de seis meses), i que previamente se pusiesen en conocimiento de su gobierno los arreglos diplomáticos arriba citados. En la misma conferencia convinieron tambien, aparte de convenirse en mantener ministros o agentes diplomáticos en los respectivos territorios, en tomar por árbitro al gobierno de Chile para la decision de las contiendas o desavenencias que pudieran ocurrir en adelante.

Tal era el rumbo que habia tomado, i estado en que se hallaban los arreglos [no nos injerimos en las conferencias privadas que de silla a silla tuvo el ministro Leon con el presidente de la república, i por las cuales se arguyó en nuestra patria tanto

contra el primero, porque en verdad solo pudieron tenerse como conversaciones, hayan sido cuales fueren los compromisos]; tal era, decimos, el estado de los arreglos, cuando en la conferencia del 14 de enero de 1842, tenuta a provocacion del ministro Valdivieso, suponiendo este que el señor Leon habria recibido ya las contestaciones que esperaba de su gobierno, propuso dar fin a la cuestion sobre límites. Fundóse en que, atendiendo al tiempo trascurrido, correspondia haberlas recibido ya, i en que se tenia al pueblo en espectacion i al gobierno en inquietud por la paralizacion del arreglo; i añadió que si, por desgracia, no las hubiese obtenido todavia, quedaban suspensas las negociaciones comenzadas hasta últimos del enero". Pero si pasado el último dia del mes de la fecha, continuó, se dijere aun que el gobierno peruano no ha contestado a la consulta hecha por el honorable señor Leon, en vano seria ya perder un tiempo mui precioso en negociaciones inútiles que bien servirian para menguar el honor i dignidad de ambas naciones, i para resentirlas porque se dudase de la buena fé de alguno de sus gobiernos. En tal caso, el del Ecuador se creeria con perfecto derecho para ocupar los límites que le pertenecen, en virtud de lo estipulado en el artículo quinto del tratado de 1829, i así lo verificará, aunque con mucho sentimiento de su parte, esperando sí que el gobierno del Perú no se dará por ofendido de un paso que es indispensable, i que de ninguna manera puede reputarse hostil, ni ménos ofensivo a los pueblos del Perú, que simpatizan con los del Ecuador i con su gobierno. Mas a fin de aclarar dudas que pudieran suscitarse, i de evitar al Ecuador cargos injustos, el ministro que habla declara al honorable se-

ñor ministro del Perú: 1º que la ocupacion del territorio que pertenece al Ecuador se hará pacíficamente i con toda la prudencia que es propia de un gobierno civilizado: 2º que si a pesar de tan cautelosas precauciones, se opusiere alguna resistencia por parte del gobierno del Perú, será rechazada con la fuerza: 3º que si el gobierno peruano se obstinare en hostilizar indebidamente a las tropas ecuatorianas, la guerra será considerada i sostenida en el territorio del Ecuador contra invasiones del gobierno peruano: 4º que en tan duro caso, el Ecuador, despues de haberse defendido en su propio territorio, podrá tomar la ofensiva, si así le conviniera, para vindicar la ofensa que hubiere recibido, i tambien por la salud de su ejército i el bien de los pueblos: 5º que sin embargo de que la nacion ecuatoriana tiene el sentimiento de sus propias fuerzas para defender su honor i sus intereses, llamará en su auxilio a las naciones aliadas para que cooperen a su defensa; 6º en fin, que habiendo transcurrido mas de doce años sin que se hubiese cumplido por parte del Perú el tratado hecho en Guayaquil el año de 1829, no obstante que fueron oportunamente canjeadas las ratificaciones, el gobierno del Perú, i no el del Ecuador, será responsable de los resultados i de los males que se originen por consecuencia de un rompimiento a que no da lugar el Ecuador, i que el presidente trata de evitar.”

1842. A tan mal aconsejada como súbita i brusca declaracion, brote esclusivo del orgullo militar del jeneral Flóres, ensoberbecido con el ejército de dos mil quinientos hombres que acababan de hacer la campaña entre las breñas de Pasto; el ministro peruano, era bien natural, quedó profun-

damente lastimado. Despues de manifestar que aun no habia venido la contestacion que se suponía reeibida, ni pudiendo ser de otra manera por los notorios embarazos en que se hallaba su gobierno, a causa de la invasion de los bolivianos, i de los levantados por el gobierno mismo del Ecuador, puesto que favorecia la traidora incursion de los peruanos emigrados residentes en Guayaquil; concluyó protestando que no se prestaria a ninguna negociacion, si no se suspendian las seis declaraciones indicadas, i que si el gobierno del Ecuador no mudaba de consejos, protestaba contra ellas i pedia se le espidiese el pasaporte respectivo.

Aun hubo otra conferencia el dia 15, en la cual se dieron esplicaciones i se hicieron cargos reciprocos, sosteniendo el señor Valdivieso que ya debió el señor Leon recibir la contestacion que esperaba de Lima, i manifestando este que no alcanzaba para ello el corto tiempo trascurrido desde el 6 de diciembre último. Sostúvose por el ministro ecuatoriano la falsedad del cargo relativo a los preparativos de invasion que los emigrados peruanos hacian en Guayaquil para llevar la guerra a su patria, i por el ministro Leon la realidad del hecho. Sostúvose, asimismo, largamente por el primero el derecho que tenia para haber fijado un término a la cuestion de límites, i el de pedir el cumplimiento de los tratados de 1829; i el segundo se limitó a manifestar que de los cargos aducidos, unos eran del todo infundados, i otros equivocados (se referia a las conferencias privadas que habia tenido con el presidente), i a protestar de nuevo que no queria seguir con el desempeño de su comision, e insistir en la solicitud del pasaporte

por no serle decoroso permanecer cerca del gobierno del Ecuador, desde que este, por órgano de su ministro plenipotenciario, ha hecho las seis declaraciones escandalosas a que se referia la conferencia anterior.

La del 15 fué la última de las conferencias. Despues, solo se cruzaron oficios i mas oficios, en que cada uno procuró justificar sus procedimientos i hacer resaltar en el adversario la culpa de no seguir adelante las comenzadas negociaciones. Sin perjuicio de este vaiven de oficios, el señor Leon se dirigió al ministro de relaciones exteriores, el mismo dia que el señor Valdivieso presentó las dichas declaraciones, pidiéndole el pasaporte. El ministro se desentendió de tal solicitud: el otro insistió en ella por un segundo oficio; i todavia aquel, sin remitírselo, contestó que si lo habia retardado era porque, siendo condicional la protesta de no continuar los arreglos si no se suspendian las declaraciones, creia haber obrado con prudencia, esperando que los arreglos pudieran continuar su progreso natural.

El ministro Leon replicó que, hallándose ya estampadas las seis declaraciones, ya tampoco podian *cancelarse*: que a esto se agregaba la conducta hostil del gobierno del Ecuador contra el del Perú, manifestada en claro con la proteccion que dispensaba a los emigrados peruanos que iban a invadirle con jente enganchada en Guayaquil i con un armamento de mil fusiles embarcados en esta plaza a la luz del dia; i sobre todo, que declaraba no continuar ya desempeñando su comision, para que así quedasen removidos cuantos obstáculos habian embarazado la expedicion del pasaporte. Hubo pues que dársele, aunque siempre con

desgano, i se le dió con fecha 21, i el señor Leon se volvió para su patria.

Este fué el paradero de una negociacion con que se habian avivado las esperanzas de dar fin a la controversia de límites por el sur, todavia pendiente hasta la actualidad i todavia causadora de zozobras entre dos pueblos llamados a confundir recíproca i fraternalmente sus públicos intereses. El señor Leon, presentándose en el Ecuador como *plenamente instruido i debidamente autorizado para arreglar los diversos puntos pendientes a que desaparezcan todas las dificultades*, sabiendo bien que, entre otros de esos puntos, subsistia desarreglado el de límites, i acudiendo, cuando llegó el caso de arreglarlo, a la perentoria evasiva de no hallarse autorizado suficientemente; dejó a las claras la falta de sinceridad de su gobierno en la comision que le habia confiado, i espuestos a esós dos pueblos a un rompimiento que, en realidad, estuvo mui a peligro de sobrevenir. Alegando, asimismo el señor Leon la caducidad de los tratados de 1829 por haber desaparecido la república de Colombia con la cual los celebró la del Perú, i no con la del Ecuador, hija, diremos así, de esa misma Colombia; alegó, valga la verdad, una sutileza, buena, a lo mas, para emplearla en los estrados del foro.

El gobierno del Ecuador, valga asimismo la verdad, que conocia bien las angustias en que se hallaba el del Perú, así por la invasion que Bolivia le preparaba como por el descontento de muchos de los mismos peruanos; dejó tambien a las claras que pensaba aprovecharse de esas angustias para exigir del aflijido lo que, habiendo buena fé de parte de los contratantes, pudo i puede obtenerse

en todas ocasiones por las vías honestas, sin necesidad de ocurrir a las que brindan las circunstancias. El gobierno del Ecuador, dando por medio de su plenipotenciario las referidas seis declaraciones de la manera inusitada i violenta que las dió, cuando continuaban arreglándose amigablemente otros puntos, i cuando no estaba mui clara la falta de contestacion, aducida por el ministro peruano; pecó igualmente contra las reglas prescritas por el derecho de las naciones, i contra los miramientos que se deben a los representantes de los pueblos extranjeros.

Bastante error, eso sí, hubo de parte del ministro peruano en atribuir al gobierno del Ecuador su proteccion a los emigrados sus compatriotas, pues aun cuando es cierto que el jeneral Flóres los favoreció con sus simpatias, tanto que el coronel Hercélles hizo un rápido i sorprendente viaje para Pasto, i trajo sus recomendaciones para algunos de Guayaquil; nunca tal proteccion fué de la manera que la pintó el señor Leon, hasta el término de asegurar se habian enganchado muchos soldados del batallon *Gudayas*. En el periódico *Vijia de Tumbes*, número 121, escrito en el Perú, se publicó la lista de los enganchados, i no pasaron estos de treinta i cinco, cuasi todos paisanos, con excepcion de tres o cuatro jefes u oficiales de los retirados. El señor Pedro Moncayo, cónsul del Ecuador en la provincia litoral de Piura, probó i satisfizo cumplidamente este particular.

II.

Arrepentido nuestro gobierno de sus indiscretos procedimientos, procuró en el mismo año reparar-

los i volver a la negociacion, i con tal objeto acreditó al jeneral Bernardo Daste como ministro plenipotenciario para el gabinete de Lima.

Cortesmente recibido i reconocido como tal, abrió su correspondencia con el de relaciones estereiores del Perú i le pidió (5 de abril) que recabase de su gobierno el nombramiento de la persona con quien habia de entenderse en la negociacion que iba a entablar. El ministro don Agustin G. Charun, entónces el director de la política de ese gobierno, contestó que, no habiendo embarazo para poder entenderse él mismo, estaba pronto a escuchar lo que se pretendiese. El señor Charun era un eclesiástico tenido por mui agudo i amigo de jugar con las palabras i las cosas, bien que de entendimiento despejado.

Como la prensa peruana se habia levantado ardentemente furiosa contra la política del presidente del Ecuador por las citadas seis declaraciones, i espuesto, enfadada, que no podia haber buena fé en la comision del jeneral Daste, dirijió esta su primera comunicacion quejándose de que en el periódico oficial, *El Peruano*, se tildaba la conducta de su gobierno i *mui especialmente la de S. E. el jefe de la nacion, i exijiendo, antes que todo, una satisfaccion cabal por las ofensas hechas a la rectitud i decoro del jefe del Ecuador*, para allanar así el camino de la negociacion. El señor Charun, como era natural, léjos de dar la implorada satisfaccion, escuchó la solicitud como quien oye llover, i manifestó que la prensa peruana tenia suma razon en inculpar al jeneral Flóres el vivo deseo de haber tratado de aprovecharse de las afflictivas circunstancias del Perú, i de que, cambiadas estas, ahora cambiaba tambien de lenguaje, pretendiendo

arreglos amistosos. El ministro Daste insistió en su demanda para poder proceder, dijo, a las negociaciones por medio de conferencias; i el señor Charun, considerando que las *expresiones* que se emplean en los oficios, están *espuestas a ser interpretadas en diverso sentido del verdadero*, espuso que no queria entenderse por escrito, sino por medio de las provocadas conferencias.

Reuniéronse el 12 por la noche, i el ministro Daste, despues de presentado el poder que acreditaba su encargo, i sin exigir del otro iguales credenciales, procedió candorosamente, como si estuviera ya comenzada una conferencia en forma, a manifestar las quejas que tenia el Ecuador contra el Perú. Pasada esta primera explicacion, se suscitó la contienda de si podia tomarse como verdadera conferencia un acto al cual no habia precedido el canje de poderes, i despues de discutido el punto con alguna detencion, convinieron en que no se tuviese por tal. Hemos apuntado este particular, al parecer insustancial, para hacer patente la política astuta del ministro Charun, que no solo empleó semejante ardid como sugerido por su ingenio, sino que lo publicó en un oficio posterior haciendo agua de su travesura diplomática, no mui conforme, en verdad, ni con la circunspeccion de un ministro de Estado, i ménos con la caridad del sacerdote. Lo que habia descubierto con tal ardid no era cosa, por otra parte, i ántes fué puerilidad, que no destreza con que pudo darlas de sabido.

La primera de las conferencias *en regla*, como se dijo, se tuvo al dia siguiente 13; la segunda i última el 16. Ambas están reducidas a quejas recíprocas, de parte del ministro ecuatoriano por la conducta persistente del señor Matias Leon en Quito, por

las ofensas hechas al jeneral Flóres en el periódico oficial, por la retencion de las provincias de Jaen i Máinas, por haber quitado al señor Pedro Carbo, encargado de los negocios del Ecuador en la república de Bolivia, la correspondencia que llevaba, etc., etc. Por parte del ministro peruano, por la conducta estrepitosa del gobierno de Quito para con el señor Leon, por la proteccion dispensada a los emigrados peruanos, por el encargo que el ajente Carbo llevaba para Bolivia, como depositario de los secretos del jeneral Santacruz, amparado en el Ecuador, i de los del señor Garcia del Rio, amparado en Chile, por los términos de las esplicaciones mismas dadas por Daste, etc., etc.

¡ Nada seria que, apartándose del objeto con que se habian reunido, redujeran las pláticas a mútuas quejas i aclaraciones de los procedimientos de sus gobiernos i de las propias palabras de los ministros, si a trastorno tal de la sustancia no hubieran añadido tambien la forma ménos usada i la mas estravagante que en un protocolo diplomático puede verse. Ménos que pedagógica, ménos que dialogal, es una forma ajustada i digna de presentarse como muestra o remedo de las esplicaciones que pudieran darse dos niños reñidos, si fuera dable reducirlas a escrito.

Transcribiremos las que se dieron los ministros en la conferencia que tambien dió fin a la última, para que se conozcan los resultados de la comision del ministro ecuatoriano.

“El señor ministro del Peru: yo no entraré a tratar de ningun punto mientras no se aclare bien la cuestion del señor Leon; por que no dejaré pendiente el crédito de un ministro peruano; el señor Leon ha recibido un insulto en el hecho de habérsele

obligado a pedir su pasaporte—El señor Daste ¿Luego el señor ministro intenta recriminar nuevamente la conducta del gobierno del Ecuador, a pesar de las antecédentes esplicaciones, echándole la culpa que solo tuvo el señor Leon?—El desaire lo sufrió el señor Leon; creo que la justicia estaba de su parte, i créolo así como peruano; mas el señor Daste cree lo contrario, la discusion allanará este punto—El señor Leon no podia creerse desairado por el hecho de no haber tenido su mision el resultado que se habia propuesto—No entraré a tratar de materia alguna, mientras no se estipule aqui la satisfaccion de los agravios que ha recibido el Perú, i mientras no se den las seguridades de no repetir esos agravios—No puedo aceptar la proposicion en esos términos, por que no convengo en que el Ecuador ha agraviado al Perú, i por que siendo tan terminante la proposicion del señor Charun, no puedo continuar en las negociaciones (*).

El señor ministro del Perú hizo leer una proposicion por su secretario, i despues de leida, guardó silencio, que interrumpió el señor Daste diciendo: ¿Declara el señor ministro del Perú terminadas nuestras conferencias?—El señor Charun contestó afirmativamente—Lo siento, dijo el señor Daste, por que he estado i estoi animado de las mejores disposiciones en favor de la paz.—*Agustin G. Charun—Bernardo Daste—José Manuel Tirado*, secretario por el Perú.—*José Maria Urvina*, secretario de la legacion.”

[*] Solo hemos suprimido de este peregrino diálogo las palabras *dijo el señor... contestó el señor*, por bien fastidiosas para la soltura de la narracion. Por lo demas, ambas conferencias, bastante largas, sostienen el diálogo, mas o ménos corrido, desde el principio hasta el fin.

En consecuencia, el ministro Daste pidió el pasaporte el 19, i despues de cambiados otros dos oficios, relativos, como es de costumbre diplomática, a manifestar que la culpa de no haber tenido el arreglo un término feliz no ha estado de parte del que dirige el oficio, i que sienten (los plenipotenciarios) *que no hayan podido restablecerse las buenas relaciones entre pueblos hermanos*; se le espidió con fecha 22, i se volvió para el Ecuador.

Fué pues, un candor de nuestro gobierno pensar que, despues de lo ocurrido en Quito con el ministro Leon, pudieran anudarse en Lima las negociaciones. La herida hecha al Perú, en la persona de su representante, era honda i estaba mui fresca para que pudiera olvidarse, por mas que fueran francos i sinceros, como en realidad fueron entónces, los deseos del gobierno del Ecuador para dar vado a la cuestion sobre límites. La vanidosa e indolente politica del canónigo Charun era, por otra parte, un escollo en que debian estrellarse las intenciones mas puras.

III.

En medio de los sinsabores i disgustos provenientes de lo mal paradas que salieron las negociaciones referidas, el gobierno sostuvo feliz la tranquilidad pública, aun a despecho de muchos descontentos, i sin embargo de los sucesos que pasamos a referir.

Hacia obra de tres años que circulaba en el Ecuador una moneda ruin que, no pudiendo amortizarla el gobierno por falta de fondos, se vió en la cruel necesidad de autorizar que fuese admitida en las oficinas públicas. Guayaquil, nuestro mercado principal, se hallaba cundido de moneda falsa, i

aunque conocia la ruindad de ella, tenia que aceptarla para sostener los cambios i comercio con las provincias de lo interior. Por esta época hizo la casa de Polhemus i Mickle un *entero* (pago en oficina pública) de trecientos catorce pesos en la aduana, i como advirtiese que esta suma se componia de pesetas falsas, recientemente acuñadas, se dispuso que la autoridad respectiva averiguase la procedencia de ellas para pesquisar el delito de falsificacion de moneda. Dificil, cuando no imposible, era que en una plaza de comercio activo se descubriese el oríjen, por que, haciéndose por mayor i por menor las ventas, cualquier comerciante pudo recibir en un solo dia, i tambien en algunas horas, esa suma miserable, i suceder lo que sucedió; esto es que la casa de Coronel habia recibido las pesetas de diferentes personas, sin ser dable, siquiera factible, señalar una sola de estas.

La autoridad encargada de pesquisar el delito, conoció, despues de hecha la comprobacion, que realmente eran falsas las pesetas. Como por una de las disposiciones del código penal i otra de las del procedimiento criminal, se hallaba obligado a disponer que se inutilizaren lo ordenó así de lijero, sin refleccionar que eran disposiciones, ciertamente justas, pero inaplicables en una época en que no circulaba en toda la república otra moneda que la falsa. Tampoco refleccionó que hai casos escepcionales en que, no obstante los sagrados respetos que deben rendirse a la lei escrita, aun merecen otros respetos las circunstancias. La sentencia fué elevada en consulta a la corte superior del distrito, i la corte, arrimada a las mismas disposiciones, la confirmó en todas sus partes. Lo resuelto habria sido de poca o ninguna trascendencia, si el tribunal

deseando consonar sus demas actos con esta sentencia, no hubiera prevenido que se procediese tambien a igual inutilizacion de toda la moneda que, resultando falsa, se encontrase en la tesoreria de de esa plaza.

El gobernador Rocafuerte, en cuyo conocimiento se puso la sentencia, caló al punto las consecuencias de ella, e hizo la observacion de que no era posible llevarla a ejecucion, porque, no habiendo otra moneda que la falsa, se despertaria al instante la desconfianza de cuantos capitalistas conservaban injentes sumas en sus arcas, se desconcertaria el comercio, quedarian descubiertos los empleados para quienes estaban reservados en las cajas públicas veinte mil pesos, i estaria a peligro la tranquilidad de la provincia, de la cual tenia que responder. En consecuencia, mandó suspender la ejecucion del dicho auto, i dando inmediatamente cuenta de sus procedimientos al gobierno, obtuvo la correspondiente aprobacion.

Exaltóse con tal motivo la sensibilidad judicial del juez de primera instancia i de la corte. Conceptuaron que se habia atentado contra su poder, dando el escándalo de suspender una ejecutoria que, como todos saben, *hace de lo negro blanco*, i el tribunal pronunció otro auto disponiendo se llevase adelante el primero, sin perjuicio de que elevaría oportunamente una acusacion contra el encargado del poder ejecutivo ante el primer congreso ordinario que se reuniese.

Como estos sucesos vinieron a ocurrir, por desgracia, a principio del año de 1842, tiempo en que el gobernador de Guayaquil se hallaba investido de facultades extraordinarias por delegacion del presidente de la república, a quien se habian da-

do con motivo de la guerra de Pasto; Rocafuerte, en sabiendo la insistencia del tribunal i maliciando que hasta se pensaba en suspenderle, creyó hallarse en el caso de ejercer una de las facultades atribuidas por la constitucion. Anticipóse, por tanto, a lo que los miembros de la corte apénas tenían proyectado, i espidió contra ellos un decreto de suspensión temporal. Se fué a mas todavia: en virtud de las mismas extraordinarias, i por la simple presuncion de que el abogado Ayala era desafecto al gobierno, mandó que le aprehendiesen i le espulsó fuera del Ecuador.

Pusiéronse estos procedimientos en noticia del gobierno, i se levantó una grito furibunda i bien merecida contra el gobernador por lo obrado contra el señor Ayala. El gobierno, previa consulta a la Corte suprema i dictámen del Consejo, aprobó la conducta del gobernador; pero ordenó, asimismo, que los ministros fuesen repuestos en los destinos, como temperamento que conciliaba los procedimientos de su ajente con el decoro e interes de los miembros del tribunal.

El señor Rocafuerte, al suspender la inconsulta i estrepitosa sentencia de la Corte superior, procedió con tino i como hombre de Estado, por que efectivamente eran por demas probables el descontento, los alborotos i quien sabe si algo mas que se habria levantado, inutilizando, sin previa indemnizacion, una moneda que, aunque falsa, era la única que circulaba por autorizacion del gobierno mismo. Los miembros del tribunal, por atenerse a la letra de una lei que solo podia entenderse aplicable en el supuesto de que hubiera buena moneda en el Ecuador, no previeron las consecuencias de su resolucion, espusieron la industria de la primera plaza de

de la república, i hasta espusieron la tranquilidad misma de esta. Si el hombre arbitrario causa males de bulto porque no sabe respetar la lei, los letrados, arrimandose a ella ciegamente con desprecio de las circunstancias, no dejan de causar otros tambien de trascendencia.

Pero si el señor Rocafuerte obró atinadamente con respecto a la suspension del auto, fué por demas culpable i arbitrario respecto de los ministros, contra quienes sola con una mui apasionada i violenta interpretacion pudo arguirse que, de su empeño en llevar adelante la sentencia, se deducia que trataban de subvertir el órden público. La arbitrariedad del gobernador subió de punto con el destierro decretado contra Ayala, i la historia tiene que condenarle abiertamente por tan injusto procedimiento.

Aun incurrió el señor Rocafuerte en la arbitrariedad de emitir papel moneda; mas esta arbitrariedad puede conceptuarse como redentora del malestar de la provincia, porque con ella amortizó la moneda falsa. Lo mas que arbitrario, bárbaro, fué que, habiendo asomado algunos falsificadores de ese papel, estableció un tribunal de jurados, no conocido todavia en la república, i que la pena capital que estos impusieran a los culpados la conmutase con la de azotes, mandándola ejecutar a despecho del tiempo i la civilizacion que la tienen condenada como perteneciente a los primitivos siglos de la rudeza del jénero humano.

IV.

El presidente dió el decreto de convocatoria para la reunion de un congreso estraordinario que

debía tener lugar el 5 de setiembre. Graves eran las circunstancias que rodeaban al gobierno, principalmente por el modo como sostendría el orden constitucional en el caso de no reunirse el ordinario de 1843, al cual tocaba hacer la elección de los primeros magistrados de la república. La nulidad de las elecciones de Cuenca, la que había motivado la inquietud i disgustos de 1841, venía ahora a presentar dificultades de otro jénero; pues, una vez declarado que no podían rehacerse, había que dejar sin representación a esta provincia.

Consultóse el gobierno con los hombres de mas cuenta de la nación, i oído su parecer escogió el arbitrio de convocar el indicado congreso extraordinario, a fin de que zanjase los embarazos i tomase ademas en consideracion muchos otros puntos de gran importancia. El arbitrio, sin embargo, por prudente i acertado que pareció, no pudo realizarse; pues llegado el 7 de octubre, esto es aun vencidos ya un mes i dos dias de aquel en que debió reunirse, no asomaron sino diez de los concurrentes, entre senadores i diputados. El gobierno pasó inmediatamente una circular a los gobernadores de provincia para que requiriesen a los diputados ausentes; mas ninguno se movió de su hogar. Si en algunos hubo falta de amor patrio, o, cuando ménos indiferencia por la suerte de la nación, los diputados de las provincias litorales tuvieron sobrada razon para no concurrir. Decimos esto porque precisamente a fines de setiembre asomó una epidemia de carácter espantoso, tan mortífera como la del año de 1834, que al andar de pocos dias, i aun de pocas horas, se arrebatava a los hombres i los llevaba a los cementerios. La peste, segun está bien averiguado, fué procedente de Panamá,

traida en el buque mercante *Reina Victoria*, cuyo capitan N. Gómez, pagó con su vida el mal que, sin saberlo, venia a causarnos, i fué asimismo la ya cebada *fiebre amarilla* que apareció en 1834. Desde el 1º de octubre hasta el 26 del mismo se arrebató, desapiadada, trecientas veinte i seis personas, i aunque el número de las víctimas fué a ménos de mes a mes, no cesó del todo la epidemia sino a fines de agosto del año siguiente.

Ya por el de setiembre de 1842, esto es ántes de saberse si se reuniría o no el congreso estraordinario, los moradores de Cuenca elevaron al gobierno una solicitud manifestando que esta provincia no podia quedar sin representacion, i que, temiéndose con fundados motivos no llegaria a reunirse tampoco el ordinario, solo quedaba el arbitrio de convocar una convencion nacional. Los vecinos de Azógues i Gualaceo, cantones pertenecientes a la misma provincia, elevaron tambien sus representaciones en igual sentido, i ora que estas solicitudes se tengan como aconsejadas por el mismo gobierno, bien que no hai prueba ninguna para decirlo, como tan de lijero se propaló entónces, ora que realmente fueran espontáneas; la verdad es que vino a hacerse necesaria la convocatoria de la convencion.

El presidente ocurrió al parecer i voto de la corte suprema de justicia, i al dictámen del consejo de gobierno; i ambas corporaciones manifestaron que la salud pública imploraba tal medida como única en los conflictos de entónces. En consecuencia, el presidente espidió el 21 de octubre el decreto de convocatoria para el 15 de enero de 1843.

Miéntras se daba este decreto en la capital de

la república, el consejo municipal de Loja, i los vecinos de Ibarra, los pueblos situados a las estremidades de ella, elevaban al gobierno peticiones del mismo jénero i en el mismo sentido que las de los cantones de la provincia de Cuenca; de modo que si estas no llegaron a influir en la expedicion de tal decreto, sirvieron a tiempo para justificarla.

Decimos para justificar, pues desde que se traslució la idea de la convencion, se difundió la voz de que iba a darse en tierra con la constitucion de Ambato, para dar otra mas conforme a las intenciones del jefe del Estado, i porque el consejo municipal de Quito, reunido el dia 20 en sesion extraordinaria, acordó levantar su voz, oponiéndose a semejante paso, i dirijió al gobierno una bien nerviosa representacion en la misma fecha (*). Si los consejales tuvieron motivos para preveer las producciones de la convencion, porque en verdad no pudieron ser peores, obraron con tino i acertadamente. Mas no así por la simple convocatoria de ella, porque esta medida, en atencion a las malas circunstancias, era la única que podia atajar el desconcierto que forzosamente habria seguido a la falta del congreso constitucional de 1843.

El no haberse reunido el congreso extraordinario, la peste del litoral que seguia rabiosa i las representaciones de la provincia de Cuenca; eran de cierto motivos fundamentales para temer que tampoco se reuniera el congreso ordinario. Añádase a lo dicho que tocaba a este cuerpo hacer la renova-

(*) El gobernador Carrion, órgano por el cual debian elevar el acuerdo i representacion al gobierno, los conceptuó subversivos, i mandó poner en causa a los consejales. El juez que conoció de ella, i el tribunal que conoció de la consulta, los absolvieron.

cion de los empleados superiores, que la medida de una convencion, en tales trances, no era nueva, puesto que ya otros pueblos habian dado el mismo ejemplo; i menester es convenir en que el remedio, aun no siendo provechoso, era justo i único. Si el jeneral Flóres, sin escojitarlo o aceptarlo, como se quiera, hubiera esperado en silencio la llegada del dia en que debia instalarse el congreso ordinario, i no se hubiera reunido por cualquiera de las causas que dejamos apuntadas u otras inesperadas; ese silencio se habria interpretado por sus enemigos como proyecto adoptado de antemano para continuar en el poder. Se habria supuesto que la no concurrencia de los diputados era obra de sus maquinaciones, o se le habria tachado, cuando ménos, de imprevisivo i pacato, ya que conociendo bien el estado de las cosas, le dejó como andaba sin atajar a tiempo las malas consecuencias que iba a brotar.

Si la expedicion de tal decreto reservaba miras ocultas, como pudo ser, pero que no eran penetrables, no por esto debe decirse que la medida fué violenta i arbitraria, sino a lo mas que el jeneral Flóres supo aprovecharse de ella. I tambien la oposicion sacó de ello buenos provechos, porque la oposicion, para lo cual era indiferente que el gobierno cayese por cualquiera razon, con tal que cayese, difundió al punto i acaloradamente la voz de que el jeneral Flóres iba a perpetuarse en el mando, i preparó con destreza el ánimo de los pueblos, para que, llegada la ocasion, favoreciesen su causa. Ni el voto de la corte suprema, ni el dictámen del consejo de gobierno, ni las representaciones de los pueblos de Cuenca, ni el manifesto que dió a luz el encargado del poder ejecutivo, ni la falta del congreso estraordinario, ni el estado afflictivo,

de las provincias del litoral; pudieron hacer conformar, cuanto ménos justificar, la convocatoria de la convencion. Los opositonistas, combatiéndola a pié firme i con ardor, lograron despopularizarla, i los pueblos la contemplaron como un mal que bien pronto iba a pesar sobre la nacion.

Con la misma fecha que el decreto de que venimos tratando, se dió tambien el reglamento de elecciones; decreto inconsulto i retrógado que asentó al Ecuador cuarenta años atras de la corriente del siglo por el camino de los derechos públicos. Véase cómo.

La junta que habia de recibir los sufragios parroquiales, debia componerse del teniente padaneo i de tres vecinos nombrados por los corregidores. Para ser elector se necesitaba tener una propiedad raiz, de un valor libre de dos mil pesos, o de una renta de doscientos. Para ser diputado tener treinta i cinco años de edad, i ser dueño de una propiedad raiz, de valor libre de ocho mil pesos, o de una renta que no bajase de mil; i solo estaban escludidos de ser diputados el presidente de la república o el encargado del poder ejecutivo al tiempo de verificarse las elecciones.

Por semejante limitacion en cuanto a los muchos, i demasiado ensanche para los pocos, vinieron a ser elejidos convencionales cuasi todos los empleados de la república. El vicepresidente de ella, los ministros de Estado, algunos ministros de justicia, los gobernadores de provincia, los jenerales i coroneles con jurisdiccion o mando de cuerpos; tales fueron los hombres llamados para reconstituir la nacion, i conducirla por el camino de las libertades públicas i la prosperidad.

Las elecciones se verificaron sin escándalos ni

ruido alguno, pues el decreto al cual debían arreglarse se dió también meditado i ajustado a las miras del gobierno, que no hubo campo para que los opositores pudieran injerirse en ellas.

Hubo sí la particularidad de que las de Guayaquil no se verificasen en la capital de la provincia sino en Zamborondon, a causa de la rebeldía i ferocidad con que la fiebre amarilla continuaba segando las poblaciones de la costa. Merced al valor, actividad i mano protectora del señor Rocafuerte, la ciudad contaba con cuatro hospitales, con esmerado aseo, con víveres, médicos i sacerdotes, porque el gobernador atendía a todo, i desempeñaba personalmente hasta algunas funciones que no eran de su obligación. Su régimen gubernativo en aquella época luctuosa constituye el mejor período de su vida pública, i será la página dorada que lleve el libro de su biografía.

I cuenta con que no fué el único hombre público que consagró sus días i noches a la asistencia de los apestados, que también el señor Garaicoa, el ilustrado obispo de esa diócesis, dedicó sus desvelos i caridad a la manera que los dedicaban los sacerdotes del primer siglo de la Iglesia.

CAPITULO X.

Reúñese la convencion nacional.—La constitucion de la república.—Organizacion del gobierno.—Dificultades opuestas por el clero.—Motines populares.—La revolucion de marzo en 1845.—Combates en Elvira.—Tratados de Virginia.

I.

La convencion se reunió en 15 de enero de 1843. Largo i de penosa lectura es el mensaje que le dirijió el presidente de la república, i mas bien que mensaje elevado a una asamblea politica, es un discurso académico ajustado a todas las reglas de retórica. Comienza manifestando la necesidad en que se habia visto el gobierno de convocar la convencion, i habla de la paz que supo conservar, era la verdad, en medio de los disturbios que andaban ajitando a los pueblos vecinos. El Ecuador, empleando el feliz decir del presidente en su mensaje, se habia mantenido como *un ismo de nieve entre dos mares de fuego*.

Despues de dar cuenta del comercio i relaciones de la patria con las potencias extranjeras, pasa a

demostrar lo constitucional i necesario que era re-
formar las instituciones que rejian. Y como si se
viviese todavia en los tiempos de Colombia, de este
vasto imperio asentado entre los dos océanos, i en-
tre Centro-América i el Perú, como si se tratase de
constituir un pueblo que acaba de ser colono para
aparecer soberano, como si no dirijiera el presiden-
te su discurso a un pueblo acostumbrado ya a sa-
borearse con los principios republicanos i a vivir
entre la agitacion i las revueltas democráticas; en-
tra a demostrarnos desenfadada i tendidamente la
fragilidad de las instituciones populares, i recordar-
nos la historia de cuasi todas las repúblicas del
globo desde la mas remota antigüedad, Hácenos
saber que el gobierno de Esparta fué aristocrático,
variable el de Tébas, oligárquico el de Corinto, i
que solo el de Aténas se habia tenido como propia-
mente democrático, a pesar de su areópago, del
consejo de Anficiones i de los Arcontes. Segun el
decir del presidente, prescindiéndose de los prodi-
jios de la guerra pérsica i de los hombres eminen-
tes, no habia cosa que fuese digna de nuestras in-
vestigaciones en la historia de esos pueblos que
*desaparecieron en el seno absorbente de una repú-
blica conquistadora.* Hácenos saber que Roma,
como república, duró quinientos años, manteni-
do entre sus instituciones un senado conservador:
que la de Cartago, tal vez superior a su rival, ha-
bia durado setecientos cinco años por medio de
sus centunviros i quinquaviros, causando admira-
cion que fuera la sabiduria del senado vitalicio la
que mantuvo la tranquilidad interior: que pres-
cindiéndose de la república de Jénova, la de Vene-
cia habia sobrevivido mil doscientos años a sus
antiguas instituciones por la de un senado i un

dux vitalicios: que la Císalpina, reconocida por los tratados de Campo Tornizo, destruida por Suwarow, establecida despues de la batalla de Marengo, i luego repartida entre varios Estados, fué constituida por tres órganos primitivos, los posidenti, los docti, i los comercianti, todos vitalicios, a lo ménos de treinta i cinco años de edad; i que el ejercicio del poder ejecutivo estaba confiado a un presidente elijido por diez años i reelegible indefinidamente, estándole ademas atribuida la facultad de nombrar al vicepresidente: que la república de los Estados Unidos, digna de la contemplacion del estadista i del filósofo, tenia un senado de procedencia indirecta, siendo el presidente de esta cámara el vicepresidente de la república, i con voto decisivo en los caso de empate: que los períodos presidenciales duraban virtualmente ocho años, porque era mui rara la vez en que un presidente no fuera reelegido: que este era el jefe de la escuadra i del ejército, sin estarle prohibido mandarle en persona; i que él mismo indicaba tambien a la persona que debia sucederle.

Despues de tan indiscretamente manifestada semejante erudicion, traida sin rebozo para demostrar la conveniencia de un gobierno vigoroso i nuevo en América, pasa a las comparaciones i consecuencias nacidas i sacadas de la historia, sin disimular el sentimiento que sobreviene de que, para los casos de discordancia entre las dos cámaras, i cuando llegaren a exederse de sus facultades, no tenga el poder ejecutivo *ni voto absoluto, ni suspensivo ni cosa equivalente para oponerse a sus observaciones* (las de las cámaras).

No van a ménos los términos del proyecto de constitucion que acompañó a su mensaje, i si estas

piezas no fueran tan auténticas hasta diríamos que las forjó traidoramente algun enemigo solapado del jeneral Flóres, pues se hace difícil creer que un hombre de su penetracion i esperiencia no advirtiese las vicisitudes que habian padecido las formas de los gobiernos antiguos i la extravagancia de querer resucitar doctrinas contrarias al impulso democrático del siglo. Buenas, acaso, para Brasil, pueblo estenso, rico i acomodado ya a las instituciones plantadas desde el principio de su independencia, fueron por demas percucientes para el pueblo pequeño i pobre del Ecuador, nacido i educado bajo el sistema alternativo.

Y si todo esto fué tolerable, porque al fin era solo la opinion de un hombre, i el hombre es dueño de dar vuelo a los caprichos mas peregrinos de su imaginacion, no acertamos a calificar la condescendencia de los diputados que los acogieron silenciosos i cuasi vaciaron en la constitucion que mui luego dieron. ¡Ya se vé! La convencion era solo una pantalla tras la cual los empleados i capitanes del presidente jeneral en jefe veían la suprema voluntad de quien los habia escojido para que reconstituyeran la república.

La constitucion quedó sancionada el 31 de marzo, i los lectores pueden hacerse cargo de su estructura por algunos de los principios que van a ver.

El congreso debia reunirse cada cuatro años: las elecciones de senadores habian de ser directas por ciudadanos en ejercicio que, pasando de veinte i cinco años, disfrutasen de una propiedad libre de gravámenes, valor de tres mil pesos, o de una renta de treientos: para ser senador se requeria pasar de treinta i nueve años i disfrutar de una

propiedad raiz, valor de seis mil pesos, o de una renta de quinientos: los senadores debian durar doce años en sus funciones, i renovarse por terceras partes cada cuatro: el presidente de la república tenia que durar ocho años para que el poder ejecutivo quedara obligado a dar la sancion a una lei que por él hubiese sido objetada, era necesario que las cámaras insistiesen con el voto de las tres cuartas partes de sus miembros presentes: para la promulgacion de las leyes i mas actos lejislativos debia el presidente emplear esta forma: “ N de N, presidente de la república del Ecuador: hacemos saber a todos los ecuatorianos que el congreso ha decretado i Nos hemos sancionado lo siguiente [Aquí el testo]. Por tanto; mandamos a todas las autoridades de la república que la cumplan i hagan cumplir etc.” entre las atribuciones del poder ejecutivo habia la de presentar al senado la terna de los magistrados que podian nombrarse para la corte suprema, i la de espedirles los títulos: para ser majistrado de esta corte se requeria, entre otros requisitos, ser mayor de cuarenta i cinco años, i para serlo de una superior pasar de treinta i cinco.

Y todavia, para afianzar mas el poder de quien habia presentado esos principios contrarios a los adoptados por las demas repúblicas americanas, se añadió como disposicion transitoria que la misma convencion debia nombrar a los senadores principales i suplentes, i a los miembros de la comision permanente.

Esta *carta de esclavitud*, como la llamaron nuestros pueblos, i aun los estraños, ideada i trabajada por el jeneral Flóres, i adoptada i sancionada por los empleados i tenientes de Flóres, apuró los dis-

gustos e indignacion de los que no pertenecian al partido del gobierno, cuando se vió confirmado el rumor de la reeleccion del referido jeneral; pues el mismo 31 de marzo fué nombrado presidente de la república cuasi por unanimidad de votos, ya que de treinta i cuatro diputados presentes, le negaron solamente los suyos los señores José Fernández Salvador i José Maria Santistevan.

En medio del silencio con que se sancionó la constitucion, i de la tercera exaltacion del jeneral Flóres a la presidencia, en el corto período de trece años, contra el ejemplo que daban las otras naciones americanas, hubo una voz que se levantó, única es cierto, pero que se levantó impetuosa, estridente, como era siempre, la voz de Rocafuerte. Diputado por la provincia de Cuenca, i habiéndose detenido en Guayaquil para aliviar la suerte de los apestados, no habia podido concurrir a las sesiones del congreso sino desde el 11 de febrero.

Desempeñando el señor Rocafuerte la gubernacion de Guayaquil habia servido lealmente al jeneral Flóres en su segundo período presidencial. Rocafuerte no era, como hemos visto, de los mui respetuosos a la lei ni partidario de la constitucion de Ambato, sino inclinado a las arbitrariedades i anotador de los vicios de esta constitucion, durante el gobierno de él; i habria dado tal vez su asenso a la de 1843 si, como queria, se hubiese elegido presidente al esclarecido Olmedo, o se le hubiese dado a entender que él seria el nombrado. Pero el señor Rocafuerte, viendo de nuevo al jeneral Flóres en el solio, que con tan mal administrador habian de volver otra vez los despilfarros de las rentas, la influencia de los validos, las perniciosas condescendencias, las malas negociaciones, los de-

seos de gloria i engrandecimiento personal a costa de la paz pública; no pudo contenerse i, rompiendo de súbito i de frente con su *amigo i compadre*, olvidó todos los vínculos, i reventó, como revientan siempre las almas soberbias, con estrépito i furor.

No aguardó ni a que se sancionase la constitucion, sino que, en viendo ya llegar el término del proyecto, del cual no pudo tener conocimiento sino ya en la tercera discucion, se levantó rabioso i protestó en plena cámara contra el *monstruo político* que iba a sustituir a la constitucion de Ambato, *solo por favorecer las aspiraciones de la avaricia i de la ambicion*. “Como hombre de honor, añadió, i como verdadero patriota me veo en la forzosa obligacion de repetir en la cámara lo que públicamente se dice en todas las calles i tertulias, i es que esta nueva constitucion es el resultado de diestras i complicadas intrigas para reelejir de presidente al jeneral Flóres con desdoro de la nacion i con perjuicio de las rentas públicas. Esto se hace increíble; no puedo dar asenso a tan vergonzosos rumores; mas como estamos en tiempos de fenómenos, es preciso prepararse a todo, i si así sucede, lo que no permita el cielo, porque es una gran calamidad que mande el jeneral Flóres, es de mi deber protestar tambien desde ahora contra la tal eleccion, i pedir que la nacion exija al jeneral Flóres la responsabilidad, por haber destruido de hecho la lei fundamental de Ambato que él juró sostener i conservar.”

Ruidosa i hasta escandalosa fué, con este motivo, la sesion, i por poco se acaba a silletazos. Roca-fuerte, hecha la protesta, la publicó por la prensa, i sin volver mas a la convencion, partió para Guayaquil i de aquí a Lima, de donde fué a lanzar

rayos sobre rayos contra el presidente i sus actos gubernativos, tomándole cuasi desde la cuna i hasta exajerando sus achaques. Los escritos del señor Rocafuerte, a las veces desaliñados e incorrectos, pero siempre orijinales, robustos i ajustados al estado i circunstancias de las cosas, contribuyeron poderosamente a escandecer el inquieto ánimo de la oposicion, i robuster su partido hasta echar por tierra aquel monumento de oprobio que, con nombre de constitucion, se habia levantado en 1843 para esclavizar al pueblo.

II.

Fué nombrado Vicepresidente de la República el señor Francisco Márcos, convencional que acababa de servir como ministro de lo interior i relaciones exteriores. Esta eleccion, segun fué público i notorio, se hizo contra la palabra que el jeneral Flóres tenia dada al señor Pedro José de Arteta, el candidato presunto para ese destino. El señor Arteta, el mas renombrado pariente político del jeneral Flóres i su leal amigo, quedó, como era de temerse. altamente desobligado, i sus relaciones i fidelidad, como tambien era natural, quedaron resfriadas; de modo que Flóres ya no pudo contar con esa decision de sus allegados, tan provechosa en otros tiempos.

La comision permanente fué compuesta de los señores José Feliz Valdivieso, presidente; Joaquin Gómez de la Torre, Ramon Gortaire, José Maria Pareja i Mariano Miño, los mas de éstos enemigos antiguos del jeneral presidente.

Los ministerios fueron arreglados con los señores José Modesto Larrea, para el despacho del go-

bierno [sustitucion de lo interior] i relaciones exteriores, Francisco Aguirre para el de hacienda, i coronel Hipólito Soulin para el de guerra i marina. El primero, sin embargo, no fué desempeñado sino por el señor Benigno Malo, uno de los hombres mas hábiles e ilustrados del Ecuador, quien llevó sobre sí todo el peso de la política de entónces, i quien, ayudado i alentado por el jefe de la comision permanente, sirvió al gobierno con sumo celo, discrecion i lealtad.

Por estos nombramientos i otros varios, hechos en personas, enemigas del presidente en otro tiempo, podia juzgarse que la sagacidad de su política habia aletargado a la oposicion i conseguido la completa reconciliacion de partidos, objeto de sus pretenciones i desvelos; pues, como ya hemos dicho en otra parte, se saboreaba mas con ser amado que temido. Este modo de pensar del jeneral Flóres, brote noble de su carácter suave i seductor, lo mantuvo constantemente en la vida pública i privada, i con él logró domar a muchos de sus mas aferrados enemigos. I sin embargo, ni habia tal reconciliacion ni cabia que se realizase, porque muchos parientes inmediatos, i otros mui allegados de esos mismos que vinieron a barajarse con los nuevos gobernantes, se conservaron firmes en sus antiguas opiniones, ardorosamente exaltadas con la constitucion que acababa de sancionarse i publicarse, i solo esperaban la ocasion para aparecer de frente con el mismo calor que en 1833. El Ecuador no pudo nunca olvidar que el jeneral Flóres se habia mecido en cuna estraña, i ménos conformarse con las manifestas tendencias a la perpetuidad.

III.

Un decreto ejecutivo, por el cual se ordenó que los empleados superiores, los jefes de las oficinas i mas agentes inmediatos del gobierno, prestasen individualmente juramento a la constitucion, llegó por el pronto a suscitar embarazos que, aunque no de gravedad, contribuyeron a aumentar el número de los enemigos del jeneral Flóres. Algunos eclesiáticos, impresionados de los términos con que se habia redactado el artículo relativo a la religion del Estado, creyeron que se abria las puertas a la tolerancia de cultos. El artículo 6º dice así: “La religion de la República es la católica, apostólica, romana, con esclusion de todo otro culto público.....” Opinaron, pues, que, no prohibiéndose por la constitucion sino el culto público, quedaba permitido el privado i espuesta la religion de nuestros padres, i con esta consecuencia que les pareció deducida de buena lógica, se exaltaron sus ánimos, i principiaron a propagar la voz de que iba a introducirse la *herejia*. El clero de Cuenca, como siempre, abultó mas sus desconfianzas i temores.

Dias antes se habian elevado por los reverendos obispos de Quito i Guayaquil representaciones a la convencion, pidiendo la reforma de aquel artículo, la supresion del último inciso del 36 que, tratando de los que no podian ser senadores ni diputados, comprendia tambien a los ministros del altar, i la abrogacion de la lei que acababa de dictar acerca de la libertad con que podian arreglarse los intereses en los contratos de mutuo.

La convencion resolvió que el artículo 6º no alteraba la religion católica, apostólica, romana, i que, entendiéndose subsistente la lei de 27 de setiembre de 1821, en cuanto a la estincion del tribunal del *Santo Oficio*, se entendia asimismo que los arzobispos, obispos i vicarios reasumian la jurisdiccion eclesiástica espiritual para conocer de las causas de fé; pudiendo en consecuencia obligar a los extranjeros de diversas creencias a que respeten el culto de la religion católica. Por lo que respecta al segundo punto, resolvió que la convencion, como cuerpo constituyente, habia obrado dentro de los límites de sus atribuciones; i en cuanto al último, que la lei, amparadora del derecho de pactar libremente los intereses, no formaba parte de la constitucion.

Diéronse mansamente algunos eclesiásticos por satisfechos con tales aclaraciones, contándose entre éstos el piadoso y culto prelado de Quito, doctor Nicolas Arteta, quien hasta espidió una pastoral manifestando que no habia riesgo ninguno en prestar juramento a la constitucion. Otros, temiendo quedar privados de sus beneficios si no lo prestaban, se rindieron tambien; mas otros, como el obispo de Bótren, hombre de buen entendimiento i eclesiástico ilustrado, algunos prebendados, algunos doctores de teologia i muchos de los párrocos se atuvieron firmes a su modo de juzgar, i aceptaron las consecuencias de la negativa. El encargado del poder ejecutivo pidió a la convencion que le diese las reglas por las cuales habia de proceder en esta materia, i el congreso determinó que a cuantos se negasen a prestar el juramento,

se les tuviera como a extranjeros que viven en territorio ecuatoriano, sujetos a las cargas ordinarias del Estado, pero sin poder gozar del ejercicio de los derechos políticos, ni conservar ni obtener empleos, ni beneficios eclesiásticos ni rentas, i que si intentaban perturbar el órden público, se les estrañase del territorio de la república.

Tan enérgica y pronta declaratoria hizo titubear á los mas, i ateniéndose á la pastoral i ejemplo que habia dado el obispo de Quito, se resolvieron a prestar el juramento que la constitucion ordenaba. Otros, sin embargo, o juraron con ciertas restricciones o se negaron absolutamente, i fueron privados de sus beneficios; i entónces, cuando comprendieron que se llevaba adelante la privacion de los curatos, porque no faltaron nuevos eclesiásticos que se prestasen a servirlos a trueque del juramento prevenido por el decreto, destemplaron sus temores i enerjia, i se sometieron a las resoluciones de la convencion.

IV. .

La convencion, consecuente con los principios que acababa de establecer en la lei fundamental, no pudo olvidarse de que el congreso de 1839, al derogar la monstruosa lei sobre libertad de imprenta, dada por el de 1833, habia hecho revivir la de Cúcuta que rejia en 1843. Fuerza era pues que sus miembros, estudiando y discutiendo la materia con arreglo a los mismos principios, espidiese otra como nueva, pero al remedo de la de 1833.

I con decir que la de la convencion es imájen viva de la de este año, no hai para que entrar en su exámen, pues repetimos que es un calco de ella, como vaciada a su molde, i como espedida para poner coto a la libertad de imprenta. La prensa de 1833 habia acarreado, cierto, graves disgustos; mas los convencionales se olvidaron que estos disgustos acarrearón tambien las desgracias de cerca de dos años, terminadas en Miñarica, i que la lei de 1833, la matadora de la libertad de imprenta, habia obrado como uno de los cargos de mas bulto contra el gobierno de entónces.

Por la nueva lei [artículo 23], el *distribuidor o circulador* de los impresos que repartiese, a pretexto de que eran *venidos por el correo o procedentes del extranjero*, quedaba tambien responsable i sujeto a las penas en ella establecidas [*]. No pudieron descargarse mayores ni mas bien acertados golpes contra la libertad de imprenta, i nos hicieron retroceder veinte años atras.

Aun incurrió la convencion en otros achaques demasiado graves. Poco satisfecha con las repetidas muestras de sumision rendidas al jeneral Flóres, el hombre de las circunstancias i el que lo

[*] Este artículo fué conocidamente injertado en la lei de imprenta con motivo de la publicacion de "La Linterna Mágica" que se hacia en una de las naciones vecinas. Este periódico, escrito por un hábil ecuatoriano con la pluma de Timon i la tinta de Diógenes, habia llamado como por padron cuasi a todos los hombres del gobierno, deslustrando su fama, i producido impresiones tanto mas honda cuanto mayores eran el interes i entusiasmo con que se recibia i leia. Por desgracia, despues de recorrida la lista, dejaba el desconuelo de no haber en la nacion otros hombres con quienes reemplazarlos, porque la exajeracion del periodista fué por demas apasionada.

podia todo, oyó proponer a uno de sus miembros, i admitió con gusto el proyecto de que en la lei de presupuestos se votase una cantidad para el sueldo de un secretario particular que debia tener el presidente de la república. El presidente, mas compadecido del angustioso estado del tesoro, o mas entendido i modesto para saber despreciar los brotes de la adulacion, se dirigió a la asamblea rechazando la proposicion i, lo que es mas, ántes pidiendo decretase la reduccion de la renta, a lo ménos durante su período, o dispusiese íntegramente de ella, o mandase suspender el pago hasta que se nivelaran las entradas del erario con los gastos públicos. Si no era sincero este lenguaje, si no era mas que aparentar lo que no sentia, como decian sus enemigos, a éstos incumbia demostrar lo contrario, i en todo caso es de apreciarse mas esa honesta manera de proceder, aun siendo aparente, que no al ideado proyecto de tributarle un acto de pura adulacion. El jeneral Flóres, con este buen proceder, dejó corridos a cuantos convencionales se prestaron a la adopcion de semejante proyecto.

V.

Si tantas de las estravagancias de la convencion pasaron tolerándose i olvidándose de grado en grado, un acto de los suyos, por demas inocente i arreglado a los buenos principios económicos, vino a jerminal graves inquietudes i algunas desgracias que deplorar. Hablamos de la lei de 5 de junio sobre una contribucion jeneral de tres pesos cuatro reales que debian pagar todos los varones, desde la edad de veinte i tres años hasta la de cincuenta i cinco, con esclusion de los indios i de los

esclavos; i hablamos tambien del consiguiente decreto reglamentario que espidió el presidente para la ejecucion. La convencion i el gobierno juntamente habian previsto los disgustos que ocasionarian, i los resultados que eran de temerse, i la primera autorizó al segundo para que pudiese suspender la lei tan luego como encontrase dificultades para llevarla a ejecucion.

Efectivamente, difundida en la provincia de Imbabura la espedicion de esos decretos, asomaron primero rumores alarmantes de una próxima convulsion. Creyóse al principio que el descontento de los pueblos no pasaria de ser un descontento murmurador, i sin embargo se pasó a mas. El 15 de agosto, dia en que el decreto se publicó por bando en la parroquia del Puntal, los vecinos que lo escuchaban se arrojaron de sobresalto contra quien lo leia, se lo quitaron i lo hicieron pedazos, gritando *¡Mueran los tres pesos!* El pueblo de Tulcan siguió el mismo ejemplo i con mayor escándalo; i como el decreto se publicaba cuasi a un tiempo en los demas pueblos de lo interior, los de Guarano, Lieto, Chambo i Punin, pertenecientes a la provincia del Chimborazo, repitieron por el sur iguales escándalos que los del norte.

Bien pronto se contagiaron otros pueblos, i *Bolivar* mismo [así se llamaba entónces la ciudad de Riobamba, como se llamaba *Flóres* la provincia de Loja], la capital del Chimborazo, fué ocupada por los rebeldes, en número de mil a mil quinientos, capitaneados por el jóven Víctor Proaño, que habia logrado entusiasmarlos, i por otro jóven Ramon Maldonado, que las daba de segundo jefe. La facilidad con que se atroparon tantos descontentos, i la resolucion que tomaron de apoderarse de la

capital de la provincia, procedia de que los enemigos del gobierno los alentaban a sombra de tejado, i de que en todo el Chimbarazo no habia un solo soldado de guarnicion.

Los rebeldes, era bien natural, cometieron algunas tropelías en Bolívar, pues impusieron a los vecinos contribuciones de dinero, caballos i otras especies para su organizacion i subsistencia, i Proaño aun dió una lanzada al jóven Gonzáles por haber echado un viva al gobierno. Por fortuna para los mismos rebeldes, no pudieron proporcionarse armas ni municiones, pues a malas penas consiguieron hacerse de lanzas, de algunas escopetas i de tres arrobas de plomo. A no ser así, habrian de seguro pensado en sostenerse, para tener luego que ceder, rendidos i con derramamiento de sangre, al empuje del cuerpo de ejército que estaba preparándose apuradamente en Quito i en otros puntos.

Un suceso estraño, distinto por su orijen i aspecto, bien que no por la causa, a los de Imbabura i Chimborazo, ocurrió por estos mismos dias (22 de agosto) en Ambato. El teniente coronel Gavino Espinel, jefe de las milicias del canton, entró en dicho lugar a la cabeza de la compañía de Pillaro destinada para engrosar el cuerpo de ejército que debia obrar en la provincia del Chimborazo. Esto era lo ostensible i lo conforme a las disposiciones del gobierno; mas Espinel andaba por entónces torcido con éste, i su resolucion, lo sabemos de buena tinta, era la de pasar a Pelileo, reunir a sus filas las milicias de esta parroquia, i repetir luego el grito de insurreccion dado en el Chimborazo, a donde en seguida debia partir. Las cosas, no obstante, vinieron a tomar un sesgo inesperado.

Al atravesar Espinel la plaza principal de Ambato, vió, mui cerca del cuartel que se le habia preparado, a varios ciudadanos que pocos meses ántes le habian dado de palos, i que le lanzaban miradas sarcásticas i de desprecio. Irritado de este nuevo ultraje, se salió del cuartel acompañado de algunos de sus oficiales, i acabó con ellos a chinchorrazos hasta ponerlos en dispersion. Los ofendidos, apoyándose en lo ostensible de la comision de Espinel, para ellos efectiva i real, de que las tropas estaban destinadas a rendir i castigar a los pueblos que habian rechazado la contribucion, i exaltando el impulso lugareño de los vecinos de Ambato, pues no cabia que éstos hubiesen sido ultrajados por los de Píllaro; lograron exitar la sensibilidad de los primeros, los armaron de palos i piedras, i puestos a su cabeza traban a pedradas un ruidoso combate, en los instantes que Espinel atravezaba de nuevo la plaza para salir a Pelileo.

Las tropas de Espinel no habian estado todavia provistas de cartuchos, i de nada valian sus fusiles, no habiendo el arrojo necesario para abrirse paso a culatazos por medio del pueblo amotinado. Sostuviéronse de cierto lidiando así por algun rato; mas, al aumentarse mas i mas los del pueblo agresor, comienza el desaliento de los agredidos, i yendo ya de vencida, procuran parapetarse con las paredes del cuartel. ¡Arbitrio vano! Envalentonados los de Ambato al ver que las tropas buscaban su resguardo en el cuartel, trepan audaces por las paredes, i venciendo a brazo partido en todos los puntos que encuentran resistencia, se apoderan de él, rinden al comandante i le calzan un par de grillos. Seis muertos, cuatro de Píllaro, i dos de Ambato, i doce o diez i seis heridos, los mas de los

primeros, fueron las víctimas de aquel suceso singular por el oríjen i aspecto.

Miéntas ocurrian estos acontecimientos por el sur, iban en creciente las insurrecciones del norte. Una corta partida de tropas que pasaba por el Quinche [provincia de Pichincha], fué desarmada por los del pueblo, i los asaltadores partieron para Cayambe, insurreccionado ya tambien, i tan formalmente, que sus vecinos se reunian al toque de tambor, i hacian los ejercicios doctrinales en Verdeloma sin el menor escrúpulo.

El coronel Adolfo Klinjer, industrial i rico propietario que tenia una gran hacienda [Huachalá] en esa parroquia, habia llegado recientemente a ella para ocuparse en sus labores. No está bien averiguado si Klinjer vertiera realmente algunas frases ofensivas contra los que andaban promoviendo la insurreccion o sosteniéndola; mas ello es que un indio de su misma hacienda notició a los de Cayambe que su patron habia asegurado contar con armas i medios para reprimirlos i hacerse respetar. Si este aviso llegó a indignarlos, la rabia de los insurrectos subió de punto cuando creyeron asegurarse de la verdad por la confesion que arrancaron, a fuerza de látigos, de uno de los sirvientes de Huachalá.

El coronel Klinjer, que sin duda no sabia estos antecedentes, pasó a Cayambe a cumplir con los deberes religiosos del dia domingo, [27 de agosto], i salió de la casa de alojamiento en busca del señor Pablo Villasis que tenia su habitacion en la plaza de la parroquia. Aquí fué informado de los enojos de los facciosos contra él, i miéntas escojita-ba los medios de desenfadarlos, se presentó en la casa un grueso motin de jente a pedir que le en-

tregaran a Klinjer. Villasis, esponiendo su propia vida, se plantó en la puerta de la habitacion para impedir las violencias i ver de salvar la vida de su amigo; mas los amotinados forzaron fácilmente el paso i le sacaron. El señor Villasis consiguió por el pronto aplacar la ira de los agresores, i volvió a dar al coronel Klinjer asilo en la habitacion, bien que vanamente; pues volvió tambien a encenderse la rabia de esos furiosos que le sacaron a empujones, i miéntras unos le daban lanzadas i le insultaban, se acercó otro asesino i asestó un trabuazo contra la cabeza de la víctima. No contentos con tanta barbarie, arrastraron el cadáver hasta la plaza i le presentaron a la multitud para que le escarneciese. El coronel Klinjer pertenecia a los vencedores en Pichincha, pues habia venido de capitan con el ejército de Sucre.

Del proceso levantado para la averiguacion de este crimen resultó que, aunque Ramon Enriquez habia sido quien acaudillara el motin, no era el responsable del asesinato sino José Moráles, el que disparó el trabuco. Enriquez, sin embargo, fué condenado como cómplice; i Moráles, que logró ponerse en cobro, aun debe andar escondido de monte en monte. (*)

Azorado el gobierno con la insurreccion que iba jeneralizándose en Imbabura, dispuso que el jeneral Otamendi, vuelto ya de su destierro, partiese para Ibarra a encargarse de las fuerzas que habia en este lugar. Otamendi salió por la via de Mojanda, por haber sabido que Tabacundo, pueblo del tránsito, se hallaba tambien unido a los insurrec-

(*) *Post scriptum*. Se le llegó a aprehender a los doce años, en 1865, i fué de seguida fusilado.

tos de Cayambe. Al acercarse a Otavalo, supo que este canton habia corrido la misma suerte, i que en ese dia andaban atumultuados; i pareciéndole vergonzoso retroceder; i conociendo que un acto arrojado i sorpresivo salvaria la fama de su valor i le haria llevar adelante la comision, se determinó a cruzar por medio de los amotinados.

El jeneral solo llevaba en su compañía a los coroneles España i Mota, al comandante Gallégos i a otros diez, entre oficiales i soldados, i poniéndose lanza en ristre a la cabeza de ellos, partió a galope i atravesó, la ciudad, dejando estupefactos a los que, pasada la sorpresa, no acertaban a explicarse cómo no castigaron tamaña osadía. Dos de los insurrectos que se espusieron a seguir las huellas de Otamendi, cayeron en sus manos i fueron lanceados al punto.

Los pueblos de Malchinguí, Sanpablo, Cotacachi i Atontaqui andaban tambien ya alzados por este tiempo, e incorporándose con los de Cayambe i formando todos un cuerpo de cosa de mil docientos hombres, se acamparon en Cajas, resueltos a combatir con las tropas del gobierno. Los enemigos de éste, i principalmente los eclesiásticos no juramentados, que habian asuzado a los pueblos para que se rebelasen, seguian ahora asuzándolos con mayor ahinco, predicándoles a nombre de la religion espuesta a corromperse, i predicando contra el *tributo* (así dieron en llamar la contribucion) de los tres pesos cuatro reales. De tantos asuzadores, sin embargo, no hubo uno solo de alguna cuantía que se presentase como caudillo, i dejaron a esos pobres pueblos sin armas ni otro jénero de ausilios, espuestos a ser víctima de los enconos de Otamendi i sus soldados.

Llegado el jeneral a Ibarra, prepara con indelible ajilidad la marcha del primer rejimiento *Lanceros*, grueso de docientas cincuenta plazas, manda inutilizar las armas que no podian llevar consigo, a fin de que tampoco sirvieran a los descontentos de la ciudad, caso que se sublevasen, como se temia, i al dia siguiente [30 de agosto] se vuelve para Otavalo i alcanza aun a los amotinados en la Loma de Reyes. Un millar de jente inerme, o atropada a lo mas con palos, hachas u otros instrumentos de labranza, no podia combatir sin tener por resultado una derrota cierta. Y así sucedió en efecto; pues, muertos unos pocos i heridos unos cuantos, corrieron los demas. Por esta vez el jeneral Otamendi unió la sagacidad i la clemencia a su arrojado valor, pues pudo, a obrar como en Miñarica, haber asesinado a cuantos encontró amotinados, i aun perseguir i tomar fácilmente a los que huyeron, para someterlos a la accion de la justicia. Por esta vez, repetimos, no se salió de la regla por la cual conocemos al valiente por su moderacion i clemencia.

El jeneral Daste, jefe de las operaciones contra los sublevados en los pueblos del mediodia, i que marchó con un cuerpo de mas trecientos veteranos, i cosa de otros trecientos milicianos, procedió con mayor cordura todavia. Al entrar en la provincia del Chimborazo mandó publicar el decreto ejecutivo, por el cual se suspendia la contribucion. Mandó, asimismo, decir a los insurrectos que depositasen las armas, seguros de que serian perdonados, indultó al cabecilla Maldonado, quien se entregó con toda la caballeria de que era el jefe; i consiguió con estos buenos procedimientos que el jóven Proaño desocupase a Bolívar. El jeneral

Daste entró en la ciudad el 29 de agosto por la noche, i los sublevados que todavia acompañaban a Proaño, al verse ya mui menoscabados, partieron para Chambo, pueblo situado para allá del caudaloso rio del mismo nombre. Al andar de pocos dias, Proaño salió prófugo para el Perú, los demas se fueron a sus casas, i desaparecieron los tumultos.

A pesar de que esta pacificacion fué mui hacedera, no dejaron de ocurrir algunas desgracias que lamentar. La mala intelijencia del comisario de policía de Bolívar dió lugar a que en la parroquia de San Andres no principiase la lectura de la publicacion por la del decreto de suspension, sino por la del impuesto, el causante de las revueltas, i que a esta consecuencia se amotinaron las mujeres, lo arrancaran de manos del comisario i lo hicieran trizas a su presencia. Aun hubo algunas que le insultaron i hasta estropearon, aunque al parecer mui lijeramente.

Ofendido de los malos tratamientos, i mas lastimado por el ultraje personal i público, el comisario, sin hacerse cargo de los antecedentes i de las malas circunstancias, elevó a la gobernacion de la provincia un exajerado informe contra el pueblo, pintando el motin como de suma gravedad. El gobernador o la autoridad militar incurriendo en la misma indiscrecion que el comisario, destacó una partida de tropa comandada por el coronel Nicolas Moráles con el objeto de que dispersase el tumulto. Los amotinados recibieron a los veteranos a pecho descubierto, pero a pedradas, i una mujer, aun alcanzó a dar de lleno con un guijarro al jefe de la partida. Arremetidos luego violentamente por los flancos por la jente veterana, echaron a correr, i fueron lanceados en la carrera ocho o diez, entre

hombres i mujeres, incluso dos que recibieron la muerte dentro del templo de la parroquia, a donde habian ido a refugiarse. El proceder de Moráles se comparó con los del tiempo de los Pizarros.

Guano tuvo tambien el sacrificio de una víctima por causa de la malhadada contribucion.

Dias despues, el coronel Felipe Viteri, animado de la buena disposicion en que se hallaban los pueblos de lo interior de la república, se propuso organizar algunas guerrillas en su propia hacienda de Tunga, situada en la banda oriental del caudaloso *Patate* [jurisdiccion de Ambato]. Como la posicion de la hacienda es exelente para un intento de aspecto revoltoso, las preparó a la descubierta, no ya con el pretesto de la contribucion, sino predicando a banderas desplegadas contra las recientes instituciones que rejian i contra los gobernantes. Llamó a unos tantos moradores de las haciendas i pueblos comarcanos, quienes se reunieron i se prestaron de buena voluntad; i Viteri los sujetó a racion i al ejercicio de las armas, se entendió i se concertó con los del partido de la oposicion, i preparó, en fin, su faccion con tanta lizura i tranquilidad como si no hubiera estado obrando en el corazon de la república. El mote de sus banderas decia, *Relijion* i *Rocafuerte*; la relijion, la consoladora de nuestras aflicciones i la que condena los embustes, ha sido frecuentemente, entre nosotros, el primer arrimo que buscan las banderías políticas.

Llevado el gobierno del entender de que las reuniones de Tunga serian del mismo aspecto que los motines anteriores, no se mostró mui diligente en perseguirlas, i ántes, como despreciándolas, dejó que tomaran cuerpo. Andando los dias, comprendió el verdadero objeto de ellas, i que se iban ro-

busteciendo de hora en hora, i entónces destinó al coronel Antonio Moreno para que, con veinte hombres de caballeria veterana i treinta de las milicias de Latacunga, ocupáse a Píllaro, parroquia asentada a las alturas de la de Patate. El coronel Pedro Beriñes, jefe de una columna veterana, de docientas plazas, acantonada en Ambato, debia obrar en combinacion con el coronel Moreno, i aparecer reunidos con sus fuerzas en el dia convenido.

El coronel Viteri, que habia alcanzado a reunir cosa de ciento cincuenta hombres; bién que solo contaba con cuarenta i cinco bocas de fuego, no quiso esperar a que se le acometiese, sino que, dándolas de hombre fuerte, entendido, se resolvió en mala hora a tomar la ofensiva. Resuelto ya a tomar este partido, destacó cuarenta i cinco hombres armados al mando del comandante Castro, quien, saliendo de Tunga mui por la madrugada, logró apresar, ántes que rompiera el dia, algunos centinelas partidas de las milicias de Píllaro. De seguida se vino a este pueblo para caer de sobresalto en el cuartel de Moreno, a quien suponía durmiendo todavia, i reducido al recinto de las paredes del cuartel.

1843. Pero otros soldados de la avanzada que tomó Castro, habian escapado i venido a instruir al coronel Moreno de la aproximacion del enemigo; i Moreno, con tan oportuno aviso, sacó sus tropas del cuartel i las colocó debidamente en los puntos que convenia. Cuando el comandante Castro entró en la plaza con la seguridad de tener que acometer a Moreno en su propio cuartel, se vió súbitamente atacado por diferentes puntos, i quedó por el pronto desconcertado. Sin embargo, co-

mo era un antiguo i valiente soldado del tiempo de la guerra de la independencia, recobró pronto la serenidad, mandó romper los fuegos i se sostuvo firme hasta que, concluidas las municiones i habiendo dejado que sus enemigos conocieran semejante falta, fué acometido briosamente por la caballeria del coronel Moreno. Merced a que el encuentro se verificó ántes que asomase la luz del dia, solo hubo tres muertos i cuatro o seis heridos, incluso el teniente coronel Gavino Espinel, por parte de los de Moreno; i un muerto i once heridos, por la de Castro, con inclusion del mismo, que tambien cayó prisionero en junta de otros.

Al saber el coronel Viteri el descalabro recibido por su teniente, dispersó a los demas que habian quedado en Tunga, i fué a dar en Báños, pueblo situado al pié del monte Tungurahua, i defendido por los rios *Chambo* i *Báños*, formado del anterior i del *Patate*, que va a descolgarse por lo que llamamos *Chorrera de Agoyan*. Cortados los puentes, como Viteri mandó cortarlos, estaba seguro de que no podrian alcanzarle las persecuciones del gobierno, i de hecho no fué engañado.

Dias despues, se salió de su retiro, emprendió otra revolucion, acaso mas descabellada que la anterior, i habiendo sido tomado, fué a parar en la isla Floreana a donde se le desterró, i en donde fué a unirse con el comandante Castro i otros de sus compañeros.

Los acontecimientos de Tunga dieron lugar a que el gobierno mandase aprehender en Quito a los señores Francisco Montalvo, Ciro Peñaherrera i Alejo Herrera, como indiciados del crimen de conspiracion, i a que fuesen trasladados a otros puntos de la república. El Dr. Montalvo, patriota

distinguido i letrado hábil que rejia con provecho la cátedra de literatura en el colejio de San Fernando, pidió i obtuvo pasaporte para lo exterior. El segundo fué destinado a Cuenca, i el último al Macará, pueblo lindante con los del Perú.

Los pueblos de Imbabura solo llegaron a tranquilizarse completamente a mediados de noviembre, i aun esto despues que el jeneral Otamendi hubo levantado su cuerpo de operaciones a quinientas plazas, i despues de haber obligado a refugiarse en el territorio granadino a los curas de Tulcan i Anjel, i a los cabecillas López, Tarrin, Romero, Landázuri, Córdova i Bosano. Muchos de éstos cayeron dias despues, i fueron confinados en Guayaquil, i luego trasladados a Loja para preservarles de que se contajiasen de la fiebre que aun seguia diezmando las poblaciones de la costa.

Miéntas el gobierno andaba solícito persiguiendo el hilo de tantas conspiraciones, la parroquia de Tiesan, acaudillada por Manuel Gómez, Mariano Ruiz i Juan Palacios, levantó como las anteriores un motin, bien que a deshoras; i sin llegar a robustecerse. Los cabecillas fueron aprehendidos a tiempo, i confinados en diferentes puntos de la república.

Pero si el gobierno habia quedado airoso sufo-cando tantas conjuraciones, el jeneral Flóres, la cabeza de él, llevaba jugada la vida i andaba es-puesta a perderla a puñaladas. Una sociedad de jóvenes de ideas exajeradas habia proyectado librar-se de él por medio de un asesinato, i aunque rechazada la idea por cuasi todos, i principalmente por los señores Manuel Angulo, jeneral Guerrero i Roberto Ascásubi, no faltaron otros que, desprec-iando tal repulsa i las buenas amonestaciones, in-

taron llevarla al cabo. Hasta llegó el caso de que se situaron ocultos en la casa fronteriza a la que visitaba él presidente en horas avanzadas de la noche, i si se libró de los asesinos fué mas bien por la casualidad de no haber salido de su habitacion muchos dias seguidos, que no por haberse cambiado la resolucion ni la firmeza para la ejecucion. Reservado de todo en todo quedó semejante proyecto, i acaso el jeneral Flóres lo llegará a saber por primera vez ahora que nosotros, bien instruidos de tan impia tentativa, la damos a la estampa.

VI.

Por octubre del mismo año, ciento ochenta i ocho ciudadanos de los de Guayaquil elevaron al gobierno una solicitud, pidiendo que convocase una nueva convencion, suficientemente autorizada para suprimir o añadir algunos artículos constitucionales o, mas bien dicho, para reformar las instituciones que estaban rijiendo. Tan peregrina pareció al gobierno semejante peticion, que, reflexionando el jeneral Flóres acertadamente acerca de la gravedad del contenido, se resolvió a pasar en persona a Guayaquil, investido de cuantas facultades extraordinarias concedia la constitucion, i otorgadas ya de antemano, desde el mes de agosto, por la comision permanente, con motivo de los motines levantados en los pueblos. El vicepresidente Márquez, a quien le fueron concedidas como a encargado del poder ejecutivo, las delegó con la misma amplitud al presidente, para que pudiera ejercerlas en las provincias del Chimborazo i Guayaquil, i si fuese necesario, aun en la de Manabí. Por lo que hace al consejo de gobierno, calificó la peticion

de subversiva, i el ministro Aguirre aun opinó se pusiese en causa a los suscritores, puesto que tendia al trastorno de las instituciones. Sin perjuicio de la resolucíon que dió el poder ejecutivo desaprobandó la conducta del gobernador de Guayaquil que la habia admitido i elevado al gobierno, pasó una circular prohibiendo se recibiesen otras de igual sentido.

El jeneral Flóres llegó a Guayaquil, i desplegando cuanta sagacidad debia a su jenio suave i seductor, halagando a unos, prometiendo a otros, a quienes persuadiendo, a quienes amenazando, ejerciendo, en fin, hábilmente toda suerte de ardidés; consiguió que otros ciudadanos en multitud, i otros pueblos elevasen al gobierno peticiones en sentido contrario a la que habia motivado el viaje. Portoviejo, la capital de Manabí, dió el primer ejemplo, manifestando los males que podrian sobrevenir a la nacion, provenientes de la inestabilidad de las instituciones que se acababa de jurar. Cuenca le siguió aduciendo otras razones de peso, i luego Azóquez, Gualaceo, Guaranda, Babahoyo, Daule, Chandui, Colonche, Machala, Morro, Santa Elena, Alausí i Loja repitieron sucesivamente el mismo decir, sin que en este coro de voces faltasen las de docientos treinta i tres hombres del mismo Guayaquil, el jenerador de las zozobras del gobierno. No hubo otra diferencia que la de haberse limitado los segundos a pedir la convocatoria de un congreso extraordinario, a que reviviese i reformase las leyes fiscales dadas por la convencion, i a que el gobierno *atenuase* la lei de aduanas, *a fin de acallar el clamor de algunas personas.*

Parece estar bien averiguado que muchas de esas representaciones fueron remitidas en borradores

por el mismo presidente a los pueblos que las elevaron, i que algunas aun fueron del propio puño de sus agentes inmediatos. La primera solicitud, la que habia causado las inquietudes, era, a no dudarlo, ilegal i trastornadora del orden de cosas que acababa de establecerse; pero nos hace ver tambien que hubo hombres conocedores del peso de la esclavitud que tan serenamente se habia instituido, i que trataron de sacudirse de ella en oportuno tiempo.

El resultado es que el presidente ofreció convocar el congreso extraordinario, i que, asegurado ya de la opinion de la mayoria, se desentendió despues de la oferta, i no volvió a acordarse de ella, seguro de que nada valen las representaciones, las actas ni los acuerdos de los pueblos. *El pueblo no tiene memoria*, decia el a veces estravagante al par que docto doctor Parreño, i la verdad de esta sentencia quedó demostrada por los mismos suscritores de tales representaciones, donde se ven algunos apellidos i firmas figurando en pro i en contra, i quienes, un año despues, gritaron hasta mas no poder contra las mismas instituciones que entónces defendieron.

VII.

1844. El año de 1844, a Dios gracias, se venció en sosegada paz. Fué un tiempo de reposo i de bonanza que parécia afianzar al cabo el principio de la tranquilidad i el orden. A tener algo mas de duracion, acaso nos hubiéramos habituado a la forma del gobierno que rejia; pero esto era un inútil esperar, porque un gobierno tal, en América, si no

es en Paraguai; o no ha de volver a verse sino por maravilla o tendrá que sucumbir al andar de poco tiempo.

De cierto era imposible que la parte ilustrada de la nacion se conformase resignada con sobrellevar la *carta de esclavitud*, ni con sufrir las restricciones puestas a la libertad de imprenta. Era imposible que los curas i demas beneficiados se conformasen con la privacion de sus destinos por haberse negado a jurar la constitucion, i que a los restantes no les quedara el escrúpulo de haber obrado contra el dictámen de los timoratos; imposible que los pueblos, aunque esentos ya del tributo (ya dijimos que así dieron en llamar el impuesto), perdonasen al gobierno las víctimas que se habian sacrificado en los campos, i las que seguian jimiendo en los confinamientos; imposible, sobre todo, que los aspirantes, los que de buena o mala fé tenían por tiranizada la patria, quisieran esperar el largo término de ocho años para poder tener cabida en los destinos públicos, cuanto mas tolerar que el mismo jeneral Flóres, quien los habia gobernado desde que se constituyó el Ecuador, siguiera todavía gobernándolos para siempre.

Si a esto añadimos que el señor Rocafuerte atizaba con sus escritos el descontento de los pueblos: que Guayaquil habia recibido con señalado enojo la lei de hacienda, segun la cual los derechos de importacion, aunque liquidados en la aduana de esa plaza, debian satisfacerse en el lugar de la residencia del que los causaba: que el señor Roca, el desairado vicepresidente para el período de 1839 a 1843, puesto en concierto con los antiguos enemigos del gobierno, conocedor de los manejos del jeneral Flóres, i mui ardidoso él mismo, andaba

ajitando i removiendo todos los ánimos, hablando a cada uno segun sus intereses; i que contándose con los caudales i entusiasmo de esa ciudad, se contaba ademas con las simpatías de los gobiernos vecinos para con los del partido de la oposicion, por cuanto vivian constantemente desconfiando del renombre militar i de las travesuras políticas del jeneral Flóres; si se añaden estas consideraciones, decimos, no habrá como estrañarse que, durante el reposo de 1844, se concertasen muchos de todos esos, i preparasen cuantos elementos eran aparentes para la transformacion política. La opinion pública se hallaba, no solo jeneralizada i bien dispuesta, mas tambien decidida i entusiasmada a tener parte en el cambiamiento que se proyectaba.

Cuantas tentativas se habian hecho en los pueblos de lo interior desde 1833 para adelante, habian tambien fracasado, principalmente por la falta de dinero i armas; i ahora, comprometida la rica i belicosa provincia de Guayaquil, no cabia tener recelos de correr la misma suerte que en ocasiones anteriores.

VIII.

Cuasi todos los hombres de importancia de Guayaquil, con inclusion del señor Olmedo, que ya por entónces andaba arrepentido de haber afamado tanto al vencedor en Miñarica; se hallaba con el secreto de la revolucion, i se contaba con unos cuantos oficiales ecuatorianos, salidos del colejio militar i aleccionados en las campañas de Pasto. Contábase tambien con la cooperacion de la provincia de Manabí, gobernada por el coronel José Maria Urvina, ántes amigo íntimo i servidor leal

del presidente, i ahora ya estrechamente unido con los opositores; contábase con el descontento del jefe de la media brigada de artillería, proveniente de las desconfianzas que el gobierno llegó a tener de él, cuando hasta entónces no habia para ello razon ninguna; con que el mismo gobierno, engañado con una popularidad e influencia que ya no tenia, habia distribuido bastantes armas entre Portoviejo, Babahoyo, Pueblo Viejo, Sabaneta, Punta de Playa, Chilintomo, Sanmiguel de Chimbo i Cuenca; i contábase, en fin, hasta con el jeneral Otamendi, comprometido en Imbabura a separarse de su paisano i amigo, el jeneral Flóres.

No sabemos si fueron sinceros los compromisos de Otamendi, i ménos acertamos a esplicar cómo los ecuatorianos pudieron contar con este jeneral, verdugo de tantas víctimas sacrificadas por su propia mano, i ménos aun se nos alcanza cómo no temieron ser vendidos: lo cierto es que el jeneral Otamendi se apartó de Imbabura i pasó a la costa a principios de 1845. Quienes piensan que partió instruido por el mismo presidente, en son de organizar las milicias de Babahoyo, para que descubriese los proyectos de la revolucion que ya zuzurraba, i tener así como contenerla en tiempo; quienes que, engañando al gobierno, a pretesto de ir a ver a la familia que residia en Babahoyo, iba de cierto a cumplir los ofrecimientos hechos a los disidentes. Lo que hai de seguro es que fué real i efectiva la intervencion del jeneral, ya que, llegado a Guayaquil i habiendo presentado varias cartas de los opositores de lo interior para los de esa plaza, se amistó con éstos i, platicando acerca de las disposiciones que debian tomarse, aprobó unas, rechazó i modificó otras, i se mostró cual

hombre decidido i entusiasta para obrar contra el gobierno. Lo que hai de seguro tambien es que todas estas demostraciones quedaron huesos, puesto que, venida la ocasion, sostuvo al gobierno con decision i brios, i hasta con su sangre.

Sea de esto lo que fuere, seguía apurándose en Guayaquil todo jénero de maquinaciones para hacerse de uno de los cuerpos de la guarnicion de la plaza. Pero el teniente coronel Fernando Ayarza, jefe de la brigada de artilleria en quien los disidentes tenian fincadas todas las esperanzas, resistia i resistia tenazmente a romper con el gobierno hasta no recibir de él un verdadero agravio que a lo ménos así pudiera justificar su conducta. A su juicio, mui recto en verdad, no bastaban las desconfianzas que el gobierno habia manifestado para resolverse a cometer una traicion.

1845. A mediados de febrero traslució al fin el señor Espantoso, gobernador de la plaza, que estaba al hacerse la revolucion, i que debia verificarla el comandante Francisco Jado. Al punto mandó que le prendiesen i pusiesen a bordo del vapor "Guáyas", miéntras se preparaban los necesarios para trasladarlo a Loja, el lugar destinado para el confinamiento. Jado manifestó la resolucion de salir del Ecuador i encaminarse para Méjico, i valiéndose de su familia, que era influyente, consiguió en efecto que le espidiesen el pasaporte para lo exterior, i se separó de Guayaquil. El comandante del "Guáyas," comandante Francisco Róbles (hoi presidente de la república), que tambien pertenecia a los disidentes, levó las anclas de su vaporcillo i siguió el mismo rumbo del buque en que iba el comandante Jado. Le alcanzó en Sono i de seguida le puso en libertad, resuelto a

dar en el mismo día el grito de la insurrección. Por desgracia para ellos, habiéndose conocido por las autoridades de Guayaquil los proyectos que llevaba, despacharon tras él la "Dilijencia", i como Róbles no podia resistir a fuerzas mayores ni salir mar afuera, porque el vapor solo era para el servicio del rio; tuvo que abandonar el "Guáyas", i trasbordándose a unos botes en junta de Jado, ganó las costas de Túmbes.

Por este mismo tiempo habia recibido ya el señor Espantoso la orden del gobierno para confinar al señor Roca en alguna de las provincias distantes, i el gobernador sin llevarla a ejecucion, se contentó con la fianza personal de uno de los hombres respetables de la plaza. El señor Roca reflexionó que, una vez descubierta su injerencia en la revolucion, venian a echarse por tierra todos los afanes, i apuró desde entónces mas i mas sus cabilaciones i pasos. Valióse acertadamente de un jóven resuelto i vivo, para que, dándolas de leal para con el gobierno, denunciase al comandante Ayarza como comprometido ya con la revolucion. El jeneral Wright, comandante jeneral del distrito, creyó candorosamente en la sinceridad de la denuncia, i cayendo en el ardid, depuso al punto al dicho comandante.

Este era el paradero a que el señor Roca queria venir, pues, cortados ya los compromisos de Ayarza con el gobierno, podia, apoyándose a lo ménos en la ofensa recibida, obrar ya con alguna libertad. En efecto, ofendido el comandante Ayarza del agravio que acababa de recibir, se asoció a los revoltosos, i contando con la influencia que tenia en las tropas del cuerpo de que acababan de separarle, quedó comprometido a insurreccionarle.

Tomada esta palabra, se reunieron el jeneral Antonio Elizalde, el citado Ayarza, los coroneles Francisco i Juan Valverde, los comandantes Guillermo Franco, Manuel Merino, Ramon Valdes i Felipe Puga, i el paisano Gregorio Cordero, i se presentaron a las puertas del cuartel de artilleria al amanecer del seis de marzo. El jefe de dia, comandante Miguel Casilari, i el oficial de guardia, Salazar, estaban comprometidos de antemano, i así la toma del cuartel i el consiguiente grito de rebelion fueron de los mas hacederos i tranquilos.

Inmediatamente ordenó el jeneral Elizalde que se prendiese al comandante jeneral; mas no pudo verificarse porque su guardia, capitaneada por él subteniente Santander, le defendió cuanto fué posible i lo salvó, a pesar de que murieron seis de sus soldados, i a pesar del vigor con que la atacaron hasta el término de haber sido herido el comandante Franco, jefe de la partida agresora. Ora por este incidente o porque de otro modo llegara a difundirse en *ciudad vieja* el grito de insurreccion dado en el cuartel de artilleria, el batallon *Número 1.º*, acuartelado en este punto, se puso inmediatamente sobre las armas, se preparó a castigar i sofocar la rebelion en el mismo dia, i se encaminó a la nueva ciudad a ponerse a las órdenes del comandante jeneral.

El entusiasmo con que se habia recibido en la plaza la voz de los artilleros, i los vivas que no cesaban por las inmediaciones de su cuartel, atrajeron a muchos jóvenes de los notables i a la jente del pueblo a pedir armas; de modo que al romper la aurora, el cuerpo que apenas constaba de cien hombres, estaba ya robustecido i en actitud de me-

dir sus fuerzas con el *Número 1.º*, grueso de cuatrocientas plazas.

Los jenerales Wright i Vicente Gonzáles, i los coroneles Pereira, jefe de este cuerpo, i Pio Dias, arreglaron sus tropas para acometerlos, i el primero mandó a intimarles que se rindiesen. Muchos padres de familia, viendo que la ciudad iba a servir de campo de batalla, lograron con sus ruegos suspender por algunas horas las hostilidades, i que el gobernador Espantoso hasta se prestase a convocar a los ciudadanos para una asamblea, en la cual debian escojitarse los medios de un avenimiento para restablecer la tranquilidad. Cruzáronse unas cuantas proposiciones; pero como las mas de las de los insurrectos llevaban el aspecto de condiciones impuestas al comandante jeneral, quedaron rechazadas i se disolvió la junta, a la cual aun concurrió el vicepresidente de la república, que por casualidad se encontraba en Guayaquil.

El jeneral Wright, en vista de aquellos resultados, dividió su cuerpo en tres columnas; la primera la tomó para sí, i las dos las puso a órdenes del jeneral Gonzáles i el coronel Dias. A las dos i media de la tarde se pusieron en movimiento, camino del cuartel de artilleria, i le acometieron por tres calles diferentes con igual arrojo propio de veteranos acostumbrados a la victoria. Pero el cuerpo de artilleria no era ménos denodado, i los voluntarios que habian ido a entrar a la parte de la revolucion, estando movidos de un afecto noble, del vivo deseo de ver por la honra i libertad de la esclavizada patria, tras las cuales corre vendado el buen ciudadano sin pararse en la contemplacion de la sangre que va a derramar, ni espantarse con el espectro de la muerte que lleva por delante.

Encarnizada fué la lucha que duró a vueltas de una hora. Los disidentes, dueños de un cuartel bien artillado, arrojaron con todas las ventajas de su parte los proyectiles de artillería i fusilería, i no podía ménos que serles favorables los resultados. Así, cuando los jenerales Wright i Gonzáles vieron que tenían perdidos mas de cien hombres, entre muertos i heridos, incluso en los últimos este mismo jeneral, i cuando vieron que no se habia adelantado un solo paso ni que podian avanzar por ningun cabo, tomaron el partido de retirarse a la pampa que decimos *sabana*. Wright desplegó aquí en batalla su batallon, i retó [*peregrina sencillez!*] de nuevo al combate a los artilleros, los cuales, burlándose de semejante pretencion, se conservaron firmes en su cuartel, seguros de triunfar sin esponerse a otros sacrificios. El jeneral Wright, aburrido, sino avergonzado, de estarse esperándolos en vano, retiró entónces el cuerpo para el cuartel de Ciudad vieja.

El jeneral Elizalde perdió en el combate, entre muertos i heridos, cosa de sesenta, i se distinguieron en esta lucha el comandante José María Vallejo, que quedó mutilado de una pierna, i los jóvenes Simon Vivero, Bolívar Villamil, Emilio Letamendi i Miguel Cucalon que, haciendo de soldados, pelearon con la misma serenidad con que arriesgan la vida los veteranos.

Este primer triunfo del pueblo, obtenido brazo a brazo contra las fuerzas del gobierno, causó en los partidarios de este esa descomposicion moral que destempla el ánimo mas soberbio; i el jeneral Wright, provocado nuevamente a un arreglo amistoso, se sometió a las capitulaciones que ántes habia rechazado. Por el convenio que celebraron los comi-

sionados de los jenerales Elizalde i Wright, puso este a disposicion del otro al dia siguiente las tropas, armas, pertrechos, embarcaciones de guerra, etc. que estaban bajo su custodia i responsabilidad. El gobierno, a quien remitió el jeneral Wright las desaprobó, como era debido, en todas sus partes.

El mismo dia 7 se reunieron, convocados por un bando que se mandó publicar, las corporaciones, padres de familia i mas vecinos en la casa consistorial. De seguida, despues de haber admitido la renuncia que hizo Espantoso de la gobernacion, celebraron una acta iracunda, en verdad, i amargo i breve resúmen de cuantas quejas se tenian contra los sucesivos gobiernos del jeneral Flóres (47), i declararon que, desconociendo su autoridad, daban por nulos todos los actos, leyes i decretos, celebrados o dados i publicados con posterioridad al dia en que debió cesar el mando del presidente en el periodo de 1839 a 1843. Pero hacer una declaracion de estas por hacerla, sin tener medios de llevarla al cabo no era cosa, i para sostenerla como se debia formaron un gobierno provisional, compuesto de tres individuos, como correspondientes a cada uno de los departamentos antiguos, Quito, Guayaquil i Azuai. Fueron nombrados para ello los señores Olmedo para que representase al primero, Vicente Ramon Roca para el segundo, i Diego Noboa para el tercero. Fué nombrado secretario jeneral el señor José Maria Cocalon.

Establecido ya el gobierno provisional, procedió a organizar las fuerzas de mar i tierra, a dirigir proclamas i postas a los pueblos confinantes, invitándoles a que abrazasen su causa, i a prepararse en fin para una guerra inevitable, i acreditó al señor Rocafuerte de encargado de negocios en el

Perú (*). El señor Roca, el que habia sido el alma de la revolucion, hombre de conceptos atinados i seguros, i de enerjia mui acreditada, era el que ahora dirijía la política del gobierno revolucionario.

En seguida i sucesivamente repitieron el grito del 6 de marzo los pueblos de la provincia, i luego lo secundaron los de Manabí, bien que con cierto comedimiento i contemplaciones para con el presidente. El gobernador Urvina, a quien esclusivamente se debia el que se declarara la opinion pública de esta provincia contra el gobierno, continuó a la cabeza de ella por aclamacion popular, i el gobierno provisional le envió el despacho de jeneral. Urvina, jóven de ingenio claro i dotado del don de bien hablar, habia sido seguramente por estas prendas atraído a la amistad i confianzas del jeneral Flóres, i servídole hasta entónces con decision i lealtad. La ambicion del jóven, que ya desde mui ántes se dejaba traslucir, le hizo fluctuar entre servir al antiguo amigo o a la revolucion, i viendo que Flóres, seria acaso un estorbo, embarazador de los pasos que pensaba dar para elevarse, prefirió ántes tenerle como enemigo, que como amigo que habia de hacerle sombra. Desentendióse, pues, de la lealtad que debia al gobierno i de la obediencia a su capitan, la prenda fiadora de la tranquilidad de los pueblos

(*) El señor Rocafuerte fué reconocido por el gobierno del Perú al dia siguiente de presentadas las credenciales, i esto prueba el interes con que por allá se recibió la noticia de la revolucion de marzo. El señor Rocafuerte contrató en Lima i remitió a Guayaquil, a principios del mayo, mil ocho fusiles, veinte toneladas de carbon de piedra para el servicio del *Guayas*, i cien fornituras; todo lo cual llegó mui a tiempo para los disidentes.

i de la conservacion de los gobiernos, i se dejó llevar de los afectos dominantes en su patria.

Tambien Elizalde fué ascendido a *jeneral de division*, grado que ya no se conocia en la lejislacion militar de la república, i Ayarza a *jeneral de brigada*, como los militares a quienes principalmente se debia el buen éxito de la revolucion. Pero si estos premios pudieron entónces conceptuarse justos, porque venian a ser la obra de una revolucion radical, de una revolucion que tenia por principio descartarse de cuantos extranjeros habian dominado al Ecuador, ellos han servido de ejemplo funesto para los tiempos ulteriores, en que no ha habido insurreccion promovida por partidos políticos que no haya sido pagada con ascensos.

Pocos dias despues volvieron a Guayaquil los comandates Jado i Róbles, separados del Ecuador por los sucesos de febrero, i fueron acogidos por el pueblo con repetidas muestras de afecto i entusiasmo.

IX.

Parece que el presidente llegó a instruirse de la revolucion desde fines de febrero, i como bien luego fué ya conocedor de otros pormenores, comunicados a no dudar por el jeneral Otamendi; espidió un decreto encargando el desempeño del poder ejecutivo al señor Valdivieso como a último presidente de la convencion, pues el señor Márcos a quien tocaba encargarse, se hallaba, segun dijimos, en Guayaquil. El señor Valdivieso espidió al dia siguiente otro delegando en el presidente las facultades que en 12 de marzo i 6 de junio de 1844 habian sido concedidas por la comision permanen-

te; i de este modo, cambiadas las gracias i facultades, salió el jeneral Flóres de Quito, camino para Guayaquil.

En su mui justa ansiedad de llegar a tiempo para ver si, obrando con la destreza i felicidad que en el viaje anterior, acertaba a sofocar la revolucion, fué detenido al entrar en Latacunga a causa de una patada que le dió el caballo en que montaba el coronel Gabriel Urvina, hermano del gobernador de Manabí. En el rudo tiempo de los romanos se habria tenido este incidente como mal augurio i de los mas infalibles; en los nuestros, en que se cree poco i tal vez se duda aun de lo mas cierto i santo, obró, no obstante, como cualquier presajio de los paganos.

Reducido a la cama en Latacunga, dió cuantas instrucciones eran necesarias al jeneral Otamendi que, de vuelta de Guayaquil, se hallaba ya en Babahoyo, i dias despues se hizo llevar en hamaca hasta Guaranda, en donde le alcanzó la noticia de la revolucion, comunicada con todos sus pormenores por el vice-presidente Márcos. De Guaranda envió a Otamendi algunos refuerzos de tropa, i escribió al señor Valdivieso amonestándole que adoptase la medida de mandar comisionados a Guayaquil a que procuraran arreglar la contienda de una manera pacífica i amigable. El gobierno aceptó el consejo, i hasta llegó a nombrar los comisionados que debian partir; mas en Guayaquil ni se acogieron las proposiciones del arreglo, cuanto mas a los parlamentarios. Querian salir del presidente Flóres, hubiera o no razon para ello, i se negaron a toda medida de reconciliacion.

El jeneral Otamendi, poniéndose de acuerdo con el ministro de guerra, coronel Soulin, i con

los coroneles Vicendon i Uscátegui, acuarteló las milicias de Babahoyo, llamó al servicio a cuantos oficiales i soldados retirados moraban por las intermediaciones, pidió al gobierno todo jénero de auxilios, i organizando un bonito cuerpo de ochocientas plazas, asentó sus reales en la hacienda llamada *Elvira*, propiedad del mismo jeneral Flóres, situada al frente de Babahoyo, rio en medio. Desplegó, como en todas ocasiones, suma actividad i enerjia, i hasta manifestó entónces talento militar bien sobresaliente. Todo lo previó, todo lo ordenó con tino, i obró de un modo tal, que la *Elvira* llegó a convertirse en formidable fortaleza.

Puebloviejo, que se habia unido ya a los principios proclamados en Guayaquil, i cortado por esta razon las comunicaciones de Otamendi con los pueblos de Ventánas, Palenque, etc., vino a dar al jeneral la ocasion de destinar al coronel Vicendon con una compañía del *Volteadores*, otra del batallon *Babahoyo* i veinte i cinco lanceros del rejimiento llamado tambien *Babahoyo*, para que fuese a dispersar las partidas de insurrectos que encontrase organizadas. Vicendon partió el 13 de abril, i halló en efecto, en Puebloviejo, a los disidentes reunidos en la plaza, organizandose del modo que se organizan siempre los pueblos, con pocas armas, i sin caudillo ni concierto. El coronel Vincendon cerró con ellos, pero los insurrectos le opusieron una resistencia que no temia, pues fué mui sostenida; bien que, a la postre, el arte de la guerra i la disciplina triunfaron de los bisoños. Quince muertos en el campo del combate, fuera de los que se ahogaron en el rio, cinco heridos i trece prisioneros constituyeron los trofeos de Vicendon. Hai victorias que ántes hacen el baldon

del vencedor, que no de los vencidos, i la del dicho capitan contra partidas casi desarmadas es una de tantas.

El pueblo de Cañar, de la provincia de Cuenca, movido del entusiasmo de su párroco, quiso aparecer como el primero de los de lo interior que abrazaba la causa de Guayaquil, i celebró el acta de incorporacion en tal sentido. El jeneral Farfan salió con tal motivo de la capital del distrito con dos compañías del batallon *Numero 2º*, i los habitantes tuvieron que andar a monte por algun tiempo en castigo de su osadia.

El jeneral Otamendi, sin trasportes ni otros medios de invadir a Guayaquil, tenia que mantenerse a la defensiva, i esperar de los arbitrios militares i politicos del jeneral Flóres o de la accion del tiempo un resultado que, en sus actuales circunstancias, no podia serle favorable si se resolvía a tomar la ofensiva.

Recordando el encargado del poder ejecutivo que los pueblos de Guayaquil habian pedido el decreto de convocatoria para un congreso extraordinario, i pensando que este arbitrio podria en efecto hacerles deponer las armas, espidió el dicho decreto el 21 de abril. La medida fué algo mas que inútil, pues léjos de surtir algun efecto, hizo comprender a los del gobierno provisional la impotencia a que Otamendi se hallaba reducido, i resolvió a los disidentes a acometerle en sus propios reales.

Las tropas de Guayaquil, que se habian acantonado en Zamborondon, i movídose luego, a órdenes del jeneral Ayarza, se hallaban situadas a principios de abril en la *Boca de Baba*, en donde dia a dia iban aumentándose i disciplinándose con suma regularidad. El capitan de las milicias de Balao,

Ramon Ramos, organizó i vistió a su costa la compañía, i no habiendo podido armar a toda ella con fusiles, porque no halló donde comprarlos, la dividió entre fusileros i lanceros. El señor Domingo Ordeñana organizó i vistió asimismo a su costa, un escuadron de caballeria, grueso de ciento treinta hombres, i poniéndose a la cabeza de ellos, vino a incorporarse con el ejército en el Tejar, que es el punto donde habia llegado a situarse a últimos de abril.

El jeneral Elizalde, soldado antiguo de los vencedores en Ayacucho, i que ahora habia sido nombrado jeneral en jefe del ejército, salió de Guayaquil el dia 30 i se vino agua arriba, conforme a las instrucciones del gobierno provisional, a rendir la fortaleza de Elvira. Tienese por error, i bien tamaño, haber tomado semejante resolucion, cuando cuasi era seguro que podia rendírsela sin esponer a tantos valientes al sacrificio. Habria convenido mas, dicen, señorear en los rios que bañan a Babahoyo por la parte superior a la poblacion, i entónces, privado el jeneral Otamendi de los bastimentos que le iban de la sierra, i no teniendo como proveerse de los de la costa, era segura su rendicion por asedio.

El jeneral Flóres, que habia aprobado el plan de defensa hecho por Otamendi, incurrió asimismo, se dice, en el grave desacierto de mantener sus tropas en Babahoyo, cuando aquel, con mui atinada prevision, hasta habia mandado sacar cuantas sales atesoraba esa aduana, i remitídlas para que se acopiasen en algun punto de lo interior, como artículo de necesidad vital para las poblaciones. Dueño como era el presidente de cosa de dos mil hombres, debió, añaden, desentenderse por entonces de la re-

volucion para que se alimentase de sí misma i en las dos únicas provincias disidentes, reservar la campaña para la temporada de sequia, i tentar entónces con mejores medios otro paso por el Salado, como lo practicó en 1833. En la temporada de aguas, por lo jeneral, son malsanos los pueblos de la costa, i llevar jente de la sierra en lo mas crudo de la estacion, era llevarla indolentemente a una muerte cierta, como probaron los resultados. Los vaivenes de la guerra se ven constantemente avasallados a multitud de contingencias i circunstancias que los alteran o modifican a su antojo; i el jeneral Flóres, obstinándose en la ocupacion Babahoyo por no sufrir pacientemente un par de meses de inaccion, se olvidó de tales contingencias i circunstancias, i se espuso a recibir la lei de sus enemigos.

X.

1845. La hacienda Elvira, asentada, segun dijimos, al frente de Babahoyo, se halla sobre un terreno cubierto de algunos bosquecillos i sembrados, a la orilla izquierda del rio que baña el pueblo por la derecha, i circundada de varios riachuelos i esteros. La caseria, aunque grande i hermosa, es, como todas las de la costa, de madera, i el jeneral Otamendi, principalmente por esto, la habia atrincherado con intelijencia, i cuasi de un modo científico.

El jeneral Elizalde decampó su ejército de Tejar el 2 de mayo por la tarde, i se vino con rumbo para Elvira con poco ménos de mil plazas. La primera division de este ejército fué confiada al coronel Jado, i la segunda a los coroneles Ramon Valdes i Manuel Merino. Al amanecer del 3 debian

ambas divisiones ocupar los bancos del rio; la primera arriba de la poblacion, i la otra abajo. El jeneral en jefe i su segundo, Ayarza, subieron con las fuerzas sutiles, remolcadas por el vaporsillo *Gudayas* para proteger la segunda division que venia por tierra siguiendo un camino paralelo al mismo rio.

A poco de haber andado esta division, tropezó, a cosa de las seis de la mañana del mismo dia 3, con las avanzadas de Otamendi, puestas en el punto llamado *Platanal* a órdenes del coronel Padron. Cambiados los primeros tiros, i acosadas las tropas de Padron por la metralla que despedian las fuerzas navales, tuvieron que retroceder; bien que, reforzadas mui luego por una compañía del batallon *Babahoyo* i veinte hombres de caballeria, volvieron la cara a los enemigos i contuvieron sus avances. El combate se sostuvo vigoroso por algun tiempo, hasta que, habiendo perdido el coronel Padron a los oficiales Villarruel, Blanco i otros, i viendo mui descubiertas ya sus filas, emprendió una segunda retirada. Reforzado otra vez con las gruesas avanzadas que encontró en el tránsito, volvió tambien de nuevo al combate, aunque para retroceder asimismo de nuevo; porque, no pudiendo resistir al incesante fuego de las lanchas, i viendo tendidos en el campo a los capitanes Montesuma i Saavedra, i la mitad de los soldados, tuvo al fin que retirarse del todo para refugiarse dentro de los parapetos.

Miéntas que la segunda division iba obteniendo estos avances por su parte, el coronel Jado, que habia padecido un lijero retraso en la marcha, por abrir una trocha por las selvas para el tránsito de sus tropas, dejó oír tambien el estallido de las armas por aquel lado. Al oírse este ruido, ordena el

jeneral Elizalde que el comandante Uraga, capitán del *Gudayas*, avance con él i las fuerzas sutiles hasta ponerse al frente de Elvira. Verificase en efecto el movimiento, i una vez situadas en el punto señalado, rompen simultáneamente los fuegos por tres lados; los jenerales Elizalde i Ayarza desde el rio, por el centro; los coroneles Valdes i Merino por la derecha; i el coronel Jado por la izquierda.

El jeneral Otamendi que entre tanto habia rehecho ya su izquierda, ordenó que el coronel Padron, dejando esta línea, que la ocupó el coronel Vicendon, se pusiese a la derecha para hacer frente a Jado, quien, sin considerar lo absurdo de su arrojo, se lanza de frente i a paso de ataque contra los atrincheramientos.

Terrible, cuanto cabe serlo, es el encarnizamiento con que combaten unos i otros durante el tiempo en que incesantemente se estan viendo los estragos de los cañones i fusiles, i oyendo el triquitraque de las armas blancas. Apenas eran las nueve de la mañana, i sin embargo en esa lucha horrenda en que jefes, oficiales i soldados se habian matado a tiro de pistola o combatiendo cuerpo a cuerpo, estaban a esa hora aniquilados ya ambos ejércitos. El jeneral Otamendi acaba de ser gravemente herido, el coronel Beríñes muerto, el comandante Lavarses fuera de combate, i cerca de trecientos soldados reducidos a cadáveres o al estado de agonía en el recinto estrecho que circuyen los parapetos de Elvira.

El coronel Jado, a cuyo salvaje arrojo es preciso culpar el aniquilamiento de su division, i que, demasiado soberbio i confiando en su valor, ambicionó la fama de ser el primero que clavara el pabe-

llon de *Marzo* sobre la fortificada Elvira; Jado, cayendo mortalmente herido i prisionero, recibió el castigo de su temeridad, e hizo que participase de sus desgracias toda una division de valientes. Los comandantes Ruiz i Ariza, los oficiales Bernardo Franco, Porro, Mesa, Moran, Castillo i Larroque, i mas de seiscientos soldados, con inclusion de los muertos correspondientes a la segunda division, quedaron tendidos en aquel sangriento campo.

Los comandantes Francisco Boloña, Anjel Franco i Alejandro Valencia, i varios oficiales i tantísimos soldados pertenecieron al número de los heridos, i Valencia aun murió a los cinco días despues de la batalla. Ordeñana, el organizador de un escuadron a costa suya, salió tambien mortalmente herido, i murió al siguiente día: bajó al sepulcro dejando un noble ejemplo que imitar, e imponiendo a la patria la obligacion de mantener fresca su memoria.

Aniquilada del todo la division de Jado, i no teniendo fuerzas con que tentar una segunda embestida contra las fortalezas, ordenó el jeneral Elizalde la retirada de las cortas reliquias del ejército del Guáyas. Otamendi aun trató de estorbar esta retirada, i a no ser por la division de Valdes-Merino que se conservaba fuerte, i por los fuegos del vapor que burlaron tal tentativa, todavia hubiera habido mas víctimas que lamentar. Merced a estas fuerzas pudo Elizalde lograr que se reuniesen los dispersos, i se recojiesen los heridos que yacían donde los tendieron los balazos o lanzadas, i confundiendo piadosamente a los enemigos con los suyos, se apartó de las playas del *Babahoyo*.

Guayaquil quedó consternado i atónito al ver

que los esquifes iban de vuelta del combate llenos de cadáveres, de mutilados i de heridos, i al ver que apenas volvía una como tercera parte de su brillante ejército. El desaliento i lamentaciones del pueblo cundieron por todos los barrios; mas poco a poco se cambió su dolor en rabia, i rebozando de venganza, se presentaron a llenar los vacíos de las filas del ejército. Merced a este cambio de afectos, al andar de cuatro días, volvieron a contarse de nuevo hasta mil plazas.

El jeneral Elizalde salió a la cabeza de estas el 9 e hizo desembarcar en la *Casa de García* (doce o diez i seis cuadras distante de Elvira) el batallón *Libertadores* a órdenes del coronel Merino, el *Guáyas* a las del coronel Filomeno Alvarez; i el segundo escuadrón *Lanceros* a las del comandante Francisco Campusano, cuerpos que debían obrar en tierra bajo el mando del jeneral Ayarza i del coronel Valdes, que hacía de jefe de estado mayor.

El coronel Dionicio Návas fué destinado con una partida de cuarenta infantes por las espaldas de Babahoyo, para llamar la atención de Otamendi por aquel lado.

El jeneral Flóres, detenido en Guaranda, había podido al fin restablecerse i seguir para Babahoyo, donde llegó el mismo día que el jeneral Elizalde movía su ejército hacia Elvira. Nada, nada tuvo que corregir de lo hecho por el jeneral Otamendi en punto a los medios de defensa que había adoptado, pues los halló conformes a las reglas del arte de la guerra i bien desempeñados.

El día 10, a las nueve de la mañana, apareció i se situó en la Puntilla el vapor *Gudayas*, dirigido por el comandante Francisco Róbles; i la "Diligencia", a órdenes del comandante Gutiérrez, con dos

lanchas i un bote armados en guerra, ocupó un punto dos cuadras mas arriba que aquel; posiciones que se cambiaron durante el combate, segun lo demandaban las circunstancias. El ejército de Elvira contaba en este dia con cerca de mil hombres, i se hallaba alentado con la presencia del jeneral presidente de la república.

Las fuerzas sutiles fueron las primeras que rompieron los fuegos, i miéntras se cruzaban con los del enemigo, el jeneral Ayarza, arrastrando un cañon de a cuatro, avanzaba, sin dejarse ver, por unos cañaverales hasta acercarse cuanto pudo a la fortaleza. El movimiento fué tan desadvertido por el enemigo, i el sitio que tomó tan ventajoso para quien lo emprendió, que despues de vencida una resistencia de dos horas de fuego, logró poner al primero en retirada, haciendo que buscasse su salvacion dentro de los parapetos. El jeneral Flóres, a vista de este contratiempo, sacó dos compañías de refresco a órdenes de los coroneles Padron i Vicendon; i el jeneral Elizalde, advirtiéndole desde el *Gudayas* esta maniobra del enemigo, redobló sus fuegos tan sin descanso, que obligó a las dos compañías a refugiarse tambien en las fortalezas.

Ayarza, que habia consumido ya las municiones, ocurre por otras al depósito del vapor. Abrese este con precipitacion, pues se piensa erróneamente que Flóres ya no podrá resistir a un segundo combate, i resulta que no habia repuesto ninguno. Burlados así los agresores, no les quedaba otro partido que el de la retirada, i Elizalde en efecto la ordenó a las tres de la tarde, despues de haber recojido, eso sí, aun las armas de los muertos i heridos enemigos que se encontraron en el campo.

El combate del 10, ménos sangriento que el del

3, no dejó de dar los tristes resultados de cincuenta i un muertos i sesenta i cinco heridos, de parte del jeneral Elizalde, incluyéndose en los primeros los comandantes Antonio Vallejo i Juan Dias, i los oficiales Calderon, Triviño, Péres i Gutiérrez, i en los segundos los capitanes Tórres, Letamendi i Jil.

El coronel Jado, tendido en su lecho de dolor, en uno de los pizos bajos de Elvira, i cuidadosa i jenerosamente asistido por el jeneral Flóres, recibió una segunda herida causada por los *marcistas* en el combate del 10, i causada en la misma pierna que habia perdido en el anterior. Esta segunda averia demandó una amputacion, i vino a morir de de sus resultas.

La pérdida del jeneral Flóres montó a sesenta muertos i cosa de setenta heridos; i así la guerra, despues de ambos combates de mayo, en que ninguno de los belijerantes habia obtenido la menor ventaja, i contando todavia con fuerzas suficientes para venir de nuevo a las manos; quedaba en su ser, como si no se hubieran sacrificado ya tantos hombres.

El coronel Návas, al retirarse de Babahoyo, se apoderó de cincuenta fusiles del hospital que Otamendi tenia dentro de la poblacion, i este miserable botin fué todo el provecho que se sacó del combate del 10. El ejército del Guáyas se volvió a su campamento del Tejar.

XI.

El 14 de mayo dió el grito de insurreccion el pueblo de Esmeraldas, uniéndose a la proclamacion hecha por el acta de Guayaquil; i este suceso, aunque no de gran importancia para la guerra, vino a

cerrar todas las puertas con que el presidente podía contar aun para hacerse de algunos ausilios, particularmente pecuniarios, en los pueblos estrangeros.

Los coroneles Tamayo i Mota i el capitan Andrade, faltando a la palabra dada al jeneral Urvina de no hacer armas, trataron de hacer una contrarevolucion en Manabí. Urvina descubrió a tiempo tal tentativa, mandó que los aprehendiesen, i los desterró para Centro-América.

Aunque el gobierno de Guayaquil se hallaba seguro de no poder ser ofendido por el jeneral Flóres que carecia enteramente de trasportes, veia acongojado la necesidad de reparar sus pérdidas, i mantener el ejército en actitud imponente, bien para resistir en caso de un extraño i osado ataque, bien para acometer de nuevo contra Elvira, bien para esparcir partidas de tropa por los pueblos de lo interior i jeneralizar la revolucion. Sabia que el jeneral Urvina tenia organizada ya una division en Manabí, i le ordenó que se viniese con ella para Guayaquil, donde entró en efecto con setecientos hombres el dia 27. Fueron recibidos i festejados por los de la ciudad con el entusiasmo que debian inspirar hombres que voluntariamente venian a compartir con ellos de todos los riesgos i sacrificios, sin tener otra expectativa por delante que la gratitud que pensaban merecer de sus conciudadanos.

Repuesto así el ejército, fué llamado a su cabeza el jeneral Illingrot, por indicacion del mismo Elizalde, quien, por la cuenta, comprendió que su gobierno no andaba satisfecho, como no podia estar, de los resultados de sus dos expediciones.

Los sangrientos quanto infrutuosos ataques hechos a Elvira habian puesto ya mas cuerdo al go-

no, armó unos pocos hombres, se presentó de súbito al frente de la escolta del ministro, le intimó que se rindiese i obligó al jeneral Stagg a entrar en capitulaciones, dando así fin a la embajada de aquel. Animado el coronel Tamaris con el buen éxito de este suceso, i sabiendo que Loja se hallaba sin guarnicion i sus hijos resueltos á favorecer la causa de marzo, entró en la ciudad i obtuvo, como hemos dicho, que tambien ellos celebrasen el acta de insurreccion. El canton de Zaruma, perteneciente a la misma provincia, forzó de igual modo al coronel Lozano a que entrase en capitulaciones, i celebró una acta el 8 de junio en igual sentido que Loja.

Ya para el 4 del mismo mes andaban los soldados del coronel Boderó merodeando por el *Tablon de Machángara*, cosa de dos millas ántes de Cuenca. Sabedor de que las autoridades de esta plaza estaban resueltas a rechazarle, despachó de parlamentarios al coronel Cordero, el jefe del Estado mayor de la columna invasora, i al doctor Montalvo, para que las invitasen a un arreglo, con el cual se evitaria el derramamiento de sangre, o bien a la rendicion de la plaza. El gobernador, jeneral Guerra, i el coronel Valencia, comandante jeneral del distrito, procuraron alargar la conferencia bajo diversas observaciones, conviniéndose únicamente en una suspension de hostilidades. A estas autoridades les sobraba razon para pedirla, porque, no siendo de su confianza las pocas fuerzas con que contaban para defenderse, i sabiendo bien que el coronel Raimundo Rios, destacado de Bolívar con 240 hombres en auxilio de Cuenca, debia asomar de un instante a otro por las espaldas de Boderó, querian ganar todo el tiempo que fue-

ra posible a fin de asegurar los resultados del combate con que se las amenazaba.

El doctor Montalvo penetró al punto las intenciones de Guerra i Valencia, porque se hallaba tan instruido como estos de la marcha de Rios, i entónces, manifestándoles la hora que apuntaba su reloj, les dijo que, si dentro de un cuarto, no se ajustaban las condiciones del arreglo, se volveria con su compañero al campamento de Bodero. Eran las cuatro de la tarde, i como, vencido ya el cuarto de hora, no se habia podido ajustar cosa ninguna, se volvieron los comisionados, i Bodero, en consecuencia, dió sus disposiciones para el combate. Las fuerzas de los dos bandos se hallaban frente a frente desde las doce del dia 4 de junio i ya no se tenia que esperar para venir a las manos, cuando el coronel Valencia, que era el jefe de las fuerzas del gobierno, envió de emisario al capitán Cornejo para que propusiese una tregua de veinte i cuatro horas, fundándose en lo avanzado del dia i en una gran tempestad de aguas que acababa de pasar.

Penetrados como estaban los invasores de la causa que impulsaba al coronel Valencia para insistir en la suspension de hostilidades, i desconfiando el coronel Viteri de que tal vez el coronel Bodero accederia a tan malicioso intento, interrumpió la conferencia en que entraran su jefe i el parlamentario i, desenvainando su espada, mandó romper los fuegos de una guerrilla que, a órdenes del comandante Márques, se hallaba ya preparada (*). El parlamentario Cornejo cuasi ni tuvo tiempo para volver a su campamento, i si Viteri

(*) Informe escrito del doctor Miguel Nájera que se hallaba en el campamento.

hubiera sido el vencido sobre él habrían pesado las resultas de semejante insubordinacion.

Las fuerzas del gobierno se hallaban metidas en una quebradita seca, de donde contestaron los fuegos de la guerrilla sin riesgo de ser ofendidos, i tuvo esta que retroceder. Los enemigos la tienen por derrotada, avanzan tras ella para aniquilarla i, salidos ya de la quebradita que los guarecia, pierden esta ventaja i quedan unos i otros en la llanura para combatir con iguales riesgos. Entónces vuelve el comandante Márques la cara contra los infantes del coronel Valencia, i a este mismo tiempo el coronel Viteri con los suyos por el flanco izquierdo, i el comandante Camilo Borja i capitán Bolívar Villamil con la caballeria por el derecho; acometen simultáneamente i con arrojo, hacen primero huir a la caballeria de Sulupali, comandada por el coronel González, dicho el *Cúbico*, i desbaratan las fuerzas del gobierno. Solo la jente que componia la llamada *Caballeria de Cañar* se portó cobarde, pues, al ver la retirada de la guerrilla al principiar el combate, creyó que realmente iba derrotada i huyó, como la de González, i no volvió a incorporarse sino al oír los gritos de la victoria alcanzada por el coronel Boderó.

El coronel Valencia perdió ochenta i seis hombres entre muertos, heridos i prisioneros; contándose, entre los primeros, los oficiales Matute i Casanova, i entre los últimos el mismo Valencia, que tambien salió herido, los comandantes Serrudo, Rosáles i Fuljencio Guerra, i cuatro oficiales. Boderó solo contó siete hombres muertos i diez heridos, entre estos un oficial.

El encuentro del Tablon, resuelto en media hora, obligó al coronel Gonzáles, hecho cargo de la

ciudad por ausencia del jeneral Guerra i prision del coronel Valencia, a entregarla por capitulacion: Al siguiente dia, 5, celebraron los hijos de Cuenca el acta de incorporacion al gobierno de Guayaquil.

Hueras por demas iban a quedar, no obstante, la victoria, las capitulaciones i la ocupacion de la ciudad, por que el coronel Rios, acreditado jefe del gobierno, acababa de acamparse en el mismo punto en que se habia combatido el 4, i no con tropas bisoñas sino disciplinadas i aguerridas. Tanta era la diferencia que habia entre estas i las vencedoras, que Boderó estaba ya résuelto a retirarse a Oña, camino de Loja, i aun a seguir adelante si se le perseguia.

El coronel Rios, que desde dos años ántes habia fijado su residencia en Cuenca, mantenia a su esposa en esta ciudad, i Boderó, amigo de la señora e instruido de sus compromisos con los del gobierno provisional, se le acercó e hizo presente los conflictos en que estaba, i la resolucion de retirarse por no tener como resistir a las fuerzas de su marido. La señora, hecha cargo desde bien atras de la opinion de los pueblos, le dijo que ya tenia tomada una resolucion e iba a salir inmediatamente al encuentro de Rios, i salió, en efecto, acompañada del comisionado, señor Mariano Cueva. Poco despues se le unieron los otros comisionados, señores Miguel Nájera, Córdova i Astudillo, i la acompañaron hasta Sideai, a cuyas inmediaciones habia acampado Rios. Los comisionados, segun se ve, no querian presentarle las proposiciones que llevaban a nombre de las nuevas autoridades sino despues que la señora preparase el ánimo a su marido.

El coronel Rios la reconvino con agrura por la

imprudencia de semejante paso, i la esposa aguantó silenciosa cuanto le dijo, resuelta a no emplear su ascendiente sino en otro momento mas oportuno. Efectivamente, cuando vió aplacado ya el enojo de su marido, le manifestó las congojas en que habia dejado a los moradores de Cuenca, la indignacion que sobre él i aun sobre ella misma recaerian por los derramamientos de sangre, no por resultados de combates, porque ni aun hallaria a quienes combatir, sino en la persecucion que activarian otros jefes, i todo esto solo por ser leal a un hombre (el jeneral Flóres), de quien propiamente no debia considerarse servidor sino de la nacion. Rios, militar pundonoroso, aunque ciego adorador de su esposa, contradijo todas esas observaciones i le habló de sus deberes como de vínculos inviolables que no podian romperse sin dejar por el suelo su reputacion. Se negó, pues, abiertamente a las sujesiones de su esposa, pero no ya con enfado, como al principio, sino con suavidad. Entónces la señora, conociendo por este cambio que era llegada la oportunidad, apuró cuantos resortes de seduccion se le ocurrieron tocar en aquel trance. Rios luchó en vano, porque despues de haber fluctuado largas horas, sacrificó al fin sus deberes i pundonor al influjo i ruegos de la esposa, i quedó resuelto a separarse del jeneral Flóres *por servir a la nacion*.

El breve término de la revolucion de marzo, en nuestro sentir, se debe en mucha parte a la esposa del coronel Rios, porque la defeccion de este con sus tropas era de gran cuenta para el presidente, i estaba ya en el caso de desconfiar aun de otros jefes.

Tomada la palabra de Rios, era preciso escojitar los medios de que se ligasen con ella el segundo

jefe del cuerpo, teniente coronel Romero, i los oficiales del piquete de caballeria que pertenecian a la misma division. Entónces se presentaron los comisionados i abrieron sus conferencias con Rios; i hubo suspension de hostilidades, i se cruzaron oficios, i regresaron i volvieron a venir los comisionados, como buscando aparentemente, un arreglo que ya estaba ajustado. El coronel Rios no tenia que temer de los oficiales i tropas de su cuerpo, por que todos ellos le querian con decision, parece que algunos de los primeros aun le habia dejado columbrar sus opiniones políticas, mui en armonía con las actuales suyas. De quien temia sí es de Romero i de los oficiales de la caballeria, hombres leales que se negaron abierta i resueltamente a entrar en los arreglos que ya Rios estaba convenido en ajustar. Rios, para prevenirse contra lo que Romero intentara obrar, se situó con su infanteria en un campo que le era ventajoso; i el teniente coronel Romero, tan advertido como el otro, recelando que se tratara de obligarle por la fuerza a entrar en los arreglos ya rechazados por su parte, o se tratara de rendirle con un combate, mandó sacar los caballos de uno en uno i silenciosamente, i ocupó tambien un sitio ventajoso. Las cosas sin embargo, no pasaron adelante, i el resultado es que Romero se volvió con los jinetes a Bolivar, i que el jefe i oficiales del *Numero 2º* celebraron una acta adhiriéndose en todo a lo de Cuenca.

XIII.

Ya por el mes de junio llegó a difundirse tanto el fuego revolucionario, que donde no habia tropas de guarnicion asomaba cuando ménos un motin,

i la república se asemejaba al encendido Sangai.

Fuéronse de Quito con direccion a Imbabura el jeneral Guerrero i los coroneles Ascásubi i Montúfar, i levantaron los pueblos de Cayambe, Tabacundo, Sanpablo, etc. Otros que partieron con igual objeto para los pueblos setentrionales de la provincia Pichincha, quedaron malparados; pues, seguidos por una partida de caballeria, se dejaron alcanzar en Yaruquí i fueron lanceados Espinoza i Pasquel, herido el comandante Véles i traídos presos a Quito Montenegro i el jóven Saa.

Mui luego se organizó en Perucho una corta columna de tropa, a la cual se unieron otros pueblos atropándose a bandadas, hasta llegar a componer un cuerpo como de mil hombres, bien que desprovistos de fusiles i municiones, con ecepcion de los peruchanos. El jeneral Guerrero entró en Otavalo a la cabeza de este cuerpo i desalojó a los coroneles Moreno, Bernaza i Castro que lo guarnecian con pocas fuerzas, i este suceso produjo las sucesivas insurrecciones de Otavalo e Ibarra.

Los movimientos de Imbabura se jeneralizaron tan pronto, principalmente porque, habiendo partido para Tulcan el coronel Manuel Guerrero con su escuadron a dispersar a los insurrectos que asomaron por allá, se vieron los pueblos meridionales de la provincia en estado de obrar sin embarazos, cuasi a sus anchas i con pocos riesgos. Ibarra, despues de celebrada el acta de rebellion, organizó i acuarteló una compañía de soldados, i el coronel Guerrero, que habia quedado en Tulcan enteramente incomunicado, emprendió su contramarcha por caminos estraviados. Al saber los de Ibarra este movimiento, se fortificaron en el convento de la Merced, resueltos a defenderse, i dicho coronel,

dueño de docientos lanceros aguerridos, no quiso, por desden, entrar en la ciudad ni tentar medio ninguno para dispersarlos, i acampó en el *Llano de Monjas*. Tras Guerrero venia, cuasi picándole, una compañía de infantes organizada en Tulcan, i entró en Ibarra a engrosar las fuerzas de los disidentes de esta ciudad.

El jeneral Guerrero situado, como vimos, con sus fuerzas en Otavalo, supo el regreso del escuadron, i persuadido que no iria por el punto ocupado por él se situó con su jente en Cuchicaranqui, i escribió a los de Ibarra que por ningun cabo presentasen accion ninguna de armas, que se limitasen puramente a seguir las huellas del escuadron, i que a la madrugada del 10 (junio) caeria sobre este con todas sus fuerzas. El capitan Salazar, que comandaba la compañía de Ibarra, contando con el entusiasmo de su jente i la seguridad de que dicho jeneral cumpliria con su ofrecimiento, se separó de las instrucciones recibidas, i salió tras el coronel Guerrero a provocarle a combate. Este jefe, que habia decampado ya su escuadron, caminó para Cayambe, volvió la cara en Churihuasi, rompió los fuegos, acuchilló a unos pocos i dispersó a los demas. Mayores habrian sido los desastres de Salazar si Guerrero, sin apiadarse de unas tropas bisoñas, mal concertadas i mal municionadas, hubiera querido perseguirlas con inflexibilidad. Dejó, pues, que se retirasen cómodamente, i entró en Ibarra; i los detrotados tuvieron que hacer largos rodeos para venir a incorporarse con el grueso de las fuerzas en Otavalo.

El jeneral Guerrero que, como dijimos, se habia movido de Otavalo a Cuchicaranqui, resuelto a impedir el paso del escuadron, recibió el 9 por la

noche el aviso equivocado de que el coronel Guerrero ya no pasaria por este punto sino por otro; i con esta noticia, comunicada por un patriota i amigo de quien no podia desconfiar, levantó el campo i vino a situarse en la Compañia, seguro de no dejar pasar al enemigo. A poco le llegó el aviso del encuentro i derrota de Chiri-huasi, aviso que de luego a luego se difundió entre sus pelotones irregulares, i por el cual desertaron en seguida cosa de quinientos, sin que permanecieran fieles sino los peruchanos i otros pocos hasta cuatrocientos. Con este motivo se volvió el jeneral para Otavalo, i el enemigo, despues de haber descansado un dia en Ibarra, tomó el camino de Cayambe i se vino para Quito.

En Machachi (al sur de esta ciudad) se levantó una gruesa partida de rebeldes que se apoderó del camino principal, i cortó al gobierno sus comunicaciones con el jeneral Flóres. A esta causa, el jeneral Farfan, que partía de Quito destinado para el ejército, fué tomado i retenido por los revoltosos de ese pueblo.

Otra insurreccion promovida en Patate, espontáneamente i sin caudillo conocido, determinó al coronel Ramon Aguirre, jefe militar del canton de Ambato, a irse a sofocarla con una partida de caballeria veterana. Los insurrectos, bien que contando solo con veinte o veinte i dos fusiles, viejos o rotos los mas, eran dueños de una exelente posicion, i se resolvieron a defenderse al otro lado del rio *Patate*, armados de palos i piedras. El coronel Aguirre logró que sus veteranos atravesasen el puente; pero lo que era trepar la cuestecilla que seguia, en donde se hallaban parapetados los insurrectos, fué cosa de pensarse en ello, i no mas; porque hacian rodar

i rodar piedras enormes, i ni jinetes ni caballos arriesgaban cruzar un terreno que se desplomaba retumbando al precipitarse aquellas moles. Miéntras se mantenía tan singular pelea entre los que pretendían subir i los que obligaban a bajar, continuaba un regular tiroteo de una i otra parte, hasta que al cabo de cuatro o cinco horas, aprovechándose el llamado Hernández del momento en que el coronel Aguirre preparaba el caballo para montar, i cuando en efecto sentado ya un pié sobre el estribo, levantaba el otro, le asestó el fusil con tanto acierto, que con el mismo balazo vinieron al suelo caballo i caballero. Muerto el coronel Aguirre i un soldado de los suyos, el oficial de la partida ordenó la retirada para Ambato, i los insurrectos campesinos, ufanos de su triunfo, quedaron en estado de rebelion.

La organizacion de las tropas de Imbabura, que se exajeraba por su regularidad i número hasta mas no poder, i las partidas levantadas por el sur que tenían obstruidos los caminos, i a los gobernantes en completa ignorancia de lo que pasaba en el cuartel jeneral de Elvira; determinaron al gobierno en mala hora a dar el desacertado paso de trasladarse a Latacunga, cuando unas pocas partidas de tropa, puestas en marcha por norte i sur, habrían bastado para disipar los mal armados pelotones de rebeldes. Acaso obraron en el ánimo del señor Valdivieso otras consideraciones; pero ello es que el día 14 emprendió su salida de la capital, escoltado por seiscientos veteranos, i seguido de los archivos públicos i de algunos cañones. Los habitantes de la ciudad guardaron profundo silencio, porque, puestos en camino los empleados i los allegados de los gobernantes, los demas, tal vez sin ecepcion,

eran enemigos que se andaban pidiendo a gritos la caída del gobierno establecido en 1843.

El gobierno tuvo, ántes de salir, la cordura de llamar a los señores Ramon Borja, jeneral Madrid i Manuel Angulo, hombres conocidos por su patriotismo, i con quienes habia de contentarse el pueblo, para encomendarles la conservacion del órden i tranquilidad pública. Al doctor Borja se le encargó la gobernacion de la provincia, i al jeneral Madrid el mando militar.

Guerrero, el vencedor en Chiri-huasi que, como dijimos, se habia puesto en camino para la capital, supo la salida del gobierno pocas leguas ántes de entrar en la ciudad, i o por engañado con que aquí habia mucha jente acuartelada i dispuesta a combatir, o por desprecio a los acuartelados, se pasó de largo sin pedir siquiera raciones para la tropa, i fué a incorporarse con los del gobierno en Turubamba.

Así, de grado en grado, el gobierno habia ido perdiendo las principales provincias de la república, i a mediados de mayo apenas contaba con parte de la de Pichincha, la del Chimborazo i algunos pocos pueblos de la de Guayaquil. La revolucion, pujante en el litoral, contó desde entónces como seguro su triunfo, i así fué la verdad. El ejército de Elvira, menoscabado por la muerte, enfermedades o desercion, iba a ménos de dia en dia.

XIV.

Sucesivamente, pero con cortas interrupciones, habian ido llegando a Elvira las noticias de los sucesos anteriores, i el jeneral Flóres, como era natural, conoció que le abandonaba su buena suerte.

Por demas aventurado seria decir que manifestó tales o cuales impresiones, si de resignacion o de despecho, mientras algunos de los confidentes que tenia a su lado no nos diga lo que se le oyó discutir o lo que demostraba su semblante. No hai pues como atribuir la determinacion que tomó al convencimiento de no poder resistir a tanta tempestad, por que todavia era dueño de cosa de mil quinientos hombres aguerridos, con quienes podian nuevamente reocupar todas las provincias de lo interior, mal armadas hasta entónces. Si la resolucion que tomó fué obra de la política, patente queda que no pudo ser mas desacertada, puesto que separado del Ecuador, si no imposible, era mui difícil que volviera a influir en sus destinos. Si fué brote del afectuoso i noble deseo de no derramar la sangre de unos pueblos donde habia adquirido familia, amigos, hacienda i fama, la posteridad le hará justicia i lo pregonará la historia.

Habíanse cruzado entre el jeneral Flóres i el jeneral en jefe del ejército del Guáyas algunos oficios relativos al canje de prisioneros, i el primero, al contestar uno de ellos, propuso suspension de hostilidades. Aceptada la proposicion por los del gobierno provisional, se determinaron a nombrar los comisionados que habian de arreglar la paz, no ya temporalmente, sino de una manera definitiva. El gobierno provisional, fuera por no verter la sangre que aun habia de seguirse derramando sin compasion, fuera porque se considerase sin los medios suficientes para apurar la caida de su enemigo, fuera porque tomase un partido resuelto i reservado para lo porvenir; accedió al punto a semejante invitacion, se suspendieron en consecuencia las hostilidades, i procedieron los belijerantes al nombra-

miento de los comisionados. Por parte del gobierno de Guayaquil fueron los señores Pablo Merino, ministro del señor Valdivieso en 1834, Pedro Carbo i Juan Francisco Millan; por la del presidente los coroneles Soulin i Vicendon, i el teniente coronel Gaviño. Los primeros tenían la instruccion de no proceder a ningun arreglo que no tuviera por base la *separacion de Flóres del Ecuador*.

Los tratados se celebraron el 17 de junio en la hacienda de Virginia, i el convenio adicional el 18 (47). Los primeros solo contienen, en lo sustancial, el restablecimiento de la paz i la obligacion de reunir una convencion que debia convocarse por el gobierno provisional. El convenio que, con apariencias de adicional i accesorio, es propiamente el principal, contiene la separacion del jeneral Flóres, quien debia ausentarse del Ecuador i permanecer en Europa mientras se reformasen las instituciones; la seguridad de que se le conservarían su jeneralato en jefe, honores i rentas, la de sus propiedades particulares, i el pago de cuanto se le estuviere debiendo, con arreglo a las leyes anteriores al 6 de marzo; la oferta de proporcionarle, bajo la garantia del jeneral Luzárraga, la suma de veinte mil pesos para la subsistencia del presidente en Europa; la de guardar a su familia las debidas consideraciones, i pagar mensualmente a su esposa la mitad del sueldo que le correspondia como jeneral; i la de que pasados dos años de ausencia, pudiera el jeneral volver al Ecuador sin embarazo ninguno.

Disolviéronse, a virtud de los tratados, la mayor parte de las fuerzas de Elvira, i la restante se mandó venir a las provincias de lo interior. El ex-presidente se embarcó en su cuartel jeneral el 23, i al dia siguiente que llegó a Guayaquil, se trasbordó

al bergantin de guerra *Seis de Marzo*, el destinado para llevarle a Panamá. El 24, dia señalado para una fiesta cívica, fué testigo de la frenética alegría con que el pueblo de Guayaquil festejó el triunfo del 6 de marzo, i oyó las salvas con que victoreó la caída de quien le habia rejido por largos años. El 25 se apartó de las playas del Ecuador, i ahora (1858) reside en Lima con su familia.

El 6 de julio publicó el gobierno provisional un manifiesto dirigido a los pueblos americanos, en justificacion de la transformacion política que acababa de efectuarse. Produccion digna de la sesuda cabeza del señor Olmedo, patetizando está, sin embargo, la parte que tomaron su corazon i las pasiones que dominaban por este tiempo (48).

XV.

La capital de la república, desesperada por repetir el grito del 6 de marzo, pero contenida por las tropas del gobierno, vino a secundarlo al fin, cuando, ya libre de ellas i contando con las de Imbabura, no tenia cosa que temer. Celebró el acta de proclamacion el 21 de junio aceptando en el todo la de Guayaquil, i aprobando cuantos decretos i providencias habia dictado el gobierno provisional. La asamblea continuó en la gobernacion al mismo señor Borja, i nombró jefe civil i militar interino al jeneral Guerrero.

Quito celebró el triunfo de la causa nacional con cuanto entusiasmo era de esperarse. Todo pueblo festeja la caída de un gobierno, sea el que sea, por motivos bien fáciles de explicar; i entónces, jeneralizada como andaba la opinion, tanto cuasi como en 1833, subieron de punto los arrebatos de alegría.

Mientras la capital se constituia a su modo i se gobernaba convenientemente, habian llegado ya a Latacunga los tratados de Virginia, i se discutia con calor por los del gobierno sobre si estaban en la obligacion o se tenia el derecho de aceptarlos o rechazarlos, i sobre la conveniencia o inconveniencia de ellos. Cuasi es innecesario decir que los jefes i oficiales extranjeros, en lo jeneral, fueron de los que estaban por rechazarlos, pues bien natural era que temiesen las consecuencias. Aun hubo tambien ecuatorianos que opinasen en igual sentido; mas prevalecieron el buen juicio del señor Valdivieso i el de su hijo político, el señor Salvador Gómez de la Torre, i entre los jefes militares, la voz i consejos de los coroneles Nicolas Váscones i Antonio Moreno.

Resuelto ya el encargado del poder ejecutivo a aceptar los tratados, contestó al gobierno de Guayaquil que los habia dirigido, acojiendo la invitacion que para ello se le hiciera, con tal que se le ofreciese seguridades para él mismo, para el ejército, los empleados i mas ciudadanos que estaban a sus órdenes. Con este mismo objeto se dirigió tambien al jefe superior de Quito, incluyendo las condiciones propuestas al gobierno de Guayaquil.

El convenio celebrado entre los comisionados de dicho jefe superior i los del gobierno caído enjendró varias dificultades, i aun se cruzaron algunas malas esplicaciones que tal vez se habrian ido a mas, a no llegar a tiempo el que celebraron en Guayaquil el 3 de julio los señores jeneral Urvina i Pedro Carbo, comisionados por el gobierno, i los señores jeneral Palláres i coronel Ignacio Pareja, comisionados del señor Valdivieso. Por este arreglo, las fuerzas militares i todos los

demas elementos de guerra debian ponerse a disposicion del gobierno provisional; gozar los empleados civiles i personas particulares de cuantos derechos i seguridades daba el convenio de Virginia; i los jenerales, jefes i oficiales que quisieran capitalizar sus rentas, podian capitalizarlas con arreglo a la lei de la materia.

Esta trasformacion que cambió, no tanto al aspecto político del Ecuador, quanto el personal de los que lo establecieron en 1830 i lo conservaron hasta 1845, da fin a nuestras mal desempeñadas tareas. Ojalá que quien trate de continuar la narracion de los sucesos de la patria, despues de corregido i ensanchado este *Resumen*, dando por remate a su lenguaje la limpieza i majestad propia de la historia, no se vea en la necesidad de servirse como nosotros de las palabras de Chateaubriand: *La historia no es mas que la repeticion de los mismos hechos, aplicados a hombres i épocas diferentes.*

FIN DEL TOMO QUINTO.

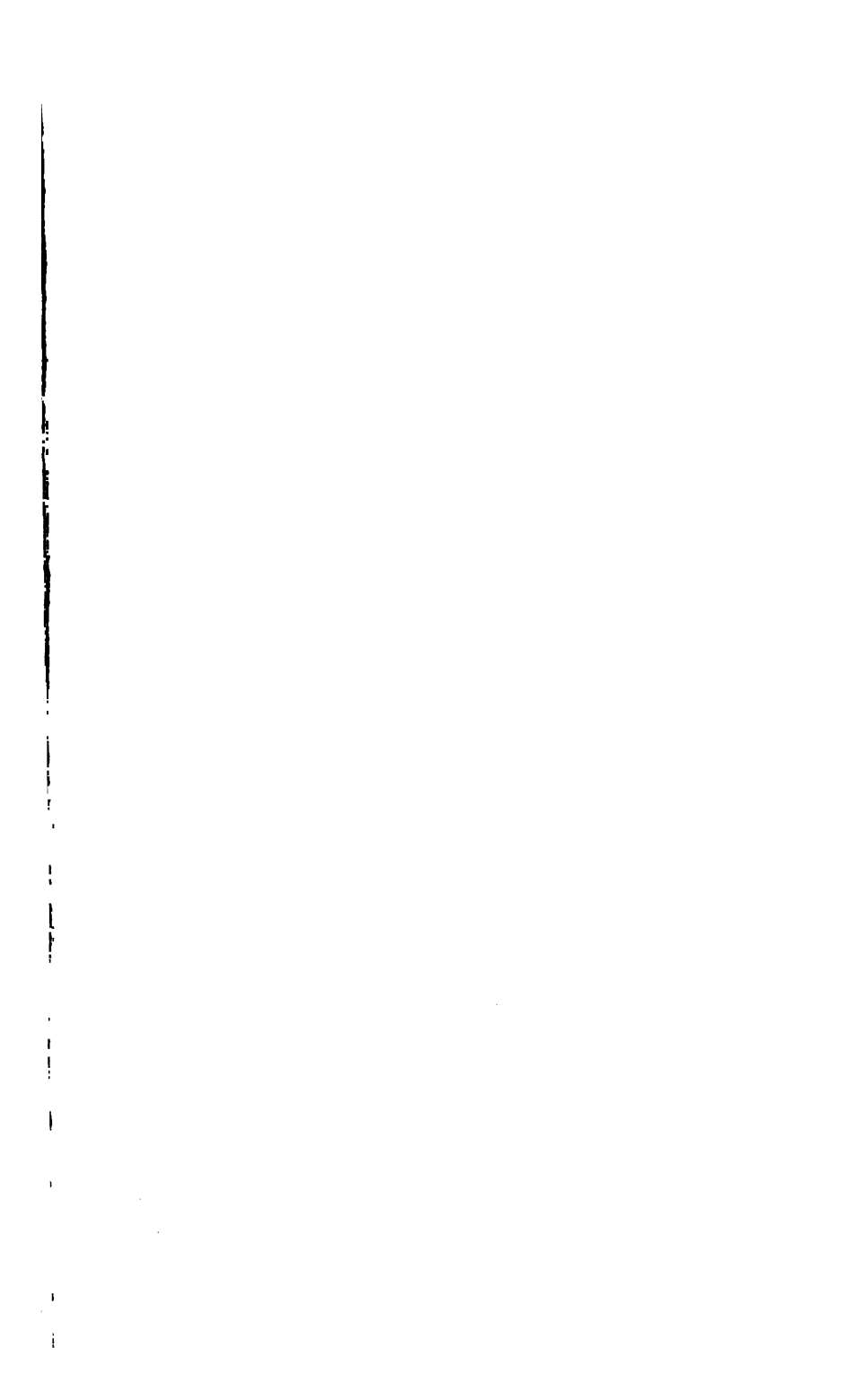
INDICE.

	Páginas.
CAPITULO I.—Congreso constituyente.—La constitucion del Estado.—Revolucion de Urdaneta.—Su campaña i resultados.—Diferencias entre los gobiernos del sur i el centro.—Lejislatura de 1831.—Insurreccion del batallon <i>Vargas</i> .—Trabajos lejislativos.....	5
CAPITULO II.—Insurreccion del jeneral López.—Negociaciones diplomáticas.—Campaña de Pasto.—Comision del gobierno del centro.—Sublevacion del batallon <i>Flóres</i> .—Traicion de Sáenz.—Armisticio de Túquerres.—Tratados de paz.—Causas de la oposicion al gobierno—Trabajos lejislativos del congreso de 1832.....	65
CAPITULO III.—La sociedad del Quiteño libre.—Rocafuerte i sus antecedentes.—Periódicos.—Separacion del ministro Valdivieso.—El congreso de 1833.—Facultades extraordinarias.—Arresto i destierro de los patriotas.—Destitucion de los diputados Rocafuerte i Carrion.—Revolucion del 12 de octubre.—Jefetura suprema de Rocafuerte.—El 19 de octubre.—Campaña de Guayaquil i rendicion de esta plaza.—Trabajos lejislativos del congreso de 1833.....	103
CAPITULO IV.—Estado de los partidos en la costa.—Encuentros i combates.—Conducta de Rocafuerte.—El jeneral Sáenz.—Pesillo.—Insurreccion de Imbabura.—El jefe supremo Valdivieso.—Prision de Rocafuerte.—El convenio de 3 de julio, i los tratados del 19 del mismo.—Procedimientos de Rocafuerte.—Rendicion de Quito.—	

	Pájinas
Gobierno de Valdivieso.—Proyectos de paz.—Incorporacion del Azuai.—Campana de Babahoyo.	169
CAPITULO V.—Convencion de Quito.—Batalla de Miñarica.—Convencion de Ambato.—Invasion a Taura i a Esmeraldas.—Otamendi en Riobamba.....	239
CAPITULO VI.—Los decretos del 10 de febrero.—Invasiones de Bravo i Maldonado.—Restablecimiento de las pirámides de Caraburo i Oyambaro.—Lejislatura de 1837.—Acusacion contra el ministro de hacienda.—Trabajos lejislativos.—Tentativa de una conspiracion.—Arreglo de la deuda estranjera —Insurreccion del batallon Número 2º.—Combate de Hualilahua.....	279
CAPITULO VII.—Segundo periodo presidencial del jeneral Flóres.—Trabajos lejislativos del congreso de 1839.—Intervencion del Ecuador en la guerra doméstica de la Nueva Granada.—Encuentro de Huilquipamba.—Congreso ordinario de 1841, sus tareas i disolucion.....	321
CAPITULO VIII.—Incorporaciones de Pasto i Túquerres al Ecuador.—Segunda campana contra Pasto.—Resultados de la intervencion en los negocios granadinos.—Tratados con la Gran Bretaña sobre abolicion del tráfico de esclavos.....	355
CAPITULO IX.—Proyecto de negociaciones con el Perú.—El ministro peruano don Matias Leon.—El ministro ecuatoriano, jeneral Daste.—Contienda suscitada entre la corte superior de Guayaquil i el gobernador de dicha plaza.—Se convoca un congreso estraordinario.—Se convoca una Convencion nacional.....	375
CAPITULO X.—Reúnese la convencion nacional.—La constitucion de la república.—Organizacion del gobierno.—Dificultades opuestas por el clero.—Motines populares.—La revolucion de marzo en 1845.—Combates en Elvira.—Tratados de Virginia.....	405

ERRATAS SUSTANCIALES.

Página.	Línea.	Dice.	Debe decirse.
6	34	El vice-presidente se- cretarios	El vicepresidente i se- cretarios
30	11	traslujeren	traslucieren
32	2	columna	coluna
49	8	esperada	esperaba
56	18	Liquerica	Lequerica
74	16	acceptanda	aceptando
82	30	imprudentemente	impudentemente
83	10	traslujo	traslució
100	21	acudieron	acudiendo
122	19	parte de la	parto de la
175	33	junucoato de i ois seis	junio a cuatrocientos diez i seis
177	26	del re,	del rei
177	28	conexionesi	conexiones
185	32	be su	de su
185	33	dáenz	Sáenz
185	34	bardero	barbero
192	29	suplicaren	suplicase
247	30	Quiche	Quinche
261	10	adoctaron	adoptaron
275	4	se trabaron palabras	se trabaron de palabras
279	3	Carabuso	Caraburo
298	18	Meloc	Moloc
328	35	e dió	se dió
331	28	rasa	raza
332	32	[*] El "Nacional" núm.	[*] "El Nacional" núm. 12 de..... de..... de 1846—Quito."
357	10	traslujo	traslució
382	11	En la día 9	En la del día 9
409	5	años para	años: para
423	33	a los doce años	a los veintidos años







**HOME USE
CIRCULATION DEPARTMENT
MAIN LIBRARY**

This book is due on the last date stamped below.
1-month loans may be renewed by calling 642-3405.
6-month loans may be recharged by bringing books
to Circulation Desk.

Renewals and recharges may be made 4 days prior
to due date.

**ALL BOOKS ARE SUBJECT TO RECALL 7 DAYS
AFTER DATE CHECKED OUT.**

REC'D LD JAN 2 '74 -3PM

MAR 13 1974 19

SEP 12 1974 #

END AMVC DEC 20 1974

MAR 6 1975 3 9

LD21-A30m-7,'73
(R2275s10)476-A-32

General Library
University of California
Berkeley

LOAN DEPT.

LD 21A-50m-3,'62
(C7097s10)476B

General Library
University of California
Berkeley

U.C. BERKELEY LIBRARIES



C038420767

